
3 1761 09546009 3


LIBRERIA UNIVERSAL
E. GARCIA RICO
DESENGAÑO 29 MADRID





[illegible]

mitzuteilen
am [illegible]

# AMAYA

ó

# LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII.

# ATALA


B. MAURA. D.º Y G.º 1879

*F.co Navarro Villoslada*

# AMAYA

ó

# LOS VASCOS EN EL SIGLO VIII,

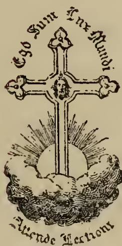
NOVELA HISTÓRICA

POR

D. F. NAVARRO VILLOSLADA.

*Con licencia del Ordinario.*

TOMO I.




LIBRERÍA CATÓLICA DE SAN JOSÉ.

DIRECTOR:
Sr. D. Joaquin Torres Asensio,
Prelado doméstico de S. S. y Chantre de Granada.

REPRESENTANTE EN MADRID:
Sr. D. Manuel Alonso y Zegrí.
Admon. de la Librería:
Gravina, 14.

MADRID, 1879: IMPRENTA DE F. MAROTO É HIJOS, PELAYO, 34.

Á LOS SEÑORES

# D. MANUEL Y D. LUIS ECHEVERRÍA

Y PERALTA.

---

*Hijos de una misma provincia; compañeros en cargos políticos de muy honrosa confianza; constantes amigos en próspera y adversa fortuna, en el estruendo de la vida pública y el grato silencio de la privada; identificados siempre por acendrado amor á la tierra vascónica; era natural mi deseo de unir tambien nuestros nombres en obra que reflejase nuestro comun apego al suelo en que nacimos, y el cariño á las leyes, costumbres y gloriosas tradiciones de la pátria.*

*He derramado en* AMAYA, *á falta de galas de ingénio, los más íntimos y puros afectos del corazon: si por ventura he sabido interpretar los sentimientos de ustedes, dígnense aceptar este libro, y como nuestros nombres, vayan en él unidas nuestras almas.*

*El asunto requeria una epopeya; pero sin alas para volar tan alto, y abatido por la tristeza que infunde lo presente, me quedo rastreando en la elegía. Si nuestros hijos guardan esta obra, por el dolor de sus padres aprenderán á estimar los consuelos que Dios sin duda les reserva.*

Madrid, 1.º de Marzo de 1879.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.



# INTRODUCCION.

Los aborígenes del Pirineo occidental, donde anidan todavía con su primitivo idioma y costumbres, como el ruiseñor en el soto con sus trinos y amor á la soledad, no han sido nunca ni conquistadores ni verdaderamente conquistados. Afables y sencillos, aunque celosos de su independencia, no podian carecer de esa virtud característica de las tríbus patriarcales, llamada hospitalidad. Tenian en grande estima lo castizo, en horror lo impuro, en menosprecio lo degenerado; pero se apropiaban lo bueno de los extraños, procura-

ban vivir en paz con los vecinos, y unirse á ellos, más que por vínculos de sangre, con alianzas y amistad.

Si quebrantaron esta regla, fué dejándose llevar de bondadosa condescendencia con los extranjeros. Quince siglos antes de Jesucristo, los vascos ribereños del Ebro, principiaron por albergar á los celtas en su feracísimo territorio, y concluyeron por confundirse con ellos, formando la gran familia celtibérica, que tuvo solar en lo mediterráneo de la Península, y capital en Numancia. Los mismos pirenáicos que se mantuvieron á la orilla izquierda del rio, ufanos con la pureza de su sangre y su idioma, dejaron á los celtas instalarse por largo tiempo en los llanos de Alava, hasta la boca de la Burunda, y más tarde se hicieron amigos del cartaginés Aníbal, le abrieron paso y le acompañaron á la vanguardia de la maravillosa expedicion de Italia, segun lo recuerdan todavía en una de sus más hermosas canciones.

Años despues sostienen guerra contra César Augusto, para terminar la cual conviértense en aliados suyos, y con tal lealtad estrechan su mano, que Roma no tuvo nunca mejores amigos, y á la caida del imperio, Paulo Orosio, testigo presencial de la catástrofe, los hace más romanos que los romanos mismos.

Nunca, sin embargo, los fáciles amigos de

celtas, cartagineses y latinos, con quien se avienen á pesar de la diferencia de casta, lengua y religion; nunca aceptaban alianza, ni trato, paz, ni tregua siquiera de los pueblos septentrionales que cayeron sobre la Europa meridional, y á borbotones, se derramaron por España en el siglo V.

Provincias imperiales, naciones cultas, todos los pueblos conocidos se encorvaron y tendieron desfallecida cerviz al látigo, más bien que al yugo del vencedor: los vascos sólo permanecieron en pié, y se atrevieron á mirarle frente á frente, y le arrojaron el guante á la cara, enarbolando estandarte de santa libertad en la cresta de los Pirineos. Y enhiesto supieron mantenerlo allí por espacio de tres siglos.

Por aventurado y peregrino que parezca semejante aserto, por inverosímil é inexplicable que resulte el hecho, la historia misma, escrita por visigodos,—no tenemos otra,—se encarga de justificarlo.

En efecto, si con debida imparcialidad examinamos los escritos contemporáneos, no dejará de llamar nuestra atencion, que sus autores apenas mencionen el advenimiento de monarcas visigodos, como no sea para advertirnos que su primer hazaña, al ocupar el trono de Sevilla ó Toledo, fué *domar á los vascones*, nombre antiguo de los navarros,

que desde las montañas de Jaca, poblaban por la falda de los Pirineos hasta Pasajes, de allí frente á Logroño, y descendiendo al riquísimo valle que fecunda el Ebro, llegaban cerca de Tarazona, siendo una de sus principales ciudades la nobilísima Calahorra.

Consta que Requiario, Eurico, Leovigildo, Recaredo, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Recesvinto y Wamba, *sujetaron á los vascones*, frase que constantemente repetida por espacio de tres centurias, viene á significar precisamente lo contrario de lo que suena. "Sisebuto y Suintila, dice el docto Sr. Cánovas del Castillo, testigo de mayor excepcion en la materia [1], pelearon asimismo con la gente vascona en los llanos de Alava y la Rioja, sin penetrar, *ni intentarlo siquiera*, en el interior de las montañas vascongadas."

Y consta, por historiadores árabes, que la noticia de la más lastimosa y célebre invasion sarracénica en Andalucía, *sujetando á los vascones*, sorprendió cerca de Pamplona al último rey visigodo.

Tan larga série de conquistas *definitivas*, que sólo termina con el súbito hundimiento del imperio conquistador, es argumento concluyente á favor de la independencia de un pueblo, que no tiene historia propia que opo-

1 *Los Vascongados*, por Rodriguez Ferrer.—*Introduccion*, por el Sr. Cánovas del Castillo, 1873.

ner á la de los extraños, ni más diplomas que sus cantares, ni más archivos que tradiciones y leyendas.

Y si á estas y otras pruebas, que por amor á la brevedad omitimos, se agrega el testimonio vivo del idioma y del linaje, purísimo resto arqueológico, animado hasta hoy como por arte de encantamiento; no puede ménos de maravillarnos que algunos críticos tomen por lo sério la frase de *domuit vascones*, que los godos tenian como en estampilla para añadir al nombre de cada nuevo monarca toledano.

Esa guerra constante de trescientos años, que principia por la invasion de los septentrionales y concluye por su desaparicion, no se funda en la diferencia de castas, pues ya hemos visto á los vascos de la ribera, nada esquivos ni zahareños, amalgamarse con celtas orientales y casi hiperbóreos, y aliarse con astutos cartagineses meridionales: no se nutre en antipatías religiosas; porque al principiar la guerra, ni todos los vascos eran cristianos, ni á la conclusion de ella dejó de haber ningun visigodo que no fuese católico: tampoco se explica por la aspereza del territorio pirenáico; porque Pirineos más salvajes aún que el Occidental, son los del Centro y Levante que los godos cruzaban sin tropiezo alguno, comunicándose por ellos con la Galia Narbonense, parte á la sazon del reino hispano.

¿A qué causa, á qué razon obedece el fenómeno histórico que estamos contemplando?

Los críticos modernos quieren hacer aquí distincion entre vascones y vascos, es decir, entre Navarra y Provincias Vascongadas. Suponen á los primeros indómitos, feroces, intratables, salteadores de llanos y campiñas ocupados por los enemigos; y á los otros, tan blandos y bonachones, que no sólo no guerrearon con romanos ni visigodos, "sino que tampoco tomaron tan á pechos..... cuanto los moradores de otras regiones más pobladas y ricas, y más cultas sin duda, la independencia política, que ellos de hecho conservaban siempre entre sus breñas."—"Mientras aquellas pacíficas tríbus iberas, prosiguen, vivian así apartadas de todo externo influjo, y sin entender por lo comun á los beligerantes, ni ser por ellos comprendidos, reyes, caudillos, naciones enteras pasaban al pié de sus montañas sin hacer alto, curándose poquísimo de tal gente y de la tierra inhospitalaria á la sazon, que la habitara."

No está la historia conforme con semejante explicacion. De cuatro grandes ciudades construidas en el largo transcurso de tres siglos por aquellos bárbaros, que empuñaban el azote de Dios, enviados á destruir más que á edificar; tres fueron erigidas en territorio vasco: á la falda de Gorbea, Leovigildo fundó á Victoriaco; al opuesto lado, Suintila impuso á

los ribereños del Arga el castigo de construir á Ologitum (Olite); en su tiempo tambien se alzó Fuenterrabía, en la desembocadura del Bidasoa; y para completar el formidable cuadrilátero, Wamba, por último, fortificó á Pamplona, plaza entonces inexpugnable y punto el más avanzado de sus conquistas. No dieron, pues, escasa importancia los visigodos á la tierra pirenáica.

El interés de la resistencia era comun, la guerra debió de ser general y por todos los vascos más ó ménos directamente sustentada; y si á los navarros tocó pelear en la vanguardia, ha de atribuirse á condiciones topográficas ó de otro órden, en cuyo exámen no podemos entrar á la ligera. En estas páginas procuraremos explicarlo.

Se trata de uno de los más hondos misterios de nuestra historia: duelo parece de pueblo á pueblo; combate singular entre dos héroes, uno de los cuales se llama imperio godo y otro *escualerri*, tierra vascongada. Guerra á muerte en que pelear es vivir, y abandonar el arma, sucumbir y caer en la huesa. Duró más de tres siglos como pudiera haber durado ménos de tres semanas, si uno de los combatientes hubiera querido ceder; como habria durado otras tantas centurias, si el postrer testigo del duelo no hubiese echado el montante separando á tan encarnizados ene-

migos, que al fin deponen sus ódios para unirse contra él. Y por que no falten ni la leyenda, ni la máquina poética en esta magnífica epopeya, ahí están por un lado los godos con maravillas del órden sobrenatural que espantan, y por otro los vascongados, la raza superviviente, sin rastro ni memoria de ningun héroe, sin haber conservado el nombre siquiera de aquellos esclarecidos guerreros que debieron acaudillar muchedumbres heróicas por espacio de más de trescientos años. ¡Lástima para unos cuantos capitanes, pero gloria para todo el pueblo, que de esta manera se destaca en el horizonte de la historia con la magnificencia de la soledad!

¡Qué sublime espectáculo, sin par tal vez en los anales del mundo, ofrece esa tenaz y desesperada resistencia del débil contra el fuerte, coronada al fin con la victoria del poseedor pacífico y honrado contra el injusto agresor!

Al transportarnos en alas de la fantasía á tan remotas edades, sentimos en el alma la grata frescura de la virtud sencilla, del heroismo espontáneo y modesto, del vigoroso amor pátrio, como al subir á las montañas se perciben áuras purísimas, siempre renovadas, aromas ácres y vivificantes, alegría restauradora, y ese bienestar inefable que físicamente

nos dilata el pecho y moralmente nos eleva á Dios.

¡Gloria á Dios, y lancémonos á las tinieblas de lo pasado por entre selvas seculares y monumentos megalíticos, sin más guía que frases de la historia, fragmentos de cantares, leyendas y tradiciones, á sorprender á dos grandes pueblos en el supremo momento de su implacable lucha, para ver cómo acaban unas edades y cómo empiezan otras, y cómo viene á ser principio lo que parece fin: que fin es lo que en vascuence significa *Amaya*, y en lenguaje cristiano se llama Providencia!





# PRIMERA PARTE.

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### DEL HABLA QUE TUVIERON EL REY Y SU MINISTRO.

A principios del siglo VIII el imperio visigodo, cuya capital era Toledo, se extendia desde la Galia Narbonense hasta más allá de Tánger; sin que los Pirineos de Aragon y Cataluña, ni el Estrecho de Gibraltar sirviesen de límites al dominio hispano.

Sólo algunas tríbus ibéricas que poblaban las faldas pirenáicas desde el Adur hasta el Ebro, se mantenian independientes, soste-

niendo lucha tenaz, que desde las primeras embestidas de los suevos, contaba ya cerca de trescientos años.

El territorio más accesible de las vertientes meridionales, abierto y desprovisto de natural defensa, sucumbió desde luego al mayor número: Suintila y Wamba mucho más tarde, estuvieron á punto de enseñorearse de Vasconia; pero las sierras y barrancos, con sus selvas y precipicios, sus cuevas, torrentes y cataratas, conservaron siempre la primitiva independencia, como los picos altaneros guardan la nieve, que no pueden derretir los soles de cien siglos.

Dominaban los godos por un lado las llanuras comprendidas entre las dos cadenas de montañas que arrancando de la parte superior del Ebro y separándose en Alava, tornan casi á juntarse en la Burunda; y salvando con harto peligro tan angosto paso, llegaban los conquistadores á la cuenca de Pamplona, ciudad que constituia su principal presidio. Y por el lado opuesto, es decir, por la parte del Arga, ceñíanse á las pingües riberas de este rio, desde su magnífica desembocadura hasta aquella plaza, donde se unian entrambas curvas. Rudos brazos de hierro cuyas manos se enlazaban en Pamplona, pesados y sin fuerza muscular para estrujar lo que abarcaban, sólo oprimian la tierra que tenian debajo. En el centro de ese círculo respiraban en libertad las sierras de Cantábria, de Urbasa y Andía, con los ricos valles que esmaltan sus laderas como vellones un manto de armiño; y fuera de la periferia vivian, no sólo independientes, sino

hasta cierto punto en paz y holgura, los moradores de Guipúzcoa, Vizcaya, y contrafuertes de las casi inaccesibles alturas del Pirineo central.

Hemos usado la palabra *dominacion*, porque los visigodos poseian ciertamente en el anillo territorial que dejamos trazado, ciudades en que guarecerse, tierras que cultivar, y alguna, aunque siempre arriesgada comunicacion entre sí; mas no parece digna de aquel nombre la ocupacion no pocas veces interrumpida, con frecuencia turbada por sobresaltos y amenazada siempre, de poblaciones, en que los conquistadores vivian como bloqueados, y de campos que se aventuraban á sembrar, á riesgo de que los conquistados recogiesen el fruto.

La necesidad en que se vieron los visigodos de fundar tres ciudades en país vasco, sin contar la restauracion de Pamplona, prueba lo difícil que debia de serles en antiguos tiempos sostenerse allí. Pero en la época en que comienza nuestra historia, estas dificultades subian de punto por la flojedad consiguiente á los desórdenes del último reinado.

Los godos se mantenian á la defensiva, y en casi forzado reposo. Witiza que habia destituido y arrancado los ojos á Favila, duque de Cantábria, con mando militar y político en toda la region pirenáica, separó tambien á Ranimiro, de la familia real de Chindasvinto, deudo por consiguiente de Favila, tiufado, conde en la Vasconia, y uno de los más activos y expertos capitanes godos en aquella tierra.

Los gobernadores que les habian sustituido,

ni eran tan vigorosos, ni podian disponer de los medios necesarios para continuar la guerra. Proseguíanla con desaliento, como si adivinaran la inutilidad de todo esfuerzo y la proximidad de la catástrofe.

Pero á fines del año 710 los visigodos habian estrenado rey, lujo que con frecuencia sobrada, áun para monarquías electivas, se permitia la imperial Toledo. La faz de las cosas debia de cambiar, por consiguiente, si el nuevo monarca seguia la costumbre de domar á los vascos, de que no prescindian sus predecesores.

Una revolucion asombrosamente dirigida, derribó en efecto del trono á Witiza, tan aborrecido por su impiedad como por sus liviandades. Púsose al frente de la conspiracion un griego, ú romano, esto es, español latino, llamado Eudon, que acababa de llegar de Bizancio, con grande y al parecer merecida reputacion de valor y sabiduría.

Hízose en poco tiempo amigo de Rodrigo, que vivia oscurecido, procurando que el rey y la córte se olvidaran de que era nieto de Recesvinto, hijo de Teodofredo, asesinado por el monarca reinante, y sobrino carnal de Favila. Prudente y casi obligada modestia en tiempos en que ser de su estirpe era vivir de milagro.

Eudon le prometió la corona, y cumplió en breve su palabra.

Habiendo observado que Witiza, para retener á los godos avergonzados ya de tanto escándalo, queria hacerse jefe del partido anti-español, resucitando la famosa ley de razas

derogada por Recesvinto, fundador de la unidad política de la monarquía; trató de ponerse al frente del partido español ó romano, y fueron tan hábiles sus maniobras y tan rápidos sus movimientos, que á pesar de haber empleado como ariete el popular tumulto, la primera noticia que Witiza tuvo de la conspiracion fué verse preso por los amotinados.

Constituidos éstos despues del triunfo en junta (senado romano la llaman los historiadores), representaron la conocida farsa de la eleccion, y naturalmente pensaron en nombrar al nieto de aquel gran rey á quien tanto debian los españoles por haber derogado los aborrecidos privilegios góticos. Sólo habia una dificultad que vencer, segun los oradores del senado: la resistencia de Rodrigo á salir de la feliz oscuridad en que vivia, con su bellísima esposa Egilona, en las dulzuras de la vida privada. Fueron, pues, á persuadirle de la necesidad que tenia de aceptar la corona, suplicándole casi con lágrimas, que en aras de la pátria moribunda, hiciera el sacrificio de ocupar el trono.

Resignóse el conspirador, y nombró á Eudon, como era consiguiente, conde de los Notarios, ó sea, ministro de Estado.

Eudon lo merecia, segun la jurisprudencia de los pronunciamientos que, por lo visto, parece antigua; pero tuvo además el mérito real de no derramar ni una gota de sangre. Rodrigo, en cambio, no perdonó á Witiza.

Poco despues de estos sucesos, en la primavera de 711, llegó á reinar en Toledo una especie de fiebre anti-vascónica. Sisebuto y

Ebbas, hijos de Witiza, convertidos con general asombro en flamantes y desinteresados amigos del matador de su padre, pasaban tambien por entusiastas partidarios de la prosecucion de la guerra y conquista definitiva de los rebeldes iberos. La campaña vascónica era para ellos empresa de honra nacional, y forzosa, por lo tanto, áun en el caso de que no correspondiese á las esperanzas por todos concebidas.

—Mas no será así, decian al rey estos excelentes patricios: domaremos á los vascones, si no andamos con mezquindades; si emprendemos la guerra á muerte que hasta ahora no han querido hacer nuestros mayores; si vos, serenísimo Señor, vais en persona á dirigir las huestes, aunque nos quedemos acá sin un pedazo de pan, sin un soldado.

No sonaban mal semejantes discursos en los oidos del rey, más guerrero que político, valiente, ganoso de laureles, y resuelto como nadie á debelar á los vascones, por lo mismo que Witiza los habia tenido abandonados; y no disgustaban tampoco á los judíos, harto quebrantados con la muerte de su protector, y que instintivamente se arrimaban á la opinion de los hijos de su antiguo amigo, aunque los viesen figurar entre los primeros cortesanos de su verdugo.

Como quiera que fuese, se decretó la guerra, y tropas y más tropas, y municiones y bastimentos, fueron llegando á Calahorra, Victoriaco, Ologitum y Pamplona. Arietes, catapultas y otras máquinas de batir no eran necesarias, toda vez que los montañeses no tenian

más fortalezas que sus rocas y desfiladeros, si se exceptúa alguna que otra casa fuerte condecorada con el nombre de castillo, que sólo servia para evitar golpes de mano, no para larga defensa.

Eran los visigodos grandes militares, y sobre todo eminentemente organizadores, y tenian el ejército dividido en tiufadías ó regimientos de mil hombres, mandados por milenarios, quingentarios, centenarios y decanos, que correspondian á nuestros coroneles, comandantes, capitanes y oficiales. En el arma de caballería no reconocian rivales. Prepósitos ó generales de brigada mandaban varias tiufadías, y un prepósito general ó general en jefe, todo el ejército. El rey habia confiado este cargo á Pedro, gobernador de la provincia tarraconense y duque de Cantábria. Susurrábase, sin embargo, que este último puesto lo queria Eudon para sí, como retiro muy semejante á reinado feudal.

Dividíase el imperio visigodo en provincias tamañas como un mediano reino, y una de las mayores era la de Tarragona, que comprendia los Pirineos, del uno al otro mar, las fragosas sierras cantábricas, hasta confinar con Astúrias, y las riberas y valles del Ebro, desde su nacimiento, cerca del Océano, hasta su desembocadura en el Mediterráneo. Los gobernadores civiles y militares de las provincias, llamábanse duques; y el de la region pirenáica, que desde el tiempo de los romanos llevaba el nombre de Tarragona, su capital, ya en los tres últimos reinados se conocia con el título de Cantábria, sin duda por la cre-

ciente importancia del distrito occidental de region tan vasta, denominado Cantábrico por griegos y latinos.

Y como si todos estos preparativos no fueran suficientes, anuncióse la próxima marcha del rey á Vasconia con su brillante guardia pretoriana, á cuya cabeza, como conde de los Espatharios, iba Pelayo, hijo de aquel Favila, á quien Witiza habia destituido del ducado de Cantábria.

No quiso Rodrigo, sin embargo, ponerse al frente de la hueste, sin escudriñar, temerario y supersticioso, lo futuro. No dudaba del buen éxito de la campaña; pero eran tantos y tan diversos los consejos que se le daban, y las acusaciones que las parcialidades mútuamente se dirigian; tan harto estaba ya de oir hablar mal de todos, y de que se le echase en cara su confianza, siquier efímera, cuándo en unos, cuándo en otros hombres, que perdida la brújula en achaque de personas, se lanzó desatentado á regiones donde sólo supercherías ó malas artes podian tener cabida.

Habia en Toledo un antiquísimo palacio soterraño, que el vulgo creia encantado, y donde nadie se atrevia á entrar. Diz que allí se guardaba el secreto de lo futuro; pero que abrir la puerta y escaparse en tropel todas las calamidades, como de la caja de Pandora, todo seria uno. Por lo cual el palacio siempre estaba cerrado.

Rodrigo, determinado y audaz, se fué una noche al temeroso y solitario edificio, y sin curarse de candados y cerrojos, á hachazos hizo astillas la puerta. Tomó una tea, y entró

solo, pues nadie se aventuró á seguirle, saliendo al poco rato pálido y taciturno.

Despues de paso tan imprudente, llamó á su primo Pelayo, y á Pedro, duque de Cantábria, y grave, pero sereno y animoso, habló con ellos de la próxima campaña; y luego recibió la visita de Eudon, que debia de estar algo más enterado de lo ocurrido, y de quien esperaba por lo tanto alguna reprimenda.

Era el único hombre á quien temia; pero el rey habia imaginado ya la manera de contentarlo.

Entró muy respetuoso el jóven ministro en una cámara del Pretorio, nombre que daban al alcázar edificado por Wamba, en sitio ameno y de solaz, propio para aliviar la frente de la pesadumbre del gobierno, y halló al rey muellemente tendido en un triclinio, cerca de la mesa que tambien tenia este nombre, y en la cual brillaban copas y garrafas de oro con vinos generosos, que llenaban de fragancia el aposento.

Vestia Rodrigo túnica ó estringe de lana blanca y amículo de púrpura con profusion de anillos y brazaletes. Parecia mujer en el traje y afeites, y acababa de darle femenil aspecto blonda cabellera ensortijada y olorosa que le caia por hombros y espalda; pero su rostro era varonil, su mirada presta y soberbia, que alguna vez humillaba la supersticion, nunca la amenaza.

—Eudon, le dijo: mañana salgo para Pamplona con Pelayo y el duque de Cantábria: tú, con harto sentimiento mio, te quedas aquí, nombrado, además de conde de los Notarios, conde de las Largiciones y del Tesoro: te

quedas en mi lugar y haciendo mis veces, porque eres aquí necesario. No podria yo salir, si tu faltaras de Toledo.

—Y yo, serenísimo Señor, vengo á suplicaros que no os alejeis de la metrópoli. Quizás os vaya en ello el trono y la vida.

—No lo creas, amigo mio, exclamó Rodrigo sonriéndose: lo he consultado ya; nada podemos temer. El mal no ha de venir por aquella region de los Pirineos.

—¡Lo habeis consultado! exclamó el conde afectando sorpresa.

—No podia ser contigo; porque tú, como extranjero que sólo de oidas conoces á los vascos, no estás enterado de sus costumbres; pero gentes que los han visto de cerca, mi primo Pelayo, por ejemplo, hijo del pobre ciego que vive en Vasconia, me dice que su semblante es dulce y apacible; que visten sayo oscuro y van en cabellos, sin tocado ni armadura en la cabeza.

Eudon se quedó mirándole de hito en hito, como si dudase de su juicio, y luego fijó los ojos alternativamente en su rostro y las copas, sospechando alguna falta de sobriedad.

—Pero eso, ¿qué tiene que ver con vuestra marcha? ¿Qué importa en tan graves negocios, que los vascos vistan de esa ú otra manera?

Rodrigo se levantó, y acercándose al conde con aire entre familiar y misterioso, le dijo murmurando:

—Todo lo sé; lo he visto todo. Antes de emprender la guerra he querido entrar en el palacio encantado.

—¿Y qué?....

—Allí, segun la tradicion, están retratadas las gentes que pueden ser funestas al imperio de los godos.

—¿Y era cierto? ¿Las habeis visto? ¿Las conoceis ya?

—Pintadas están en lienzos guardados dentro de una caja, y al pié de esas imágenes de horrible catadura, leyenda roja, como de sangre, dice:—"¡Rey de los godos, guárdate del "fin! Por estas gentes se ha de perder Espa- "ña."—Ya estoy tranquilo; porque esas gentes, amigo mio, no son los vascos. Pelayo me los ha descrito, y no se parecen á las figuras que he visto dibujadas. Iré á los Pirineos, seguro ya de que allí me aguardan lauros, gloria y salvacion.

—Señor, yo soy tambien un tanto supersticioso, y me habeis hecho picar el cebo de la curiosidad. ¿No pudiera saber cuyos son los retratos de los malandrines del palacio encantado?

—Visten turbantes de colores y capotillos blancos, y tienen el rostro aceitunado, aunque de bellas y enérgicas facciones.

—Moros, vasallos vuestros de la provincia Tingitana. Podeis pedir el dinero al que os ha vendido esas profecías; pues acá, de balde sabemos que hácia la Bética está el peligro de España. A mayor abundamiento, el conde Teodomiro nos lo escribe todos los dias. ¿Y no habeis reparado si esos berberiscos con turbante y alquicel, se parecen un poco á los hijos de Witiza y al conde de la Tingitana? ¿No habeis visto entre esas pinturas el retrato de ninguna mujer?

—¡Eudon! exclamó el rey mortificado y sorprendido: ¿Qué quieres decir? ¿Por qué confundes á Juliano, de quien ya tenemos motivos de sospechar, con los generosos y leales príncipes que tantas pruebas de abnegacion han dado, olvidando la muerte de su padre y sometiéndose incondicionalmente á mi imperio? Ellos deudos de Wamba, ¿qué más pueden hacer que deponer sus ódios ante el peligro de España y unirse al rival linaje de Recesvinto?

Eudon se sonreia, cruzado de brazos, y mirándole de arriba abajo con verdadera superioridad. Rodrigo, despues de haber esperado en vano durante breves instantes su respuesta, prosiguió:

—¿Quién te ha dicho lo del retrato de esa mujer?

—Nadie: me lo figuro yo. Donde andan los hijos de Witiza, no deben de estar lejos las hijas de Eva.

—Conde de los Notarios, si otro que tú se hubiera permitido estas licencias.....

—Se habria perdido para siempre. Pero como soy yo, le contestó el ministro con acento tranquilo; yo, que os quiero como amigo, y estoy obligado á deciros siempre la verdad, vuelvo á suplicaros que no os movais de Toledo; que os olvideis por ahora de los vascos, toda vez que á semejanza de los francos llevan desnuda la cabeza, y que acudais á la Bética y al África, y dejándome hacer las paces con los iberos, me nombreis duque de Cantábria.

—¡A tí, duque de Cantábria!

—¿Por qué no?

—Lo serás, mas no ahora. Los duques de esa region, ó son príncipes, ó están casados con princesas de nuestra familia.

—Lo cual quiere decir que habeis pensado en desposarme con.....

—Con una de mis primas, en efecto, contestó Rodrigo, asombrado de la penetracion de su ministro. ¿Conoces por ventura á Ranimiro?

—Hay muchos godos de ese nombre.

—¿No has oido hablar del opulento tiufado de Pamplona, conde que fué de dos ciudades de la Vasconia?

—¡Oh! De ese Ranimiro, ciertamente. ¿Quién no le conoce?

—Su padre era hermano de mi abuelo Recesvinto.

—Él, por consiguiente, es tio vuestro.

—Gran soldado.

—Pero feroz, segun cuentan en Toledo. Ha hecho la guerra en los Pirineos por espacio de veinte años. Conoce á palmos el país conquistado, y más que ningun godo la tierra que todavía no hemos logrado dominar. Ha llegado en sus incursiones, hasta donde ni los romanos mismos se habian atrevido á poner la planta, y tiene casi tantas noticias de los montañeses como de los moradores de Pamplona y Victoriaco. Lo cual es más singular y peregrino de lo que á primera vista parece: porque de los vascos apenas sabemos más en Toledo, sino que de cuando en cuando se les conquista y vence, sin que se acabe nunca de vencerlos ni conquistarlos. Para la misma Vas-

conia gótica es un enigma todavía la Vasconia ibérica. Si preguntais por ellos al vulgo, no os contará más que fábulas. Y no lo extraño: desde luego el idioma vascongado carece absolutamente de semejanza y analogía con el nuestro, y no admite amalgama ni acomodamiento con el latino.

—Pero, Eudon, ¿de dónde sabes tantas cosas? le dijo el rey cada vez más asombrado.

—Pues si no supiera algo más que otros, ¿con qué títulos hubiera llegado al puesto que ocupo? Si no hubiese estudiado un poco las costumbres y guerra de los vascos, ¿cómo me hubiera atrevido á pediros que me hiciéseis duque de Cantábria, para lograr con mi política lo que no conseguireis vos, lo que no han podido conseguir los más afortunados predecesores vuestros con la fuerza de las armas?

—Es tarde, Eudon.

—Un poco tarde; pero aún espero llegar á tiempo. Vosotros, los hijos del Septentrion, lo habeis errado desde un principio.

—Sí, porque esos vascos que pelearon contra los romanos, paces hicieron al fin con ellos, y vivieron con ellos en buena armonía quinientos años.....

—Y sintieron su caida más que los latinos, añadió Eudon; y su amistad se acrisoló con la desgracia. De repente se vieron embestidos y saqueados por Reciario y los suevos, y creyeron que se les castigaba precisamente por la virtud de que podian estar más ufanos, por su fidelidad al amigo desdichado. Esta conducta debió de llegarles al alma, así como el verse humillados por gentes medio salvajes,

cuyos arreos contrastaban con la cultura y esplendor de los vencidos.

—Pero al cabo de tres siglos de lucha, no nos queda otro camino que el de la fuerza: ó domarlos ó destruirlos.

—¿Quién sabe?....

—Ese Ranimiro quizás, tan conocedor de los vascos, como tú dices.....

—Es el primero á quien teneis que arrancar de Vasconia. Vuestro tio ha dejado allá terrible fama. Pasa, con razon ó sin ella, por un tigre, por un mónstruo, incendiario, asesino de mujeres y niños.....

—¡Mi tio!

—Vuestro tio Ranimiro.

—Le quereis mal.

—No le conozco, no le he visto en mi vida. Tengo en mucho sus condiciones como militar, y áun sus dotes de hombre de Estado. Cuando trateis de darme un sucesor, no os olvideis de Ranimiro. Servíos de él; pero lejos, muy lejos de Vasconia: allí es la encarnacion del ódio de raza.

—Pero Ranimiro tiene una hija.

—¿Qué me importa á mí?

—Dama bellísima, prodigio de gracia y hermosura.

—Guardáos de ella, si es tan hermosa.

—¡Yo! ¡Yo la guardo hace tiempo para tí!

—¡Para mí! exclamó Eudon, sonriéndose por muy extraña manera.

—Y de este modo podemos, sin la menor violencia, hacer salir á su padre de Pamplona, y traerlo á Toledo, donde vivireis todos juntos en familia.

—¡Jamás! Si esos son vuestros planes, discurrid por otra parte.

—¿Por qué?

—Porque, aquí donde me veis, estoy desposado.

—¡Casado tú! ¿Con quién?

—Con una princesa.

—¿Griega?

—Tan griega como yo.

—Pero, ¿no sois bizantino? ¿No sois heleno?

—No.

—¿Romano ó latino?

—No.

—¿Ibero por ventura? ¿De las antiguas tríbus españolas?

—Tampoco. Sospecho que ni una gota de sangre tengo de su raza.

—Pues ¿quién eres, Eudon? ¿Quién eres tú?

—Un hombre de quien teneis necesidad, y que os necesita á vos: un extranjero que no ha nacido en vuestros dominios; proscrito, errante, sin pátria ni hogar, sin deudos ni amigos. Perdonad; un hombre que no desea tener más amigo que vos, si vos quereis honrarle como caballero.

El rey le tendió la mano en silencio. El conde de los Notarios prosiguió:

—Sois mi único amigo y tambien el único depositario de mi secreto, ó por mejor decir, de mi debilidad; porque yo quiero ser duque de Cantábria, y mi flaqueza consiste en habéroslo pedido. Ese ducado es toda mi ambicion.

—¿Por ventura no estás bien á mi lado?

—Señor, el padre de mi prometida esposa, á quien amo de corazon y de quien soy cor-

respondido á medida de mi deseo, no quiere darme su mano hasta verme nombrado duque de aquella provincia. Yo necesito presentarme al hombre altivo que, en son de burla quizá, me pedia ese ducado: yo necesito entregarle ese título, y decirle: —"Venga ahora la mujer que há tiempo me pertenece." Hasta entonces, señor, no soy nadie: tengo que ocultar el nombre de mi esposa; no puedo presentarla á la faz del mundo, ni revelar siquiera cuál es su familia.

—Pues bien, Eudon, yo te lo prometo: serás duque de Cantábria y morarás en el palacio de Amaya.

—¡De Amaya habeis dicho! exclamó turbado el conde de los Notarios.

El rey se sonrió.

—De Amaya, sí; le contestó, reprimiendo su maliciosa expresion: Amaya es ciudad patricia de los romanos, no lejos de las Astúrias, donde los duques de Cantábria tienen magnífico palacio.

—Acepto, pues, el palacio de Amaya.

—Para despues de mi vuelta de Vasconia..... Y ahora puedes retirarte, y hacer entrar de paso á Pedro, mi pariente, que está aguardando en la antecámara.

Retiróse Eudon, poco satisfecho de sí mismo, y un tanto receloso de la sonrisa del rey.

Entró Pedro, y Rodrigo sin más preámbulos le dijo:

—Pedro, ¿cuántos dias há que salísteis de Pamplona?

—Quince.

—¿Quedaba allí mi tio Ranimiro, con su hija Amaya?

—No; acababan de salir para el castillo de Cantábria.

—¿Dónde está ese castillo?

—Encima de Vária y de Lucronio; al pié de la cordillera que tambien lleva ese mismo nombre de Cantábria.

—¿Y á qué han ido allí?

—Han ido á pasar una temporada con Favila, padre de Pelayo, que vive retirado en aquel alcázar. Creo que Ranimiro quiere quedarse solo, por si le necesitais para la próxima campaña.

—¿Y en qué concepto tienes á Ranimiro como militar?

—Es un consumado capitan, y conoce como nadie aquella guerra.

—Y siendo así, ¿cómo no me lo has propuesto para conde de cualquiera de nuestras ciudades vascas? ¿No es por ventura de fiar como deudo y amigo nuestro?

—Lo es tanto, que sólo por leal le quitó Witiza condado y tiufadía, aunque por un descuido inexplicable, se olvidó de decalvarlo ó de sacarle los ojos. Pero tiene una gran falta para mandar en aquella tierra; porque es el hombre más aborrecido de los vascos.

—¿Por qué así?

—Ha sido, serenísimo señor, el godo que más hondamente ha penetrado en las montañas pirenáicas, llegando casi á cruzarlas, desde el Ebro hasta el mar. En una de las correrías de su juventud, allá por los tiempos de Egica ó de Ervigio, llevado en alas de la ambicion

ó de la venganza, avanzó temerario hasta la casería del gran patriarca de los vascos, tenida por ende en gran veneracion en todo ese país, y la entregó á las llamas: de manera que de tan respetable antigualla no quedó más que cenizas. Dicen tambien, pero me resisto á creerlo, que habia dentro de la casa una mujer que pereció abrasada.

—Es uno de tantos azares de la guerra, contestó tranquilamente el Rey.

—Pero funesto para Ranimiro, que desde aquel momento quedó imposibilitado de seguir otro sistema que el del terror. Viéndose detestado, la necesidad de hacerse obedecer le obligaba á exajerar los rigores, lo cual acrecentaba el ódio, no dejándole más recurso que la crueldad. Y, señor, el oficio de gobernadores no es el de los cometas, que sólo aparecen en el firmamento para amedrentar.

—Pero ¿es hombre tan severo, tan duro realmente, como de tus palabras se infiere? preguntó Rodrigo, clavando en el rostro del duque mirada escudriñadora.

Pedro contestó sin haberlo advertido:

—Es el hombre más bondadoso y apacible, y al propio tiempo el más fiero que he conocido. Dulce y cariñoso en el trato ordinario, implacable cuando se atenta á su dignidad ó la justicia; por la justicia y la dignidad lo sacrificaria todo, hasta su propia hija.

Calló el duque, y su augusto pariente quedó un rato como distraido, rumiando las palabras que acababa de oir.

—Afortunadamente para nosotros, exclamó levantándose del triclinio, en ademan de dar

por terminada la conferencia; si yo necesito á Ranimiro, no es para darle mando alguno en ese país de rebeldes, sino para..... para consultar con él y con vosotros mi plan de campaña.

—¡Gracias á Dios! exclamó Pedro: no podeis hacer mejor cosa. Porque ¿qué muestras de talento militar, ni de estudios estratégicos, han dado Sisebuto y Ebbas? ¿Qué saben ellos, ni el mismo Eudon, de vascos ni de Vasconia?

—Basta, Pedro: ¿quereis dejar en paz á mis amigos?

—Al paso que Ranimiro entró imberbe en la guerra, y de ella ha salido peinando canas.

—Pues bien, le consultaré mi plan, le oiré; para lo cual será preciso mandarle que vuelva inmediatamente á Pamplona.

—¿Solo?

—Con su hija. ¿No se llama Amaya?

—Amaya, nombre peregrino, que para los godos es el de una ciudad, y para los vascos significa *el fin*.

—¡El fin! repitió el rey pálido y con trémulo acento. Díle á Pelayo que les escriba. Quiero que hija y padre tornen á Pamplona, porque durante mi permanencia en aquella ciudad, he de hospedarme en su casa.

Pedro salió.

—¡En todas partes el fin! exclamó Rodrigo cuando estuvo solo. Pero en Vasconia nada puedo temer. Amaya, como dice Pedro, significa el fin de los vascos.





## CAPÍTULO II.

### DE LAS HERMOSAS VISTAS QUE TENIA EL CASTILLO DEL CIEGO.

Las tradiciones de Navarra y la Rioja nos hablan de un pueblo y castillo llamado Cantábria, en el cerro conocido con este nombre, orilla izquierda del Ebro, entre la antiquísima Vária, ciudad ya reducida á pobre aldea, á donde llegaban los barcos del Mediterráneo, y el barrio de Lucronio, hoy convertido en capital de provincia.

Como acontece con otras semejantes y áun más grandiosas poblaciones, apenas quedan de Cantábria restos ni vestigios; si es que tales no se reputan algunas simas abiertas á media ladera, que el vulgo, con desenfado que horripila al erudito, suele llamar obra de moros.

De todas maneras, pueblo y castillo de Cantábria, coexistiendo con la aldea que crecia, y la ciudad que menguaba, convertidos por su situacion en ciudadela de entrambas, no podian corresponder á la importancia del nombre histórico y regional con que se honraban, compartiendo el honor con la soberbia cordillera que sirve, hácia el Norte, de muro contenedor á las tierras altas de Alava, ó de magnífico cercado á los llanos y recuestos en que serpea el Ebro.

A este alcázar, construido, segun quieren algunos, por la familia de Pelayo, se habia retirado Favila desde que Witiza le sacó los ojos.

La brutal y abominable pena de la ceguera pasaba entonces como piadosa hasta cierto punto; porque sólo debia imponerse á los que, reos de muerte por delito de rebelion, eran indultados por gracia especial del monarca. Ponian las leyes esta cortapisa á la real clemencia, para que en ningun caso pudiesen los agraciados *ver* la ruina pública, en que de antemano se habian gozado. Y cierto que si tal era el objeto de la pena, el medio de conseguirlo no podia ser más adecuado y eficaz.

Pero tan bárbara limitacion de la régia prerogativa sólo servia á tiranos, como Witiza, para inutilizar á presuntos rivales, sin cargar con la odiosidad de haberles quitado la vida.

El retiro de Cantábria tenia para el duque la ventaja de ser uno de los rincones más distantes y olvidados de Toledo; de llevar el grato nombre de la provincia querida, donde aún

le quedaban casi tantos amigos como antiguos súbditos, y de estar enclavado en territorio de su antiguo mando. Pero al propio tiempo—¡amarga irrision de la suerte!—brindábale el castillo al pobre ciego con el punto de vista más bello y pintoresco que imaginarse puede: riquísima vega de viñedos, sotos, alamedas, huertas y olivares, cruzadas de Ocaso á Levante por el Ebro, con sinuosidades de otros rios tributarios, más abrigadas y feraces aún: campiña esmaltada de pueblecillos engarzados en vergeles, y circundada de variados picos y sierras que, á proporcionada distancia, le sirven, sin asombrarla, de marco más que de muro; y que, elevándose, ora suave, ora bruscamente, prestan al cuadro esa copia de reflejos, esa amenidad de tonos, esa gradacion de matices, azules, cárdenos y arrebolados, que bajo un cielo límpido y espléndido, difunden serenidad y alegría en el ánimo de quien más embargado por melancólicos pensamientos lo contempla.

Espectáculo inútil ya, placer perdido para el pobre anciano, que asomado á las almenas de Cantábria, tenia vuelto el rostro hácia la populosa Vária celtibérica ó la romana Lucronio, como si realmente esperase ver alguna persona querida en el puente de barcas que allí habia, hasta que San Juan de Ortega, á fines del siglo XI, principió á construir el de piedra que hoy subsiste.

Efectivamente, iba inclinándose el sol hácia las sierras de Toloño y San Lorenzo, cuando cruzaron el rio por Vária muchas y muy diferentes personas, que semejaban partida

de tropas, cabalgata, ó más bien, especie de caravana.

Formábanla grupos de soldados de caballería, pelotones de gentes á pié, y acémilas con sendos tercios á los lomos y siervas de diversas castas encima.

De pronto salieron del centro á la vanguardia, tomando la delantera á trote largo, un caballero y una dama, seguidos de dos bucelarios, al mismo paso, pero á cierta respetuosa distancia.

Eran, como el lector se habrá figurado, Amaya y Ranimiro.

Desde que comenzó á susurrarse en Pamplona la proximidad de la nueva campaña y la venida del rey, dispuso el tiufado y magnate godo trasladarse á Cantábria, para acompañar y defender al padre de Pelayo durante la guerra. De esta manera tambien, si el monarca, su deudo, queria confiarle el mando de algun cuerpo de ejército, quedaba con más desembarazo para aceptar, dejando á Amaya, que no tenia madre, á la sombra de su anciano y respetable tio el duque Favila.

Con esta idea, que Ranimiro procuró esparcir entre próceres, seniores, gardingos y tiufados de Pamplona, para que á nadie chocara su ausencia del presunto cuartel real; tomó hasta dos docenas de bucelarios, libertos así llamados por la *buccea* ó bocado que recibian de su señor, y se dirigió por Ologitum á Vária, con bien armado convoy, y nada escaso número de siervos y siervas.

Nadie extrañó tan dispendioso modo de viajar. La poca seguridad de los caminos lo

exigia, y el lujo á que estaban acostumbrados los godos les obligaba á tanto aparato. Ringunda, prometida esposa de Recaredo, venia á España con cincuenta carros de equipaje, cuatro mil personas de servicio, y caballos con frenos de oro y riquísimos jaeces; pero aunque Amaya no iba á casarse, patricia y tan de sangre real como la hija de Fredegunda, no pudo prescindir de seis pajes, otras tantas doncellas, amen de los siervos inferiores y escolta de bucelarios.

El traje de Ranimiro indicaba desde luego su categoría de prócer.

Las hordas germánicas, vencedoras del romano imperio, se dejaron conquistar muy presto por los vencidos. Roma, señora del mundo, pudo ser sumergida en la barbárie; pero la civilizacion cristiana, señora de Roma, flotaba en aquel diluvio. Idioma, religion, artes y ciencias, todo lo recibieron y mendigaron los hijos del Báltico de aquellos á quien venian dispuestos á exterminar. El traje fué lo primero que los invasores abandonaron. Mas como no haya costumbre que al ser trasplantada no degenere, al cabo de algunos años, la legislacion ni era goda ni romana. Virgilio y Ciceron hubieran menester de intérprete para entender el latin de aquellas gentes, y la vestimenta y arreos militares, aunque traian á la memoria los del imperio, olian, si es permitido hablar así, á las pieles á medio curtir de las tríbus del Caspio.

Llevaba el prócer casco circular de hierro con fajas de oro que remataba en punta, y en vez del coselete romano de correcto dibujo, coraza de escamas con vuelos de tosca malla,

género de armadura que estaba entonces como en ensayo. De la cintura al pié, las famosas bragas ó pantalones germánicos, con fajas cruzadas que descendian hasta la planta.

Pendíale de los hombros capa de púrpura, que sujeta al pecho con broches de oro, más que el manto consular de la república, semejaba el *caracala* que empezó á usarse en tiempo del emperador á quien dió nombre. Brillaba tambien el oro en los brazaletes con que terminaban las mangas del sayo de lino, y en las groseras figuras y tachones del peto y escudo. Las armas ofensivas eran espada pendiente de cinturon de cuero, la *cateya* teutónica, lanza corta que servia tambien de dardo arrojadizo; y en contrapeso del redondo escudo, colgado de la silla, iba al opuesto lado el hacha terrible de dos filos llamada *francisca*, por haberla usado los francos.

Aparentaba tener de cuarenta á cincuenta años de edad: era rubio, de temperamento sanguíneo, mejillas encendidas y ojos azules, que no denotaban ciertamente la ferocidad que godos y vascos le atribuian. Largo el cabello, le colgaba en doradas guedejas sobre los hombros, formando los *granos*, pequeños rizos entonces á la moda; pero traia la barba esmeradamente afeitada á navaja, segun estilo de los ricos, pues los siervos y gente pobre se la cortaban á tijera.

Su hija, de diez y ocho á veinte abriles, no se parecia á su padre, puesto que blanca y sonrosada, tenia ojos y cabellos negros como el azabache. A no ser por el traje, cualquiera la hubiese creido española originaria.

Vestia manto de púrpura con fimbria de oro, que á la sazon tenia alzado por la necesidad de atender al caballo y al camino, túnica blanca y cinturon recamados, brazaletes de rica hechura y del más precioso metal.

Cabalgaba en hacanea color de perla, con freno dorado y bridas rojas, y en la seguridad con que iba sentada, conocíasele la costumbre de montar y correr á caballo. Paño oscuro forrado de ricas pieles le cubria los piés.

El traje de los bucelarios consistia en túnica corta de lana burda, casco de hierro y bragas sujetas con tiras de cuero, cruzadas desde los piés hasta la cintura; eran sus armas, arcos, flechas, cateyas y escudos redondos y pequeños, á modo de rodelas.

Ni amos ni criados gastaban estribos.

—Allí está Cantábria: allí el castillo, entre cuyas almenas diviso á nuestro tio. ¿Lo vés? preguntó Ranimiro á su hija, indicándola con el brazo tendido la figura del anciano duque, que iluminada por el sol del ocaso, y vagarosa á la sazon, se destacaba en el cielo esplendente y arrebolado.

—Sí, le veo, exclamó Amaya. ¡Pobre tio! ¡Cuánto daria yo porque él pudiese decir otro tanto!....

Y se anublaron los compasivos ojos de la dama.

—Pues ya nos han conocido; porque nos saluda agitando un lienzo blanco.

—Corramos.

La jóven puso al galope su briosa jaca, caminando Ranimiro á par de ella, cuando lo

permitia la anchura de la senda, que iba ganando la cumbre, entre viñedos y olivares.

Llegaron á las puertas del alcázar donde Favila los estaba ya aguardando.

Ranimiro se apeó de un brinco, soltando las riendas en manos de un bucelario, y se fué al lado de Amaya, que se arrojó al suelo, sin tocar apenas los hombros de su padre.

Ella fué la primera que abrazó á Favila, cubriéndole de besos en silencio.

Ranimiro hizo luego otro tanto.

Imposible les fué pronunciar palabra alguna, fuera de exclamaciones entre sollozos escapadas; porque el aspecto del nobilísimo y bondadoso anciano sin ojos, desgarraba el corazon.

Favila más sereno, les consolaba y distraia adrede, haciéndoles pensar en cosas triviales consiguientes á su arribo.

—Mira, Amaya, decia: esta casa está sin ama; tú tienes que serlo desde ahora, y disponerlo todo.—Ranimiro, que cuiden de los caballos, que vienen jadeantes.—Nunilo, esperad aquí la escolta y los equipajes. Y nosotros, hijos mios, vamos adentro, que harta necesidad tendreis de descansar. Ven aquí, Amaya; dáme el brazo, y comienza á ser desde ahora el báculo de mi vejez.—¿Qué sabeis de Pelayo? exclamó de repente: ¿podeis darme noticias de mi hijo?

—Si, tio, sí, le contestó la dama: mi padre ha recibido mensaje suyo de Toledo.

—El ingrato no se acuerda de mí, exclamó Favila, en tono de dulce reconvencion ó de cariñosa envidia. Pero no importa que me ol-

vide por pensar en vosotros. Es lo mismo. Hija mia, ya estamos delante de tu cuarto, y aquí te esperan mis siervas. Quédate, que ya te suplirá tu padre.

Tio y sobrino entraron en otro aposento, y Ranimiro resolvió desde luego hablar al anciano duque, con más franqueza que á los nobles y magnates de Vasconia.

Apenas se quedaron completamente á solas, sentáronse el uno junto al otro para suplir por el tacto el vacío de la vista, y el tiufado se explicó con breve y perentorio acento:

—Vengo aquí, no cual me dejé decir en Pamplona para prepararme á servir al rey, sino á buscar asilo contra nuestro augusto deudo.

El duque se conmovió sorprendido.

—Pues qué, ¿será capaz de amenazarte á tí, príncipe como él de la familia de Chindasvinto, y como él perseguido por Witiza? ¿Dejará de honrarte siquiera como debe?

Ranimiro guardó silencio.

—Aunque esto último, prosiguió Favila, no tenia necesidad de preguntarlo, toda vez que al cabo de algunos meses de reinado, en el mismo abandono en que te dejó nuestro verdugo, te estoy viendo.

—No; no me persigue, contestó con cruel ironía Ranimiro; no me amenaza, ni me tiene en olvido nuestro serenísimo deudo. Meses ha tardado en acordarse del conde de Pamplona; pero algo se ha de dar al beleño de la prosperidad, cuyos letargos suelen ser eternos. Al cabo de ese tiempo, se ha dignado pensar en mí, ó por mejor decir, en mi hija.

—¿En tu hija?

—Sí, señor; en Amaya.

—Pero, ¿la conoce siquiera?

—Ha preguntado qué edad tiene, si es bella, si está casada, y segun parece, quiere venir á Pamplona á conocerla.

—¿Ha muerto quizá la reina Egilona?

—Esa es la misma pregunta que yo me hice: pregunta que antes que yo debió de hacerse á sí propio algun otro prócer deshonrado; repuso con amargura el sobrino de Favila.

—¡Ranimiro! tornó á exclamar el pobre viejo, alzándose bruscamente del sitial, y expresando con su inquietud y acento la indignacion que trataba de ocultar con sus palabras; y tanto mejor la expresaba, cuanto más hacia por encubrirla: Ranimiro, eso que sospechas es cavilosidad tuya, resabio de nuestros tiempos. Somos malos, pero todos recíprocamente nos hacemos peores. El rey, segun dicen, pudiera darnos mejor ejemplo; pero..... ¿ha visto Rodrigo á su prima, por ventura?

—Jamás, respondió el tiufado. Pero..... á vos, y sólo á vos puedo y debo decirlo: Amaya es hermosa; es, perdonad mi debilidad de padre, realmente bella.

—Sí, hombre, sí: todo el mundo lo dice: maravilla de hermosura. ¿Qué necesidad tenia de ser tan hermosa siendo tan buena?

—Ninguna; pero tiene necesidad de ser aún más buena que hermosa.

—Es verdad; no sé lo que me digo. Todo lo dá Dios, y cuanto más nos dá, más tenemos que devolverle. Por algo habrá dotado con tal munificencia á nuestra Amaya.

Ranimiro se quedó mirándole con profunda intencion, y despues de breve silencio, como quien hace esfuerzos sobre sí mismo, prosiguió:

—Pues bien, tio: su fama ha llegado á Toledo, y no sé quién, ni con qué objeto (pues hay en esto algun misterio), al ver al rey decidido á venir á Vasconia, le ha sugerido la idea de fijarse en Pamplona, y le ha recordado el nombre de su prima, inspirándole deseos de contemplar de cerca esa que vos habeis llamado maravilla.

Favila, ya más tranquilo, porque los arrebatos de un viejo duran poco, volvióse á sentar, y dijo:

—Discurramos con calma, Ranimiro: Amaya es prima del rey; no hay misterio alguno en que éste quiera verla: por el contrario, desaire seria, y piedra de escándalo y rompimiento, que yendo á Pamplona y viviendo tú en la ciudad, dejase de honrar como es debido á princesa de su propia sangre.

—Teneis razon, duque de Cantábria, y no sé qué replicaros; sólo os diré que se me encarga sacarla á tiempo de Pamplona, salvando todas las apariencias de fuga, y procurar que no llegue á verla el rey.

—¿Y quién ha sido ese amigo tan celoso del honor de tu hija, y de tanta autoridad para tí que ciegamente le obedeces? preguntó el ciego alarmado.

—Un prócer del reino, el conde de los Espatharios, vuestro propio hijo.

—¡Pelayo! exclamó con júbilo Favila, gratamente sorprendido.

—Pelayo, el primo de Amaya, repitió el tiufado mirándole atentamente para adivinar por su semblante la causa de tan franca y súbita alegría.

Presumiendo el ciego que era su rostro objeto de aquella investigacion, bajó la cabeza, y así permaneció algun rato, reponiéndose de su primer involuntario movimiento.

—Dices bien, Ranimiro, le dijo poco despues: hay aquí un enigma, que á todos nos importa descifrar. ¿No sospechas tú algo?

—Como podeis figuraros no pienso en otra cosa hace muchos dias, y recelos y sospechas me acosan de todos lados. He visto que el rey, que se rebeló contra Witiza en nombre de la dignidad ultrajada por los escándalos y licenciosas costumbres del tirano, ha caido inmediatamente en parecidos excesos, y he sospechado que algunos miserables políticos tratan de distraer á Rodrigo con locas y criminales aficiones, para aplacar la ira de algunos nobles afrentados: como si las fieras de los Pirineos fuesen ménos temibles que las toledanas.

—¿Es posible? preguntó el ciego murmurando.

—Pero es tambien posible, y quizás más probable, añadió el tiufado, alzando la voz, y dándola cada vez más energía, creciendo al parecer su conviccion á compás de su discurso; es más probable que ni áun esa desdichada mira se lleven los autores de tan abominable intriga: yo lo supongo todo resultado de la vasta, aunque todavía latente conspiracion que estoy viendo, digo mal, que estoy barruntando hace dias en el imperio godo.

—Explícate, Ranimiro, habla claro, hijo mio, dijo Favila removiéndose impaciente en su sitial de cuero.

—Tio y señor, exclamó el magnate visigodo, ¿no ha llegado á vuestra noticia que hace poco más de medio año desembarcó Tarif, bárbaro africano de la secta de Mahoma, al frente de cien ginetes árabes y cuatrocientos berberiscos, y recorriendo las costas de la Bética, destrozó impunemente el litoral, tornando al Africa cargado de cautivos y despojos?

—Algo de eso oí; aunque llegan tan lenta y tortuosamente las noticias.....

—Y sobre todo, á vos, que vivís en el cerro de Cantábria como en nido de cándidas palomas. Pues bien, añadió Ranimiro, todo era cierto.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con mi sobrina Amaya?

—Escuchadme. Vos, que habeis mandado tantos años en esta provincia, y militado bajo la enseña del inolvidable Wamba; vos, que conoceis la podredumbre del imperio mal cubierta con la corteza de nuestro lujo, ¿creeis que estamos en el caso de acometer á los vascos, cuando los africanos han aprendido á pasar veloces y repasar triunfantes y repletos el Estrecho?

—Convengo en ello, Ranimiro; y en pensar así no haces más que corresponder á tu renombre de capitan: esta campaña me parece imprudente.....

—Temeraria, añadió el prócer, concebida por conjurados, inspirada por traidores. Escuchadme: oid con calma; no os movais de vues-

tro asiento. ¿Quién ha sugerido al rey el pensamiento de activar la guerra?

—Yo supongo que la rancia costumbre de comenzar á reinar escarmentando á los vascones.

—No; porque Rodrigo al coronarse en la basílica imperial, ni se acordaba siquiera de vascos, ni de Pirineos. No; porque ningun motivo, ningun flamante pretesto han dado al rey los montañeses para hacer incompatible la tregua disimulada, ó guerra flojamente proseguida, con nuestra dignidad de señores, con nuestra altivez de godos. Pues bien, ¿quién ha metido al rey tan fuera de sazon en los dispendios y azares de las futuras y nunca en mayor escala intentadas empresas militares? ¿Quién? Los hijos de Witiza, asesino de vuestro hermano Teodofredo. ¿Quién? Sisebuto y Ebbas, ayer enemigos y hoy en apariencia reconciliados, no sé por arte de quién, con el destronador y verdugo de su padre. ¿Quién ha trazado el plan de la próxima campaña? Sisebuto y Ebbas. ¿Con qué objeto, despues de habernos esquilmado con tantos tributos y levas, tratan de arrinconar el poder militar de España en los valles del Pirineo?

—Pero ¿no manda en la Bética Teodomiro? ¿No tiene allá huestes para rechazar las hordas del desierto? preguntó Favila.

—Sí, allí está nuestro indomable y bizarro amigo; allí queda con una manga de mil y quinientos ginetes: y á fin de que ni áun ese puñado de hombres mandados por un leal, estorbe á la traicion, se les deja entregados al alfanje berberisco, alejando del Bétis los cien

mil soldados que tan inútil como intempestivamente se nos vienen encima.

—¡Oh! Pero áun dado que tuvieses razon, yo no sé que Amaya.....

—"Amaya, dice el aviso, y el aviso, no lo olvideis, viene de vuestro hijo Pelayo; debe retirarse de Pamplona á Cantábria antes de que Rodrigo exprese su pensamiento de ir á esa, de fijar ahí su cuartel, y quizás de hospedarse en vuestra casa. Hacedlo pronto, sin vacilar; hoy antes que mañana, porque mañana os habrá comprometido el rey y será tarde."

—¿Eso dice mi hijo?

—¡Eso! ¿Quién ha revelado á Rodrigo el nombre de mi hija Amaya, cuya existencia dudo que le fuese conocida? Por mi génio retraido, por amor á la soledad, he vivido lejos de la córte, como simple particular, sin enterar á nadie de cuándo me he casado, ni de la hija que á Dios he debido.—¿Con qué objeto han hablado al rey de que en Pamplona tiene un deudo llamado Ranimiro y una prima jóven, moza y bella?—¡Ah! En ese diabólico rasgo descubro precisamente la fina urdimbre de la conspiracion. El ejército godo, áun encajonado en los valles del Pirineo, pero á las órdenes de un capitan como Pelayo, puede revolverse, sacudirse, lanzarse sobre los vascos y tornar airoso á Toledo, antes que los ocultos enemigos del rey hayan tenido tiempo de destronarlo; el ejército leal los arrollaria entonces sólo con el prestigio de la victoria. La conspiracion quedaria disipada por los mismos vientos que los conjurados

habian querido sembrar. Pero esas mismas huestes, á veinte ó treinta jornadas de la provincia Bética, Cartaginense ó Lusitana; al mando de un Aníbal que convierta en Cápua á Pamplona, y..... Pero, ¡más vale guardar silencio: más vale no pensar en ello siquiera!

Calló el tiufado. La ira empañaba y enronquecia un poco su garganta, y no quiso continuar. El hervor de su pecho, y de cuando en cuando algun leve suspiro, era lo único que Favila llegaba á percibir.

Este arrimó aún más su sitial al de su sobrino, y á tientas le cogió una mano, que retuvo paternalmente entre las suyas.

—¡Oh, tio! exclamó entonces Ranimiro con un sacudimiento eléctrico que el ciego duque sintió de rechazo: ¡si yo llegase á conocer un dia al fraguador de tales enredos!....

Y se contuvo otra vez, conociendo que acababa de cometer una falta.

Al hombre más valiente hubiera aterrado en aquel momento su mirada.

Contra lo que su reputacion de duro y severo prometia, era Ranimiro de aspecto dulce y apacible. Sus ojos, reflejando con abandono los habituales sentimientos de su hermoso corazon, parecian afables y bondadosos, su cuerpo siempre derecho, su frente nunca abatida, ni por la bajeza, ni por el remordimiento. Naturalmente pulcro y esmerado en el vestir, ni áun en los momentos de mayor familiaridad ó distraccion, ni áun en su sueño, prescindia de la modestia y compostura. Era, si podemos expresarlo así, cortés consigo mismo. Siempre con benévola sonrisa en

los lábios, sin violencia y sin estudio, y con el oido siempre atento á las palabras y deseos de los demás; parecia haber nacido para complacer á todos, con olvido completo de sí propio.

Pero sobre la benevolencia descollaba en su pecho el amor á la justicia; sobre la dulzura, la dignidad. Parecia imposible que aquellos ojos bondadosos supiesen mandar soberanos y fulminar inexorables; que aquella voz que vibraba de placer y cariño, hiciese de pronto extremecer con severo y á veces terrible acento. Y Ranimiro no se esforzaba para aterrar, ni se descomponia nunca con la soberbia: era imponente con tanta naturalidad como cortés, y quizás el secreto de su severidad que avasallaba, estaba en la fuerza de su calma que atraia. ¿No es ésta la fascinacion que ejerce el mar sobre nosotros?

Pocas veces se le habia visto tan agitado como en la ocasion presente. Él, que llevaba el amor paterno hasta la debilidad, acababa de sentir el dardo en lo más delicado de su corazon. Pero se contuvo: amaba á su hija, mas no idolatraba en ella: rugia de cólera ante el agravio; pero no estaba seguro de él y temia ser injusto.

El anciano padre de Pelayo, para acabar de tranquilizarle, contestó:

—Nosotros los ciegos, en la soledad y silencio de las tinieblas, vemos más claro que vosotros que flotais en piélagos de luz. Como nada nos distrae en nuestra perpétua noche, nada nos impide valernos de los ojos del alma, más perspicaces que los de la carne. Así,

pues, creo ver en la ocasion presente, mejor que tú. Por extraña que la flamante empresa de Rodrigo nos parezca, no hay todavía suficientes motivos para achacársela á nuestros antiguos enemigos, los partidarios del monarca destronado. Y si no, ven acá, Ranimiro: ¿cómo es posible que, siendo obra de diabólicas conspiraciones la próxima campaña contra los vascos, no la haya rechazado mi hijo?

—Pelayo, respondió el conde con firme, pero ya más sosegado acento, Pelayo es verdadero soldado. Probablemente no habrá sido consultado por el rey acerca de la oportunidad de la guerra, y no ha podido, ni debido dar opinion que no se le pedia. Conde de los Espatharios, capitan de la guardia pretoriana, de los primeros defensores y guardadores del monarca, su obligacion es ir escoltándole y sirviéndole á donde quiera que vaya. El puesto del conde es siempre al lado del rey.

—Pero ese nuevo duque de Cantábria, prepósito general del ejército.....

—No hablemos de él; leal, pero sencillo, debe de estar un poco desvanecido con el cúmulo de honores que le ha caido encima tan de improviso. ¿Prepósito general de la hueste un hombre como Pedro? A trueque de honra tamaña, bien puede devorar en silencio la humillacion de recibir planes de guerra ajenos, y quizá forjados por sospechosos amigos del rey.

—¿Y Eudon? ¿Qué me dices de Eudon, hijo mio? Ese no es militar, ni viene aquí con mando, repuso Favila, como quien presenta un argumento sin réplica.

—¿Y quién es Eudon? preguntó Ranimiro con una mirada, en que otra vez se descubria la fiera.

—Eudon es conde de los Notarios, y áun creo que de las Largiciones tambien.

—Conde de todo lo que quiera. ¿Y qué?....

—Como tal lleva el peso de la gobernacion y justicia en todo el reino. Él debe de saber mejor que nadie si en efecto se conspira.

—¿Conoceis personalmente al misterioso magnate? tornó á preguntar el tiufado.

—No.

—Ni yo tampoco.

—He oido encarecer su clarísimo entendimiento, celebrar su sabiduría.

—¿Y su lealtad?

—Indubitable; á él le debe Rodrigo el trono.

—Y al trono de Rodrigo le debe Eudon riquezas y condados. ¿Sabeis su orígen?

—Es griego.

—¡Griego! exclamó Ranimiro con amargura. Pues qué, ¿no hay ya godos en España? ¿Es posible que de Bizancio tengan que venir los condes y ministros de la cúria (córte), á la tierra de los Leandros é Isidoros, á la pátria de Suintila y Recaredo? ¿No tuvo que arrojar Leovigildo á los griegos de la Bética? ¿No los desbarató despues nuestro amigo Teodomiro? ¿No ha escarmentado Rodrigo en el rey Wamba? ¿No hay quien le recuerde la historia de Paulo, el griego? Tambien él vino del Oriente; tambien logró fascinar en poco tiempo al honrado monarca toledano; tambien se convirtió en privado suyo, y por am-

buestas se apoderó de los empleos y honores del imperio. ¡Para rebelarse luego en la Narbonense contra aquel á quien era deudor de todo cuanto tenia! ¡Para coronarse allí!....

—Pero Eudon.....

—Perdonad, tio, que os interrumpa. Sé lo lo que me vais á decir, porque me lo estaba diciendo ya mi conciencia: de que Eudon sea griego como Paulo, no se sigue que, como Paulo, sea traidor. Puede ser bizantino y leal, y no debo de acusarle, y cierto no le acuso por su raza: no dudemos de él sin fundados motivos. Iba á confesarlo, como correctivo á mis palabras. Pero tengo que añadir que en esta ocasion no me dejo llevar de antipatías de linaje, ni de acerbos precedentes, sino de no sé qué íntimas razones ó tenaces presentimientos.....

—Explícate, Ranimiro.

—¿Me negareis que se está conspirando contra el rey, y no sé si diga, contra la pátria? ¿No sabemos todos que conspirar es ya la única política de los brutales, si quereis, pero nobles y altivos visigodos? ¿Que como de monarca á monarca, saltamos de conjuracion á conjuracion? ¿Que los romanos ibéricos nos aborrecen á los godos, y nosotros á los romanos, y los judíos á romanos y godos, y los vascos y celtíberos á godos, romanos y judíos? En este hormiguero de guerras intestinas, en este constante hervor de mútuos rencores, en este subir al trono degollando, para caer degollados á los pocos dias, ¿nos queda otra manera de vivir que conspirar, siquiera para que no nos saquen los ojos ó nos sieguen el

pescuezo nuestros camaradas y comensales? Pues bien, se conspira, y es temeridad insigne en tiempos como éstos, agotar las fuerzas vivas de la pátria para inutilizarlas en campañas inoportunas: se conspira, y el conde de los Notarios debe de saber quién y cómo: y si no lo sabe, es un nécio que no merece el puesto que ocupa; y si lo sabe y deja que los conspiradores lleguen al logro de sus miras, es su cómplice ó su cabeza.—Ahora vos me direis si Eudon debe ser contado en el número infinito de.....

—Eres implacable, Ranimiro.

—Con los hipócritas y taimados.

—No tenemos ni pruebas, ni fundados motivos para sospechar siquiera de un hombre como Eudon, que al fin y al cabo, sin asombro, ni extrañeza de nadie, aunque extranjero, es el primer ministro del rey.

El prócer godo, poniendo cariñosamente la mano en el hombro de su tio, se le quedó mirando con una sonrisa que el pobre ciego no podia adivinar.

—Duque de Cantábria, le dijo con dulcísima y respetuosa voz, me confieso vencido por vuestra virtud. Yo, al veros ciego y sin ojos, no pude conservar la serenidad de juicio necesaria para discurrir con calma y rectitud sobre ciertas materias; pero vos, que no me veis, y que para no verme habeis sido bárbaramente atenazado, sois el defensor de todo el mundo, principiando por nuestros verdugos.

—¿Y sabes por qué, Ranimiro? le contestó Favila, con tono casi infantil, y movimientos

tan sencillos como candorosos. ¿Sabes por qué? No es todo caridad, sobrino; es por quitarme un peso de la conciencia.

—¡Vos!

—Sí, yo; porque sospecho que la culpa de todas tus cavilaciones la tiene mi hijo.

—¿Pelayo? ¿Por qué?

—Si él no te hubiese dado aviso de que salieses con Amaya de Pamplona guardándola de Rodrigo, ¿habrias recelado tú lo que recelas, te hubieras perdido en ese golfo de imaginaciones en que te veo zozobrar?

—Probablemente no.

—Pues bien, en tus discursos, en tus juicios y presentimientos te dejas arrastrar á la exageracion por el cariño paternal; y Pelayo, en sus temores, se desliza sensiblemente á la injusticia, por el fraternal amor que profesa á su prima.

—¿A Amaya? dijo el tiufado murmurando, con mal seguro acento.

—A Amaya, á quien conoce há tanto tiempo, y contempla como la perla de la familia. A su prima, á quien ama entrañablemente como un hermano.

Ranimiro callaba.

—Desengáñate, sobrino; celos todo: celos de padre en tí, celos de hermano ó de primo en él.

Y el tiufado seguia callando.

¡Oh! ¡Si Favila hubiese podido ver su rostro, resplandeciente de júbilo, aunque siempre tan respetuoso, como si el anciano le estuviese contemplando!

—Duque de Cantábria, exclamó por fin, no tratando de disimular la profunda conmocion

de su ánimo; estoy satisfecho y os quedo reconocido.

—Pues yo no: yo quiero que acabes de hacer justicia á todo el mundo. Vivimos en tiempos misérrimos, y señal de ellos es el ambiente de temores, sospechas, y torva y mútua desconfianza en que nos agitamos. No hay amigo para amigo, ni hermano para hermano, ni padres para hijos: todos recíprocamente nos creemos ó vendidos ó dispuestos á la traicion. Ranimiro, pensando más cristianamente, nos equivocaremos ménos. ¿Por qué has de tener tan mala opinion del rey tu sobrino?

—Señor, porque su conducta.....

—No es buena, te lo concedo. Pero, ¿porque una vez haya sido detestable, ha de ser siempre mala? ¿No ha podido preguntar por tu hija, por su prima Amaya, con la honesta y benévola intencion de..... de casarla?

—¿Con quién?

—Eso no te lo podré decir sin más datos; pero sus preguntas acerca del estado, edad y figura de Amaya, trascienden á proyectos matrimoniales, nada extraños en quien, al fin y al cabo, es cabeza de toda la familia, y por primera vez trata de honrar la casa de una prima suya, moza casadera. ¿Con quién piensa casarla, me preguntas? ¡Qué sé yo! ¡Quizá nuestro sobrino piensa y quiere lo mismo que..... lo mismo que su tio!

—¡Que sus tios! exclamó Ranimiro lleno de gozo.

—Sus tios, eso es. Porque teniendo á su lado á mi hijo, y tratándose de damas como Amaya, llena de virtudes, de talento, de gra-

cias, ¿en quién ha de pensar el rey sino en su primo hermano, en su más próximo deudo?

—¡Oh! no os dejeis llevar de vuestra bondad. Si fuera como decís, ¿no lo habria conocido Pelayo? Y sospechándolo siquiera, ¿habia de escribirme tan alarmado?

—Efectivamente; pero tú no conoces á mi hijo: cuando se trata de la pátria, sigue sus consejos, respeta sus corazonadas; pero en negocios, por decirlo así, domésticos, haz más caso de cualquiera que de él. De todos modos, si yo me equivoco pensando bien, tendré el sentimiento de haberme equivocado; mas no el de haber pensado mal antes de tiempo. Pero, Ranimiro, ahora sí que puedo decir con toda verdad, que estamos echando la cuenta sin la *huéspeda*.

—Perded cuidado, que por la huéspeda no fallará.

—¡Ah! ¿Con que tú me respondes de Amaya?

—Como de mí mismo.

—¿De veras?

—Amaya guarda todavía entero su corazon. Ni yo he tratado de inclinárselo hácia ningun hombre, ni ella lo ha rendido á nadie hasta ahora. Tan buena hija es, y en tan alta estimacion tiene á Pelayo, que una mirada de éste y una indicacion mia, bastarán para decidirla. Pero suspendamos, si os parece, la conversacion: va á estallar mi pecho de alegría.

—Bien está, sobrino, tiempo tenemos de departir sobre ello. Ahora vete, quítate esos arreos militares, y cenaremos luego todos juntos; que me está devorando el ánsia de oir y tener á mi lado á nuestra hija.

—Sí, pero acerca de nuestro proyecto, ó por mejor decir de nuestro deseo, guardad por ahora profundo silencio.

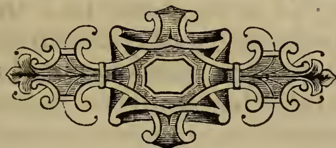
—¿Por qué?

—Porque podemos equivocarnos: equivocarnos, si no lo llevais á mal, acerca del rey; equivocarnos acerca de Pelayo.....

—¿Y de Amaya?

—Acerca de esa, no. Su corazon está libre y exento de toda impresion de amor. Pero no la conoceis bastante todavía, y sobre todo, no me conoceis á mí. Es preciso que yo repare una falta que he cometido con vos: tenemos que hablar despacio. Dejadme elegir el momento oportuno para contaros una grande y principalísima parte de mi historia.

Tal fué la primera entrevista de los dos próceres visigodos, en el castillo de Cantábria.





## CAPÍTULO III.

### MÚSICA DE LOS GODOS, LETRA DE LOS VASCOS.

LAS últimas razones de Ranimiro eran para dar en qué pensar al hombre ménos caviloso; pero el bueno del duque ni las rumiaba, ni recordaba de ellas, al parecer, sino la especie de que no conocia bastante á su sobrina; pues sin duda para conocerla y estudiarla, y áun decorarla, no la dejaba, como vulgarmente se dice, ni á sol ni á sombra.

Ya supondrá el lector que en semejante ocupacion, persecucion siquier, y asedio, no se columbraba sombra de temor y desconfianza: era el placer del niño que no acierta á separarse de lo que le gusta, y come con sus juguetes sobre la mesa, y duerme con ellos bajo la almohada. Si no podia gozarse el pobre ciego contemplando aquel rostro modelado por

la bondad para inspirar amor á lo bueno, resplandeciente en gracia y hermosura, para que la Suma Perfeccion fuese alabada; percibia como nadie y saboreaba con singular embeleso todas las virtudes de Amaya, la fortaleza de su ánimo, la delicadeza de sus gustos, la claridad de su entendimiento, la ternura y pureza de su corazon.

—¡Que no la conozco á fondo!.... exclamaba entre dientes, cuando estaba á solas.—Cierto, porque su bondad es insondable. Pero ya sé que está libre de todo peligroso afecto; que no ama á nadie, sino á Dios, á su padre y á mí.—¡A mí tambien! ¡Bendita sea!

Para colmo de su felicidad, entre las gracias de Amaya, sobresalia el talento de la música.

Favila, despues de su ceguera, habia mandado construir un hermosísimo salterio, con ánimo de distraerse en las eternas horas de soledad y tinieblas; mas á pesar de haber sido aficionado en su juventud, y de la paciencia proverbial del ciego, poco, muy poco habia adelantado. ¡Figúrese el lector qué hallazgo, qué regalo y consuelo no seria para el pobre anciano aquella huéspeda que cantaba como un ángel, y tañia con primor, sin cansarse nunca de tañer y cantar para complacer á su tio!

Así trascurria el tiempo, veloz como estrella errante que cruza el cielo sin nubes; así pasaron algunas semanas en el castillo, como un ensueño infantil.

Una tarde de primavera, Amaya cantaba acompañándose al salterio, ó más bien, daba leccion, porque su padre era su maestro.

Sentada delante del instrumento en sencilla trípode de baqueta, se habia puesto dediles de oro con puas de marfil, para herir las cuerdas metálicas con la debida fuerza y sin lastimarse.

Repasaba á la sazon un himno de Conancio, distinguido, entre los compositores españoles del siglo VII, por la dulzura de sus melodías.

Su padre, mústio y taciturno los primeros dias, estaba en pié á su lado, más afable y tranquilo que nunca. Conocíase en la serenidad y firmeza de su mirada, que despues de haber luchado largo tiempo consigo mismo, acababa de tomar alguna grave resolucion que ponia término á grandes preocupaciones del ánimo ó sobresaltos de la conciencia.

—Más despacio, Amaya, exclamaba. ¡Te entusiasmas con una facilidad!....

—Hombre, déjala á su aire, se atrevió á decirle su tio, que retirado un poco para oir mejor, no perdia nota.

—Es que la música religiosa debe cantarse en tono muy pausado, y saboreando la letra. De lo contrario, como dice nuestro grande Isidoro hispalense, se asemeja á la afeminada canturía de los teatros.—Por cierto que los visigodos podemos enorgullecernos con maestros tales como Leandro, Conancio, Juan y Bráulio de Zaragoza, Julian y Eugenio de Toledo. Todos obispos y poetas, y áun estoy por decir, que todos santos.

—¿Y músicos? preguntó Amaya.

—Músicos además de compositores de versos; porque si fuésemos á recordar los visigo-

dos únicamente distinguidos en la poesía, no acabaríamos tan presto.

—Y por el gusto de escucharte, nos privaríamos de oir cantar á Amaya, que es uno de mis mayores placeres. Y esta tarde, por más que digas, Ranimiro, está de vena. ¡Lástima que no la oyese mi hijo!....

Animada con el elogio del anciano y la seguridad de que así le complacia, Amaya volvió á comenzar el himno de Conancio, dejándose llevar de la inspiracion.

Con tan excelentes propósitos, tocando estaba el preludio meramente instrumental; mas de repente, sin dejar de tañer, volvió atrás la cabeza, y dirigiéndose al duque, le dijo:

—¿Y no os gustan los cantos vascongados, tio?

Su padre no pudo reprimir un ademan de sorpresa.

—Con tal de que sea música, y cantada por tí, me gustan todos los cantos, hasta los de piedra berroqueña, contestó el anciano sonriéndose.

Sonrióse tambien la hija del tiufado, más que del juego del vocablo, de la satisfaccion que denotaba el chiste, y se puso á cantar el himno.

Ranimiro, pensando en la extraña pregunta de su hija, parecia distraido, y no la dijo nada.

—Muchacha, exclamó el duque levantándose, no quiero encarecerte cómo has cantado; porque no hay elogio que equivalga al silencio de tu padre.—¡Eh! ¿Qué tienes que replicar, maestro gruñon y descontentadizo?

—No lo ha hecho mal, contestó el tiufado. ¡Cuando ella quiere!....

—¿No habeis oido nunca los cantos montañeses? preguntó Amaya á su tio.

—Ignoro, hija mia, si esos bárbaros tienen otra música que la de alaridos salvajes y cuernos, que les sirven de trompas en la batalla.

El tiufado, despues de mirar á su hija, y de registrar en sus ojos hasta el fondo del corazon, quedó tranquilo, y dijo murmurando para sí:

—No es ella, no; es Dios quien lo dispone y quiere abrirme el camino. He hecho bien en resolverme á romper el silencio. Dejémonos llevar por la corriente.

Y luego, alzando la voz, añadió:

—Pues en la aficion á la música y en cierta predisposicion natural para la poesía, es lo único en que se parecen los vascos á los godos. Esos que veis tan rebeldes, indómitos y montaraces, dejados en paz, en libertad y á su modo, forman pueblo de niños que se divierte cantando y bailando en las praderas.

—¿Quereis que os cante alguna de sus canciones? añadió Amaya, animada con la presunta aprobacion de su padre.

—Sí, mujer, sí: no sólo quiero, sino que te lo suplico. Eso, si la visigótica severidad de mi sobrino lo consiente, dijo Favila sonriendo. Porque tienes fama de implacable y atroz contra los vascos.

—No creo, contestó Ranimiro en el mismo tono, que por zorcico más ó ménos, lleguen á hacerse sospechosos á los godos, ni el duque Favila, ni el tiufado Ranimiro. Pero supues-

to que vas á cantar una cancion cualquiera, escógela de las antiguas: que no turbe el placer de oirte, la negra imágen de la presente guerra.

—El canto de Aníbal, si os parece.

—Es bellísimo, y va contra los romanos que fueron tambien enemigos nuestros.

—¡El canto de Aníbal! exclamó el duque. ¿Qué es eso?

—Cuando el cartaginés Aníbal se dirigia contra Roma, tuvo que salvar los Pirineos, firmando paces y alianza con estos montañeses, algunos de los cuales quisieron acompañarle en la expedicion, y se incorporaron á la vanguardia. Cruzaron las Gálias y los Alpes; pero al llegar á Italia, cuando más encantados debian de estar en aquellas feraces y floridas campiñas, y ciudades maravillosamente ricas, cata que los vascos se acuerdan de sus valles, y le dicen al capitan de Cartago, adormecido con las delicias de Cápua: "Aníbal, nosotros nos vamos de aquí: no podemos vivir más tiempo lejos de nuestros bosques."

Este es el argumento de la cancion.

—Muy bello. Pero ¿es posible que los bárbaros conserven memoria de tan antiguos sucesos?

—¡Memoria! exclamó el tiufado, sonriéndose con cierta melancolía: en el pueblo vasco no se extinguen nunca los recuerdos. Dejaria de existir esa raza, si llegara á perder la tradicion.

—¡Ea, pues!.... dijo el duque, dirigiéndose con voz de ruego á su sobrina: cántanos la cancion de los tiempos de Aníbal.

—Allá voy, tio, contestó Amaya; pero como es la primera vez que vais á oir con atencion y á juzgar quizás de la música vascongada; para el debido conocimiento de causa, teneis que enteraros del singular artificio de estos poemas. Si no, tal vez extrañeis cambios de tono, que pudieran pareceros bruscos é inmotivados. Os hablo así, querido tio, porque sois muy entendido en música.

—Es claro, dijo Ranimiro, interrumpiéndola con dulce malicia: ¡como que siempre te está elogiando!

—Prosigue, hija mia, y no hagas caso de tu padre. ¿Qué artificio es ese de las canciones vascas?

—Comienzan, respondió Amaya, por un preludio que no tiene al parecer conexion alguna con el asunto de la cancion. Es unas veces el recuerdo de cualquier acontecimiento que llame la atencion pública; es otras un quejido del corazon, una lágrima dedicada á la memoria de personas queridas, ausentes ó difuntas, ó cosa por el estilo. Despues de este preludio, que parece concedido al cantor para desahogo de sus afectos personales, entra la cancion guerrera, histórica ó de cualquier género que sea; concluida la cual, viene el remate, que se enlaza con la alusion, la queja ó los amores del principio.

—¿Y cómo explicas tú eso, hija mia? preguntó el ciego: porque alguna razon ha de tener; por algo habrá llegado á convertirse en regla.

—Eso yo no lo sé, contestó la niña; pero nos lo explicará mi padre.

—Algunas veces he pensado en ello, dijo Ranimiro; porque, como tendré que deciros luego, tanto Amaya como yo, hemos oido con harta frecuencia canciones de la montaña. Yo creo que el entusiasmo, el calor de la inspiracion no vienen de repente: el horno tiene que calentarse poco á poco, y todo preludio es fuego que templa y pone en el grado necesario el corazon para recibir al Génio que desciende de lo alto. Cuando cantor y poeta se hallan ya como saturados del estro, como arrobados por la exaltacion, cantan sin temor; y cuando han concluido, vuelven en sí, dirigen los ojos al objeto que les sirvió de reclamo para atraer al númen, y le consagran un recuerdo de gratitud.

—Perfectamente explicado, exclamó Amaya, mirando á su padre con orgullo: y no puede entenderse de otra manera. Ahora oid, tio; escuchad, padre; y queden mudas de asombro las sierras de Cantábria y Codés, que tenemos enfrente, al percibir los ecos que van á salir por las ventanas del castillo de Favila y Ranimiro.

Y se sentó nuevamente al salterio, con el entusiasmo que se trasluce en sus palabras.

Despues de algunos compases de música lánguida, comenzó la cancion, de cuya inimitable sencillez y energía no pueden ser tra sunto los siguientes versos:

Pájaro de dulce canto,
¿quién te retiene cautivo?
Há dias que tus gorjeos
no resuenan en mi oido.

Y no hay hora, no hay instante
que con ayes y suspiros,
no recuerde aquellos ecos,
regalo del pecho mio.

—Este es el preludio, dijo la dama, volviendo tan rápida como graciosamente el rostro hácia Favila, y traduciéndole la introduccion.

—¡Precioso, bellísimo! exclamó éste; pero ¿quién ha de adivinar que de aquí brota la cancion de Aníbal?

Amaya, por toda respuesta, pasó del tono lánguido del zorcico al más enérgico de las narraciones y leyendas, y prosiguió:

Pasó un dia el africano
delante de nuestros riscos;
nos vió, y dijo á nuestros padres:
—«Valientes son vuestros hijos.»
Y era verdad, y á nosotros
que probárselo quisimos,
nos habló:—«Voy contra Roma,
busco á vuestros enemigos.»
Los mancebos contestamos:
—«Aníbal, vamos contigo;
pero llévanos delante,
y te abriremos camino.»
Y á la hora en que se acuestan
las mujeres, nos partimos,
callados, por no turbar
su dulce sueño á los niños.
El mastin de los rebaños
no aulla en torno al aprisco,
pues cree que al punto volvemos,
al vernos salir tranquilos.

Pasan dias, pasan noches
lejos del valle nativo,
noche y dia combatiendo
por el africano amigo.
El Ródano atravesamos,
más que el Ebro enfurecido;
cruzamos luego los Alpes,
más que el Pirineo altivos.
Y de allí como un torrente,
vencedores descendimos
á las campiñas de Italia,
y á sus vergeles floridos.
Palacios de oro encontramos,
mujeres hermosas vimos;
pero ni damos por ellos
nuestra cabaña al olvido,
Ni valen aquellas hembras
con sus joyeles y hechizos,
lo que mi madre y mi hermana,
y el amor del pecho mio.
Dícenme que á Roma vamos,
donde el oro corre á rios.....
¿Qué importa? ¡Que se harten ellos!
Yo por mi valle suspiro.
Yo quiero ver á la hermosa
que me guarda su cariño,
y mi tierra está muy lejos,
¡y el tiempo es largo y sombrío!

—Tio, dijo Amaya: aquí termina el poema; pero el compositor se acuerda de su pajarito, y como ha dicho mi padre, no quiere dejar el instrumento sin dedicar un recuerdo á los afectos que le trajeron la inspiracion. Oid el remate:

Pájaro de dulce canto,
cántame así de contino.
Más desdichado que yo
nadie en el mundo ha nacido.
Perdí la hermosa á quien amo,
perdí mi valle nativo.
Nunca, nunca cesarán
de llorar los ojos mios.

—¡Oh! ¡Magnífico! Soberanamente cantado, exclamó Favila, levantándose, y yendo hácia Amaya, que se adelantó á recibirle, temerosa de que tropezara.

Favila al sentirla cerca se arrojó á sus brazos.

En aquel punto resonó debajo de las ventanas, que daban al campo, un grito alegre, gutural, vibrante y prolongado, que parecia superior al aparato eufónico del hombre.

Era el clamor de los montañeses que todavía resuena en las romerías del país y en momentos de entusiasmo popular; famoso grito en que algunos vascófilos descubren hasta la raíz del nombre éuscaro de Dios, tres veces repetido, como en honor de la beatísima Trinidad. Diríasele la voz de las montañas que se eleva al cielo para aclamar á *Jaungoicoá.*

—¡Los vascos! exclamó Amaya, desprendiéndose espantada y sobrecogida de los brazos del anciano.

—Los vascos: dices bien, hija mia, la contestó tranquilamente su padre; porque ese grito, de un solo hombre, jamás queda sin eco en esta tierra.

Y en efecto, á lo lejos, otro grito igual, aun-

que más debilitado por la distancia, resonó entre los olivares y viñedos de la llanura.

—¡Callad! prosiguió Ranimiro.

Y todos se quedaron escuchando.

Y mucho más lejos, cerca ya de los primeros estribos de la cordillera, los tres godos creyeron percibir ténue, muy ténue, ese clamor simbólico, característico de los montañeses.

—Puedes quedar satisfecha, Amaya, añadió su padre: ese aplauso que te tributa un vasco vagabundo al pié del cerro de Cantábria, de eco en eco va dilatándose por todo ese solar, y como las ondulaciones de un lago, sólo en las orillas irá á desvanecerse.

—Verdaderamente, contestó la cantora, que era para estar orgullosa, si el aplauso no fuera tributado á la cancion nacional, á la antigüedad, á la tradicion que parece encerrar el espíritu vascongado. Para que comprendais el mérito del poema, añadió Amaya dirigiéndose á su tio, concluiré de traducíroslo.

Cuando hubo acabado de explicarlo, exclamó el anciano duque de Cantábria:

—Pero, ¿es posible que nosotros los godos, que no nos preciamos de cultos, y que tan celosos somos de nuestra independencia,—testigos vándalos, hunos y suevos,—hagamos la guerra á gente tan sencilla, que ningun mal nos haria si la dejásemos en paz?

—Les hacemos la guerra muy justamente, contestó Ranimiro, con aquel aire de severidad que hacia cambiar por completo su fisonomía: nosotros vencimos á los romanos, y los romanos habian vencido á los vascos: si los primeros se sometieron á nuestra ley, los últi-

mos forman parte de los vencidos y quedan á merced del conquistador.

—¿Qué piensas tú de esto, sobrina? le dijo el duque, adivinando que el silencio de Amaya sólo al respeto era debido.

—Yo creo, contestó tímidamente la dama, que los vascos se establecieron en los Pirineos occidentales, sin tener que desalojar á ningun sér viviente más que á las fieras. Para hacer prados, principiaron por incendiar los bosques de los valles y hondonadas. No sé si fueron ó no conquistados; pero si he de atenerme á sus canciones, paces hicieron con Roma, sin que, en rigor, ni unos ni otros pudieran llamarse vencedores ni vencidos.

—Veo, hija mia, la dijo Favila con dulzura, que sabes defender á nuestros enemigos.

—Instintivamente, contestó la dama, me pongo siempre de parte del débil. Pero soy goda ante todo y sobre todo, y por serlo tan de corazon, quisiera ver á los de mi raza más... no sé cómo decir, más altivos y magnánimos; quisiera verlos amigos de los montañeses, como lo fueron los romanos.

—¡Imposible! exclamó Ranimiro: eso pudo ser en otros tiempos, por ventura; fué mi esperanza y mayor deseo en vida de tu madre: hoy, la luz y las tinieblas podrán antes unirse y amalgamarse, que godos y vascos.

—¡Quién sabe!.... dijo murmurando Amaya: y se quedó pensativa.

—Tio, prosiguió Ranimiro, sin parar mientes al parecer en las imaginaciones en que la vió sumergida: acabais de oir que vuestra sobrina es ante todo goda, y de veras lo ha

dicho, porque es hija mia; pero ha podido añadir algo que por mí ha omitido.

—¿Pues qué?

—Ha callado que tiene algun mérito en ser tan decidida por los godos; porque la mitad de su sangre es vascongada.

Amaya salió de sus distracciones al oir aquellas palabras, y se irguió en su asiento.

El duque exclamó, levantándose como lanzado por fuerte sacudida:

—¡Amaya, vascongada! ¡Tú..... de la sangre flavia! ¡Tú! ¿Qué estás diciendo?

—Lo que no he dicho á nadie hasta ahora. Os lo anuncié el dia en que llegamos á Cantábria: no nos conoceis todavía ni al padre ni á la hija. No sabeis una parte de mi historia, que por grandes y poderosos motivos he ocultado á todo el mundo. Pero he resuelto al fin revelárosla hoy: es ya preciso. Mi reserva me traia inquieto y desasosegado. Causábame cierto empacho, y áun remordimiento, guardarla con vos, que sois el patriarca de nuestra familia, y que tantas y tantas pruebas de cariño nos habeis dado, y nos queríais dar, amado tio.

Y al pronunciar estas últimas frases con melancólico acento, tomó el conde una de las manos del ciego, apretándosela por modo particular, para hacerle comprender el verdadero sentido de sus razones.

El duque le contestó de la misma manera; y uno y otro quedaron, al ménos, satisfechos de haberse entendido.

—Habla, Ranimiro, que yo de antemano te agradezco la confianza que me dispensas.

Amaya se levantó para marcharse.

—¿A dónde vas? la preguntó su padre.

—Me retiro, si me dais permiso.

—No, hija mia, le contestó el conde con dulzura; algo sabes de lo que voy á referir: ya es tiempo de que nada ignores. Has dejado de ser niña, y es preciso que, así como he procurado esclarecer tu entendimiento y dirigir tu corazon desde la edad más tierna, no olvide mis deberes cuando ha llegado para tí la edad de sentimientos nuevos.

Amaya se ruborizó, bajó los ojos y se sentó otra vez.

Su pecho se agitaba con el orgullo de verse por vez primera tratada por su padre como mujer, y el vago temor que la infundia la solemnidad de las revelaciones que iban á romper el misterio de su nacimiento.

Desechando, sin embargo, como criminal hasta el miedo que inspira lo desconocido; aquella criatura tan generosamente inspirada de grandes afectos, dijo:

—Sólo quiero que me digais lo necesario para enseñarme á defenderos con razones, ya que hasta ahora os he defendido con el corazon.

Favila, entre tanto, parecia absorto y abatido.

—¡Vascongada! exclamaba murmurando. Pero, ¿no eres tú?....

—¡El azote de los vascos, sí!

—¿El incendiario de?....

—¡Del caserío de Aitor!

—¡Eso, no! exclamó Amaya con santa indignacion.

—¿El qué?....

—Proseguid, tio, contestó Ranimiro con amarga sonrisa: el que hizo perecer dentro del venerando edificio á una mujer.....

—¡Eso, no! tornó á decir su hija.

—A una mujer recien parida, con la criatura en los brazos.....

—¡No, no! ¡y mil veces no! repetia Amaya como fuera de sí; pero con la conviccion más profunda, con fé ciega en la rectitud y nobleza de su padre.

—Haces bien, Amaya, haces bien en sostener la verdad. Ahora, como tú lo deseas, te enseñaré á demostrarla, á confundir á mis calumniadores godos ó vascos.

Y Ranimiro la estrechó contra su corazon, y la besó en la frente, sentándose luego como rendido bajo la inmensa pesadumbre de recuerdos que á todas partes le habian seguido, y de calumnias que hasta entonces habia despreciado.

Repuesto un poco de su turbacion, dijo al anciano:

—Duque de Cantábria, sois mi superior en dignidad, en edad, en todo, hasta en desdichas, y eso que no creo haber sido yo muy venturoso: vais á ser mi juez, sólo mi juez, no mi deudo y amigo. Escuchad.

Favila quiso hablar.

En aquel momento echó como nunca de ménos la falta de sus ojos.

Pero ni pudo ver, ni derramar una sola lágrima, ni pronunciar una palabra.

Fué á coger la mano del antiguo conde, y se encontró con la de Amaya; la apretó y la estrujó contra su corazon.

—Escuchad, repitió Ranimiro.

Y habiendo bajado la cabeza Favila en señal de anuencia, comenzó el tiufado su relato de semejante manera.





## CAPÍTULO IV.

EN QUE EL TIUFADO COMIENZA Á CONTAR SU HISTORIA.

Siendo vos, hace veinte años, duque de la provincia tarraconense, y yo conde de Victoriaco, puesto al frente de mi tiufadía para no dejar en paz á los vascos de lo interior; estaba siempre acometiendo empresas, ora á la faz del sol, ora nocturnas, asaltando la tierra baja y haciéndola sentir cotidianamente los trabajos y molestias de la guerra, llevando á sus inaccesibles y casi ignorados valles, noticia de la existencia y pretensiones de los godos.

"Situada la ciudad, erigida por Leovigildo, á la falda meridional del jigante Gorbea, cuyas vertientes de Ocaso y Norte se pierden en el mar; mis incursiones no habian pasado de la cumbre, ó más bien, de la línea diviso-

ria de las aguas que de allí se reparten el Océano y el Mediterráneo."

—Y era cuanto yo te habia encomendado, Ranimiro, dijo á la sazon Favila, interrumpiéndole: y eso por conocer tu arrojo y aficion á temerarias aventuras, en las cuales nadie habia ido tan lejos como tú, ni despues te ha superado nadie.

—"Yo, sin embargo, no estaba satisfecho, prosiguió diciendo Ranimiro, y con poca gente, sin ánimo de empeñar combate, y sólo por tantear el terreno y tomar, como quien dice, posesion de la tierra que dá cara al mar; salí de Victoriaco una mañana y llegué hasta las márgenes de un rio que corre al golfo Cantábrico, y donde moran ya tríbus apenas conocidas.

"Dí señal de retirada, y al volver los exploradores, me trajeron una jóven del país, moza de cabello corto, blanco tocado, traje florido y de brillantes colores.

"Tomáronla mis bucelarios por espía; mas un poco de reflexion bastaba á desmentirlos. ¿Cómo habia de espiar nadie á los godos en parajes donde no los esperaba nadie, y hasta la sazon no habian puesto los piés?

"Por otra parte, bastaba mirarla al rostro, bellísimo por cierto, para comprender el candor y sencillez de aquella pobre niña.

"La expresion de su fisonomía me pareció extraña, sin embargo. Denotaba más alegría que temor: parecia contenta de hallarse entre nosotros, y miraba atrás con desconfianza y miedo quizás de sus perseguidores. Esto por un lado, y por otro su infantil asombro al ver

nuestros grandes corceles y espléndidos arreos militares, añadia nuevos encantos á su hermosura, que tenia el suave y místico resplandor de las cosas celestiales.

"Esta, dije para mí, es una pobre niña sorprendida en la montaña, tal vez extraviada en los bosques por su mismo afan de buscar aturdidamente el camino, ó perseguida acaso por alguna fiera; pues que allá son inverosímiles los salteadores. Lo mejor será llevarla con nosotros hasta encontrar un caserío, y dejarla segura en él.

"Apenas los soldados la dieron á entender que yo era caudillo y señor de todos, se vino á mí desalada, como buscando amparo y proteccion, y exclamando:

—"¡Yo, cristiana! ¡Yo, cristiana!

"Y sacando del pecho tosca crucecita de madera, sin duda hechura de sus manos; la besaba con fervor y uncion angelicales, y me miraba con suplicantes ojos.

"Contestéla en nuestro idioma latino, que nosotros tambien éramos cristianos como ella; pero no me entendia.

"Sólo la afable expresion de mi semblante, la suavidad que naturalmente debia de tener mi acento, y el respetuoso beso que dí tambien á la cruz; debieron de hacerla comprender al punto la diferencia de mi trato al de los soldados, y persuadirla á poner en mí toda su confianza.

"Arrimábase á mí, no sin miedo al brioso caballo, cuyas sacudidas, que no llegaban á escarceos, la hacian retroceder, y señalándome la peña de Gorbea, repetia:

—"¡Cristiana! ¡Cristiana!

"Su voz era argentina, conmovedora y privilegiada.—La misma, la misma voz, duque Favila, que acaba de resonar en este aposento con la cancion de Aníbal.

"Llevaba yo, como sabeis, algunos años en Vasconia, donde tenia tierras y casas; sabia algunas cuantas frases y palabras sueltas en vascuence; y de tan escaso caudal me valí para indicarla que todos éramos cristianos, que tuviese confianza en mí, que la dejaria en libertad desde luego en aquel monte, ó si allí no, donde más quisiese.

"La jóven, llena de júbilo al oirme chapurrar su propio idioma, me replicó:

—"Yo soy cristiana de corazon, nada más; pero quiero serlo como vosotros, ¡aunque me cueste la vida!

"Fué lo único que la entendí; porque animada sin duda por la fé, por la divina gracia que resplandecia en su semblante; siguió explicándose con entusiasmo y calor, fatales para mi escasa práctica en el vascuence.

"Adivinando, sin embargo, en gestos y miradas algo de lo que me decia, la pregunté:

—"¿Quieres un sacerdote?

—"Sí, sí; uno de vuestros ancianos.—¡Bautismo! añadió de repente, con verdadera alegría, por haber topado al fin con esa palabra latina, en cuya busca andaba su memoria hacia rato.

—"¿Quieres venir á Victoriaco para que te instruya un monje y te bautice? la pregunté.

"La jóven, trasportada entonces de júbilo, exclamó:

—"¡Sí, sí! ¡Ese precisamente es mi único deseo!

"Y tan pronto besaba la cruz, como miraba al cielo, y queria tomarme la mano, y se retiraba medrosa al menor movimiento del ya impaciente corcel que yo montaba.

"Dispuse que cabalgara en la hacanea de uno de los ginetes; pero lo rehusó con muy gracioso gesto: y para probarme que no lo habia menester, echó á correr pecho arriba, y andando siguió constantemente, sin quedarse atrás.

"Así entramos casi de noche en la ciudad, y la llevé en seguida al convento de religiosas, para que permaneciese en él todo el tiempo que fuera necesario.

"Cierto monje que sabia vascuence, por haber servido mucho tiempo parroquias de lo interior de Vasconia; me acompañó al dia siguiente á ver á la presunta catecúmena, y se enteró en breve de su historia y sus deseos.

"Llamábase Lorea, era pagana, y pertenecia á familia de fanáticos gentiles, que la habrian hecho pedazos, si hubiesen presumido que trataba de abandonar la religion de sus mayores."

—Pero ¿hay todavía idólatras en ese país? preguntó Amaya, que escuchaba el relato con un interés que nadie como ella podia sentir, comprendiendo desde luego de quién se trataba.

—Los vascos, hija mia, contestó el tiufado, no son idólatras, ni lo han sido nunca. Antes de convertirse al cristianismo por la predicacion de San Pablo, San Saturnino, San Fermin y otros apóstoles; seguian la religion natural,

primitivamente revelada, adorando á un solo Dios, espíritu puro, creador y *Señor de lo alto*, como lo llaman, sin ídolos ni altares. No te diré que en sus ritos y leyendas religiosas no se haya deslizado alguna supersticion; pero en el fondo, tenian la fé de los Patriarcas anteriores al diluvio.

Yo creia tambien que ya no quedaba un solo vasco sin bautizar; pero el monje me enteró de que en lo más fragoso de las montañas pirenáicas, habia familias que rechazaban el cristianismo como novedad y cosa extranjera, contraria á la tradicion; en una palabra, por mal entendida exaltacion patriótica, por fanatismo ibérico.

A una de esas familias, á la primera y principal de todas, pertenecia Lorea.

—¡Madre mia! exclamó la dama profundamente conmovida.

Y llevó á sus lábios un brazalete de oro con medallon ovalado, besándolo con veneracion y ternura.

—Ese nombre vascongado, tio y señor, prosiguió diciendo Ranimiro, ha hecho recordar á vuestra sobrina que lleva un brazalete con tosca crucecita de oro, y esta leyenda vasca: *Amaija dá asieriá* [1]. "El fin es el principio." Por eso sin duda ha besado la cruz cincelada en bajo relieve.

—Por eso, y porque este brazalete con fiel trasunto de la tosca cruz de madera, de que

1 Esta frase es del dialecto vizcaino. *Amaija* se pronuncia *Amaya* con un poco de fuerza en la *y*, que es tan dulce en lábios guipuzcoanos. En este dialecto *asieria* es *asierá*, y *amaija* es *asquena*, *atsena* y *ataendea*.

nos acabais de hablar, ha pertenecido á mi pobre madre.

—Y por ella fué mandado hacer á un platero judío, de los más hábiles que han pasado por aquí de Toledo á la Aquitania.

Favila lo examinó al tacto, lo llevó tambien á los lábios con respeto, aunque con mal disimulada pena, y lo devolvió á su sobrina.

Ibase relajando, á pesar de todo, la tirantez en que por algunos momentos estuvo la situacion de nuestros personajes.

—"La jóven vascongada, continuó diciendo Ranimiro, que veia cristiana á casi toda su raza, sintió en el corazon llamamiento sobrenatural, ánsia viva y eficaz de abrazar la religion verdadera; pero no se atrevió á comunicárselo á nadie.

"Esto necesita una explicacion.

"Era Lorea huérfana de padre y madre, y la mayor de tres hermanas. Llamábanse las otras, Amagoya y Usua. Como primogénita, ejercia verdadera autoridad, y una especie de sacerdocio entre las familias no bautizadas, y áun cierta soberanía en todas las siete tríbus, sin distincion de cristianos ni gentiles."

—Explícate, sobrino, exclamó Favila, dándose al fin á partido; porque esa bendita criatura me va interesando sobre manera.

Lo que, sin conocerlo quizás, le interesaba al noble anciano, era el incremento y gallardas proporciones que iba tomando aquella figura, que aparecia en escena, pobre niña abandonada en los bosques, y habia ido creciendo, creciendo hasta el punto de poderse llamar reina de los vascos.

Se conocia que el bueno del duque, á pesar de haber sabido que la esposa de Ranimiro fué del nunca bien recibido linaje ibérico, no desechaba todavía la idea de casar á su hijo con Amaya; y que si la mezcla de sangre le habia disgustado, no le parecia tan mal que lo que Amaya perdiese de goda, de princesa lo ganara.

El tiufado contestó:

—Os lo diré, tio, y tú tambien, Amaya, vas á oirlo por primera vez: Lorea pertenecia al linaje de Aitor, como todos los vascos; pero descendia del primogénito del gran patriarca éuscaro, siendo sucesora directa y heredera de su nombre, bienes y casa solariega.

En ésta, segun la tradicion, vivió el primer vasco que llegó á los Pirineos con siete hijos varones, cabezas de sendas tríbus, en que se dividieron los pobladores de las montañas.

—¿Y por qué se llaman vascos ó vascones? preguntó Favila.

—Ellos entre sí se denominan *escualdunac*, y dan á su region el nombre de *escualerria*, que significa tierra del *escuara* ó vascuence. *Vascos* equivale á montañeses, y nosotros hemos tomado esta voz de los romanos, por más fácil para nuestros lábios. Pero montañeses y vascos, todo es uno.

—Prosigue.

—"La tríbu primogénita, y más que nadie, la familia, propiamente dicha, de Aitor, heredera de Aitormendi, ha sido siempre tenida en veneracion supersticiosa: en esa confederacion de repúblicas y señoríos que se extien-

de del Adur al Ebro, del mar Cantábrico á los ingentes picos del Pirineo; la casa del patriarca reinaba moralmente y ejercia, en cuanto cabe, la suprema autoridad de esa religion sin templos, pontífices ni sacerdotes. Los ancianos mandan las juntas ó consejos; pero el primogénito de Aitor, viene á ser el anciano de los ancianos.

"Extinguida la línea masculina del heredero, cetro, sacerdocio y suprema autoridad pasan íntegros á las hembras; á la hija mayor, primero, y á los hijos de ésta".....

El ciego volvió instintivamente el rostro hácia Amaya, como si quisiera observar el efecto que semejante declaracion producia en su sobrina.

—"A los hijos de ésta, repitió Ranimiro, varon ú hembra, despues de la madre; ó si la madre moria sin sucesion, á sus hermanas, de mayor á menor, es decir: de Lorea á Amagoya, y de Amagoya á Usua.

"Lejos de sufrir menoscabo la majestad al trasmitirse á las hembras, se engrandecia y abrillantàba; porque en opinion vulgar, una de esas hembras, legítima heredera del solar de Aitor, ha de ser reina, reina de veras, con cetro y corona como nuestros reyes de Toledo, y rica, inmensamente rica, para que pueda verificar la transicion de humilde casera al trono de".....

—¿De dónde? preguntó impaciente el duque.

—Eso no lo sé, ni creo que lo hayan dicho los profetas vascongados, contestó Ranimiro, que ya habia recobrado la serenidad hasta el punto de sonreirse.

—Prosigue, sobrino, y perdona que te interrumpa: no sabes tú con cuánto placer te escucho.

—"Por estos antecedentes, podemos ya comprender el heroismo de la jóven Lorea. Sus dos hermanas menores se habian casado con dos mozos paganos oriundos de la misma tríbu: Amagoya con Basurde, Usua con Lartaun de Butron. Estas tres familias se consideraban ya como únicas mantenedoras del primitivo espíritu vasco, y depositarias exclusivas de la tradicion. Nada importaba que los demás se hubiesen hecho cristianos, mientras casa y valle de Aitormendi se conservasen fieles á la religion patriarcal. ¿Qué habria sido de aquella pobre niña, que miraba como carga y torcedor su autoridad y prestigio; qué habria sido de Lorea, si los paganos la hubiesen visto departir con monjes, ó sospechado que de cualquier modo trataba de hacerse cristiana?

"Éralo ya una íntima amiga suya; una arrogante jóven, llamada Petronila de Butron, hermana de Lartaun, y de quien, por ventura, se habia servido Dios para que la hija de Aitor le abriese el corazon y le entregara el alma. Pero Lorea, tan circunspecta como delicada, desde que resolvió convertirse, dejó de ver á su amiga, á fin de preservarla de la persecucion, que ella únicamente queria arrostrar. Sola, pues, sin consultar á nadie, con pretexto de un viaje hácia Gorbea, abandonó casa y familia, pátria y amigos, cetro y pontificado; todo, absolutamente todo, hasta su mismo honor y fama, por seguir á Dios que

la llamaba, que la queria para sí, para los cielos."

—¡Sublime mujer! exclamó el duque sin poderse contener. ¡Sólo en pechos cristianos cabe tanta virtud!

—¡Santa madre de mi alma! murmuró Amaya, tornando á besar la cruz del brazalete con lágrimas de dolor ó de entusiasmo.

—"Cuando yo comprendí su abnegacion, su inmenso sacrificio; cuando la vi pasar desde el palacio de Aitormendi, que tantos reyes habia cobijado, al monasterio gótico de Victoriaco; de la atmósfera de la *escualerria* al corrompido ambiente de próceres y siervos, tiufados y bucelarios; del *escuara* al latin, sin parientes ni amigos, sin hacienda ni recursos; la contemplé con respeto, y á los ojos de Dios me consideré de alguna manera envuelto en aquella vocacion, y como ligado á la suerte de tan maravillosa criatura.

"Aunque mozo todavía y acostumbrado á vivir entre guerreros, entendí mi obligacion de prestar á Lorea cuantos auxilios necesitara, haciendo con ella oficios de padre y hermano; y comprendí tambien que todo en mí debia ser noble, desinteresado y puro, si habia de corresponder á la santidad de la obra que la Providencia se dignaba encomendarme.

"Está en uso, como sabeis, que las monjas admitan seglares en el monasterio, por siervas ó penitentes, y aunque bajo ninguno de estos títulos podia ser recibida Lorea; gracias á mi influencia como gobernador de la ciudad, gracias á lo extraordinario y singular del caso, se quedó en el cláustro. Allí fué catequi-

zada por el monje; allí se instruyó tambien en nuestro idioma; y sin salir de allí, recibió el bautismo.

"¿Qué hice despues?—Yo la amaba: pronto pasé de protector á hermano, y del cariño fraternal nacieron otros tan castos, sí, pero mucho más íntimos afectos. Las transiciones se habian verificado insensiblemente; pero lejos de dejarme llevar por la pasion que sentia, y que trataba de ocultar sobre todo á quien me la inspiraba; me uní á las monjas para hacer comprender á Lorea que en ninguna parte seria más feliz que en el convento, tomando el velo de las vírgenes del Señor.

"Yo la decia:

—"Paula,—porque con este nombre se habia bautizado en memoria de la conversion de San Pablo, primer Apóstol de los vascones [1],—Paula, estás en completa libertad de salir del cláustro ó de quedarte en él. Si quieres volver á tus montañas, desde mañana vivirás entre los tuyos; si es tu ánimo permanecer entre

---

1 «Paulus, Praeco crucis,
Dedit nobis primordia lucis.»

Inscripcion que existió en la ermita de San Miguel de Viana, en Navarra, completamente demolida en la guerra de los siete años. Debia de ser fábrica del siglo XI, ó tal vez anterior, á juzgar por lo que de ella recuerdo, y por el estilo arquitectónico de otras construcciones análogas circunvecinas, de las cuales aún se conservan restos característicos.

Es evidente que la época de la inscripcion en versos leoninos que pueden traducirse

«Pablo, apóstol de la Cruz,
nos dió la primera luz,»

no se remonta más allá del siglo XIII; pero demuestra que es antigua, y por lo tanto, respetable la tradicion de la predicacion de San Pablo á los vascones, lo cual basta y sobra para mi propósito.

nosotros, deudos tengo que te recibirán como amiga, y hacienda para dotarte el dia en que quieras contraer matrimonio. Pero si dejas el monasterio, ha de ser, ó para tornar á tus valles, ó para residir en Toledo.

—"¿Y por qué en Toledo? ¿Por qué no he de vivir en vuestra casa como sierva, ó si no lo consentís, como hermana vuestra?

"No la contesté, no podia contestarla en el acto, sin que acento y palabra hicieran traicion á mis buenos propósitos.

—"Creo, la dije, esforzándome por mostrarme sereno, despues de breve pausa; creo con sinceridad que en ninguna parte estarás mejor que en el convento. Los vascos gentiles nunca te perdonarán que, huyendo de ellos, te hayas refugiado entre nosotros, capitales enemigos de vuestra raza; pero te disculparán, te absolverán quizá los cristianos, si se persuaden de que sólo has venido á vivir con los godos, porque en vuestros valles careceis, segun creo, de monasterios de religiosas.

—"Pero seria mentir, si yo de alguna manera dijese que tengo semejante vocacion, respondió Paula. Mi padre al morir me encargó que me casara, queriendo que en mí, y no en mis hermanas menores, tuviesen cumplimiento las promesas de Aitor.

"Y en la manera con que dijo estas palabras, conocí que aquella sencillez podia ser peligrosa, y que mi oculto, mi tierno afecto, era con ternura igual correspondido.

"Nos casamos sin ruido ni aparato, sin que nadie apenas conociera á mi mujer, ni supiese su procedencia. De las montañas habia pasa-

do al monasterio, donde no trató con más hombres que con el monje y conmigo; y del convento salió desposada ya para mi palacio.

"Al dia siguiente me nombrásteis gobernador de Pamplona, de lo cual me congratulé con Paula; porque en aquella ciudad tenia yo mi casa, y os tenia á vos, á quien queria confiar mi nuevo estado. Pero al llegar á Pamplona supe que habíais partido para Calahorra, desde donde pensábais proteger la orilla izquierda del Ebro, limpiando de enemigos la ribera, muy molestada ya por los vascones de los primeros estribos del Pirineo."

—Lo recuerdo, dijo el anciano duque, y precisamente fuiste nombrado conde de Pamplona, por la necesidad de dejar en aquella fortaleza persona de toda confianza. Sorprendido y satisfecho de tus expediciones á las vertientes septentrionales de Gorbea, queria que desde tu nuevo condado te dejases caer hácia el promontorio Olearso y la ciudad de ese nombre, fundada por Leovigildo.

—Sí, la que llaman los vascos Ondarivia, y á la cual sólo por mar arribamos los godos. Esa determinacion contribuyó tambien á que mi casamiento siguiese oculto y no conocido.

"Cumpliendo vuestras órdenes, antes de dirigirme á las fuentes del Bidasoa y Urumea, procuré debelar en noble guerra á los vascones del Arga y del Burunda, mientras vos por igual modo, los inquietábais en las campiñas que se extienden desde Toloño á Montejurra. Esas correrías que me obligaban á frecuentes y prolongadas ausencias, imponian á Paula vida retirada, y estimulaban su aficion á la so-

ledad y apartamiento del mundo, á que en el monasterio se habia acostumbrado. Completamente retraida y entregada á la piedad y cuidados domésticos, sin hablar con nadie más que con siervos y libertos, y con Marciano su confesor, que es hoy nuestro santísimo obispo; cuando tornaba yo de algaradas y combates, me recibia con inequívocas muestras de cariño, con más extremos de amor que nunca; pero con cierta cortedad y falta de franqueza que no podia echársela en cara, porque yo la sentia igual, yo me la tenia que reprochar á mí mismo. Hasta nuestras más íntimas conversaciones adolecian de encogimiento y empacho.

"Su mismo semblante parecia demudado.

"La creí arrepentida hasta cierto punto de su casamiento, y aunque sólo el pensarlo me destrozaba el corazon, comprendia su pesar de haberse dejado llevar de la pasion, su remordimiento de no haber tomado el velo de las vírgenes en Victoriaco, y me achacaba con razon á mí mismo toda la falta: porque yo estaba obligado á ser más fuerte, y sin torcer su vocacion, debí quizás haber huido de su lado. Mas ya no tenia remedio, y era terrible, en efecto, nuestra situacion. Por la fé de Cristo dejó Paula familia, hogar, pátria, honores y hacienda: heróica, pero indeclinable y justa determinacion que nadie podia echarle en cara. Dios lo queria, y antes que á los hombres, hay que obedecer á Dios. Mas por amor mio, por gratitud acaso, ella, de casta enemiga, la primera entre los vascos, del linaje prócer en que el orgullo, preocupaciones y esperanzas

de su pueblo se cifraban; se habia unido indisolublemente al godo más godo de Vasconia, infatigable perseguidor de vascongados. Lo primero se llamaba conversion, la misma que habian hecho las siete tríbus, con excepcion de unas cuantas familias; pero lo segundo..... ¡Ay! ¿Qué nombre tendria su matrimonio entre los vascos?"

—¡Pobre madre! exclamó Amaya con abatimiento.

—"¿Qué hacer? prosiguió Ranimiro: el honor me ordenaba no aflojar en la guerra: mi temor de ser débil por miramientos á mi esposa, por contemplaciones conmigo mismo, me impulsaban á mostrarme más que nunca celoso y arriscado; y todo conspiraba contra la infeliz, obligada á contemplar mis armas y vestimenta salpicadas de sangre, más que de hermanos (porque la autoridad de Paula era maternal), de sus mismos hijos.

"Hacia yo lo posible porque ignorase mis aventuras, mis empresas y combates: fomentaba su aficion al retiro, su retraimiento de las gentes, y hasta prohibí á los siervos que hablasen de hazañas de godos ó vascos, que mentasen siquiera la guerra en nuestro hogar. De aquí la reserva que guardé con vos, con toda nuestra familia, acerca de mi nuevo estado; de aquí que en Pamplona mismo pasase para muchos por soltero; de aquí, en fin, la creciente falta de abandono y cordialidad entre nosotros, que podia llegar á ser funesta.

"Semejante estado de cosas no podia, ni debia prolongarse.

"Yo no sólo amaba á mi mujer, sino que la

estimaba cual merecia, y casi, casi la veneraba. Reflexioné un dia sobre mi situacion, para seguir la inspiracion de mi conciencia, por duro que fuese el sacrificio que me exigiera.

"¿A qué debo de atribuir, decia yo para mí, la melancolía, ó más bien la inquietud de Paula?—Porque debo advertiros que más que triste, parecia imaginativa y desasosegada.—A la guerra. ¿Y qué necesidad tengo yo de hacer aquí la guerra? ¿No puedo servir á mi pátria en otra parte? Acaba de descubrirse una espantosa conspiracion contra Egica en Toledo: ¿tan mal vendrán al rey el brazo y corazon de un milenario leal y seguro? Susurrábase ya que los judíos andaban en tratos con los africanos, de tal manera, que poco despues fueron declarados siervos todos los conjurados: ¿no podia mandarme Egica á la provincia Tingitana?

"Pero temí que se achacara á cobardía el esquivar voluntariamente los peligros de la guerra, cuando mis atrevidas y afortunadas incursiones llamaban en Toledo la atencion; y querièndo cohonestar mi tranquilidad doméstica con mis deberes públicos, seguí diciéndome á mí mismo:—¿Cuándo ha de tener fin esta lucha entre cristianos? ¿Por qué ha durado cerca de tres siglos? ¿No ha unido Dios á Paula, hija de Aitor, conmigo, nieto de Chindasvinto? ¿No podia concluirse la guerra abrazándonos al fin godos y vascos? ¿No seria un bien para todos y muy singular satisfaccion para mi esposa que yo pudiese conseguirlo?"





## CAPÍTULO V.

### DONDE SE PROSIGUE LA HISTORIA DEL TIUFADO.

MENTIRA parece que el terrible conde de Pamplona, el azote de los vascos, el llamado verdugo de niños y mujeres, tan dulces y pacíficos pensamientos abrigara; pero así fué, duque Favila, y nadie como vos puede dar testimonio de que intenté además ponerlos por obra. Con ellos entré en el aposento de Paula.—Perdonad que os lo recuerde, porque de aquí surgieron mis desdichas, y todas estas memorias me desgarran y destrozan, y regalan y consuelan tambien mi corazon.

"Con íntima confianza y abandono quise hablarla, y vacié mi alma en la suya, que la recibió triste y turbada, y me la devolvió serena y venturosa.

"Se arrojó á mis brazos. ¡Santa mujer! ¡Cria-

tura angelical! ¿Pensais que la causa de su inquietud era el recuerdo de su palacio, de su familia y valles y montañas?

—"¡No! exclamaba Paula con efusion de ánimo: ¡No! Por Dios y por tí lo dejé todo; su amor y el tuyo me colman de felicidad.

"¿Pensais que la guerra?....

—"Ranimiro, proseguia: me casé contigo porque te amaba; y porque te amaba, te escogí para instrumento de la paz que nos prepara Dios.

—"Explícate, Paula. ¿Cómo puedo ser yo pacificador? Dímelo; porque esa idea está de acuerdo con la inspiracion que acabo de tener.

—"¡La guerra! continuaba mi esposa: De dolor me moriria, si supiese que esta guerra no iba á tener fin. Pero hoy, precisamente con más esperanzas y fundamento que nunca, puedo anunciarte la conclusion de la guerra.—¡Es cierto! añadia en voz solemne y misteriosa: las profecías de Aitor van á cumplirse: los tiempos han llegado. Se hará la paz, y siendo tú godo y vascongada yo, vascos y godos habrán de unirse para hacer el reino cristiano y con él la paz.

"Me pareció loca, ilusa, visionaria; pero ella, bajando los ojos un instante para clavarlos luego en los mios con dulzura inefable, me dijo con voz tan suave y tan hermosa, que parecia del otro mundo:

—"¿No lo adivinas, esposo mio? ¿No sabes lo que te quiero expresar?

—"Paula, ¿será posible? exclamé lleno de gozo.

—"Sí, Ranimiro, vas á ser padre, me contestó: viene *Amaya;* viene *el fin* de todos nuestros infortunios.

—"Pero entonces, ¿por qué estabas triste? ¿Por qué retraida y temerosa? ¿Cómo la bendicion de Dios que me anuncias, puede turbar nuestra ventura?

—"No, no la turbará, Dios mediante, me replicó: todo se arreglará pronta y fácilmente.

—"¿Hay algo que arreglar entre nosotros? torné á preguntar cada vez más asombrado.

—"Mientras hemos sido solos, satisfecha con tu amor, y viéndote á tí contento con el mio, no he pensado en más; porque de nada más habia menester. Pero ahora, que vamos á tener sucesion, debo revelarte un secreto, de que no te hablé nunca, acaso porque en el goce de mi felicidad lo habia olvidado. Soy rica, tal vez inmensamente rica.

—"¿Qué importa? la contesté: yo no soy pobre; nada nos falta para nosotros y nuestros hijos.

—"Sí, repuso Paula: pero mis riquezas no serán para mí, sino para lo que llevo en mis entrañas. Escucha, Ranimiro. No hace muchos años, sintiéndose mi padre próximo á la muerte, aunque no postrado en el lecho del dolor, me llamó y me dijo: "Mis dias están "contados, y no será larga la cuenta. Muero "jóven, y conmigo se extingue la línea mas"culina de los herederos de Aitor. Tú, como "primogénita, quedas en posesion de esta casa "y de este valle: á tus hermanas no les falta"rán otros. Pero vas á entrar desde luego en "el goce de mayores bienes; vas á ser guarda-

"dora del secreto de nuestro patriarca. Muer-
"to yo, una de tus hijas ha de ser reina."

—¡Reina! exclamó Favila, pensando en que Pelayo se hallaba tan cerca del trono, que seria probablemente elegido rey, si sobrevivia á Rodrigo.

—¡Reina! repitió casi imperceptiblemente Amaya, mirando á las azules montañas que se destacaban en el horizonte anaranjado del Noroeste.

Ranimiro, sin darse por entendido de la interrupcion, mas no sin haberla observado, prosiguió:

—"¡Reina! exclamé sonriendo con ironía; ¿y en esas consejas fundas tú la esperanza de ser rica?

—"No, respondió Paula, nosotros no seremos los ricos; pero lo será quien ha de reinar. Cuando Aitor llegó del Oriente, traia consigo los diamantes, perlas y piedras preciosas que por allá se crian. Pero tan sábio como bueno, no quiso que tuviésemos otro patrimonio que el suelo que Dios nos deparaba, y el trabajo, que como obligacion y castigo nos imponia.
"Estos tesoros, decia, van á corromper el co-
"razon de mis descendientes, á disgustarles
"del pastoreo y cultivo de los campos. Harán
"codiciosos, muelles, dados á la envidia y la
"pereza á mis hijos, los cuales querrán ser
"cada vez más ricos, y serán cada vez más des-
"dichados." Y para quitarles aquel gérmen de corrupcion, lo sepultó en las entrañas de la tierra, y dijo á su primogénito: "Tú solo sa-
"bes dónde queda escondido: procura que na-
"die más que tu sucesor y heredero lo sepa.

"Ahí quedará hasta que el último de la línea "masculina determine cómo ha de repartirse." Estas, poco más ó ménos, fueron las palabras de Aitor: ahora, Ranimiro, te voy á repetir las de mi padre. Hallábase en el caso previsto por el patriarca: como postrero de los varones, tenia que disponer de aquella riqueza, y lo hizo en estos terminos:

—"Lorea, si te dijese que el Señor de lo "alto me ha dado á conocer por medio de pa-"labras, ó de otro modo indubitable, lo por-"venir, mentiria, y tengo horror á la mentira. "Pero presiento, que dentro de algunos años "ha de cambiar la suerte de los vascos, quizás "la de toda España. Creo que nuestro pueblo, "ó parte principal de nuestro pueblo, necesita "un rey, y en tal caso, del solar de Aitor ha de "surgir el trono. No hay remedio; si se funda "una monarquía por escualdunas, aquí tendrán "que venir, á tí tendrán que buscarte, á tí, ó "tus hijos; y si no los tienes, á tus hermanas. "Eso es lo que alcanzo á vislumbrar, ó con la "luz de la razon, ó por inspiracion divina. Ai-"tor lo decia: "Cuando os parezca que ha llega-"do el fin, será el principio." Pues bien, para "ese dia debes de guardar el tesoro. Puede ser "tuyo, puede serlo de tus hijos, y tambien de "tus hermanas, ó de los hijos de tus hermanas."

"Así decia Paula, y yo la escuchaba con tanta incredulidad, que frisaba con la compasion.

—"¡Cómo! exclamé: y en tantos años y tantos siglos, ¿ninguno de tus abuelos ha caido en la tentacion de apoderarse del oro y piedras preciosas de los tiempos patriarcales? ¿Ni

uno siquiera ha tenido curiosidad de ver el efecto que hacian en el cuello y cabeza de su mujer, de su novia ó de sus hijas, esas ricas preseas del Oriente?

—"Ningun hijo de Aitor desobedece á sus padres.

"No podeis figuraros la entereza con que Paula pronunció estas razones: baste deciros que su acento me infundió su fé.

"Pero luego añadió:

—"A mayor abundamiento..... á tí te lo puedo decir: ¡yo lo he visto!

—"¿El tesoro?

—"El tesoro.

—"¿El oro, las perlas, las piedras preciosas?

—"Todo.

—"¿Tú lo has visto y palpado?....

—"Eso no, dijo Paula: verlo sí, tocarlo no.

—"¡Oh! lo comprendo. ¡Lo habrás visto en sueños!

—"Despierta: con mis propios ojos.

—"De ese modo, has sido tú la primera.....

—"La primera mujer, me contestó Paula sonriendo, que ha conocido el secreto, debia ser la primera en registrarlo. Mas no fué curiosidad lo que me movió, sino más elevado sentimiento. Yo estaba resuelta á dejar la casa de mis padres para hacerme cristiana, y tenia, y tengo todavía, miedo cerval á mi hermana Amagoya. Con excelente corazon y nobleza de alma sin igual, se extravía por ceguedad, por exaltacion, que parece frenesí. Por miedo de ella me escapé de casa, y me refugié entre vosotros. Yo era la mayor, la heredera y principal; pero ella me dominaba, como domina á

cuantos viven á su lado, por mucho que descuellen sobre los demás. ¿Qué hubiera dicho de mí; qué de los cristianos, si al heredar un dia el trono de Aitor, se hubiese encontrado sin el depósito? De mis antepasados nunca dudé; pero la casualidad podia haber descubierto, ó quizás sepultado bajo enormes peñas, removidas y dislocadas por un terremoto, esas riquezas que ocupan tan poco lugar; y entonces me hubieran inculpado de la pérdida. Se habria dicho que la primera cristiana del caserío de Aitor, habia sido la primera ladrona de la familia; y que no por seguir á Dios, sino por gozar en paz de lo robado, me escapé á tierra enemiga. Fuí, pues; descubrí que todo era verdad; que el tesoro existia, al parecer, intacto en un arca de piedra, y sin atreverme á tocarlo, lo cubrí de nuevo y me volví tranquila.

"Así habló Paula.

"Recordando cómo habia encontrado sola y sin recurso alguno á la jóven que tenia á su disposicion tales riquezas, no podia volver del asombro que me causaba, y cerca de veinte años han trascurrido desde entonces, y su virtud me conmueve aún y me enternece.

—"¿Y no puedo saber yo, la dije, dónde está escondido ese tesoro?

—"Sólo descubriré el secreto á la hija que llevo en mis entrañas."

—¡Padre! exclamó Amaya interrumpiéndole: ¿es eso cierto? ¿No soy yo esa hija? ¿Hay otra Amaya, por ventura? ¿Cómo ignoro el secreto de Aitor? ¿Cómo no me ha sido revelado?

—No pienses en él, hija mia. El secreto, por fortuna, se ha perdido para siempre. ¡Oh! ¡Si nunca hubiese existido! ¡Acaso tendrias hoy madre; acaso no hubieran sucedido las desgracias que sobre nosotros se han desplomado! Pero es propio de las riquezas dividir, enconar y endurecer corazones, y ser fuente y raíz de calamidades. Sábio fué Aitor al esconder el tesoro; pero lo hubiera sido más, si al fondo del mar lo hubiese arrojado. Déjame seguir el relato.

—"¿Y si ese hijo, repliqué yo á Paula, muere antes de poder oir de tus lábios el secreto?

—"Aguardaré á que Dios me dé otro.

—"¿Y si no?....

—"Si no tengo hijos, el derecho pasará á mi hermana Amagoya.

—"Pero Amagoya te cree muerta: así lo pregona al ménos tu familia, la cual añade que Amagoya es la predestinada, y que por eso lleva el nombre de vuestra primera madre, la mujer de Aitor: la madre superior [1]. Ya tienen otra vez su Amagoya los vascongados; ya tienen quien les cante las canciones de sus mayores con esa voz que arrebata, y es peculiar de vuestro linaje. Tu hermana celebra el plenilunio en Aitormendi, á usanza de paganos; y no vendrá jamás á nuestras ciudades.

—"De aquí la necesidad que tengo de volver á mi tierra, y de aquí la inquietud y tristeza que en mí has notado. Mi obligacion es volver.....

1 De *ama*, madre, y *goia*, la altura, lo de arriba. Todavía en alguno de los dialectos del vascuence, y en el más noble sentido de superioridad, *Amagoya* es *la abuela*.

—"¡No volverás, exclamé: no lo permitiré nunca! ¡Que se pierdan todos los tesoros del mundo y todas las perlas orientales: no volverás!

—"Que se pierdan para mí, poco me importa: que se pierdan para mi hija, debo evitarlo. Pero dejarlas perder para mis hermanas ó sobrinas, eso no puede ser; eso nos haria por siempre desdichados, objeto de las maldiciones de mi familia, de mi pueblo, de Dios nuestro supremo Juez, por haber defraudado á mis deudos de lo que puede llegar á ser legítimamente suyo. Entiéndelo bien, Ranimiro: soy depositaria de ese tesoro, nada más, y de él tengo que dar cuenta á Dios y á mis hermanas.

—"Pero sin necesidad de ver á tu hermana, puedes confiar el secreto á Marcial, tu confesor, al obispo Atilano.....

—"Los he consultado ya. No conviene que los godos, ni mucho ménos los monjes, se mezclen en estos negocios. Mi confidente debe ser vascongado.

—"¿Quién?

—"Cualquiera de mis hermanas.

—"¡No!

—"Pues entonces, la hermana de mi cuñado Lartaun de Butron, mi amiga Petronila.

—"¡Esa, sí! exclamé como quien arroja un peso que le oprime.

—"Para encontrarla tendré que ir á su casa.

—"No, no saldrás de la zona que los godos ocupamos. Yo te traeré aquí á Petronila, ó si á nuestra casa no, al pié de los muros de la ciudad.

"Hablé entonces á Paula con más deteni-

miento de mis proyectos de terminar la guerra. Necesitaba para intentarlo tratar con los principales caudillos vascos, con lo cual era fácil hablar ó hacer venir á Petronila á cualquier caserío de los alrededores de Pamplona.

"Paula quedó convencida, y yo tranquilo y feliz.

"Por grandes que fuesen mis deseos de paz, y la necesidad que el reino tenia de ella, no debia dar paso alguno para conseguirla, siquiera el de averiguar si el enemigo estaba dispuesto á tratar con nosotros, sin obtener préviamente vuestro permiso. Cuando tuvísteis á bien concedérmelo y autorizarme á todo, estaba ya informado por mi mujer de la organizacion de los vascos, y de las personas que sobre ellos ejercian verdadero y decisivo influjo.

"Tres de las siete tríbus de Aitor se habian separado siglos atrás de la confederacion primitiva: moraban en la falda septentrional del Pirineo hácia las Gálias ó la Aquitania; las cuatro restantes siguieron unidas, tomando por enseña lo que llaman el *lauburu*, esto es, *cuatro cabezas*, simbolizadas, ¡notable casualidad ó misterio! por una cruz como la de los cristianos.

"Estas tríbus confederadas, más que por tratados, por la fuerza de la sangre, por la identidad de orígen, por la semejanza de costumbres y dialectos; son independientes entre sí, y hasta contrarias en su modo de gobierno. Los vascones propiamente dichos, que son éstos en cuyo territorio vivimos, tienen en cada valle un señor que no reconoce superior al-

guno; especie de reyezuelo que gobierna cual que media docena de pueblos con la misma autoridad que un padre su propia casa. Cuando la necesidad les obliga á concertarse y unirse, forman el Consejo de doce ancianos, y por hábito, por instinto ó por respeto á la ley natural, obedecen al más viejo, que suele ser el mejor. Entonces, como ahora, Miguel, señor de Goñi, era, en este sentido, soberano de Vasconia.

"Con dos personas principalmente tenia que tratar: con Miguel de Goñi y Amagoya. La influencia de la hija de Aitor se extendia más allá de las tríbus del *lauburu*, á los pueblos mismos separados de la antigua confederacion.

"Por medio de los monjes hice entender á Basurde, marido de mi cuñada, y al anciano Miguel de Goñi, que deseaba verlos en son de paz. Sino que, en consideracion á la edad venerable de éste último, le advertia que estaba dispuesto á presentarme á donde quiera que me llamase.

"Del marido de Amagoya no obtuve respuesta alguna: el señor de Goñi, por el contrario, me contestó pronto y bien. Cierto que su valle dista poco de Pamplona, y el caserío de Basurde cae cerca del mar. Miguel se excusó por sus años de venir á verme; pero me previno que mandaria un hijo suyo para conducirme, armado ó sin armas, solo ó con la gente que yo escogiese. No tardó en llegar el guía: era un rapazuelo de diez ó doce años, listo, sereno y valeroso, que de nada se asombraba y lo facilitaba todo. Llamábase Teodosio."

—¡Teodosio de Goñi! exclamó Amaya. ¿Es quizás ese capitan que tanto figura hoy entre los vascos?

—El mismo. Su padre vive todavía, y si hace veinte años era ya tan viejo, imagináos lo que hoy será. Por eso quien hoy realmente dispone y manda es Teodosio, aquel muchacho á cuya direccion me entregué una noche negra como boca de sima, nebulosa y de llovizna, sin luna ni estrellas.

"Fuí solo, á pié y sin más armas que la *cateya* que me servia de báculo. El muchacho se mostró muy satisfecho de aquella prueba de confianza.

"Salimos de Pamplona, y á corta distancia entramos en el corral de un molino, donde nos aguardaba una sola jaca montañesa para entrambos. Allí dejé mi *cateya*, por serme ya innecesaria; y como las joyas de oro y pedrería que los magnates solemos llevar, llamasen la atencion del rapaz, que no apartaba de ellas los ojos, parecióme tambien conveniente quitarme algunas para presentarme en Goñi con modestia, sin ofender con nuestro lujo habitual, la pobreza y sencillez de los señores de la montaña.

"Todo lo escondí entre el heno, y cabalgamos, yo delante y Teodosio á la grupa. El caballo fué nuestro verdadero guía. Lo dejamos á su aire y nos llevó por donde quiso. Ignoro qué camino llevamos: sólo sé que al salir de un angosto barranco que servia para dar paso al riachuelo, cuyo murmullo sentia á nuestros piés, me dijo Teodosio:

—"Ya estamos en el valle.

"Despues fuimos subiendo breve rato, apeándonos al fin delante de un edificio casi tan negro como la noche, que no se hubiera distinguido en la oscuridad, sin la incierta luz de las grietas ó ventanas. Entré por una puerta baja y angosta abierta en muro de espesor descomunal, y me hallé en muy extraño aposento, que hubiera podido parecerme mazmorra, á no constarme que estaba á piso llano, y que debia recibir la luz por ciertos profundos agujeros ó hendiduras laterales, á modo de saeteras.

"Las paredes de grandes piedras casi en bruto ó muy toscamente labradas, sostenian el techo, de enormes anchurosísimas losas. Hubiérala creido caverna de nuestros más remotos antepasados, á no ver en ella, sin órden ni simetría, vigas de roble destinadas, donde lo exigia la necesidad, á reforzar la techumbre.

"De las grietas de la pared arrancaban algunas teas que daban luz, pero tambien humo y olor resinoso, poco grato á quien no estaba á semejante atmósfera acostumbrado. En medio se alzaba una mesa de nogal con dos banquillos á los lados, y sendos jarros de vino, vasos de asta, platos de madera y hogazas de pan.

"Por una puerta interior, tan angosta como la de fuera, aparecieron dos personajes, marido y mujer sin duda, viejos los dos y vascongados ambos, á juzgar por el traje, fisonomía y talante; pues en todo, como sabeis, va diciendo esa gente: "Somos de raza superior, "distinta de la vuestra."

"El aspecto del primero no revelaba mucha perspicacia ni elevadas miras; pero sí tranquila conciencia, ventura habitual y apacible condicion. Alto, aunque ligeramente encorvado, récio de miembros y poblado aún de fuerte barba y cabellera, blancas como la espuma, ó como dos recentales escogidos para piadosa ofrenda, no podia dudarse de su robusta complexion; y la nobleza y serenidad de su mirada, la sonrisa de sus lábios, aunque delgados, bondadosos, daban á conocer una juventud sin mancilla, prenda segura de muy hermosa y venerable vejez sin remordimientos. Cuando hablaba ó se sonreia, dejaba ver dos hileras de dientes sin falta alguna, elementos, como pude luego observar, indispensables á su dicha.

"Aparentaba aquel anciano unos setenta años de edad, y como me figuré desde que apareció en el umbral, era Miguel de Goñi.

"De su mujer es difícil que os formeis idea, porque ejemplares de su especie sólo se encuentran en el riñon de esas montañas. Todo en ella estaba en contraste, principiando por su nombre. Llamábase Plácida, y me pareció sombría y taciturna; creí que le infundia horror, qne me miraba con repugnancia, y hasta cierto punto no podia extrañarlo; porque, segun luego vereis, yo habia sido el matador de uno de sus hijos. Pero no: triste y altiva, conmigo se mostraba serena y afable: queria cubrir con su sonrisa llagas que nunca se cicatrizan en el corazon de una madre. Dulce á fuerza de virtud, y atractiva á fuerza de dulzura, estaba poseida de ese amor conyugal,

propio de las montañesas, que se trasluce en las obras y rara vez se significa con la palabra. Adivinar los deseos de su marido, leerlos en sus ojos antes que descendiesen á los lábios, era todo su estudio; satisfacerlos, toda su ocupacion. Su frente indicaba talento superior; pero lo daba á entender principalmente en vivir al lado de Miguel, como polluelo bajo las alas maternales.

—"Salud, y bien venido á Gastelúzar, me dijo el anciano al entrar. ¿Hablas vascuence?

—"Un poco, le contesté.

—"Me alegro; porque me cuesta trabajo y repugnancia expresarme en el idioma de los romanos, y eso que fueron amigos nuestros. No estais en el palacio, sino en el castillo de Goñi; y os he traido aquí, no por desconfianza ni menosprecio, sino porque hablemos solos y en completa libertad. Mi mujer nos servirá la cena: y como nadie más que mi hijo menor sabe que habeis venido, nadie se enterará de la entrevista. Cualquiera que sea el objeto de ella, os repito la bienvenida, y declaro que me honrais con vuestra presencia, y sobre todo, con vuestra confianza. Sí; no podeis figuraros cuánto os agradezco que hayais venido solo y sin armas. Y no yo: todos los vascos, si lo supieran, os quedarian igualmente agradecidos. De confiar en nosotros, jamás tendreis que arrepentiros."

—Os digo todas estas cosas, añadió Ranimiro, dirigiéndose á su tio y Amaya, porque son necesarias para mi justificacion.

"Nos sentamos á la mesa y principió la cena, la cual, si no se distinguia por el lujo del ser-

vicio, no desmerecia de las más opíparas por lo sabroso de las viandas.

"No queriendo ya tratar mientras cenábamos, del asunto que motivaba nuestra conferencia, le pregunté:

—"¿Teneis muchos hijos?

—"Cuatro.

—"¿Nada más?

—"Otros cuatro han muerto. No debe quedar descontento el cazador que parte con el campo, añadió sonriendo tristemente.

—"Os compadezco.

—"Y vos, ¿sois casado, Ranimiro?

—"Lo soy, respondí turbado con la pregunta.

—"¿Teneis familia?

—"Todavía no, pero sí próximas esperanzas de tenerla.

—"Dios os dé más suerte que á mí. El primer hijo, que se llamaba Marcelo, murió peleando contra Wamba: el segundo, que era Antonio, se empeñó en molestar á los godos mientras por disposicion de aquel rey estaban reedificando á Iruña, que vosotros decís Pamplona, y quedó tendido en una carga de caballería. El tercero........ Chica, ¿dónde murió nuestro tercer hijo, que ya no lo recuerdo?

—"En la cama, contestó lacónicamente Plácida.

"Y tuvo que dejar de escanciar el vino, porque la mano le temblaba.

—"¡Ah, sí! Millan murió en la cama, de resultas de las heridas que recibió en el ataque de la Burunda. El cuarto hijo tambien pereció

pocos meses há junto á Victoriaco, en una de las salidas que hizo el conde.

—"Dejemos si os parece esta conversacion, le dije interrumpiéndole: porque vuestra esposa.....

—"Tiene otros cuatro hijos dispuestos á seguir el camino de sus hermanos, contestó Plácida con voz entera como la de una leona.

"Creí, sin embargo, propicia la ocasion de abordar el objeto de mi viaje, y contesté:

—"¿Y no seria mejor conducirlos por senderos de paz? ¿No ha de tener fin esta guerra? ¿No podremos entendernos alguna vez godos y vascos?

—"¡Paces entre nosotros! ¿Estais soñando? exclamó Miguel, sonriéndose como si acabara de oir un desatino.

—"¡Aún no han muerto todos mis hijos! añadió Plácida.

—"¿Y habeis venido á proponernos eso? preguntó el anciano; el cual, creyendo confirmadas sus sospechas con mi silencio, prosiguió: Me he llevado chasco, Ranimiro; me imaginé otra cosa. Como vos cautivásteis á Lorea, la hija de Aitor.....

—"¡Yo cautivar á Lorea! exclamé sin poderme contener en mi sorpresa.

—"¡Calla!—Ahora caigo en la cuenta. ¿Quieres hacer en favor de los godos más que en trescientos años han hecho todos tus predecesores? ¿Quieres dar el primer paso hácia nuestra mútua estimacion? ¿Quieres que se calmen y apaguen algo nuestros rencores? Pues bien; restitúyenos la hija de Aitor. Devuélvela sin condiciones; porque al fin y al

cabo es una mujer; y con tu noble conducta, puedes esperar de nosotros lo que de fijo no te atreverias á pedir.

—"Pero Lorea no está prisionera, le contesté: Lorea se hizo cristiana.

—"¡Cristiana! exclamó Miguel de Goñi, como si fuese á estallar de júbilo su pecho. ¡Cristiana la hija de Aitor! ¡La heredera de Aitormendi! ¿Es cierto?

—"¡Cierto, seguro, indubitable! le contesté.

—"Pues bien, prosiguió el anciano con una exaltacion que parecia impropia de su edad: ¡ha llegado el término de los antiguos tiempos! Ya es de Dios todo el pueblo vascongado.

"Y el pobre anciano lloraba de gozo y abrazaba á su mujer, y casi, casi queria abrazarme á mí, que tal vez era el matador de su cuarto hijo en Victoriaco.

—"¡Bendito sea Dios! exclamó Plácida mirando al cielo: ¡de algo ha de servir la sangre de tantos inocentes!

—"Mirad, Ranimiro, añadió Miguel: traedme aquí á Lorea, y pedidme lo que querais. Sí; no puede volver inmediatamente á su valle: no seria prudente exponerla á las iras y despecho de su furibunda hermana; pero que venga aquí, que venga al valle de Goñi. ¡Ya sabes lo que Goñi quiere decir: *Go-i-ñi; en alto yo!* Tan alto está, que no le alcanzan ni las locuras de Amagoya. ¡Que venga, Ranimiro! Si comete Lorea la imprudencia de presentarse sola en Aitormendi despues de haberse bautizado; si cae en poder de Amagoya ó del Jabalí *(Basurde)*, ¡desdichada de ella! ¡Que pida á Dios fuerza para el martirio! Pero aquí,

en nuestra casa, en Gastelúzar, recibirá el homenaje de todas las siete tríbus vascongadas; de las de allá, lo mismo que de las de acá. Dios habrá hecho por ella la redencion de su pueblo.

"Es imposible pintar la alegría y los trasportes de aquel anciano que, como Simeon al tener al Mesías en sus brazos, parecia haber llegado al colmo de la felicidad.

"No supe qué responderle; me encontraba acorralado y vencido por la explosion de palabras de aquel hombre, cuyo corazon suplia á su talento. Sólo entonces comprendí lo que valia mi esposa entre los suyos, y por lo tanto, la importancia y mérito de su sacrificio.

"Deseando, sin embargo, conocer á fondo lo que podia esperar ó temer de la situacion en que se hallaba Paula, le dije:

—"Debo repetiros que yo, ni me he llevado prisionera, ni he retenido un solo instante, contra su voluntad, á la hija de Aitor. Pero si hubiese muerto, ¿qué sucederia entre vosotros?

—"Seria una inmensa desgracia para todos; pero si ha muerto cristianamente, en el cielo seguirá siendo la madre de su pueblo y pidiendo á Dios la conversion de Amagoya, que la sucede en todos sus derechos.

—"¿Y si sólo hubiera muerto para el mundo y viviese entre las vírgenes del Señor?

—"¡Cómo! ¿Y así nos habia de haber dejado? Pudiendo hacer tanto bien á su pueblo.....

—"Dios, que la llamaba para sí, se encargaria de devolveros con creces lo que con llevársela os quitaba. Pero figuráos que Lorea,

sin ser religiosa, no quiera por ahora vivir entre vosotros.

—"¡Imposible! ¿Qué vascongado puede vivir entre godos? ¿Quién de nosotros se aparta voluntariamente de sus montañas? ¿Qué hijo de Aitor abandona nuestros valles?

—"Y si Lorea se hubiese casado con un godo.....

—"¡Basta, Ranimiro! exclamó el anciano, levantándose acongojado: estais en mi casa, y no os contesto como mereceis. Hemos concluido.

"En efecto, concluimos. No habia medio de entendernos: ni yo tampoco, vivamente ofendido, tenia voluntad de satisfacer á quien se creia insultado por la suposicion de mi matrimonio con la hija de Aitor.

"Y si nada podia esperar de Miguel, del más sensato y bondadoso de los vascones, del anciano que habiendo perdido cuatro hijos en la guerra, no tuvo ni una palabra de queja y amargura contra sus enemigos, ¿qué esperanzas fundaria en Amagoya? Ninguna. Estaba arrepentido de haber significado deseos de hablar á Basurde.

"Me levanté tambien de la mesa; pero fué para despedirme. Mi dignidad no me permitia añadir una palabra más, á las últimas que allí se habian pronunciado.

"Pero al mirar el rostro compungido y venerable de Miguel, se me ocurrió de repente que aquel nobilísimo anciano pudiera acusarme un dia de falta de valor y franqueza, por no haberle revelado toda la verdad, arrostrando sereno sus consecuencias, creí: ade-

más, que antes de salir de aquella caverna, condecorada con el nombre de castillo, tenia yo que volver por el nombre y fama de mi esposa, y dije:

—"Jaun Miguel, Andra Plácida (son títulos que se dan á las personas principales) [1], sentáos.

—"Sois mi huésped, y mandais aquí. Me siento, respondió Miguel.

"Plácida, como si nada fuese con ella, permaneció de pié; pero retirada en el rincon más oscuro del aposento.

—"Lo que os he dicho como suposicion, es cierto, proseguí: la hija de Aitor ya no se llama Lorea, sino Paula. Está casada con un príncipe godo de la real familia de Chindasvinto; y ante Dios y los hombres, para vascos y visigodos, es la esposa de Ranimiro, es mi mujer.

"No pude proseguir. Miguel tenia la cabeza inclinada al pecho y los brazos cruzados debajo de su blanca y luenga barba; pero á lo largo de ella veia yo correr abundoso llanto, que hilo á hilo se escapaba de sus ojos.

"¡Cómo permanecer indiferente ante el espectáculo de un anciano que no habia tenido una lágrima por la memoria de sus cuatro hijos muertos en la guerra, y lloraba, sin poderlo remediar, creyendo perdida para los vascos á la heredera de Aitormendi!

—"Miguel de Goñi, exclamé: ¡Paula no es ya de este mundo, es una santa!

1 *Jaun*, señor: *andra* ó *andria*, señora. Tan honoríficos son, antepuestos al nombre propio, que *Andra-Maria* se llama por autonomasia á la Madre de Dios.

—"¡Sí, me contestó Plácida desde su rincon; pero no es santa vascongada!

"Aquella respuesta me devolvió la serenidad, y casi me indignó.

—"¡Aquí, por lo visto, dije murmurando: todas las mujeres son Amagoyas!....

"Reponiéndome un poco les expliqué, ya más por consolar á Miguel que por defender á Paula, cómo habia encontrado á ésta en Gorbea, y cómo Dios habia preparado el camino para hacerla mi esposa. ¿Qué son, les dije al concluir, qué son ante el Señor las distinciones de godos y vascos? Para Él no hay más que hijos; para Él todos tenemos que ser hermanos.

"Entonces llamó Miguel á su mujer, y le dijo que nos escanciara á los dos sendos vasos de vino, y añadió:

—"Bebamos como tales en Jesucristo; pero cada cual en su puesto. Ese es el órden. Ranimiro, vuestro puesto es Pamplona: el mio, Goñi, y el puesto de la hija de Aitor es Aitormendi.

"Confieso que las palabras de aquel anciano, que para decir sin saberlo cosas profundas, se habia reforzado con un vaso de vino, me hicieron mella. Hay cosas lícitas, que no son perfectas, porque no están en el órden. ¿Quién duda que es lícito el matrimonio del viejo y la niña, del señor y su sierva? Y con todo, no están en el órden. ¿No se podia decir otro tanto de nuestro casamiento?"

—No, padre mio, no, contestó Amaya interrumpiéndole: porque en el órden de Dios está que los hombres se amen como herma-

nos, que los pueblos no vivan en perpétua guerra, y facilitar el camino de la paz y concordia, es seguir la voluntad de Dios.

—"No debia de creerlo así Miguel de Goñi, contestó el tiufado: no esperaba que nuestro casamiento pudiese abrir paso á la avenencia, porque me dijo al despedirnos:

—"Permitidme un consejo, Ranimiro: si no habeis declarado á nadie el nombre de vuestra esposa, no lo reveleis jamás. En cuanto á nosotros, los muros de Gastelúzar son bastante gruesos para que dejen escapar el secreto: no saldrá de aquí.

—"¡Pero mis hijos..... mis hijos! exclamé. Porque Lorea está en cinta.....

—"Lorea ha muerto: los hijos de Amagoya ó de Usua serán para nosotros los hijos y herederos de Aitor.

"Me marché completamente desconsolado, sin ninguna esperanza en los hombres; pero más que nunca confiado en Dios. Salí de Gastelúzar despues del alba, con el mismo travieso conductor que me habia traido.

"Para evitar encuentros, me llevó al Arga por entre breñas y rodeos, y al pié de la montaña de Sárbil, que quedaba á la izquierda, y al divisar á Pamplona desde territorio que ocupábamos los godos, se volvió Teodosio.

"Quise hacerle el pequeño regalo de una cadena de oro; pero lo rehusó con tanta altivez como pudieran haberlo hecho sus padres.

"Entré en la ciudad, y acudí presuroso á mi casa con el anhelo de contar á mi mujer algo de lo que me habia pasado: algo, digo, porque decírselo todo hubiera sido cruel.

"Paula habia desaparecido con una de sus siervas.

"Creí al pronto que habria ido á la iglesia; pero precisamente la sierva que faltaba era judía.

"Acudí á las puertas de la plaza, y en la que dá frente á la Burunda, me informaron de que efectivamente, por la mañana habian visto salir dos mujeres y dirigirse hácia el Larraun. Aquel camino podia conducir á Goñi, á la Burunda, á la costa.

"Una de las fugitivas, cuyas señas cuadraban perfectamente á Paula, llevaba traje vascongado.

"Quedé helado de espanto. Al pronto me figuré que Paula, viéndose sola, habia querido llevar á cabo su primer pensamiento de buscar á Petronila para confiarla el funestísimo secreto del tesoro. ¿Cómo, si no, haberse puesto para huir aquel vestido que trajo al entrar en el convento de Victoriaco, y que, segun yo sabia, tan cuidadosamente conservaba?

"¡Ay! Si directamente ó por rodeos Paula se dirigia al valle de Aitor, donde moraba su íntima amiga, no cabia duda, Paula daria en manos de Basurde y Amagoya, en cuyo caso, ya lo habia dicho Miguel de Goñi pocas horas antes: "¡Desdichada de ella! ¡que pida á Dios fuerzas para sufrir el martirio!"

—Pero ¡mi madre desobedeceros! exclamó Amaya. ¡Imposible! ¡imposible!

—Eso es lo que yo me decia, despues de un momento de reflexion, repuso Ranimiro. ¡Desobedecerme Paula! Y luego ¿á qué fin

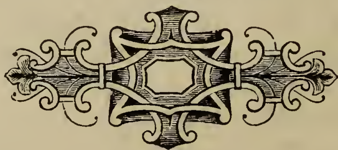
llevarse la sierva judía á tierra vascongada? ¡Qué confusion! ¡Qué tormento! ¡Qué incertidumbre! ¡No sé por qué; pero desde aquel dia la consideré perdida para mí, perdida con el hijo que llevaba en sus entrañas! ¡Perdidos ambos para siempre!

No lo extrañeis; aquel acontecimiento misterioso, lleno de contradicciones, inexplicable y frio, tenia el aire de un crímen.

¡Ay, Favila, ay, hija de mi alma! La memoria de ese dia me atormenta sobre manera, y si quereis, suspenderemos por un momento la relacion.

Amaya y el duque se acercaron al tiufado, y cada cual le cogió una mano, que apretaba cariñosamente entre las suyas.

Su hija besaba además con lágrimas la que retenia, y Ranimiro estrechó luego á entrambos contra su corazon.





## CAPÍTULO VI.

### DONDE SE ACABA EL DIA, PERO NO LA HISTORIA DEL TIUFADO.

RECOBRÁRONSE y tornaron á su ordinaria actitud al sentir pasos de los siervos que traian candelabros de plata con velas de cera, alumbrado entonces de lujo á que los magnates estaban acostumbrados.

Se descubrian desde las ventanas las constelaciones boreales, el cielo sin nubes, la luna en creciente, la noche apacible: sentíase el calor y perfume de la primavera ya muy avanzada.

Amaya suplicó á su padre que suspendiese la historia, y el duque añadió sus ruegos á los de su sobrina.

—Prefiero concluir de una vez, contestó el tiufado: me seria doblemente penoso renovar mañana tan tristes memorias.

Sin embargo, tuvo que suspender el relato por algunos momentos.

Como se infiere de palabras escapadas por abundancia del corazon al duque de Cantábria, nunca habia echado éste tan de ménos á Pelayo, como en la ocasion presente.

Tambien Ranimiro hubiera querido tenerlo en el castillo; pero naturalmente se mostraba más cáuto y reservado que su tio. Uno y otro estaban impacientes por saber algo de la córte, del movimiento de tropas, y de su amigo Teodomiro, á quien suponian abandonado y comprometido en la Bética; todo lo cual prueba, confirma y corrobora que el achaque de saber noticias es antiguo. Á falta de periódicos y papeles volantes, extraordinarios y telegramas, que no se recibian en Cantábria, Nunilo, liberta de Favila y ama de gobierno, habia ido despues de comer, á Vária y Lucronio á proveerse de telas, vajilla y comestibles, é inquirir y averiguar de paso lo que sucedia en el mundo; no por curiosidad ciertamente, sino por complacer á sus señores. Esta excelente mujer, más provista de *gacetillas* de la capital y *sueltos de sensacion*, que de brocados, alhajas y vinos generosos, que vendian mercaderes judíos recien llegados de Toledo, no titubeó en entrar detrás de los siervos que iluminaron la estancia, y con el respeto debido, pero tambien con la solemnidad del periódico sério que anuncia *crísis radical* ó cambio de *situacion*, dijo á Favila:

—Señor, no quiero interrumpiros, sino cuidar de que los siervos pongan las luces donde es menester. Si vengo, no me digais, como de costumbre, que soy muy atrevida y me tomo demasiadas libertades: lo que es ahora, no puedo dispensarme de hablar. ¿No sabeis lo que pasa?

—No, mujer, ¿cómo quieres que lo sepamos, ni qué nos importa de lo que pasa fuera de aquí?

—Bueno; pues si no os importa lo de Pamplona ni lo de Toledo, me marcharé por donde he venido.

—Mujer, me arrepiento de lo dicho. Me importa y mucho. Por consiguiente dí presto lo que sepas, y principia explicándonos por dónde lo sabes.

—Por Vária, á donde he ido esta tarde; porque me avisaron de que habian llegado ciertos judíos con géneros riquísimos, tanto de paños como de..... Y dije yo: éstos, que vienen de Toledo, sabrán.....

—Lo de Toledo. ¿Y qué has oido en Vária?

—He visto allí, lo que se llama ver, con mis propios ojos, huestes que llegan á toda prisa de Cesaraugusta y Tutela: he visto mucha gente; mucho movimiento. Esas huestes se van á sorber á los vascos: no tienen ni para un diente con todas esas montañas. Yo no soy niña; que hartos años de sierva hice en vuestra casa, hasta que me dísteis libertad por haber criado tan bueno y robusto á vuestro hijo Pelayo; pero os digo mi verdad: en mi vida he visto tanto bucelario, tanto decano, tanto milenario juntos.

—¿Y quién los manda? preguntó Ranimiro.

—No lo sé: supongo que cada tiufadía estará mandada por un tiufado, y cada tres ó cuatro, por un prepósito.....

—¿Y qué es lo de Pamplona?

—Señor, aquello está muy malo; allí anda todo revuelto; y hasta los judíos.....

—¡Los judíos!

—Eso dicen los cristianos. Pero los mercaderes á quien he comprado muy rica tabla de manteles, replican que los vascones no necesitan de nadie para alborotarse; y que no saben lo que tiene esa Vasconia, pues en pisándola, los visigodos mismos parecen azogados, y están deseando saltar. Y dicen bien. ¿Por qué, con tanta gresca como hay por África, han de rebelarse ahora los godos de Pamplona? ¿Qué tienen que ver con ellos los judíos?

—Pero, Nunilo, acaba si quieres, exclamó Favila impaciente: ¿qué se sabe de Toledo?

—¿De Toledo? Nada, sino que el rey, vuestro sobrino..... ¿No han hecho rey al hijo de vuestro pobre hermano Teodofredo?

—Sí, mujer, sí, hace pocos meses. ¿Qué le ha pasado al rey?

—Que á consecuencia de los alborotos de Pamplona, apresura su viaje y se viene solo con sus espatharios.

—¿Con Pelayo?

—Sí, señor, con el mismísimo Pelayo, á quien yo crié á mis pechos. Pues esa es la noticia, la gran noticia qne me ha obligado á entrar, á interrumpiros sin querer.

—¿Y dónde está el rey?

—¿Qué sé yo? Dicen que Rodrigo y Pela-

yo vienen..... ¿Cómo dicen que vienen, señor? ¿A la fuerza? No; á marchas.....

—Forzadas.

—Eso es, á marchas forzadas. ¿Qué quiere decir eso?

—Eso quiere decir, que el dia ménos pensado le vemos asomar por aquí: esta misma noche, por ventura.

—¿Y os estais con tanta calma, señor?

—Pero, mujer, si no sabia una palabra..... Mira, Nunilo, confio en tí. Pónle buena cena; que le tengan bien mullida la cama.

—¡Cena! ¡Yo misma se la aderezo! Ya sabeis que él es poco amigo de guisotes y melindres: carne asada medio cruda, y lecho como una tabla. No se parece, ni quiere parecerse á los godos que hoy se estilan: godos de alfeñique, godos enclenques y encanijados.

—Pues dáte prisa, Nunilo, que no te coja desprevenida.

Vínoles muy bien aquella interrupcion, con la cual se distrajeron y sosegaron. Por mucho que fuera el interés con que el duque y Amaya escuchaban á Ranimiro, la gravedad de los acontecimientos era tal, que no podian prescindir de reflexionar sobre ellos, y áun de comentarlos.

—Ranimiro, le dijo el ciego; si estás para pensar en algo más que en tus propias desdichas, díme: ¿qué te parece de lo que acabamos de oir á la liberta?

—Sus noticias, contestó Ranimiro, me confirman en el juicio que antes he formado. Esa sublevacion, esa agitacion de Pamplona

cuando van llegando á Vasconia miles y miles de hombres, ¿es verosímil siquiera? ¿Tiene sentido racional? ¡Rebelarse una plaza en que todo está aparejado para recibir al rey: guarnicion escogida, conde y tiufados de confianza! En ninguna ciudad de España debia de tener Rodrigo más confianza y seguridad en estos momentos que en ese presidio. La agitacion es artificial: nuevo pretexto para apresurar la salida del rey, retrasada no sé por qué causa. En efecto, debe de urgir á los conspiradores alejar del Estrecho á Rodrigo y las huestes. Todo lo cual nos hace ver que los sucesos se precipitan, y que pronto vamos á presenciar grandes catástrofes, si no las evitamos por grandes escarmientos.

—Pues bien, aquí vendrá Pelayo, y trataremos de poner remedio.

—¡Pelayo aquí! No lo espereis ahora, contestó el tiufado. Si son ciertas esas noticias, á Pamplona se dirigirán las tropas en seguida por la ribera del Arga.

—Pero si el rey se detiene en Tutela ó Calahorra, hasta que lleguen las huestes.....

—Urge mandar á la ciudad rebelde gobernador de toda confianza; quizás vaya Pelayo: y hoy que los vascos están quietos, con unos cuantos bucelarios tiene bastante para escolta. Así hemos hecho nosotros el viaje sin peligro. Los vascos no se mueven. Ven con pasmosa indiferencia que vamos á soltar sobre ellos las cataratas del diluvio. ¿En qué confian? ¿Qué es lo que presienten? No lo sé. Profundamente dormidos cuando nos agitamos calenturientos contra ellos, ó tratan de ren-

dirse, ó nos miran con desden. Me inclino á lo último. Cuando hasta Nunilo llegan los rumores de traicion en África, ¿los ignorarán los montañeses? Y sabiendo el peligro que corremos en la Bética, ¿qué miedo puede inspirarles la visita del rey?

—Aguardemos, dijo Favila: para mi hijo, como para todos, en dias tales, la pátria es antes que el hogar. Pero si Pelayo puede, no dejará de vernos.—Y ahora, Ranimiro, si estás más tranquilo, continúa tu lamentable historia, suspendida precisamente en la ausencia de Paula.

—"Sí, dijo el tiufado: la desaparicion de mi mujer era efecto de un crímen, del cual en ninguna parte encontraba rastro. Sin apartarme de las puertas de la ciudad, mandé salir en todas direcciones bucelarios á caballo para ver si podian alcanzar á las fugitivas dentro de la region en que los godos nos movíamos sin gran riesgo; y luego, sospechando que en el crímen pudieran tener intervencion los judíos, toda vez que una sierva hebrea figuraba en él, me dirigí á la aljama de Pamploma. Los judíos en aquella época vivian en una especie de paz y holgura relativas: eran nuestros mercaderes, artífices, médicos, y áun abogados. Ya entonces se susurraba que andaban en tratos con los africanos; y dos ó tres años despues, abusaron de tal modo de nuestra tolerancia, que fué necesario tomar gravísimas providencias para refrenar su audacia. Recorrí las inmundas calles de la judería, y registré sus casas aún más sórdidas; pero repletas de telas preciosas, de alhajas, y al mismo tiempo

pobladas de una raza hermosa, inteligente, robusta y vengativa, con apariencias de humilde y resignada. La sierva de Paula, que se llamaba Respha, no era de Pamplona, sino de Aquitania, segun ellos. La habia traido mi mujer de Victoriaco, con la esperanza de convertirla; y por lo tanto, ni se dejaba ver por la sinagoga, ni entraba en el barrio de sus hermanos. No pude entonces sacar otra cosa. Nada tampoco de los bucelarios, que recorrieron á caballo toda la comarca. Sólo alguno de ellos trajo noticias de que se habia visto á la sierva judía volver á la ciudad. De Paula, nada.

"No sabia qué hacer: estaba loco, desesperado. Como podeis figuraros, me habia informado minuciosamente de lo ocurrido durante mi ausencia.

"¿Habia venido á casa alguna persona extraña?

"Nadie.

"Antes de su desaparicion, ¿habia salido de casa mi mujer? Ni siquiera de su aposento.

"¿Quién habia hablado con ella? La hebrea tan sólo, que la habia servido cual de costumbre.

"Pero Respha ¿estuvo fuera? Tampoco. Todo era regular y ordinario, lo que habia precedido al crímen. Sólo más tarde supe que Respha habia hablado al amanecer con una persona desde la ventana.

"Acudí á Miguel de Goñi: le dije lo que me pasaba; pero no me sacó de dudas. Nada sabia, de nadie sospechaba. Creí que todo el país vasco se habia conjurado contra mí; creí

á todos nuestros enemigos cómplices de aquel delito.

"Furioso contra ellos y contra mí mismo, me lancé entonces á lo interior de la sierra, sorprendiendo á sus habitantes, y dejando atónitos á los mismos godos de mi audacia, que llamaban valor, y era desesperacion. De entonces data principalmente mi funesto renombre de infatigable y terrible azote de los vascos. No los dejaba en paz, no perdonaba roca ni selva, cueva ni caserío. Las pobres gentes huian delante de mí, y abandonaban sus chozas, ó trataban de oponer resistencia á mis arremetidas, obligándome á empeñar combates que no buscaba; pues yo sólo queria saber, inquirir, rastrear dónde estaba mi Paula, cuál habia sido su suerte.

"No, no era cruel; no me ensañaba con nadie, os lo aseguro: si hacia prisioneros, si me llevaba cautivos, era para preguntar por Lorea.—Ha muerto, me contestaban; y aquella noticia me consternaba; hasta que explicándose más, veia que se referian á la época de su fuga de Aitormendi.

"Aseguraban algunos que nosotros la teníamos en cautiverio.

"De su salida de Pamplona y del tiempo posterior á tan misterioso acontecimiento, nada, absolutamente nada.

"Interrogué á los monjes que para ejercer su ministerio pasan con facilidad del uno al otro campo: tampoco me dieron luz.

"Llegué por fin á sorprender en una de mis correrías, á cierta jóven que dió con nosotros de manos á boca. Era hermosa, varonil, ca-

sada, segun lo daban á entender las trenzas y el tocado; de estatura colosal y fuerza hercúlea, á juzgar por la anchura de los hombros y robustez de sus brazos, nervudos y arremangados. Pero sus facciones, aunque enérgicas y de expresion altiva, me parecieron agradables y bien proporcionadas. Habia en su mirada, audacia, astucia y bondad al propio tiempo.

"Viéndose perdida y sin poder escapar, se cruzó de brazos y se quedó inmóvil, esperándonos tranquila y serena.

—"¿Por qué no huyes? la pregunté.

—"Porque es inútil, me contestó.

—"¿De dónde vienes?

—"¿Y á tí qué te importa, si no es eso lo que quieres saber?

—"¿A dónde vas?

—"A buscarte. Quiero hablar contigo á solas.

—"Aquí nadie más que yo entiende tu idioma.

—"Entonces, no nos movamos; y trátame como prisionera. Pueden mirarnos desde lejos, y no conviene que adviertan en tí la menor consideracion.

"Mandé á mis bucelarios que maniatasen á la jóven, la cual prosiguió:

—"Estás siendo nuestro verdugo por averiguar lo mismo que yo trato de saber, y sólo por amor á mi pátria vengo á decirte: Ranimiro, déjanos en paz, que yo, sin derramar una gota de sangre, puedo acaso descubrir, lo que tú con tanta como viertes, nunca lograrás saber.

—"¿Quién eres?

—"Petronila.

—"¿La amiga de Paula?

—"La misma: la amiga, la verdadera hermana de Paula.

—"¿Qué sabes de ella?

—"Sabré lo que tú me digas; y con lo que me digas tú, puedo llegar quizás á saberlo todo.

—"Sé que Lorea tenia empeño en salir de Iruña para hablar contigo, y confiarte el secreto de Aitor.

—"¿Y qué hacia entre los godos?

—"Vivir con su marido.

—"¡Con su marido! ¡Casada la primogénita de Aitor con un vasco tan débil y cobarde, que se resigna á morar en vuestras ciudades!

—"Petronila, si eres tan buena amiga suya, nada quiero ocultarte: Paula no está casada con ningun vasco, sino con un godo; Paula es mi mujer.

—"¡Mentira!

—"Mi legítima mujer, repetí con firmeza.

—"¡Desdichada!—La culpa debe ser cierta, porque va á ser grande su castigo.—¡Oh! Pero ni castigo ni culpa han de quebrantar mi amistad. ¡Desdichada! ¡La hija de Aitor casada con el godo más aborrecido! En toda la escualerria hallarás quien te defienda; pero has confiado en mí, y mi defensa no te faltará.—Ya voy viendo claro, ya vislumbro la verdad. Dímelo todo, Ranimiro: ¿cuándo faltó Paula de tu casa?

—"Hace tres meses y medio.

—"¿Se marchó sola?

—"Salió con una judía.

—"¡Judía! exclamó la jóven gigantea: ¿no tienen las gentes de esa raza fama de aviesas y codiciosas?

—"Sí.

—"¿Y no has dicho que por aquel tiempo Paula queria descubrir el tesoro?

—"Descubrirlo, no: trataba sólo de depositar en alguien el secreto del tesoro; y no queriendo ponerlo en manos de Amagoya, pensaba en tí.

—"¿Y hablaba de ello con frecuencia?

—"Sólo conmigo.

—"Y tal vez con la judía.

—"No lo creo, Petronila; pero la judía era la sierva de su confianza; la que andaba siempre por el aposento de Paula, y pudo acaso sorprendernos y escuchar alguna conversacion.

—"¿Y por qué teníais entonces esas conversaciones? ¿Por qué hablábais en aquella sazon del tesoro de los vascos?

—"Porque..... porque siendo ella única depositaria del secreto, temia morir.

—"¿Estaba enferma, por ventura?

—"Iba á ser madre.

—"¡Madre!—¡Son ellos, es él! exclamó Petronila; y sus enérgicas facciones se iluminaron con lumbre de inspiracion. ¡El mismo, el mismo! Yo vivo en su valle, del cual antes de ese tiempo se ausentaba con frecuencia. Y no se mueve despues. Desde que Lorea abandonó la casa de sus padres, Amagoya tomó los aires de hermana mayor, los humos de heredera. ¡Es el mismo! De tres meses á esta parte no se ha movido de Aitormendi.

—"¿De quién hablas? la pregunté con viva ansiedad.

—"Quiere arrancarla el secreto y apoderarse del tesoro.

—"Pero, ¿de quién se trata? ¿De Amagoya? ¿De la judía?

—"¡De Basurde!

—"¡Cómo! ¿De Basurde, el marido de Amagoya?

—"El terrible, el astuto, el avaro pagano de Aitormendi. ¿Nunca has oido hablar de Basurde?

—"Mil veces, y ahora me haceis recordar que por aquel tiempo le llamé á Pamplona para tratar con él en cosas de la guerra.

—"No necesito saber más. El marido de Amagoya, vasco de las tríbus de Aquitania.....

—"Y amigo tal vez de Respha, que así se llama la sierva, natural de la tierra de Basurde.

—"El marido de Amagoya llegó, sin duda, á saber por la judía que Paula se habia casado contigo.

—"Y habrá sido capaz de asesinarla.

—"No lo temas; mientras ella no descubra á su hermana el secreto de Aitor, Basurde será el primer defensor de Paula. A nadie como á él le interesa que su cuñada no descienda al sepulcro sin revelar el secreto. ¡Ay! Pero si Paula es débil, si les declara dónde están las riquezas codiciadas..... ¡Infeliz, infeliz amiga mia!

"Quedé aterrado.

—"¿Qué duda tiene? proseguia diciendo aquella jóven, como si hablase consigo misma:

ó Paula está emparedada por Amagoya y Basurde, ó se ha caido y precipitado en alguna sima huyendo de sus perseguidores. ¡Tres ó cuatro meses! Rastro habia de haber dejado su muerte al cabo de tanto tiempo. Yo lo sabré todo, ó dejaré de ser quien soy. Suéltame ahora, y pónme en libertad.

"Y luego, mirándome de hito en hito, añadió:

—"Ranimiro, yo no te pido paces ni treguas, no quiero nada de los godos; pero si eres cristiano, tengo derecho á esperar de tí la guerra ordenada y regular que hasta ahora nos habíais hecho.

—"Te la prometo.

—"Pues bien: no iré, no he ido nunca á vuestras ciudades, y sólo en la mayor extremidad pondria en ellas los piés; no me faltará, sin embargo, con quién mandarte un aviso y enterarte de lo que sepa. Y lo repito: ó poco he de poder, ó he de saberlo todo.

"No quise confiar á ningun siervo el cuidado de desatar sus lazos, y lo hice con mis propias manos, para estrechar las suyas.

—"Si llegas á verla, añadí; díla que la amo y la espero; y entre tanto, Petronila, tened la idea de que es una santa, llamada por Dios á cosas extraordinarias por caminos descomunales tambien [1].

—"He dicho que soy su amiga, y pésia to-

1 El tratamiento tan pronto de *tú* como de *vos*, dirigido en un mismo escrito á una misma persona, se ve usado no sólo por los visigodos en aquella época, sino en las Cartas de San Gregorio el Magno, segun el eruditísimo Padre Fita. *(La Ciudad de Dios*, tomo IV, pág. 268: artículos sobre *El Papa Honorio I* y *San Bráulio de Zaragoza.)* En vascuence no hay tanta libertad; pero Ranimiro contaba su historia en latin.

dos los paganos endurecidos y testarudos de los Pirineos, no se han de salir con la suya: que si ellos tienen cabeza de pedernal, la mia es de bronce.

"Las suposiciones de aquella mujer no podian ser más desconsoladoras. La idea de que Paula hubiese perecido de muerte violenta, me horrorizaba; pero no la dí asenso. El asesinato de la hija de Aitor, hubiera resonado como un acontecimiento histórico de primer órden en aquella tierra, donde, forzoso es confesarlo, son estos crímenes incomparablemente ménos frecuentes que en la nuestra.

"Y luego, por cruel que fuera el marido de Amagoya, ¿qué adelantaba, siendo tan avaro, con la muerte de Paula, si ésta se llevaba al sepulcro el secreto de las riquezas? Era necesario suponer que se lo habia arrancado, lo cual me parecia difícil, como tambien el que Amagoya, ambiciosa, pero noble, se prestase á ser cómplice de tan espantoso crímen.

"Estas reflexiones me tranquilizaron, y entré en Pamplona con alguna esperanza, con cierta consolacion. Al ménos no me agitaba ya en el vacío, no abria los ojos en tinieblas, no tendia, como hasta aquí, los brazos buscando asidero, sin encontrar ni el menor arrimo.

"Estando en mi casa á los pocos dias, me dijeron que una formidable montañesa queria hablarme. Me dió un vuelco el corazon recordando que Petronila, sólo en último trance habia resuelto venir á verme. Quise precipitarme á su encuentro; pero me contuve por prudencia y la mandé entrar. Porque era ella: sentí su bronca voz en el vestí-

bulo, y sus pasos luego, que hacian retemblar el pavimento.

—"No vengo por tí, me dijo en su idioma al traspasar el umbral: no visito, ni visitaré jamás á nuestros enemigos; vengo, como buena vascongada, por servir á la hija de Aitor.

—"¿Vive Paula? pregunté con la mayor ansiedad.

—"Vive. La he visto.

—"¿Y no vuelve contigo?

—"¡Volver! exclamó Petronila con amargura: no volverá tan presto como Dios no haga un milagro.

—"Pues, ¡cómo! ¿Está enferma?

—"Buena, buena está; y no me aturdais á preguntas: tened presente que no vengo por vos, sino por ella; porque es mi amiga, cristiana como yo, y goda ó no, es una santa, una mártir, y lleva en su seno un descendiente de Aitor. Y con tal de que esa familia de paganos no se salga con la suya, seria yo capaz de ver, no al godo Ranimiro, sino al mismo rey de Toledo.

—"¡Petronila! exclamé: tén compasion de mi angustia, y díme pronto y sin rodeos lo que tengas que decirme.

—"Ante todas cosas, ella me manda aquí para entregaros una prenda.

—"¿Qué prenda?

—"¿La conoceis? dijo sacando ese brazalete de oro con la imágen de la cruz y la leyenda en vascuence.

—"Pero esto, ¿qué significa? exclamé espantado: ¿es recuerdo de cariño, ó por ventura legado de persona que ha muerto?

—"Es un depósito que os confia. "Que lo "guarde para mi hija, ha dicho: que se lo en- "tregue un dia, si acaso tiene que nacer aquí "entre paganos."

—"Luego teme que su estancia se prolongue.....

—"No tendria que prolongarse mucho; porque ha entrado en los siete meses y.....

—"¿Dónde está, Petronila, dónde se oculta? exclamé, llevando con impaciencia las dilaciones de aquella mujer, que, sin embargo, era mi única amiga, todo mi consuelo.

"Su relato fué para mí interesantísimo; pero atormentador á veces por sus rodeos y digresiones. Me ceñiré lo posible al repetíroslo.

"Los vascos, en general, tenian pocas noticias de Lorea: varios rumores corrian acerca de ella; pero confusos y contradictorios. Basurde, sin embargo, por medio de Respha, á quien habia conocido en Aquitania, todo lo sabia, de todo estaba bien enterado. Las relaciones del marido de Amagoya con nuestra antigua sierva judía, son todavía misteriosas, incomprensibles para mí; pero indudables. Por ella supo la conversion de Paula al cristianismo, por ella nuestro casamiento. Sintió en lo primero golpe fatal para la grey pagana de Aitormendi, y se gozó con lo último, que equivalia al destronamiento y abdicacion de la primogénita de Aitor, cuyos derechos y prerogativas pasaban á Amagoya. Entró ésta desde luego en posesion del valle y venerando caserío del patriarca; pero le faltaba el tesoro, que era precisamente lo que Basurde con más vivas ánsias codiciaba. Nadie en el mundo sa-

bia dónde estaban depositadas aquellas riquezas; nadie más que Paula, es decir, la persona misma á quien se queria herir en lo más vivo de la honra, y humillar y despojar. Grandes cavilaciones, inquietudes y tormentos debió de costar esta idea á Basurde: sospecho que la judía entró al servicio de Paula, como espía y agente del malvado: creo que por consejo de éste, y para ganarse la confianza de mi mujer, aparentaba inclinarse á nuestra santa religion. Y si la judía era hipócrita; no ménos astuto y reservado se mostró Basurde para desvanecer, hasta cierto punto, los temores que inspiraba á Paula, la desenfrenada exaltacion de Amagoya. De la conversion hablaba poco y sin resentimiento; de nuestra boda, nada. Queria abrir camino y suavizar toda aspereza para llegar al suspirado término de sus afanes, que era el descubrimiento del tesoro. Así fué, que cuando supo que yo le llamaba á Pamplona para las cosas de la guerra, tuvo grande alegría, y por contestacion, emprendió la marcha á la ciudad. Sus deseos se avivaron con la nueva de que Paula estaba en cinta; pero consideró para la empresa que traia entre manos, inútiles los medios regulares. ¿Cómo esperar de la futura madre revelacion ninguna que perjudicara á sus hijos? ¿Cómo influir eficazmente sobre Paula, mientras ésta permaneciese á mi lado, esperando la hora de dar á luz un nuevo vástago de la familia de Aitor? Basurde llegó á prometer á Respha la mitad del tesoro, si lograba que Paula saliese de mi dominio, y la judía lo consiguió. Al rededor de Pam-

plona vagaba Basurde cuando yo salí para Val-de-Goñi: me seguia los pasos cuando entré con Teodosio á tomar el caballo que nos condujo á Gastelúzar, y allí me vió esconder las armas y joyas que me estorbaban para presentarme á los sencillos vascones. De las alhajas tomó un anillo que entregó á Respha al amanecer, ó por una ventana del palacio, ó tal vez por conducto de los judíos de la aljama. Ello es, que la sierva pudo engañar á Paula, diciéndole que la llamaba yo fuera de la ciudad para conducirla al lado de Petronila, á quien habia encontrado en casa de Miguel de Goñi.

—"Pero, ¿cómo no viene Ranimiro á sacarme de Pamplona? preguntó mi esposa.

—"El conde, contestó la judía, os espera en la alameda próxima al rio, por no dejar sola á Petronila; pero os manda este anillo para que deis crédito al mensaje.

"Paula, inocente y completamente ajena á todo artificio, creyó que llevándose consigo á la sierva de su confianza, tomaba cuantas precauciones exigia la prudencia; y con el traje del país, como una de tantas aldeanas que vienen al mercado, salió de Pamplona donde apenas era conocida, y sin entrar en ningun caserío, guiada por Respha, cayó en manos de Basurde. Dió un grito y se extremeció al conocerle, como si hubiese visto al terrible *Basajaun* de las leyendas vascongadas.

"Basurde la tranquilizó con palabras suaves y melosas, haciéndola ver que su principal interés en aquel negocio, consistia en que no se perdiese para su familia el secreto del te-

soro, á cuya posesion, por contingencia, estaba llamada Amagoya; y como esta declaracion tenia trazas de sincera, dada la condicion de quien la hacia, Paula la dió crédito y se dejó guiar hácia el monte por su cuñado. No tenia tampoco medio de evitar su compañía. Pidió á Respha que no la abandonara; pero esta infame desapareció.

—"¿A dónde quieres que te conduzca? preguntó Basurde á su cuñada.

—"A mi casa de Pamplona.

—"Imposible, mientras no nos comuniques el secreto y asegures el tesoro para tu familia.

—"Llévame, pues, al caserío de Petronila.

—"¿Y por qué no al tuyo? ¿Por qué no á tu propia casa, que es la casa de tus padres?

—"Basurde, haz lo que quieras: no puedo resistir ni dejar de obedecerte; pero temo á tu mujer: me dá miedo mi hermana.

"El astuto pagano se sonrió.

—"Tienes razon, la dijo: la primera entrada será terrible. Tú cristiana, y casada con un godo, y con el más cordialmente detestado de todos nuestros enemigos; y ella..... ya sabes su génio, ya conoces su exaltacion..... ¿Qué sé yo lo que haria?.... En los primeros momentos, se entiende; porque pasado aquel pronto, se quedaria como una malva. Por eso, lo has pensado bien: iremos á casa de Ochoa, ó de tu hermana Usua, que ya vive en Aitorechea con su marido Lartaun, y acaba de dar á luz una niña. Se me figura que tú no estás distante de tener otra.

—"¿Con que mi hermana menor tiene ya

una hija? repuso Paula, desentendiéndose de lo demás.

—"Sí, y Usua no es como Amagoya. Ella no es cristiana; pero no detesta la nueva religion. Y luego, todo se ha de decir, madre ya de una hija, que puede ser en su dia heredera del tesoro, su interés por asegurarlo para en adelante es doble que el nuestro, que al fin y al cabo no tenemos hijos. Te recibirá bien, estarás allí como en tu casa; y cuando yo entere de todo á mi mujer, y ésta se haya desahogado conmigo, vendrás á tu palacio. ¿Dónde mejor?

"Paula le replicó que por de pronto preferia descansar en casa del marido de Petronila.

—"Como quieras, la dijo Basurde; pero de todos modos, añadió, el camino es penoso, larga la jornada, y hallándote en cinta..... —Y el vasco lo repetia para asegurarse de ello, y oir de los lábios de Paula la confirmacion de sus noticias:—Hallándote en cinta, no puedes andar tanto, ni tan de prisa como es menester.—Nos llegaremos al prado que está aquí á la derecha, y tomaremos caballos que nos lleven al caserío de Petronila.—¡Petronila! añadió en tono sentimental: ya todos los vascos se van haciendo cristianos. ¡Por más que diga Amagoya, todos tenemos que sucumbir!....

"El taimado habia herido la fibra más delicada del corazon de Paula, que arrebatada por el celo de la gloria de Dios, quiso aprovechar la ocasion y buenas disposiciones de su cuñado.

"Y hablando con tanta uncion como entu-

siasmo, se dejó llevar á selva enmarañada, en un raso de la cual, cierto pastor ó dulero les prestó una yegua. Púsola Basurde cabezadas, acomodó la capa en sus lomos, haciendo montar á Paula, y él tirando del ramal y á pié cuestas abajo, y cabalgando pechos arriba, fué andando por caminos solitarios, esquivando todo encuentro y huyendo de toda vivienda.

"Algunas provisiones de pan, mojama y frutas secas fueron su alimento, mientras la yegua descansaba y pacia al márgen de un arroyuelo.

—"¡Qué caminos tan ásperos y desamparados! exclamaba Paula: ¡me dan miedo!

—"Es que vamos por atajos para llegar antes de que nos sorprenda la noche en el camino.

—"Siento así cierta pesadez en los ojos; tengo sueño.

—"No es extraño, le contestó Basurde; has salido de Iruña de mañana; y luego los vaporcillos de la comida..... Cabalgaré tambien; no hay tiempo que perder.

"Estas fueron las últimas palabras que recuerda Paula.

"Despues se despertó en una cama, ó por mejor decir, monton de heno, dentro de ruinosa torre formada de cuatro paredes altas, gruesas y lisas, sin otras ventanas que algunos agujeros á los cuales nadie podia asomarse, por estar abiertos cerca del techo y á la altura de seis ó siete varas del suelo.

"Paula quedó consternada. Cayó luego en la cuenta de que estaba en su propia casa, en el palacio de Aitormendi; y que Basurde le

habia dado en la comida zumo de yerbas que producen letargo, y cuyo conocimiento, para usos medicinales, era tradicional en la familia de Aitor. Aquella torre habia servido de palomar, y contigua al cuerpo principal del edificio, comunicaba con él por una puerta abarrotada y dividida á lo ancho en dos mitades iguales, con postigo en la superior. No cabia duda: estaba presa, emparedada en su propia casa."

—¡Madre mia! exclamó Amaya.

—¡Mártir de la fé cristiana y del amor conyugal! añadió Favila.

—"En efecto, la pobre Paula fué á padecer martirio. Aquella torre flanqueaba la fachada del caserío, formando con ella una rinconada; pero á la puerta vigilaba un mastin sujeto con larga cadena para que nadie se acercara.

"Nada temió por sí; pero tembló por su marido, y sobre todo, por la criatura que llevaba en las entrañas.

"Se puso de hinojos y se ofreció al Señor como oveja destinada al sacrificio; y le pidió por mi salvacion y la de nuestra hija. Y luego se sentó tranquila, y hasta gozosa, porque creia que Dios la habia escuchado, y aceptaba su vida en cambio de la nuestra, Amaya."

La hija del milenario sollozaba.

—"Es más, tu santa madre no sólo perdonaba, sino que disculpaba á sus verdugos.— "Dadas su ceguedad y obstinacion en el error, decia, ¿qué soy yo á los ojos de mi hermana? Una mala vascongada que se ha pasado al campo enemigo, y se ha unido al más aborrecido caudillo de los contrarios. Amagoya se

avergüenza de mí; me considera indigna del nombre de Aitor, y cree que he perdido todos mis derechos."

"Así pensaba Paula, llamada, sin embargo, en su interior á la fé para salvarse á sí propia, y al amor de un príncipe godo, para ejemplo de union entre dos pueblos cristianos. Por eso solia decir con lágrimas, hijas de afectos inefables: "Yo moriré, pero vivirá mi hija; y si vive, se llamará Amaya, y Dios pondrá la cruz de los vascos sobre las almenas de los castillos godos; y el nombre de Cristo sobre el árbol de nuestra independencia."

"Amagoya pasó á verla. Entró altiva, severa, como un juez nombrado para condenar; cruel como leona que busca oveja en que saciar su hambre; pero salió mansa, confundida, silenciosa.

"No quiso volver más.

—"Llévala, le dijo á Basurde, llévala cuanto necesite; pero díla que la honra de nuestros padres no consiente que salga de ahí. Prométela que cuidaremos de su hijo; pero que lo daremos á criar lejos, muy lejos de Aitormendi, para que nunca sepa la sangre tan ilustre que lleva en sus venas. Voy sospechando, Basurde, que esos cristianos valen más que nosotros.

—"¿Y no la has hablado del secreto de Aitor?

—"No, porque confio en ella. Ese secreto no me ha dado jamás ningun cuidado: no se perderá.

"La pobre Paula, entre tanto, oraba, sufria y esperaba. ¿En quién? Sólo en Dios. Llevaba ese brazalete de oro, que pocos meses antes

habia mandado hacer á un artífice judío, y se consolaba con la imágen cincelada en el medallon, recuerdo de la cruz que me mostró en Gorbea. Pero áun de este consuelo quiso desprenderse, y me mandó la joya para tí, con encargo de que nunca te desprendieses de ella, presintiendo la proximidad de tu nacimiento y la de su muerte.

"Volvamos á Petronila, por quien supe todos esos pormenores tan minuciosos, tan dulces y terribles á un tiempo para mí.

"¿Cómo pudo averiguarlos? Á fuerza de penetracion, astucia y osadía; á fuerza de cariño ó de generosa inspiracion. ¡Qué mujer tan admirable! Por indicios de haber pasado Basurde, llevando una jóven á caballo, precisamente el mismo dia en que Paula salió de Pamplona, acabó de persuadirse de que sólo al marido de Amagoya debia atribuirse el rapto. En esta conviccion, se dirigió resueltamente al palacio de Aitormendi, á pesar de la repugnancia que le inspiraba la adusta pagana. Fué, mas no con miedo ni recelo, sino con rostro erguido y mirada serena; dispensando, no pidiendo proteccion. Halló á Basurde y su esposa, que á los ladridos del mastin, guardian de la torre, salieron á la puerta del caserío.

"Acercóse á ellos con resolucion, y les dijo: —Sé que teneis encerrada á vuestra hermana mayor, por haberse desposado con uno de nuestros enemigos.

"Basurde lo negó con descaro.

—"Aguardad un momento, repuso Petronila.

"Y entonó uno de esos cantares en diálogo que ella y Paula solian decir juntas en la niñez.

"Y de la torre salió al punto la respuesta, con voz y estilo singulares, patrimonio de las hijas de Aitor.

"No cabia ya la menor duda: aquellos acentos no podian confundirse con ninguno.

—"¿Lo veis? prosiguió la jigante vascongada: conmigo no sirven mentiras ni disimulos. Vale más hablar con franqueza y confesarme la verdad. Vengo á buenas: vengo á prestaros un inmenso servicio; no por vosotros, sino porque redunda en bien de nuestro pueblo.

—"Entra, le contestó Amagoya: entra y habla. Pero recuerda que en la casa de Aitor no se consienten mentiras ni bajezas.

"Petronila, mirándola con superior orgullo, replicó:

—"Hija de Aitor, ten cuidado con la lengua, porque al menor amago de injuria, me salgo y os dejo, para acusaros ante los ancianos de no habernos podido entender en cosas que atañen á toda la escualerria.

"Amagoya no la queria baja y miserable, pero tampoco tan altanera: á nadie en su presencia le permitia serlo tanto como ella. Tuvo que tascar el freno, sin embargo, porque Basurde, presintiendo la importancia de la entrevista, se apresuró á dar á Petronila todo linaje de satisfacciones.

—"Hablad, le dijo, y explicáos como os parezca.

—"Soy amiga de Paula, prosiguió Petronila; pero tanto como á vos me escandaliza su

matrimonio con un godo. La teneis aquí sin duda hasta su alumbramiento: bueno. Pero si muere, se llevará al sepulcro el secreto de Aitor.

—"Esa es la verdad, exclamó Basurde consternado.

—"Lo revelará á su hermana, contestó Amagoya.

—"¡A su hermana! repitió Petronila con sublime ironía: ¡á su hermana, que la tiene emparedada! ¡A su hermana, dejando quizás una hija! No lo espereis.

—"No lo espero yo, dijo Basurde, que la escuchaba con la frialdad de quien sólo atiende á su interés.

—"Pues bien: yo soy la única persona á quien puede y quiere descubrir el secreto. Así me lo ha dicho mil veces, á fin de tenerme prevenida para cuando fuese necesario.

—"¿Y te lo ha manifestado? ¿Te ha indicado, por lo ménos, cómo y de qué manera puede descubrirse el dia en que sea preciso? le preguntó Amagoya.

—"Ni uno, ni otro: no tengo más sino su palabra de hacerme depositaria del arcano.

—"¿Y qué quieres?

—"Quiero ver á Paula: quiero recibir su declaracion, si persiste en hacérmela.

—"¿Y sólo por afecto, por gratitud hácia nosotros, que te aborrecemos por haberte bautizado, vienes á dispensarnos ese favor? preguntó Amagoya con desden.

—"No, replicó Petronila, levantándose de la trípode en que se habia sentado. Vengo dispuesta á prestar un buen servicio á nuestro

patriarca Aitor, que fué tan padre mio como vuestro: vengo á servir á toda la raza vascongada. No quiero que perezca el tesoro de nuestro pueblo, ya que tan próximos están los tiempos en que han de brillar al sol riquezas, sepultadas sabe Dios dònde. Si Paula dá á luz una nueva hija de Aitor, para ella serán: si una y otra mueren, para vosotros. Lo que nos importa á todos los vascos, es que el secreto no desaparezca, y á ello, despues de las prevenciones de mi amiga, me creo obligada en conciencia. Ahora, si por culpa vuestra se pierde, que Dios y los vascos, que mi hermano Lartaun, padre de vuestra sobrina, os lo demanden.

—"Ahora te creo, dijo la esposa de Basurde. Ven, y hablarás á esa desdichada, que ha renegado de la dignidad de primogénita de Aitor y la supremacía de su linaje. Puedes decirla cuanto quieras; no incurriré en la bajeza de espiarte, ni de escucharos. Al salir me verás á la puerta, y sólo te preguntaré si el secreto de mi raza queda asegurado. No quiero que me digas una palabra más; nada más tengo que saber. Confio en tí; y no se atribuya nunca á la codicia cualquier cosa que suceda.

"Así pasó; así quedó enterada de todo Petronila.

"Al salir de su entrevista, le preguntó la esposa de Basurde, que se puso á hilar tranquila á la puerta de su palacio:

—"¿Conoces el secreto?

—"Lo conozco.

—"Vete en paz.

"Y se fué."

—¡Oh! exclamó Favila, sin poder contener su asombro: ¡qué dos tan singulares caractéres!





## CAPÍTULO VII.

### DE CÓMO AL FIN LLEGA EL DE LA HISTORIA DEL TIUFADO.

CREO haberos indicado ya, prosiguió el magnate godo, que Paula habia dado á su amiga el encargo de verme y enterarme de cuanto le habia pasado. Departir con quien acababa de hablar á la cautiva, informarme de ciertas pequeñeces que para mí tenian infinito valor, era todo mi consuelo. Petronila, con sus protestas de no querer servir á un enemigo, y sus salvedades al poner los piés en poblaciones góticas, arrostraba noble y valerosamente el peligro de oponerse á los planes y miras de la poderosa familia de Aitor; y puesta al fin completamente de mi parte, me daba cuantas explicaciones le pedia en tan apurado trance.

"Pero ninguna de ellas me sugeria un medio

de salvar á mi pobre Paula. Cuantos más datos me suministraba Petronila, más me persuadia de la gravedad del mal y de mi impotencia para remediarlo.

"¿Cómo libertar á mi esposa? ¿Cómo sacarla de las garras de aquellas fieras, no hermanos, que tan despiadada como impunemente la atormentaban? La menor imprudencia en mis gestiones, el más ligero amago contra sus carceleros; podian ser funestos á la víctima, cuyo verdadero verdugo era Basurde, cruel, astuto y avariento, que á fuer de esposo de Amagoya, sabia el uso que podia hacer de ciertas yerbas, y de ellas se habia valido para adormecer á Paula.

"Traté de salir disfrazado con tres ó cuatro bucelarios, á sorprender una noche el valle de Aitormendi, y asaltar la torre que servia de cárcel á su misma señora: ¿pero cómo volver luego á tierra de godos, dado que nos fuera posible llegar hasta allá?

"Ocurrióseme tambien reclamar á los señores ó caudillos vascos. Pero lo que habia sabido de sus modos de gobierno, desvaneció mis esperanzas.

"En efecto, ¿qué hacia yo con querellarme ante Miguel de Goñi, por ejemplo, si el crímen se habia perpetrado por gentes de distintas tríbus?

"Y sobre todo, ¿qué vasco era capaz de condenar á su venerada Amagoya, por querellas del godo que les habia infamado en lo vivo de su honor, y á quien profesaban ya ódio mortal, ódio de raza y de tres siglos?

"Amagoya, por otra parte, moraba en region

muy apartada de la nuestra, en el valle mejor defendido por la naturaleza, y más exento, por consiguiente, de nuestro yugo. Mis reclamaciones no llegarian allá, y si llegaban, serian escarnecidas. ¡Quejas de godos contra la casa de Aitor, que en el castigo de Paula, volvia por la honra de todas las siete tríbus vascongadas! ¡Y quejas contra los habitantes de valles próximos al mar, circundados de selvas enmarañadas, y altivas crestas, á donde los godos nunca habian soñado con arrimarse!

"No me quedaba otro recurso que la dura, la bárbara ley de las represalias.

—"Sean várdulos, vascones, vizcainos ó caristos, cogeré rehenes, decia en mi desesperacion: incendiaré mieses, casas, bosques; sacrificaré hombres, mujeres y niños, hasta que me devuelvan sana y salva á mi mujer y á mi hijo, si nace en cautiverio.

"Pero este medio, dado que fuese eficaz, no era cristiano. A mayor abundamiento, al indicárselo á Petronila, cuando en mi cólera, revuelta con mi impotencia, dejé escapar aquel pensamiento, que no llegó siquiera á deliberado propósito, la jóven me atajó diciendo:

—"El único encargo que Paula me ha hecho, es que por ella no ha de verterse una gota de sangre siquiera. Y yo añado, que si emprendeis ese camino, seré la primera en morir á vuestras manos; porque seré vuestra más implacable enemiga. ¡Cómo! prosiguió: yo que vengo aquí desafiando las iras, los rencores, ó cuando ménos, los recelos y sospechas de todo mi pueblo; yo, que por servir á Paula, no por serviros á vos, que no lo mereceis,

vengo á Iruña, á donde jamás me habia acercado, y entro en la casa del odiado caudillo Ranimiro, para enterarle de lo que sin mí no hubiera sabido ni adivinado nunca; yo, ¿he de ser testigo de crímenes y horrores, que sin mi debilidad no se hubieran perpetrado? No: para no morir de pena, tendria que morir al filo de vuestra espada.

—"¿Y he de cruzarme de brazos dejando perecer á Paula con el hijo que lleva en sus entrañas?

—"No morirá: Amagoya, aunque insolente y altiva, es en el fondo compasiva y noble.

—"¿Y su marido?

—"¡Su marido! ¿Quereis oir lo que Basurde me ha dicho?

—"Sí, quiero saberlo todo.

—"Pues bien: salió á mi encuentro, cuando me retiraba del caserío de Aitor, y me dijo: si mi cuñada me descubriese á mí solo el secreto de nuestra familia, ó tú me lo revelases en nombre de Paula, esta misma noche seria conducida por mí á Pamplona. La daríamos por muerta; la tendríamos como perdida para la familia; ella renunciaria todos sus derechos en Amagoya, y viviria feliz entre sus godos, sin que los vascos volviésemos á acordarnos siquiera de su nombre.

—"¿Eso dijo Basurde? pregunté.

—"Ni más, ni ménos.

—"¿Y qué le contestaste?

—"No me lo preguntes, Ranimiro, dijo Petronila, irguiéndose como una estátua; porque no os he hecho la ofensa de preguntaros qué es lo que debia contestar.

—"Está bien. Pues que todas las puertas se me cierran, y en lo humano, ningun remedio hay para mí, no hablemos más del asunto. Suceda lo que quiera, y háyaslo hecho por mí ó por Paula, lo cual es exactamente igual, me has prestado un gran servicio, y la gratitud y estimacion de un hombre honrado, aunque godo, no te faltarán jamás. A tus favores sólo puedo corresponder dignamente, prometiéndote lo que más deseas. No me ensañaré con vosotros.

—"¡Adios! me respondió aquella mujer singular: si atendiera á lo que me inspira el corazon y casi bulle en mis lábios, añadiria: "yo la salvaré." Pero no quiero engañarte ni adormecer tu dolor con vanas esperanzas. Es superior á mi voluntad la conviccion de que no puedo salvarla tan presto como seria necesario, para que no desapareciese el fruto de vuestro amor.

—"¡Oh! Es necesario evitarlo, es preciso llegar á tiempo.

—"Ella misma lo reconoce y lo presiente, dijo Petronila como distraida: éste es el fin, me repetia.

—"¡El fin! exclamé. *¡Amaya!* Mira esa cruz, mira esa leyenda: *amaya da asierá.* El fin es el principio. Por algo me envia Paula ese brazalete. La salvaré, Petronila: no sé cómo; pero salvaré á mi hija; tendré una hija que será *Amaya.* ¡Dios lo quiere!

—"Cúmplase, pues, la voluntad de Dios.

"Así se despidió Petronila.

"Habia yo tomado mi resolucion; pero no quise confiársela á nadie, absolutamente á na-

die, y ménos á ella, por no acabar de comprometerla.

”Tracé entonces aquel plan de invasion desde la falda de Aralar á la costa; plan que llevado á cabo, con tanta ventura para la pátria como desdicha para mí, me dió entre los godos fama que ciertamente no he merecido, y nombre odioso, aterrador, entre los vascos, que aún he merecido ménos.

”Recordareis, tio, que por aquel tiempo teníamos la ingente armada, con que Wamba habia echado á pique doscientos setenta bajeles sarracenos en el Mediterráneo. Acababa Egica de repetir la hazaña; y limpias aquellas aguas de enemigos, gran parte de la escuadra se vino costeando por los mares Cantábricos, á vuestras órdenes, como duque, y con intencion de infundir respeto á los piratas normandos, que ya comenzaban á infestar el Océano.

”Queriendo vos aprovechar la permanencia de aquellas fuerzas marítimas, si no para un desembarque, al cual no venian dispuestas, para amago y refugio en caso necesario, me enviásteis á decir que aquella era buena ocasion de extender mis correrías hasta los várdulos, á los cuales teníais empeño en hacer sentir el azote de la guerra.

”Sugiriéndome esta idea, todo me lo dábais hecho.”

—Perdona, sobrino: sólo te dije, ahí tienes los bajeles por si quieres aprovechar la ocasion de combinar con ellos algun golpe de mano. Pero el plan y su ejecucion.....

—”Apenas tuvieron importancia, creedlo. Mi plan se redujo á disponer que los buques

se aproximaran á la costa, amagándola constantemente. Así conseguí que las fuerzas de la marina, es decir, todos los hombres capaces de llevar armas, se aglomerasen á los puertos y playas, como lo hicieron en tiempo de Roma; y entre tanto me lancé yo sierra adentro con buen número de ginetes, y siguiendo el curso de un rio, llegué una noche de luna llena al valle de Aitormendi.

"Nadie, absolutamente nadie, que no fuese vascongado, habia entrado allí: ningun extranjero, celta, fenicio, cartaginés ni romano habia hollado aquel recinto, verdaderamente digno de respeto, como resto de cultura patriarcal: el invadirlo yo impunemente y quizá sin costarme una gota de sangre, sólo dependia, despues del llamamiento de gente hácia la costa, de la rapidez en la ejecucion. Este fué mi único mérito; y como se deja conocer, es bien pequeño. Aquel valle tan verde, tan ameno, rodeado de pintorescas montañas, cubiertas de manzanos y castañares, encima de los cuales descollaban, ora rocas de mármol ceniciento, ora blancos caseríos; aquel ámbito donde se aspiraba el áura de la antigüedad y sencillez primitiva, pertenecia á mi mujer, y por consiguiente, me pertenecia á mí; y mi mujer estaba allí bárbaramente cautiva, y yo godo, mortal enemigo de los vascos, iba á salvar la progénie de Aitor, á su legítima heredera.

"Me propuse que valle, casas y palacio fuesen respetados por mis bucelarios: que no faltase de allí, ni áun lo que podíamos tomar por ley de necesidad ó de guerra.

"Aún más: para facilitar la empresa de libertar á Paula, principal, aunque ignorado objeto de la expedicion; para no tener que emplear ni violencias ni amenazas con los carceleros y verdugos de la pobre mártir; habia escogido la noche del plenilunio, festividad que celebraban los vascos no bautizados, y de que Amagoya no prescindia jamás, subiendo á una de las montañuelas inmediatas, á cantar y bailar á usanza de sus mayores.

"Entré, pues, en el valle con pocos ginetes, dejando en las gargantas y portillos toda la gente necesaria para proteger y asegurar la retirada; y con estas precauciones me dirigí, á todo escape, al caserío de Aitor, que por su grandeza no podia confundirse con ningun otro.

"Como lo habia previsto, no habia nadie dentro, ó por lo ménos, nadie salió á recibirnos.

"Sólo el mastin, ladrando desesperadamente desde nuestro arribo al valle, se abalanzó á nosotros como un tigre al acercarnos á la puerta de la casa, abierta patriarcalmente de par en par.

"Ví la torre al momento, y dirigiéndome hácia ella, grité con toda la fuerza de mi voz: ¡Paula! queriendo anticiparle la dicha, aunque no fuese más que algunos momentos.

"Quedé escuchando, despues de haber impuesto silencio; pero nadie me contestó.

—"¡Paula! ¡Paula! volví á gritar, y tampoco obtuve contestacion.

"Cogí la *francisca* que colgaba del arzon delantero de la silla, y entré en el caserío,

llamando á voces, y andando á tientas hácia la torre.

"Hallé cerradas las puertas de lo interior, y fué preciso encender teas para iluminar aquellos vastos y tenebrosos ánditos.

"Me turbaba, me daba espanto aquel silencio, aquella soledad. Casi, casi, habia perdido la serenidad, y temblaba como un niño en las tinieblas.

"¡Ay! el recuerdo de tan terrible noche me hace extremecer todavía al cabo de tantos años.

"Para que comprendais lo que allí pasó, tengo que apartar un instante los ojos de semejante escena, y entrar en algunas explicaciones, que serán breves.

"Con la mira de acelerar la expedicion y acortar el camino todo lo posible, habia yo dispuesto que mi tiufadía partiese, no de Pamplona, ni de ninguna fortaleza, sino de los pueblecillos situados en la zona gótica que podíamos llamar nuestra frontera. No sé cómo, pero tal vez por alguna pregunta mia acerca del valle de Aitor, los siervos ó colonos habian barruntado que teníamos la audaz pretension de llegarnos á los santos y misteriosos lugares de donde brotó la cepa de los euscaldunas. Y cavilando sobre el móvil de la temeraria invasion, creyeron que no podia ser otro que el de apoderarnos del tesoro de aquella familia. La noticia más ó ménos confusa acerca de riquezas orientales guardadas para el dia del triunfo de los vascos; era no sólo conocida, sino vulgar entre éstos, y de ahí, con las alteraciones, variantes y leyendas con-

siguientes, habia pasado á nuestros colonos, que naturalmente estaban en contacto con sus vecinos.

"Al adivinar ó presumir los siervos campesinos á dónde tratábamos de ir; al hablar de ello á los soldados, era regular que les enterasen de lo del tesoro; porque la especie es de las más propias para excitar la imaginacion del pueblo, dado por índole propia á misterios y maravillas.

"¿Qué idea llevarian los soldados de las riquezas del palacio de Aitor? ¿Qué esperanzas de descubrir el tesoro encantado de los vascos?

"Yo no lo sé; pero debí de haberlo sospechado al ver á mis bucelarios alegres y risueños, avanzar por selvas y barrancos desconocidos, sin pensar en que á cada paso dado hácia adelante, surgian nuevas y cada vez mayores dificultades para volver. Los bucelarios que escogí para que me acompañasen al caserío saltaban de júbilo; los que se quedaban de reserva, movian la cabeza con muestras de descontento.

"Lo atribuí á celo por mi servicio; pero no fué así. Apenas les dí órden de encender luz en el caserío, me ví rodeado de teas que ardieron como por encanto. Puede decirse que todos los soldados iban mejor provistos de ellas que de armas y vituallas. Sin duda las traian á prevencion desde los caseríos de los godos, ó las habian cogido al cruzar los pinares de la sierra.

"Con ellas en una mano y la francisca en la otra, se derramaron por el edificio, derriban-

do puertas y paredes, golpeando, tanteando, revolviendo el heno, la paja y la leña, buscando siempre debajo de montones de materias combustibles las soñadas riquezas que creian ocultas en aquella casa.

"Nada más tengo que deciros para haceros ver cuán fácil, cuán natural era que acaeciese lo que al punto, en pocos minutos, en breves instantes sucedió.

"Yo derribé la puerta del antiguo palomar; entré en la prision sin sentir ni la voz, ni los brazos de mi esposa: la llamaba á gritos, sin obtener respuesta. Iba á salir en busca de una de las teas que ardian en el suelo, cuando de repente se iluminó la estancia con vivísimo, pero espantoso resplandor.

"Estaba ardiendo el edificio, y al fulgor de las llamas que invadieron bramando la torre por la parte superior, ví á mis piés el cadáver de Paula, tendido en la paja, yerto, frio, con evidentes señales, sin embargo, de muerte reciente y al parecer natural."

—¡Oh! ¡Qué horror! exclamó Amaya.

—"Y tú, pobre hija mia, tú estabas en los rígidos brazos de tu madre, recibiendo el beso, ya helado, de sus lábios, envuelta en pobres pañales y llorando de hambre ó de frio.

"No me quedaba ni un momento que perder: el techo podia desplomarse de un instante á otro; las llamas me iban á cerrar la única salida; un momento de vacilacion bastaba quizás para que hija, padre y madre quedásemos reducidos á ceniza.

"Te arranqué de los brazos de tu madre, y envolviéndote en mi caracala, te dejé á la

puerta del caserío, tornando para sacar el cadáver; pero al llegar á la torre se hundieron el techo y uno de los lienzos de pared, quedando todo lleno de escombros, de polvo y humo.

"Imposible ya salvar el cadáver de Paula, á quien las ruinas de su casa, los restos del palacio de Aitor servian de sepultura.

"Llamé á mi gente, tomé el envoltorio, que para mis soldados no era otra cosa que el tesoro de Aitor, y cabalgando á prisa, nos reunimos en breves instantes á la reserva, que nos esperaba dispuesta á partir; porque los paganos del plenilunio descendian ya de la montaña, con alaridos que el eco repetia pavoroso.

"Habia pasado todo en pocos momentos.

"Las gentes que permanecian en el valle, pues no todos habian subido á celebrar la nocturna fiesta, miraban consternados y con estupor aquella escena de desolacion, y medio despiertos salian á la puerta; y por primera vez veian godos á la luz del incendio, con trajes y rostros tan distintos de los suyos, con caballos que les parecian propios de jigantes; y creian soñar, y no se atrevian á dar un paso. Sólo los niños y las mujeres prorumpian en llanto y clamor descomunales.

"Así desapareció el caserío de Aitor.

"¿A quién debe de atribuirse el incendio?

"¿Fué descuido, despecho ó traza de los soldados para descubrir pronto el aposento ó paraje donde suponian encerrado el tesoro?

"No pude averiguarlo nunca.

"Yo me inclinaba á lo primero: el fuego era casi inevitable en aquel desórden y espantosa confusion.

"Pero más tarde me dijeron que un vasco habia sido el incendiario, y que al verle huir hácia la montaña, mis bucelarios le habian disparado algunas flechas.

"No lo sé; pero es lo cierto, que despues de este suceso, Basurde apareció muerto á la subida del monte, con el corazon atravesado por un dardo que le entró por la espalda.

"Al reunirnos al resto de la tiufadía, quise descansar un momento de tantas y tantas fatigas y conmociones, y quise, sobre todo, dar algun alimento á la infeliz criatura que llevaba conmigo.

"Apliqué los lábios de mi hija á la teta de una cabra que llevaban los soldados, y la necesidad y el instinto le enseñaron á mamar, con lo cual recibí el primer consuelo en tan crueles horas de dolor y espanto.

"No fué el único.

"Repuesta un poco Amagoya de su primera impresion de horror, habia vuelto al valle, y con gritos y ademanes feroces animaba á sus vasallos al combate y la venganza.

"Ella la primera, habia cogido la *guecia*, y la blandia cantando las canciones de guerra, y al frente de aquellas turbas despavoridas venia corriendo contra nosotros.

"Traian arcos, hondas y flechas, y podian herirnos, y sobre todo, podian matar á mi pobre hija recien nacida.

"Ignoraba si su madre habia tenido tiempo de bautizarla: lo probable era que no, y no

sabia siquiera si en la torre tenia agua para el Sacramento.

"Un arroyo bullia á mis piés, y allí, quitándome el casco, cogí con él agua del riachuelo, y delante de Amagoya y de todos aquellos paganos; allí, todavía dentro del valle de Aitor, te bauticé bajo condicion.

"Y despues te dí un beso, el primero que recibiste de tu padre.

"Cabalgué otra vez, embracé el escudo, te cubrí con él y partimos á todo escape, llevándonos la cabra que te habia amamantado.

"Granizada de flechas y piedras se nos vino encima, y apenas nos hizo daño. No quise contestar.

"Desde el hondo del desfiladero que cruzábamos, oíamos los gritos desaforados de nuestros perseguidores y los cantos de su capitana.

"Pero bien pronto los dejamos atrás. El camino era por allí espacioso, no muy ágrias las cuestas, y podíamos avanzar al galope sin cuidado.

"Llegamos á perderlos de vista, y en otros valles ya, pudimos apearnos un momento.

"Habia yo dispuesto que en la noche del plenilunio, nuestros bajeles, sin aguardar señal ninguna, hiciesen el simulacro de un desembarque hácia las playas más próximas á Aitormendi, y así lo habian verificado.

"Merced á este ardid, todos los guerreros de aquellos valles, que por medio de gritos inarticulados habian recibido aviso del peligro, se lanzaron á la costa para aniquilar á los ma-

rinos y apoderarse, si era posible, de los buques.

"Quedábamos los godos expedicionarios casi por completo dueños del campo, y pudimos, por consiguiente, descansar, tomar algun alimento, y apoderarnos de los rebaños que por allí pacian.

"En resolucion; llegamos á las sierras sin haber perdido un hombre, y con muy considerable riqueza en ganado lanar, vacuno y cabrío.

"Los bucelarios quedaron defraudados en sus esperanzas del quimérico botin; pero volvian alegres, ufanos y orgullosos por haber ido hasta donde ni antes ni despues han llegado los godos, y sin que por allá se quedase ninguno de los nuestros. Los mil hombres de mi tiufadía fueron desde aquel dia distinguidos.

—"Ese, decian los de Pamplona, es de los que llegaron al valle de Aitor: ese ha cruzado la tierra vascongada de parte á parte.

"Pero yo, yo me encerré en mi casa con el corazon partido de dolor, y me dejaba llevar dulcemente por la tristeza á la sepultura. Es verdad que te tenia á tí, Amaya; pero hubiera dado entonces, lo confieso, cien hijas por la madre.

"Despues fué otra cosa: reflexioné sobre el peligro que me amenazaba, si en aquel letargo insensiblemente me sumergia, y alcé la frente y sacudí mi espíritu; y resolví, vivir para tí, que te quedabas sola en el mundo, y para Dios, que por tan maravillosa manera te habia salvado.

"Sin ánimo de descubrirte en muchos años, acaso nunca, lo pasado, quise, sin embargo,

prepararte á querer y venerar á tu madre, neutralizando en lo posible el ódio á los vascos que te habian de inspirar mi nombre y mis hechos de armas, con el conocimiento del idioma, cánticos y leyendas vascongadas. Por eso fué tu nodriza una mujer de esa raza, y de las pocas que se habian quedado en el Burgo de Pamplona.

"Mas ¡ay! nombre, y lengua, y costumbres de los vascos, llegaron á serme aborrecibles. Porque no tardé en saber las infamias que todos ellos, y con apariencia de razon á veces, me atribuian. Decian de mí que habia ido al valle sin más objeto que el de quemar la casa de Aitor, por lastimar de un golpe á todos los vascongados. Aseguraban que en el caserío habia abrasado viva á la primogénita, que se habia ocultado en su palacio para salir casada con el futuro rey ó caudillo salvador de las tríbus; y afirmaban, por último, que yo mismo, con mis propias manos, asesiné por la espalda á Basurde, y que habia jurado el exterminio de su linaje.

"No parece sino que sobre mí pesaba una maldicion, por haber sido causa, aunque involuntaria, de la desaparicion del caserío de Aitor. Desde entonces cobré fama de cruel, de exterminador y hasta de bárbaro, que me precedia como al leon su rugido, y ahuyentaba alrededor de mí á la gente despavorida. Quedé inútil para todo lo que no fuese infundir miedo y servir en ciertos momentos de fantasma aterrador.

"Insensiblemente, los godos mismos llegaron á dar crédito á las calumnias de nuestros

enemigos, y admitiéndolas por moneda corriente, los unos me acriminaban y los otros me defendian.

"Cuando Witiza quedó solo en el trono que compartia con Egica, y se apresuró á quitarme el mando, yo bendije la mano que me heria; porque aquel golpe me reducia á la oscuridad, al silencio y reposo de que habia menester para reponerme y vivir."

—Pues díme, sobrino, dijo á la sazon Favila: ¿por qué no pusiste en claro los hechos? ¿Por qué no desmentiste las voces de nuestros enemigos?

—Tio, contestó Ranimiro, al principio por respeto á la memoria de mi mujer, y luego por orgullo, por desden. Para enterar á mis amigos de la historia de mi casamiento, tenia que entregar al pasto del vulgo todo cuanto os acabo de referir; y sólo Dios sabe en qué historias, en qué consejas se hubiera luego convertido. Me limité á negar secamente lo que no era cierto, sin añadir palabra de satisfaccion á la calumnia.

Sólo á vos, tio, como padre de nuestra familia, como superior, os debia esta explicacion; y uno de los motivos que me han traido á Cantábria, ha sido el de pagaros esta deuda, y descargar la pesadumbre de mi silencio. Mi hija ha entrado ya en edad de saberlo todo.....

—¡Ah, padre mio, ya lo sé todo! exclamó Amaya; pero, creedme: despues de haberos oido, os profeso la misma estimacion y el mismo cariño que antes. No sois vos ahora más grande, ni mejor que hasta aquí; sois el que yo adivinaba, digo mal, el que yo veia. Padre,

imposible es miraros á los ojos y no conocer vuestra bondad, vuestra dignidad y vuestros sacrificios. Padre, hoy me habeis hecho reina, rica, y de la prole de Aitor; pero antes que eso era hija vuestra, lo cual vale para mí más que todas las coronas, tesoros y linajes del mundo.

Estas palabras, pronunciadas por Amaya con aquella exaltacion característica de la sangre de Aitor, hicieron tan feliz á Ranimiro, que precipitándose á sus brazos, la dijo profundamente conmovido:

—Hija de mi vida, por este momento acepto gustoso veinte años de tortura.

El anciano duque de Cantábria estaba no ménos satisfecho de su sobrino, y enternecido ante aquella escena conmovedora; pero se advertia en su rostro cierta pena interior, cierta secreta inquietud que le embarazaba.

—Ranimiro, dijo por fin, una sola cosa quiero que me repitas. ¿Es cierto que no conoce Amaya eso que llamais el secreto de Aitor?

—Nada más sabe de él que lo que acaba de oirme.

—Pues ella es la heredera; ella está en edad de saber dónde se ocultan esos tesoros.

—No lo sabe: no lo sabrá nunca.

—¿Ni tú tampoco?

—¡Yo! Ménos: á mí jamás pudieran pertenecerme.

—¿No vive Petronila?

—Vive.

—¿Y no quiere sin duda revelárselo á una goda? ¿Habrá preferido al fin á esas otras Amagoyas?

—Ni Amagoya, ni Amaya, ni yo, ni nadie en el mundo conoce ni puede conocer ese secreto. Petronila se ha vuelto loca. El secreto, por consiguiente, se ha perdido para siempre.

—¡Oh! Me alegro, me alegro mucho, exclamó Favila, abrazando á Ranimiro y Amaya.

—¿Por qué? preguntaron los dos.

—Hijos mios, porque os quiero como os he querido siempre, tal cual sois; no poseedores de riquezas que me asustan, y que tan funestas os han sido. Así tambien nuestras fortunas son poco más ó ménos iguales..... y Pelayo.....

Iba á descubrir el anciano el fondo de su corazon, y en él todo su amable egoismo, cuando se sintieron debajo de las ventanas pisadas y relinchos de briosos corceles que acababan de llegar al trote.

—¡Pelayo! ¡Pelayo! exclamó el duque; no ha podido venir más á tiempo.





## CAPÍTULO VIII.

### QUE TRATA DE LA AMAYA GÓTICA, DE LA ROMANA Y LA VASCONGADA.

El nombre de Pelayo, pronunciado con singular inflexion de voz por el candoroso anciano, despues de sus involuntarias indiscreciones, fué para la dama goda sorprendente revelacion.

Nunca pensó que el conde de los Espatharios pudiera ser para ella más que primo, ni tampoco éste la habia manifestado nunca otro afecto que el fraternal. Pero la impaciencia y poco disimulo del duque fueron tales, que de pronto cayó en la cuenta de los proyectos que se fraguaban en el castillo, y de repente se halló como perdida en piélago de imaginaciones desconocido y peligroso.

Esto era precisamente lo que su padre queria evitar.

Tanto como Favila, y no es encarecerlo poco, se complacia Ranimiro en la idea de estrechar con sagrados vínculos la union de entrambos jóvenes: la edad era proporcionada, uno mismo el linaje, y en la riqueza tampoco habia desigualdad. Si la sangre goda de Amaya estaba mezclada con la éuscara; era por ambos costados tan ilustre, que los más soberbios linajudos se verian forzados á respetarla. Ella, hermosa, discreta y de gran corazon, llevada al trono por misteriosas corrientes, y con íntimas voces llamada á cosas grandes; y él severo, aunque mozo, bizarro, amante de su pátria, única esperanza de los godos, y casi obligado sucesor del monarca; no habia duda: parecian nacidos el uno para el otro.

Sin embargo, prudente Ranimiro como buen padre, no queria que su hija llegase á vislumbrar propósitos semejantes, sin estar seguro de que por parte de Pelayo serian bien acogidos.

Sabia perfectamente que en el corazon de Amaya no habia la más leve impresion de amor; que su imaginacion con igual tersura de candor brillaba; pero conociendo las grandes prendas y cualidades de Pelayo para cautivar el afecto de una dama, no queria con palabras ó indicaciones imprudentes hurgar aficiones que pudieran estar adormidas, y que no convenia despertar intempestivamente.

Por eso deseaba que el conde de los Espatharios viniese al castillo y tratase á Amaya,

y se enterara de su materno orígen. Los derechos de la hija de Aitor, su vocacion singularísima, extraña y misteriosa, tanto podian allanar el camino de la union, como ser estorbo insuperable.

Todo esto lo habia tratado Ranimiro con el duque, encargándole que moderase un poco su pasion por Amaya, y contuviera el anhelo por verla casada con Pelayo; pero el buen viejo, reconociendo sus faltas, á solas con el sobrino lo prometia todo, y al lado de la sobrina no se acordaba de nada.

¿Qué efecto habia producido en el corazon de Amaya la idea de ser esposa del conde de los Espatharios?

Ni lo sabemos, ni siquiera nos atrevemos á conjeturarlo, por la sencilla razon de que ella misma lo ignoraba.

Era mujer, y como tal quedó halagada, y áun se sonrió engreida, al descubrir que no se la consideraba indigna de tan gran príncipe; pero como mujer tambien hubiera querido hacer este descubrimiento, más que en olvidos y flaquezas de su anciano tio, en las palabras y áun en los ojos del marido que se la destinaba.

Y no era ésta, por ventura, la causa única de su ya sospechosa incertidumbre: el reciente descubrimiento de los misterios en que hasta la sazon estaba envuelto su nombre, misterios que habian de seguirla como estela de grandeza, por el rumbo que emprendiese con un hombre desconocido y un pueblo casi tan indeterminado; la historia que acababa de oir, era quizás la principal razon de su igno-

rancia acerca de las extrañas palpitaciones de su corazon.

—¿Estaré predestinada para reina de los godos? decia, pensando en el primo-hermano del rey y conde de los Espatharios.

Y al hacerse á sí propia esta pregunta, se contestó con estotra:

—¿No dicen que estoy llamada á ser reina de los vascos?

Y no se fijaba, ni podia fijarse en nadie. Volaba su imaginacion de roca en roca, de torrente en torrente, de valle en valle; todo grande y majestuoso, pero despoblado todo para ella: por aquel desierto ni un pájaro cruzaba, y semejante soledad la daba miedo. Es más: en la tabla rasa de su imaginacion, ni siquiera estaba pintado un nombre. De los antiguos vascos sabia un poco, por las canciones tradicionales: de los caudillos modernos, no habia oido hablar más que de Teodosio de Goñi.

Ella misma llegó tal vez á figurarse vagamente que los vascos no eran hombres, sino pueblo, y que no podia amar á persona alguna con singular amor, quien amaba el conjunto con sobrado afecto.

Y seguia pensando y diciendo: "¿No es así mi primo? Quien ama tanto á la pátria como Pelayo, ¿puede, ni debe tener otros amores?"

Tal era la situacion de ánimo de la hija del tiufado, cuando estrépito de armas y caballos á la puerta del alcázar, anunciaba el arribo de Pelayo.

Favila y Ranimiro se habian dejado llevar de sus deseos: no era el conde el forastero.

Un siervo se apresuró á decirlo, en el momento mismo en que los tres señores salian á recibir al hijo del duque:

—Señor, no es tu hijo Pelayo: es un prócer espathario que trae carta del rey colgada al cuello, dijo el siervo.

—¿Cómo se llama ese prócer?

—Munio.

—No le conozco; pero si de parte del rey viene, que sea bien venido. Salgamos á su encuentro, como si fuera mi hijo.

Amaya se retiró.

No bien habia desaparecidc, cuando se presentó un mancebo, oficial de los espatharios, que debia de servir, por consiguiente, á las órdenes de Pelayo.

—Señor duque, exclamó al ver al pobre ciego; aunque no os conocia, desgraciadamente no puedo confundiros con nadie: traigo para el tiufado Ranimiro un mensaje de nuestro serenísimo monarca, y para vos otro de vuestro hijo, mi capitan, conde de los Espatharios.

—Entrad, y sed muy bien venido; que lo seríais, ciertamente, aunque no trajéseis tan insignes títulos para disponer de nosotros y mandar en esta casa.—¿Vuestro nombre?

—Munio, godo de pura casta, y quingentario de la guardia del rey.

—Entremos.

Y juntos entraron en el aposento.

Ranimiro cerró la puerta, y dijo al mensajero:

—Yo soy el antiguo tiufado Ranimiro: si el mensaje del rey es tal que no deba saberlo mi tio, el duque de Cantábria, nos iremos á otra

cámara; pues os advierto que tengo en Favila la misma confianza que he tenido en mi padre.

—Eso vos lo habeis de juzgar, contestó Munio con finísimos modales de cortesano. Nuestro muy piadoso monarca me ha dado el encargo de entregaros esta carta, y suplicaros que vayais inmediatamente á Pamplona, poniéndome á vuestra merced para todo cuanto creais conveniente preguntarme.

Y al decir esto, se quitó del cuello el estuche, que pendiente de labrada correa le caia al pecho, y sacó una tira de pergamino enrollada en cilindro de boj y sellada con cera.

Entregó la carta á Ranimiro con el mayor respeto, y con no menor reverencia la recibió el tiufado; pero antes de romper el sello preguntó al mensajero:

—¿Dónde está el rey?

—El rey, que se detuvo en Toledo más de lo que pensaba, salió de allí precipitadamente hace pocos dias, á consecuencia de ciertas noticias de Pamplona, y esperando las huestes, se ha detenido en Cesaraugusta, desde donde escribe.

—¿Y Pelayo tambien? ¿Mi hijo le acompaña? preguntó el ciego.

—Por supuesto. El conde de los Espatharios no se aparta de su lado.

—¿Y qué sabeis de Pamplona? añadió Favila.

—Que aquella ciudad está á punto de rebelarse.

—¿En favor de los vascos?

—¡De los vascos! exclamó el quingentario con asombro. ¡Oh, no! ¿Qué godo puede al-

zarse por nuestros eternos enemigos? La sublevacion que se teme parece ser maquinacion de judíos.

—¡De judíos!

—Sí, ya es de antiguo que los israelitas de acá se pongan de acuerdo con los africanos, como pasó en el reinado de Egica..... Por eso Pelayo y el rey quieren destruir en embrion tan espantosa conjura..... Y creen que nadie como Ranimiro puede sofocarla.

El tiufado entre tanto habia desarrollado la tira de pergamino y leido la carta para sí.

Aunque desde el principio de la entrevista procuró reprimir y disimular la inquietud que el anuncio del régio mensaje le inspiraba, al enterarse de él no pudo evitar alguna turbacion y palidez del semblante.

Pero momentos despues, dominando por completo su conmocion, dijo con toda tranquilidad, y áun con afable sonrisa:

—Oid, tio, la carta que tiene la bondad de escribirme nuestro ilustre monarca; pues á vos interesa tanto como á mí.

—Aguardad, si os parece, dijo el cortesano: entregaré al duque de Cantábria la carta de vuestro hijo, y me permitireis que me retire, pues necesito descansar de la jornada. Os advierto, sin embargo, que dentro de breves momentos me tendreis á vuestras órdenes.

Y diciendo estas palabras, en que se traslucia el deseo de dejar en completa libertad á los dos personajes á quien iban dirigidas las misivas, sacó del estuche otro rollo, lo puso en manos de Favila, y salió del aposento, acompañado de Ranimiro.

Así que éste lo dejó encomendado á los libertos del castillo, volvió al lado de Favila, no sin decir:

—Es tan atento como delicado. ¿Quereis oir?

—Estoy impaciente por saber lo que ocurre. Díme, ante todo, ¿no es nada malo para Pelayo?

—Todo lo contrario. Escuchad.

Y leyó Ranimiro:

"A su carísimo tio, Ranimiro, en quien se cifran todas las excelencias del exclarecido linaje de Chindasvinto, salud envia su deudo Rodrigo, rey.

"Volved inmediatamente á Pamplona, pues os hé menester para las cosas de la guerra. Quedas nombrado, aunque por breves dias, conde de aquella ciudad: bastará tu presencia y tu prestigio con las huestes para conjurar la tempestad que la judáica perfidia nos prepara.

"Que vuelva con vos asimismo vuestra hija y amada prima mia, acerca de la cual tengo grandes pensamientos, que espero os han de ser gratos. A ella y á vos os quiero tener en Toledo cerca de mí. Así que llegueis á Pamplona, saldré yo para esa ciudad; pero durante mi permanencia en ella no me hospedaré en vuestra casa, como habia pensado, sino en el alcázar del Dominio.

"El quingentario Munio, portador de las presentes letras, acaba de llegar de la capital, por cuya razon lo he escogido para mensajero, por si quereis enteraros bien de cuanto ocurre.

"Pasadlo bien. Vuestro rey y sobrino,—*Rodrigo.*"

—¡Nada para mí, nada para el hermano y compañero de su padre en la persecucion y suplicio: nada más que privarme de la compañía de Amaya! exclamó el viejo con amargura.

—¡En cambio, á mí me dice que me quiere tener á su lado en Toledo!....

—¡Lejos de mí!

—¡Y á mi hija tambien!....

—¡Lejos de mí!

—No, no será. Yo iré á Pamplona; pero Amaya.....

Y revolvia los ojos, como un leon cercado de enemigos.

—Pero léeme la carta de Pelayo, que debe de aclararlo todo.

—Perdonad: mis arrebatos me han hecho olvidar de nuevo mis deberes. Oid.

Y leyó el duque la carta de Pelayo, que decia así:

"Dilectísimo padre y señor.

"Os ruego que no pongais ningun obstáculo al regreso de nuestros parientes Ranimiro y Amaya.

"La pátria exige la presencia de Ranimiro en Pamplona: él sólo puede salvarnos, y las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede ya volver con toda tranquilidad.

"No debo abandonar al rey en estos momentos; por eso no voy á daros el ósculo filial: pero confio en que muy pronto, despues de la entrevista con mis carísimos deudos, tendré esa dicha.

"Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oidle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos en Pamplona.

"Pasadlo bien. Vuestro,—*Pelayo.*"

—¿Qué decís ahora? preguntó Ranimiro.

—Tantas cosas se me ocurren, contestó Favila, que no sé por dónde empezar.

—Yo sí, tio: principiemos por llamar á Munio y saber lo que pasa. Si no, perderemos el tiempo en conjeturas, y creo que no lo puedo desperdiciar.

—¿Con que te vas? exclamó el viejo acongojado.

—Sí, tio: así lo manda el rey.

—¡Y con Amaya!.....

—Así lo quiere vuestro hijo.

—¿Lo ves? exclamó el anciano con triste satisfaccion. ¡Mira cómo la llama y os quiere tener á su lado!

—Sí, tio. Más que empeño del rey, parece decidida voluntad de Pelayo. Por él salió Amaya de Pamplona: por él tornará.

—Se comprende bien la conducta de mi hijo. El interés por su prima, el honor de la familia, le mueven en una y otra ocasion. Cuando él vió algun riesgo, cuando podia abrigarse el más leve temor, te escribia: "Alejad de ahí á nuestra Amaya." Pero ahora, ahora..... ¿Cómo dice?

—"Las cosas han cambiado, de manera que mi prima puede volver con toda tranquilidad."

—Es imposible hablar más claro. Haya sido lo que quiera, Rodrigo debe de ser otro hom-

bre; y siéndolo, tú haces falta á su lado, y por mucho que yo lo sienta, la princesa Amaya tambien.

—Cierto; pero á ella y á mí nos quiere tener en Toledo.

—¿Y qué? Si Amaya y Pelayo se casan, ¿en dónde han de vivir? ¿A dónde hemos de ir todos?

—Tio, mucho han tenido que cambiar las cosas para que mi hija y yo podamos residir en la córte dignamente. Sepamos cómo y en qué sentido. Interroguemos á Munio.

—Dices bien; pero ya más tranquilos y consolados, ¿no será mejor que cumplamos con los deberes de la hospitalidad, y llamemos á cenar á nuestro mensajero, antes de la conferencia, que podrá ser larga?

Ranimiro convino en ello y fué á buscar primero á Munio y luego á Amaya, acompañándolos sucesivamente al triclinio ó cenador. Los godos seguian la costumbre romana de hacer de noche la principal comida; pero aunque daban nombre de triclinio tanto al comedor como á los escaños ó lechos de alrededor de la mesa, habian olvidado, si es que alguna vez la habian aprendido, la costumbra latina de comer echados.

De suponer es que Munio, viniendo al castillo de Cantábria despues de haber hablado con el rey y Pelayo, estuviese muy prevenido acerca de la hermosura de la princesa Amaya: al verla, sin embargo, quedó sobrecogido y como espantado. No habia concebido él tantas y tan soberanas perfecciones juntas.

—¡Cómo! exclamó murmurando para sí: ¡y

con dama tan hermosa no quiere casarse Eudon!

Pero no era aquella la única sorpresa que le esperaba.

Sentáronse á cenar en mesa espléndida, con servicio de plata, mantel y servilletas de lino, que indistintamente se denominaban *mantelium* ó tela de manos, y profusion de luces de cera.

El espatharío ocupó el escaño á la derecha de Favila y á la izquierda de la princesa, dando el frente á Ranimiro.

Correspondíale naturalmente ser obsequioso con la dama, sosteniendo con ella discreta conversacion.

Repuesto ya del sobrecogimiento, pudo mirarla con serenidad y decirla afable:

—¿Nunca habeis estado en Toledo?

—Jamás. ¿Y vos habeis venido de la córte con el rey?

—No, señora. He salido despues. Llegué de Toledo á Cesaraugusta hace tres dias, y sin descansar apenas, continué á Cantábria.

—Pero, ¿habeis hablado con el rey y con Pelayo? le dijo Favila.

—Es claro; yo pensaba de todos modos tener el honor de visitaros en este cerro de Vasconia; pero á consecuencia de mi entrevista con entrambos príncipes, he sido por ellos encargado de sendos mensajes.

—¿Y quién queda mandando en Toledo en ausencia del rey? preguntó la dama, que creyó complacer á su padre, desviando discretamente la conversacion de todo cuanto se refiriese á las cartas recibidas.

—El conde de los Notarios y de las Largiciones, el primer ministro.....

—Que se llama.....

—Eudon.

—No le conozco.

—Es quien se puso al frente del movimiento popular que ha devuelto el trono á la familia de vuestro abuelo Chindasvinto.

—Eudon es extranjero, segun dicen.

—No lo sé: no es godo, ni vasco, ni griego, ni romano, contestó Munio.

Ranimiro quiso terciar en la conversacion, y añadió:

—Pasa por griego.

—Porque llegó de Bizancio, y habla la lengua helénica con maravillosa perfeccion. Pero esto en él no prueba nada; porque se explica en nuestro idioma con igual soltura y elegancia. Escribe el latin como Isidoro de Sevilla y Bráulio de Zaragoza, de cuya pureza quedó asombrada Roma. En vista de ello, y de su prestigio con los españoles de raza latina, han llegado á tenerle por antiguo celtíbero.....

—¿Y por qué no ha de ser godo aunque sea sábio? contestó el tiufado. Ahí está Teodomiro, el duque de la Bética, gran soldado, gran prepósito, y peritísimo en letras divinas y humanas.

—De todas maneras, añadió Amaya, si ese Eudon sabe tanto, no me maravilla que el rey le haya confiado en Toledo las riendas del gobierno.

—Harto lo siente Eudon, repuso Munio, que por lo visto se complacia en hablar del privado.

—¿Por qué lo siente? preguntó Ranimiro.

—Porque el conde de los Notarios quiere dejar el puesto que ocupa, y venirse aquí de duque de Cantábria.

—El ducado no está vacante.

—Quizá debia de estarlo. Y perdonad que así hable; porque Pedro, que fué directamente á Pamplona, ha tenido que volver á Cesaraugusta desacreditado. En fin, el rey quiere tener á Eudon todavía en Toledo, al ménos mientras..... Pero de eso, si os parece, hablaremos más tarde.

—Así será.

—Y á propósito, y para entretenernos con otro asunto, que el nombre de Eudon me ha traido á la memoria, tengo especialísimo encargo suyo, de averiguar el paradero de cierta joya de corto valor intrínseco, aunque debe de tener mérito singular, cuando llama tanto la atencion del conde de los Notarios.

—¿Será, por ventura, algun recuerdo de familia?

—Lo ignoro. Es un brazalete de oro con medallon ovalado, y en él una cruz cincelada imitando otra de tosca madera, y al pié, cierta leyenda vascongada con el nombre de *Amaya.*

Callaron todos: Ranimiro frunció el entrecejo: su hija dudaba si sonreirse y echar mano al brazalete que llevaba puesto, aunque al brazo derecho, donde no podia verlo fácilmente el espathario; pero al advertir el recelo de su padre y la gravedad del rostro de Favila, acabó por mostrarse ella misma séria y circunspecta.

Munio prosiguió como si nada hubiera observado:

—Debo recordaros que Amaya, nombre de la ciudad patricia de los romanos, que está cerca de los turmódigos, es tambien palabra vascongada que significa *el fin*. Pero, señora, perdonad..... Ahora caigo en la cuenta de que Amaya es vuestro nombre.

—¿Sabeis vascuence? le preguntó Ranimiro, clavándole los ojos hasta el fondo del alma.

—Ni una palabra más que la que habeis oido, contestó tranquilo el mensajero; y esa por habérmela explicado Eudon.

—Pues qué, ¿tambien habla Eudon la lengua vascongada? preguntó Amaya, que comenzaba á interesarse por tan extraño y misterioso personaje.

—Lo dudo, porque él jamás ha venido por acá. Pero tratándose de hombres como Eudon, no me atreveria á negarlo con juramento. Cuanto se diga acerca de su ingénio y sabiduría, es poco.

—¿Y por dónde ha tenido él noticia de esa joya? preguntó Favila, que hasta la sazon habia guardado silencio.

—Acerca de ese particular puedo satisfaceros completamente. Hace pocos dias llamó Eudon á un toledano viejo, platero judío, llamado David, para encargarle algunas joyas. El artífice le enseñó, entre otros, el diseño de ese brazalete que guardaba como cosa curiosa, y le dijo que pasando hace veinte años por Pamplona, donde se detuvo larga temporada, una mujer desconocida le encomendó esa alhaja con mucho misterio, pagando sin rega-

tear, lo que él, á fuer de hebreo, le habia pedido, que como podeis suponer, no seria poco.

—Y el artífice, preguntó Ranimiro, ¿no conoció á la dama?....

—No creo que fuese dama, sino una jóven vascongada, la que le dió el encargo.

—Pero el judío, ¿no trató de averiguar el nombre de la persona que le encomendó la alhaja?

—El honrado David se contentó con hacerse pagar bien el oro, el trabajo, el arte y el misterio; guardó su dibujo, y no se metió en más.

El tiufado dirigia nuevamente á Munio su mirada de águila, y le dijo ya más tranquilo:

—Todo eso me parece sencillo y natural; pero no me explica el interés de Eudon en poseer alhaja tan insignificante, que ha podido en tantos años perderse, fundirse ó desaparecer de cualquier manera. Verdaderamente, que si no traeis más señas ó noticias, el encargo que os ha dado vuestro amigo, es punto ménos que inútil, á no ser que la suerte os favorezca.

—No vengo enteramente abandonado á la casualidad.

Al oir estas palabras del mensajero, ninguno de sus interlocutores pudo contener cierto movimiento de alarma, que se expresó aún más significativamente en la rápida mirada que recíprocamente se dirigieron.

—Quisiera, contestó el conde con toda la dignidad de príncipe que teme una ofensa: quisiera, quingentario Munio, que os explicárais con la debida claridad.

—Lo estoy deseando hace rato, por vos y por mí. Tratándose de personas como vos, me es violento el disimulo, y la suprema habilidad es la franqueza. Conde Ranimiro, dispuesto estoy á contestaros con verdad y lisura á cuantas preguntas juzgueis oportuno dirigirme acerca del brazalete; y por ahorraros la molestia de hacerlas, voy á enteraros de las instrucciones de Eudon. Aquí las teneis, añadió Munio, entregando al tiufado una vitela.

—No quisiera, repuso éste, que por el deseo de satisfacer la curiosidad que acaso hayais notado en mí, traspaseis los límites de la confianza que en vos ha depositado vuestro amigo.

—No creo que cometo en ello indiscrecion alguna. Como vereis, figura vuestro nombre en esas notas, y entre magnates godos no deben tratarse las cosas de otra manera. Podeis leer con toda tranquilidad ese escrito.

Ranimiro, aquietados sus escrúpulos de delicadeza, dejóse llevar del vivísimo interés que le movia, y en alta y pausada voz leyó lo siguiente:

"*Instrucciones para Munio en Vasconia.*— Averiguar quién posee en la actualidad un brazalete de oro con una cruz y esta leyenda: *Amaya dá asieriá.* Esta alhaja, que se encargó en Pamplona hace veinte años á un platero que pasaba á la Aquitania, desapareció poco despues. Hay sospechas de que se apoderó de ella un tal Basurde, marido que fué de Amagoya; el cual pereció la noche de la sorpresa de Aitormendi, llevada á cabo por Ranimiro, conde de Pamplona á la sazon, y deudo de

nuestro dilectísimo rey Rodrigo. Si Basurde la llevaba consigo, pudo caer en manos de algun soldado godo que le despojara."

—Eso no, dijo el tiufado: ninguno de los nuestros se acercó al cadáver de Basurde.

—Pero tal vez alguno de los vascos.....

—Rumores han corrido sobre ese particular. Prosigamos.

"El príncipe Ranimiro es tal vez quien más noticias puede dar acerca de la joya. Si parece, adquirirla á toda costa.—Averiguar tambien si vive Amagoya y su hermana Usua, casada con Lartaun, dueño del caserío de Aitorechea y del valle de Butron."

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué hombre es ese? ¿Quién es Eudon? preguntó Amaya con asombro.

—Un griego, segun dicen, recien llegado de Bizancio.

—¿Y en Bizancio se saben esas cosas?

—Déjame continuar, Amaya, que ahora te toca á tí.

"Y principalmente si vive Amaya."

—¡Yo!

—No te alarmes ni te ofendas, hija mia: la Amaya por quien pregunta el conde de los Notarios, no eres tú; es la hija de Lartaun y Usua, que, rara casualidad por cierto, lleva tambien tu nombre. Hasta ahí llega nuestra rivalidad.—Nunca hemos tenido ocasion ni motivo de tomar en cuenta semejantes pequeñeces. Ahora, ya sabes, añadió sonriéndose, que si los godos tenemos una Amaya, los vascos tienen otra.

—Que por mucho que valga, no valdrá tan-

to como la nuestra, se permitió decir Munio á fuer de cortesano.

—Y esa es la verdad, añadió Favila, no pudiendo disimular su impaciencia.

—Llámese como quiera, para nosotros debe de ser insignificante, dijo Ranimiro. Pero es muy de extrañar que un hombre como Eudon, que nunca ha venido por estas tierras, tan minuciosas y exactas noticias tenga del interior de esas montañas, y empeño tal en saber lo del brazalete, y..... Esperad, aún falta algo en las instrucciones: tambien os encarga que os informeis detenidamente acerca de la Amaya vascongada. Munio, talento os sobra para comprender que aquí se encierra algun misterio. ¿No os figurais cuál puede ser?

—Tal vez. ¿Sabeis por ventura si esa Amaya está casada?

—No lo creo.

—¿Sabeis si es la reina de los vascos?

—Los vascos no tienen reyes.

—¿Emperadores quizá?

—Ni emperadores, ni reyes, ni cónsules.

—¿Pues cómo viven esas gentes?

—Vivirian en paz, si nosotros no les hiciésemos la guerra. Pero dejémoslos á un lado, y no nos desviemos del punto principal de vuestras averiguaciones y pesquisas. Suponed que Amaya de Butron fuese reina, ¿qué os figuraríais entonces?

—Que Eudon trataba de casarla con alguno de nuestros príncipes, para terminar la guerra de godos y vascos.

—¿Y qué tiene que ver lo del brazalete,

piadosa alhaja que ostenta una cruz, con esa niña que ni siquiera está bautizada?

—No lo sé: lo ignoro. Todo esto es misterioso.

—Lo es para vos, Munio, dijo gravemente Ranimiro, y para mí tambien. Misterio, que un hombre del Oriente conozca el idioma vascongado.....

—Eso no, porque Eudon habla con singularísima propiedad todas las lenguas.

—Misterio, que tenga noticias tales de nuestros enemigos.....

—¿Por qué no? Quien le enseñó el vascuence, le habrá enterado de todo lo demás.

—Y misterio, misterio por ventura más impenetrable, que sabiendo Eudon todas esas cosas, ignore el paradero de joya que busca con tanto afan.

—¿Lo sabeis vos? exclamó el espathario gratamente sorprendido.

—Su dueño la lleva siempre en el brazo, y no la oculta jamás.

—¡Oh, Ranimiro! Me haceis feliz. Decidme quién es, dónde puedo verle.

—¿No lo sospechais?

—Ni remotamente: como no sea en esa familia de Amagoyas y Butrones..... Pero entonces, ¿cómo entendernos con ella? ¿Cómo hacerles saber que estoy dispuesto á dar por esa joya las libras de oro que me pidan?

—Me parece, Munio, que hablais con sinceridad.

—Estais leyendo en el fondo de mi alma.

—¿Ninguna otra indicacion os ha hecho el conde de los Notarios?

—Ninguna más: os lo juro. Y áun creo que mi deseo de servirlo en este negocio, es superior al interés que en él tiene el mismo Eudon. Le debo grandes favores, y quisiera mostrarme agradecido.

—Basta, por ese lado; y si ahora lograis persuadirme de la nobleza y generosidad de los pensamientos de Eudon.....

—No sé cómo, sino mostrándoos que nadie está de ello más persuadido que yo. De su lealtad, de su amor á Rodrigo, no puede dudarse. Estamos minados por conspiraciones, y él las va descubriendo y desbaratando una por una; y si no las descubre y castiga todas, es, ó porque el rey proteje á los conjurados y parece el primero que conspira contra sí mismo, ó porque el mal es tan hondo y dilatado, que el dia en que saliese á la faz de la tierra, ni un palmo de ella quedaria incólume. ¿Nos asombra que Eudon tenga tantas noticias de los vascos? Harto más tenebrosos, retorcidos é hipócritas son los judíos, y todo el mundo está pasmado de lo bien que los conoce el privado de Rodrigo. ¿Quereis más pruebas? Pues bien: os las daré luego irrecusables, y entre tanto, teneis mi palabra de noble, Ranimiro: los pensamientos de Eudon, los que yo conozco al ménos, son muy altos, y responden de los que no alcancemos á comprender.

—Me basta, Munio. Y ahora puedo decir, que estás en un sitio donde todo cuanto deseas saber te será explicado.

—¿Todo?

—Todo. Vive Amagoya en Aitormendi, y no se ha vuelto á casar: vive en Aitorechea

su hermana Usua con Lartaun de Butron, y tiene esa hija única, á quien los vascos llaman la *hija de Aitor*. "Hija de Aitor" por excelencia, significa para los montañeses futura reina de Vasconia. Y todos esos cuatro, á saber; Amagoya, Usua, Lartaun y Amaya continúan siendo paganos; ninguno de ellos se ha bautizado.

—¡Pero no es eso todo!

—No es todo, efectivamente: podeis tambien añadir, que en opinion de Ranimiro, antes harán paces lobos y corderos, que esa familia de inexorables paganos con los godos españoles.

—¿Será posible?

—Si el conde de los Notarios abriga por ese lado alguna esperanza, que la deseche. Amagoya es inflexible, implacable. Se mudarán los montes, ella no se cambiará.

—Está bien: pero habeis prometido explicarme todo cuanto deseo averiguar; ¿y del brazalete no me direis nada?

—Que lo vereis, y tendreis en vuestras manos.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo, sin salir del triclinio, ni suspender la cena. Solamente os exijo una palabra.

—Os la daré.

—Me habeis de decir con lisura, si al hablar aquí de estos asuntos, teníais noticia, ó por lo ménos, abrigábais sospechas de que alguna de esas historias pudiese tener relacion con la mia.

—Ninguna, os lo juro: y áun ahora que me lo advertís, no acierto á figurarme de qué ma-

nera..... ¡Ah! sí. Allá en tiempos pasados, cuando reinaban Ervigio y Egica, fuísteis conde en Vasconia, y cruzásteis el país enemigo de parte á parte. Quizás entonces pudísteis adquirir el brazalete.

—Amaya, dijo Ranimiro satisfecho: dáselo á Munio.

La hija del tiufado apretó con la mano izquierda un resorte, abriendo el aro del brazalete, y presentó éste al oficial de los espatharios; que atónito, radiante de júbilo, temblando con la emocion, lo palpaba y lo examinaba, sin expresarse más que por palabras sueltas ó frases entrecortadas.

—¡El mismo!.... ¡Es el mismo! ¡Qué dicha! ¡Qué casualidad!.... ¡Amaya! No cabe duda..... ¡La cruz! Aquí hay otros nombres: *¡dá asieriá!*

Y luego, tendiendo la mano á Ranimiro, prosiguió:

—Me habeis hecho feliz, porque puedo servir á mi amigo tan completamente y con tal prontitud, que ni él mismo lo habrá soñado.

—Y aún más completo seria vuestro servicio si me dejase llevar de mis deseos y los de Amaya, ciertamente; pues le podríais llevar la joya que busca: pero este regalo es imposible. Es la única memoria de que mi hija no puede desprenderse. La dama, que sin duda disfrazada, encargó al judío David el brazalete, se lo ha legado á mi Amaya, con el encargo de que lo conserve siempre.

—Basta, basta; Eudon será el primero en respetar los sagrados motivos que os obligan á guardar esa joya. A mayor abundamiento, sabiendo dónde pára y quién es su dueño.....

—La tendrá siempre á su disposicion, si con ella puede hacer algun bien á nuestra pátria. Pero creedme, si sólo en Amagoya y en el brazalete funda sus esperanzas, aconsejadle que desista, y dirija sus miras hácia otra parte.

Concluida la cena, Ranimiro acompañó á su hija, y tornando al cenador, dijo cerrando la puerta:

—Ahora, Munio, hablemos de vuestros mensajes.

Favila, que habia tomado tan poca parte en la conversacion, indicando con su silencio la pesadumbre que tenia por la ausencia de sus huéspedes, dijo con sequedad extraña en él, y que sólo á su mal humor podia atribuirse:

—Sí, hablemos de cosas formales, y sepamos en primer lugar—si es que yo estoy llamado aquí para saber algo—sepamos, repito, qué ocurre, qué pasa en Toledo.

Munio, que parecia listo además de fino cortesano, se hizo cargo del inciso ó paréntesis del duque de Cantábria, aunque por de pronto lo dejó pasar por alto.

—El rey, contestó Munio, tenia dispuesto salir para Vasconia á fines de Marzo; pero á consecuencia de haber sabido en el palacio encantado, segun dicen, por quién se habia de perder España, y de la traicion ya manifiesta y descarada de Juliano, conde de Céuta, vaciló, volvió sobre sí, y no ha necesitado Eudon de grandes esfuerzos para inspirarle magnánimos propósitos, y hacerle adoptar salvadoras resoluciones.

—La primera de todas, la más urgente, la más imperiosa, era desistir por ahora de esta malhadada campaña contra los vascos, dijo Ranimiro: ¿lo ha conseguido el conde de los Notarios?

—Lo ha intentado, y á punto estuvo de lograrlo. De aquí el haber detenido al rey tanto tiempo en Toledo, despues del dia fijado para su marcha. Pero la fuerza de las cosas ha sido mayor que la del consejo y voluntad del conde: porque de improviso recibe Rodrigo noticias de la conjuracion de Pamplona; teme que se le subleve la guarnicion de aquel presidio, y ni Eudon ni nadie lo pueden contener. Manda por delante á Pedro, duque de Cantábria, para refrenar á los descontentos, y en seguida sale con Pelayo y los espatharios para Cesaraugusta, donde se detiene aguardando á los tiufados de más confianza. Y es preciso reconocer y confesar que no engañaban á nuestro piadoso monarca los instintos de propia salvacion: dos dias despues de su salida de Toledo, el conde de los Notarios descubre nuevas conspiraciones.....

—¿De los hijos de Witiza? preguntó Ranimiro interrumpiéndole.

Munio clavó en él receloso y sorprendido mirada aguda como un dardo, y dijo:

—Los godos no podemos acostumbrarnos á considerar á Sisebuto y Ebbas como leales y sumisos al monarca que tan duramente castigó á su padre; pero es lo cierto que Eudon, tan desconfiado y suspicaz como todos, y por el puesto que ocupa, mejor informado que nadie, hasta ahora no halla motivos para

dudar de la familia de Wamba, rival de la vuestra.

—¿Pues á quién atribuye la conjuracion? preguntó Favila.

—No la atribuye á nadie: le consta ya positivamente que es obra de Juliano, el cual, tiznado con la traicion, á todos quiere hacer traidores. El infame parece que se ha entendido con Tárik, capitan africano.....

—Tarif, direis; el mismo que, al frente de quinientos hombres, desembarcó entre Calpe y Gades.

—No; aquel era Tarif Abu Zora, y éste es Tárik Ben Ziyad, que obliga al traidor á ponerse al frente de la próxima expedicion, mostrándose público enemigo de los cristianos, y dejando en rehenes á sus mismas hijas.

—¡Qué infamia y qué vergüenza! exclamó el duque. Pero esta traicion no puede ser general. Hace bien Eudon en no manchar con ella ni áun el nombre de nuestros enemigos, mientras no tenga pruebas irrecusables de tan vil apostasía.

—Sisebuto y Ebbas son los primeros en protestar contra ella, y aseguran que la nueva correría no pasará de la costa, bastando para contener y castigar á los traidores las huestes del duque Teodomiro.

—¿Y piensa lo mismo Eudon? preguntó Ranimiro.

—No, señor: Eudon, sin exagerar la importancia de empresa que tan villanamente empieza, cree peligroso que los sarracenos se obstinen en invadir el imperio hispano-gótico y cobren aficion á semejantes incursiones. El

conde de los Notarios considera además indispensable, que la familia reinante escarmiente á los árabes y africanos en tierra, con tanta dureza como Wamba los castigó en la mar.

—Y dice bien Eudon, exclamó Ranimiro.

—Eudon dá muestras de ser digno de la reputacion que goza de hombre de Estàdo, añadió Favila.

Trabajo le costó á Munio hacerse superior á la satisfaccion en que rebosaba; pero no pudo reprimir una sonrisa de triunfo.

Queriendo asegurarlo, añadió:

—Vengo autorizado por Eudon para consultaros sus planes. Sabedor de que estábais aquí, me dijo en Toledo: el venerable duque Favila, por el estado en que se halla, no puede moverse fácilmente de Cantábria; pero vos, Munio, podeis ir allá, y hablar con él y su sobrino.

—Tengo que agradecer á un extraño, exclamó el duque, lanzando un suspiro, atenciones que no he debido al hijo de mi hermano.

Los viejos son muy sensibles á cierta clase de olvidos, por lo mismo que se ven obligados á reconocer el abandono en que poco á poco les va sumiendo la decadencia de sus facultades.

Excusado es añadir que Munio y Eudon acabaron de cautivarse el afecto y gratitud del anciano.

—El rey, vuestro sobrino, no se ha olvidado de vos; pues sabedor de todo, ha tenido la bondad de designarme para mensajero, contestó Munio, que, á fuer de cortesano, tenia que decir algo en favor del monarca.

—Y bien; ¿cuáles son los planes de Eudon? preguntó el tiufado.

—Reforzar las huestes de Teodomiro, y nombrarle duque de la Tingitana, sin dejar de serlo de la Bética.

—Perfectamente.

—Pero esto no le parece suficiente: quiere que Rodrigo, siguiendo el ejemplo de muchos de sus predecesores, y singularmente el de Egica, que asoció al trono á su hijo Witiza, nombre compañero y sucesor de su corona.....

—¿A quién, si no tiene hijos?

—A su primo-hermano, á Pelayo.

—¡A Pelayo! exclamaron con inefable sorpresa Favila y Ranimiro.

—Sí, á Pelayo. El trono de Toledo no puede salvarse de otra manera: está perdido, minado, ruinoso. El rey es fuerte, valeroso, audaz; pero débil tratándose precisamente de las faltas que hicieron aborrecible y perdieron á Witiza. Eudon cree que el trono necesita contrapeso de tantos y tan antiguos desórdenes, y que esa fuerza está en la virtud severa, y á todos notoria, de mi noble capitan. No me opongais razones hijas de la modestia: confesadme que quedan ya muy pocos godos del temple de Pelayo; que todos estamos corrompidos, enervados y carcomidos por la molicie y los deleites; que son pocos ya los dignos sucesores de Recaredo, Chindasvinto y Wamba.

—¿Y el rey? ¿Conoce Rodrigo ese pensamiento? ¿Qué dice de los planes del conde de los Notarios? preguntó Favila, extremecido de júbilo y de impaciencia.

Munio, que al parecer se gozaba en ella, prosiguió:

—No conoceis aún los pensamientos de Eudon. Éste juzga indispensable que el rey le nombre duque de Cantábria, y trata de venir cuanto antes á mandar la provincia.

—Pero eso es imposible, exclamó Favila: ¿quién queda entonces al lado del rey como primer ministro y conde de los Notarios?

—Vuestro sobrino Ranimiro.

—¡Yo! exclamó el padre de Amaya, que todavía no acababa de abandonarse al júbilo y confianza.

Y de improviso cruzó por su mente negra sospecha que oscureció su rostro, y le hizo tomar aquel aire severo que infundia pavor al más osado.

—No iré yo nunca al lado del rey. Decid á Eudon que le agradezco el recuerdo; pero que ni mi hija ni yo hemos nacido para cortesanos.

—Pero habeis nacido seguramente para vivir juntos, y si no os habeis de separar de Amaya, tendreis que acompañarla á la córte, porque ella en Toledo tendrá que residir.

Ranimiro se levantó súbitamente como un jigante, y queriendo dejar aplastado á Munio con su mirada más que con sus manos, le dijo tendiendo los brazos sobre la cabeza del espathario:

—¿A quién se le ha ocurrido que Amaya puede vivir en la córte sin su padre?

—¡Sosegáos!

—¿Sois vos, es Eudon, ó el rey quien así piensa?

—Sosegáos, contestó Munio sin inmutarse, y antes bien con dulce y tranquila sonrisa: ni el rey, ni Eudon, ni yo, somos capaces de haceros la menor ofensa. Ranimiro, no sabeis la impresion que han hecho al rey los consejos del conde de los Notarios y la traicion de Juliano. Rodrigo pudo extraviarse; pero no está perdido; y ya sin veleidades, con firmeza propia de índole generosa, quiere emprender el camino del arrepentimiento y la virtud. El rey acepta á Pelayo por compañero, y lo hará aclamar en el Concilio como sucesor del imperio; pero al mismo tiempo os necesita á su lado, y desea que Amaya sea esposa del nuevo rey.

Todo estaba dicho con estas últimas razones, que colmaban de alegría infantil, casi insensata, al buen duque de Cantábria; pero que no acababan de satisfacer por completo á Ranimiro, algo más cauto y ménos desmemoriado que su tio.

—Pero, Ranimiro, ¿tú callas? exclamó Favila: ¿qué tienes que decir á esto?

—Nada, tio. Voy á prevenir á Amaya de que mañana salimos para Pamplona. Vos, Munio, necesitareis descansar. Os dejaré en vuestro aposento. Teneis que madrugar tambien para volver á Cesaraugusta, y suplicar al rey de mi parte que no se mueva de allá. Las revueltas de Pamplona no son más que indicios de otras más lejanas y temibles, á cuya mira conviene estar. Hace dos ó tres semanas que Pamplona se está sublevando, y no acaba de sublevarse nunca. ¿Por qué? Porque con ese amago se quiere atraer al rey á Vasconia, ya que á fines

de Marzo no se logró con la desatinada campaña contra los vascos. ¡Que permanezca Rodrigo en Cesaraugusta! De allí podrá acudir, si en Pamplona hace falta, á Pamplona, á Toledo y la Bética. Pamplona no se rebelará hasta que otros pueblos lejanos se hayan rebelado; y si voy yo.....

—Ni ahora ni despues; porque Pedro, el duque de Cantábria, lo ha dicho. "Las tiufa-"días están en harta indisciplina; y Ranimiro, "á quien creen resentido del rey, es el único "que puede traerlas á mandamiento."

—Pues bien, iré. Retirémonos á descansar. Aguardadme aquí, tio; tambien debo conduciros á vuestro aposento.

Hízolo todo como lo habia indicado; y al volver al lado de Favila, prorumpió desde el umbral de la puerta:

—Pero tio, ¿no recordais lo que os dice Pelayo?

—¿Qué me dice?

—"Munio os hablará de los proyectos de Eudon. Oidle; pero no resolvamos nada hasta que Ranimiro y yo hayamos departido acerca de ellos."

—Es claro, Pelayo no quiere que resolvamos nada, hasta saber si Amaya corresponde á su cariño.

—¡Ojalá que así sea! Pero sospecho que Pelayo no tiene más que un amor, un afan, un pensamiento.

—El de Amaya.

—El de la pátria.

—Son amores que anidan juntos.

—Tio, creo que Pelayo no ve las cosas tan

risueñas como vos. Yo mismo percibo desde lejos no sé qué sombras en ese cuadro.....

—Vaya, vaya, dijo Favila, déjame dormir tranquilo y no perturbes mi sueño con tus eternas cavilaciones. A fuerza de querer saberlo todo, los sábios no entendeis de nada. Déjame soñar que veo á nuestra hija reina de los godos: porque es ya hija mia; porque es la esposa de Pelayo. ¿Quién puede estorbarlo ya?

Ranimiro se retiró á contestar al rey y á Pelayo, para que Munio les llevase al dia siguiente la respuesta.

El espathario escribió tambien una carta para Eudon.

Decia así en sustancia:

"Cumpliendo vuestras órdenes os escribo sin perder momento. Acabo de descubrir el paradero del brazalete. Lo he tenido en mis manos; pero no me es posible haceros dueño de él. Pertenece á la princesa Amaya, hija de Ranimiro, y lo lleva siempre puesto. Únicamente viniendo vos por acá, lo podreis ver y áun examinarlo detenidamente.

"Viven esas personas enemigas nuestras de cuya existencia dudábais tal vez; Amaya de Butron, Amagoya, Usua y Lartaun. Moza la primera y viuda siempre la segunda.

"Lo he sabido apenas he cruzado el Ebro, y puesto el pié en esta region.

"Todos vuestros planes, aprobados. Pelayo se casará con Amaya.

"¡Feliz mortal!

"En mi vida he visto mujer tan hermosa.

"¿En qué habeis estado pensando vos para no aceptar el primer proyecto del rey?"

Inmediatamente que el amigo de Eudon enrolló el pergamino y lo selló, encerrándolo en un estuche, llamó á uno de sus bucelarios, y sin permitirle dormir en el castillo, lo despachó con la carta para Toledo.





# LIBRO II.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### CASTILLO DE TIEMPO INMEMORIAL, PALACIO PRIMITIVO Y SEÑORES CASI SECULARES.

En la cumbre de una colina que se alza en medio del valle de Goñi, formando el vértice de su principal revuelta, descollaba un edificio tan antiguo, que ya en el siglo VIII se conocia con el nombre de *Gastelúzar* ó castillo viejo. Muy en armonía con la denominacion éuscara, tanto su construccion interior, como la de sus muros y fachada, trasportan nuestra imaginacion á lo vago del tiempo inmemorial.

No vayamos á figurarnos esa fortaleza ceñida de fosos, coronada de almenas, y de trecho en trecho circundada por cubos cilíndri-

cos ó torreones cuadrangulares: estos primeros recursos de la arquitectura militar, son invenciones modernas para Gastelúzar, contemporáneo quizá de los monumentos pelásgicos y ciclópeos, con los cuales tenia cierta semejanza y analogía. Era un vasto edificio rectangular, sencillo como toda idea primitiva, tosco como todo ensayo. Dábanle aquel sello de grandeza que habian de conservar sus mismas ruinas, peñas enormes rudamente labradas y puestas en seco con esa misteriosa nivelacion, obra del arte, ó de la paciencia, que pueblos poco posteriores al diluvio legaron á la admiracion de siglos más civilizados: interrumpian la uniformidad de sus cuatro lienzos, profundas bocas que servian á la vez de ventanas y saeteras, coronando la ingente fábrica tejado de anchas y delgadas losas, cubierto de nieve gran parte del año, y cuando no, de negro musgo y plantas parietarias.

Bien es verdad, que este manto funeral entapizaba todo el edificio, amen de la yedra secular que en las fachadas del Norte y Occidente, se agarraba á todas las junturas; como si no satisfecha de la solidez del jigante monumento, tratase de sostenerlo con nervudos brazos.

El que movido de curiosidad quisiese reconocer hoy las ruinas de Gastelúzar, apenas hallaria más que su nombre; pero si aquella mole berroqueña, negruzca y agujereada reapareciese tal como existia en Mayo del año 711, dominando torrenteras y barrancos, y anonadada á su vez por inaccesibles riscos, bosques impenetrables, y sierras de primera

magnitud que la servian de antemural, difícilmente se persuadiria de que la ventura pudiera anidar en tan adusta vivienda. Pero esa ave misteriosa que llamamos felicidad, al descender de los cielos, mira con indiferencia climas y lugares, y sólo busca sencillos y virtuosos corazones; y en ellos se posa, sin que la arredren hielos, ni la enerven calores, ni la espanten asperezas y soledades.

Dueño del castillo era todavía aquel bendito Miguel, anciano veinte años atrás, y robusto aún, á pesar de sus noventa navidades. Si en lo viejo y lo fuerte podia comparársele al edificio, no así en lo sombrío y melancólico; porque el señor de Goñi continuaba siendo encanto y alegría de toda la comarca.

De los cuatro hijos que entonces le quedaban, habia perdido tres; pero todos peleando gloriosamente por la independencia: y mantenia viva la fé, serena la conciencia, y la mesa aparejada siempre á la hospitalidad, sin que despues del tiempo trascurrido, le faltase en la boca ni uno solo de aquellos huesos que Don Quijote comparaba á las ruedas de molino.

Pero además de dientes y muelas, conservaba la compañera de los últimos once lustros de su vida.

Jamás aquellos cincuenta y cinco años de poco gárrulo cariño, habian sido turbados ni por tempestades de celos, ni por bochornos del fastidio, que suele engendrar el ócio. El amor de ambos consortes, como el aire que se respira, no se dejaba sentir, y era elemento indispensable de su vida.

Desde las ventanas del castillo podian contemplar todos sus estados: y si no veian mucho, en cambio era suyo todo cuanto su vista alcanzaba.

El valle de Goñi es uno de los más pobres de Navarra; pero en las majestuosas y pintorescas sierras de Andía y Urbasa, que lo defienden de vendabales y vientos del Norte y del Poniente, Miguel mantenia numerosísimos rebaños que le suministraban pingüe riqueza.

Desde ningun punto se descubren mejor que de Gastelúzar las románticas bellezas del paisaje. Diríase que á la fundacion del castillo habian concurrido el instinto de propia defensa y el sentimiento de lo bello. No lo extrañemos: las obras humanas, en tiempos en que no existen filósofos, suelen rebosar en filosofía.

De allí, en efecto, la vista abarca todo el valle que le ciñe, con sus crestas de rocas cenicientas y sus fragosos bosques de verdes hayas, parduzcos robles y espinosas carrascas. Cinco pueblos humildes aparecen como engarzados en ese magnífico fondo de selvas y peñascos. Munárriz se descubre al Mediodía entre las copas de un encinar, en sitio llano y elevado, al pié de los riscos que cierran el valle de Guesálaz, y que por su forma, y por hallarse contínuamente nevados, se llaman la *artesa* de Munárriz.

De aquella altura descienden impetuosos dos torrentes, uno á Guesálaz y otro á Val-de-Goñi, siguiendo el curso del cual, y enfrente de la colina de Gastelúzar, se ve á Urdánoz,

escondido á modo de violeta, pero recogiendo ricas cosechas en suelo abrigado, como en premio de su humildad.

Más inclinados al Oriente, y á la falda de la sierra de Sárbil, que separa á Goñi del Larraun y el Arga, muéstranse Aizpun y Azanza, resbalándose al parecer por la pendiente de pedregosa montaña, que á falta de lozanía, ostenta gallardos y vigorosos contornos: y cuando las miradas, estrellándose en desnudos peñascos de arrogantes estratificaciones, que descuellan pintorescos entre hayas, robles y siempre verdes tejos, dan por terminado el valle, no hay más que volver los ojos hácia el Norte y Ocaso, para descubrir otro paisaje que llamará siempre la atencion, por el recuerdo del drama, vivo aún en la memoria de aquellas gentes al cabo de once siglos, terrible episodio de la historia que hemos principiado á narrar. Arrinconada al pié de la majestuosa sierra de Andía, aparece nueva selva tendida sobre el hondo barranco, de contínuo azotado por los vientos, en contraste de cuyo estruendo y movilidad, álzase detrás la descarnada montaña de Churregui, imágen de la serenidad y del reposo.

Sobre este barranco está situado Goñi, cabeza del valle, y en sitio eminente como su nombre lo indica; *en alto yo.* No obstante su corto vecindario, ha llegado á tener cuatro palacios, tres de los cuales, por lo ménos, se han disputado el honor de haber sido solar del célebre Teodosio, hasta que por repetidas sentencias del Real Consejo de Navarra, en el siglo XVI, se adjudicó esta gloria á *Jau-*

*reguizar* (Palacio viejo), condenando á sus opositores á perpétuo silencio.

Jaureguizar, que en el siglo VIII no conocia rivales y se llámaba sencillamente *Jaureguía* (el Palacio, la *Casa del Señor)*, era en efecto la residencia habitual de Miguel y su familia; porque el castillo, á semejanza del templo de Jano, se cerraba en tiempos de paz, y sólo se abria cuando estallaba, ó por mejor decir, se encrudecia la perpétua guerra á que la region vascónica estaba condenada.

Era Miguel gran madrugador. Fuese invierno ó verano se levantaba al romper el dia, y despues de dar gracias á Dios por los beneficios que recibia de su bondadosa mano, despachaba á pastores y zagales con los rebaños, ó si los campos estaban cubiertos de nieve, disponia el pienso para vacas y caballos, y haces de ramas y yerba para los apriscos.

No se decia más que una Misa en el lugar; pero nunca sin la asistencia de los señores del valle. A la salida, si lo permitia el tiempo, sentábase Miguel en un banco de piedra, al pié del roble corpulento y majestuoso que se elevaba al Mediodía delante de la iglesia, extendiendo sus robustos brazos sobre el tejado con aire protector. Aquel banco era su trono, su bufete y tribunal.

Allí escuchaba y resolvia en pocos minutos los negocios más árduos é intrincados de sus cinco pueblos; y si los litigantes eran pobres, quien perdia el pleito era el juez, que socorria por igual á entrambas partes.

La comida era siempre grande solemnidad.

Tanto en el palacio como en el castillo, la sala principal servia de comedor, y la mesa de nogal que del uno al otro extremo se perdia de vista, daba desde luego á conocer costumbres asaz hospitalarias. En efecto, si alguna vez se percibian ráfagas de mal humor en el bondadoso rostro del anciano, era cuando al sentarse á comer veia pocos escaños ocupados. Achacábalo siempre á culpa suya, por no haber obsequiado á las gentes como debia. Así es que cuando Plácida observaba que al acercarse el medio dia no habian llegado bastantes huéspedes de las Amézcuas, Araquil, Ollo, Guesálaz y otros valles vecinos, ó que los *Echecojaunas* ó padres de familia, súbditos suyos, andaban perezosos ú ocupados en labores y pastoreos, cuidaba de llamar á los primeros que se encontraba en el pueblo para que comiesen con el amo.

Nunca éste tomaba asiento en la mesa sin que el abad la hubiese bendecido, ni se levantaba nunca sin haber dado gracias al Señor. En el intermedio de entrambas oraciones, Dios sólo y Plácida, que todo lo disponia, eran sabedores de lo que se habia consumido y desbaratado. El servicio escaso y de madera, la comida más abundante que exquisita; pero alternaban con hortalizas y legumbres, cabezas y lomo de jabalíes, venados, vaca y carneros, truchas y anguilas del rio Salado, palomas del Pirineo que á la entrada del invierno se cazaban á centenares, gansos, pollas, liebres, recentales, lechones, perdices, chochas, cecina y jamon, segun el tiempo y fortuna de los cazadores. El vino solia ser de la

Solana, ó cuando no, de los valles de Yerri y de Guesálaz: la sidra, de Guipúzcoa.

Mucho daba la casa de Miguel; pero recibia tambien: porque constituyendo la altivez y la gratitud el fondo del carácter navarro, no hay papel que más repugne al montañés que el de parásito. Miguel procuraba enterarse de lo que recibia; jamás llevaba cuenta de lo que daba: Plácida en cambio sabia perfectamente lo que entraba y salia.

Tanto combustible hacinado en el comedor podia alguna vez convertirse en espantosa hoguera; pero Miguel, amaestrado por la experiencia, cuidaba de evitar el incendio. Nada le importaba el vocerío; nada que á los postres brotasen chispas los ojos de sus comensales, ni que las gargantas fuesen perdiendo su habitual sonoridad: á fuer de práctico, veia venir sereno la borrasca. Pero si vislumbraba disputas peligrosas, si rencillas adormecidas se despertaban y querian alzar la frente, aprovechándose de la confusion, Miguel imponia á todos silencio, y los ángulos de la sala resonaban con los ecos de un canto guerrero de los antiguos tiempos, el himno de Lecóvide y Tamayo, el combate de Lara, la cancion de Aníbal, por ejemplo, que ensordecian la voz de las más violentas pasiones en aquellos pechos, en que dominaba amor salvaje á la independencia, y ódio implacable á toda servidumbre en general, y á la de los godos en particular.

Al dia siguiente de haber salido de Cantábria Ranimiro y Amaya, recibió Miguel de Goñi, poco antes de comer, la visita de un

huésped, á quien ciertamente no aguardaba.

Era un ermitaño godo, ó por lo ménos no vascongado, que vivia á sus anchas, tan pronto en un campo como en otro, aunque su cueva ó ermita correspondiese á la montaña. Podia, pues, entenderse con invasores é invadidos, y vivir, como procuraba hacerlo, á costa de entrambos.

Los Concilios cuarto y séptimo de Toledo habian tomado sus disposiciones para extinguir estos anacoretas, que ni eran monjes, ni clérigos, ni legos, sacándolos de sus ermitas, obligándolos á servir en monasterios, y prohibiendo para en adelante tan peligrosa profesion, á ménos de autorizacion especial del Obispo; pero hallaban siempre cierta proteccion en el pueblo que se dejaba alucinar por apariencias del traje y vivienda. El celoso y piadosísimo Marciano, que ocupaba á la sazon la Sede Iruniense, intentó muchas veces traer á mandamiento al buen Pacomio, que así se llamaba el huésped; pero tanto el favor popular, como la guerra que dividia á la grey cristiana, compuesta de godos y vascos, hacian casi imposible la vigilancia del Prelado, y poco ménos que ilusoria la accion de la autoridad. En casos apurados, el falso eremita se eclipsaba y desaparecia del país vascongado.

Los hábitos de sayal, la cuerda de cáñamo con que se ceñia la túnica, y sus groseras sandalias, contrastaban con la rubicundez de sus mejillas, su fuerte y vigorosa musculatura, sus ojuelos garzos, alegres y traviesos, que con la nariz aguileña y lábios finos y apenas per-

ceptibles, le daban aspecto de ave de rapiña.

Aquella mañana habia estado Miguel muy ocupado, acabando de atestar de vituallas y pertrechos de guèrra el fuerte de Gastelúzar, único indicio de nueva campaña en valle tan próximo á Pamplona.

Cuando Pacomio llamaba á la puertà de Jaureguía con la contera de su enorme cayado de acebo, Miguel volvia, acompañado de media docena de perros y doble número de personas de ambos sexos, que habiéndole ayudado en la tarea de aprovisionar el castillo, venian á comer al palacio.

—Pacomio, Pacomio, le gritó Miguel, ¿á qué tantos golpes? ¿No sabes que ni de dia ni de noche llama nadie á las puertas de mi casa, donde todo el mundo tiene derecho á entrar como en la suya propia?

—Llamaba, Jaun Miguel, precisamente para no entrar: sólo queria saber si estaba aquí vuestro hijo Teodosio; pues de lo contrario, habria ido á buscarle á Gastelúzar.

—Ni aquí ni en el castillo le encontrarás hoy, hermano Pacomio.

—¿Pero está en el valle?

—Tampoco.

—¿Ha ido de caza?

—Tampoco; y te advierto que no te contesto una palabra más, como no sea dentro de casa y sentado á la mesa.

—No puedo detenerme.

—¿Ni á comer siquiera?

—Tanto como para comer..... y con tal de que no me deis á probar vuestros excelentes

vinos de la Ribera..... Porque ya sabeis que, á pesar de mi sayal, soy blando de corazon, y hoy necesito andar listo y despabilado.

—Entra, hermano Pacomio, pero entra sin condiciones: no las admito.

Entraron, y llevando Miguel al huésped á un extremo del comedor para departir un momento, le preguntó:

—¿Para qué necesitas á mi hijo?

—Os lo diré á vos sólo; y porque sólo vos podeis saberlo, os vuelvo á suplicar que no me deis á los postres vuestro fragante vino rancio de Peralta, tierra de promision de que se han apoderado los godos. ¿Lo entendeis? No me pongais en peligro de ser indiscreto.

—Bien, hombre, bien; te daré dos ó tres vasos nada más.

—Para gustarlo, y porque no se diga que he pasado, como quien dice, delante de él, sin hacerle el debido homenaje y acatamiento.

—Pero bien; ahora que no corre peligro tu discrecion.....

—Ahora os diré que ayer ha salido de Cantábria el bárbaro, el infame conde Ranimiro.

—¡Ranimiro! ¿El incendiario de Aitormendi?

—El mismo.

—¿Y á dónde se dirige ese infeliz?

—Vuelve á Iruña.

—¿Solo?

—Supongo que habrá dejado á su hija en el castillo de Cantábria; porque el rey ha mandado preparar su alojamiento en el Do-

minio de los condes de Pamplona, y la venida de Ranimiro no tiene más objeto que trazar el plan de la guerra que se emprende de nuevo contra Vasconia.

—Y Ranimiro es el único que puede hacerlo. Si fuese posible conquistarnos, sólo él habria sido nuestro conquistador. A él personalmente, ya no le temo: se ha hecho demasiado odioso; pero á sus planes sí.

—Pues bien; como eso lo sabe Teodosio tan bien como vos, con indicar á vuestro hijo lo que os he dicho, hay lo bastante para que ni Ranimiro éntre en Pamplona, ni llegue á ver al rey.

—Pero Ranimiro vendrá con el ejército.

—Las huestes de Rodrigo están pasando todos estos dias hácia Victoriaco y Ologitum, tanto á la izquierda como á la derecha de esta sierra, y Ranimiro con muy pequeña escolta puede volver á Pamplona. Pero si un guerrero jóven y audaz como Teodosio, quiere salirle al encuentro en la revuelta de.....

—¡Oh! ¡Qué gloria para mi hijo, qué suerte para todos los vascos, si pudiéramos cojer á Ranimiro, vengar agravios que, aunque de veinte años de fecha, no pueden olvidarse en veinte siglos, y desbaratar la campaña, áun antes de emprendida!.... Pero es inútil que nos lamentemos de mi mala suerte: Teodosio hace dos dias que falta de casa.....

—¿Y cuándo volverá?

—No lo sabemos: tal vez hoy, tal vez mañana. Supongo que en vista del movimiento de tropas enemigas, habrá ido á ponerse de acuerdo con otros señores, ó quizá con las

tríbus hermanas nuestras. El valle de Goñi es uno de los más próximos á la plaza de Iruña, y es posible que nos veamos acometidos dentro de pocos dias. No importa; ahí está Gastelúzar; y sobre todo, ahí están á la espalda las sierras de Urbasa y Andía, para las cuales sirven lo mismo los corceles de la Bética, que las naves del rey Wamba. Pero eso no obstante, hace bien mi hijo Teodosio en contar con sus vecinos, y los ancianos de las demás tríbus del *Lauburu*. No hay remedio, hermano Pacomio: no sabemos cuándo volverá Teodosio, y Ranimiro no ha de esperar á pasar por aquí á que mi hijo salga á medir con él su *ezpata* ó su *guecia*. Comamos, pues, en paz y en gracia de Dios, y con tan plausible motivo bebamos á los postres esos vinos á que tienes miedo indigno de tu santidad; y luego, que sea lo que Dios quiera.

Y al decir estas frases de viejo alegre, suspiraba como el padre más triste.

—Comamos; y aunque por primera vez quebranteis los inveterados usos hospitalarios de Jaureguía, dejadme ser sóbrio. No quiero excederme en la bebida. Tengo que ponerme inmediatamente en camino; porque á falta de Teodosio he pensado en..... ¿En quién os parece?

—¿En García?

—Pues; en el señor de Abárzuza y las Amézcuas.

—El único que pudiera reemplazar á Teodosio si tuviese algunos más años. Dices bien; comerás como solemos al salir de montería, breve y compendiosamente; y te despacharé

presto, porque necesitas llegar esta misma tarde: y áun creo posible que allí encuentres tambien á mi hijo.

—Gran dicha seria. García Jimenez no sirve para descalzar á Teodosio.

—Le dá por las letras.

—Acabaré por prestarle mi sayal.

—Pero es pundonoroso, y si quiere vengar la muerte de su padre..... Ahora tiene ocasion con las noticias que le llevas.

—¡Silencio, por Dios! Porque yo necesito vivir con los godos y con vosotros.

Miguel cuidó de la templanza del ermitaño, lo cual es la mayor prueba que podemos dar de la importancia que daba á la sorpresa y captura de Ranimiro.

Pacomio, no sin haber saboreado los distintos vinos de la escogida coleccion de Goñi, pudo ir por su pié y con cabeza firme, cruzando por el puerto de Munárriz al valle de Yerri, llegando á la villa de Abárzuza antes de ponerse el sol.

Aquel dia, de la segunda semana de Mayo, parecia fecundo en noticias.

Miguel, á pesar de la asombrosa calma y serenidad con que veia cruzar las huestes, temeroso de que los enemigos cerrasen á los vascos la entrada de Pamplona cuando ménos se pensara, habia dispuesto que uno de sus pastores, llamado Saturnino, y por mal nombre *el Disgustado*, fuese á la ciudad á ver lo que ocurria.

Era éste de una familia del valle de Ollo, refugiada en Goñi desde que los godos destruyeron el molino y caserío que habia here-

dado de sus mayores, orillas del rio Larraun, tributario del Arga.

Llevado de esa atraccion que tiene para el hombre el abismo que le traga ó el espectáculo que le tortura, andaba siempre el Disgustado buscando pretextos para ir á Pamplona y cruzar por su hacienda de Errotalde, que habia pasado á ser propiedad del tiufado Ranimiro. Tal vez por eso Miguel de Goñi le escogió para llevar al mercado algunas aves, como pretexto para entrar en la ciudad, y traerle cuantas noticias positivas pudiera buenamente adquirir acerca de los godos.

Aunque tan adelantada ya la primavera, las alturas seguian cubiertas de nieve, las noches eran frias, y las veladas al amor de la lumbre no se habian interrumpido en la cocina del palacio.

Situada la de Jaureguía á piso llano, era un ancho recinto cuadrangular, sin más techo que la chimenea, que abarcaba todo el aposento en forma de embudo, ni más hogar que el pavimento de enormes piedras cortadas á escuadra. Dos enormes morrillos de hierro que se alzaban á la altura de un hombre, sostenian en medio troncos de roble, que poco á poco se iban consumiendo, gracias á la hojarasca y leña delgada que gavilla á gavilla se les arrimaba. Contra las paredes yacian sendos escaños de nogal, que ocupaban los hombres: las mujeres se sentaban á hilar en banquillos, y á coser en el suelo cerca de una especie de hachero, de cuyo mástil, como aspas de molino de viento, salian en direccion oblícua, teas que las mozas cuidaban de atizar y

renovar para no carecer de luz en sus labores.

Entre los asientos y la lumbre promediaba siempre cierta respetuosa distancia, en que sin respeto alguno se tendian los perros de caza, especialmente admitidos y tolerados los dias de caza ó refriega con los venados de la montaña y los jabalíes de la selva.

Amos y criados, señores y vasallos, ricos y pobres, descansando unas veces de las fatigas del combate y otras de las rudas faenas del campo y montería, pasaban allí las primeras horas de la noche, sin distincion alguna. Sólo por respeto á la ancianidad se reservaba el sitio más abrigado de la cocina al secular Miguel, cuyos brazos podian descansar en una mesa fija por un extremo á la pared, con goznes para alzarla verticalmente contra el muro, ó tenderla sobre un pié al extremo opuesto, que es como generalmente se colocaba cuando el amo se sentaba en la cocina. Nunca faltaban durante la velada sendos jarros de vino y de sidra, que el señor cuidaba de ir desocupando en vasos de asta, y la señora de renovar cuando quedaban vacíos.

Aquella noche tenia Saturnino la fortuna de ser de todos esperado, lo cual no siempre acontecia; pues su cara macilenta y displicente, su gesto ordinariamente avinagrado, y de pocos amigos, no le hacian muy simpático á jóvenes de ambos sexos.

Al verle entrar en la cocina de Jaureguía, exclamaron las mujeres:

—¡El Disgustado, el Disgustado! Ya viene de dar la vuelta acostumbrada por su hacienda.

—Pese á quien pese, y púdrase quien con buenos ojos no lo mire, contestó con ceño el recien llegado; la hacienda de Errotalde mia es, que no del godo ladron que cobra las rentas, por más que descienda de reyes y se llame Ranimiro: mia la casa, mio el molino; y si los vascos no fuésemos tan mándrias que firmásemos paces con el enemigo, aún tendria esperanzas de recobrarla.

—¡Paces con los godos! exclamaron hombres y mujeres, soltando la carcajada: no te disgustes por eso, Disgustado.

—Ni por ese lado pierdas la esperanza de recobrar tu hacienda.

—Pues eso, ni más ni ménos, corre por Iruña, repuso el pastor, tomando asiento en los escaños, con la gravedad que la mision encargada requeria.

—¿Y son como la muestra todas las noticias que de allí nos traes? le preguntó Miguel.

—Como esa tienen que ser, si han de ser ciertas.

—¿Qué noche hace, Saturnino? siguió preguntando el señor, con flema que abrasaba al Disgustado.

—De luna clara como el medio dia.

—¿Qué tales campos hay por Iruña?

—Buenos y malos. Buenos para quien los ha de segar, malos para mí, que no he de trillar en mis eras, ni moler un grano en mi molino.

—¿Y cuándo viene el nuevo rey á domar los vascos?

—¿Y para qué ha de venir si los vascos es-

tamos ya más domados que mis zahones, que se están cayendo á pedazos de puro viejos?

—Toma un vaso de vino y sosiégate, dijo Miguel, escanciándole del de la Ribera.

Saturnino se lo bebió de un trago y sin ceremonia.

Entretanto decian los circunstantes:

—Pero esos godos se mudan de reyes como de camisa.

—Y los degüellan para mudarlos.

—Malo debe de ser el oficio de rey entre los godos.

—Pues falta nos hace un rey á los vascos, dijo el Disgustado, limpiándose los lábios con la manga del sayo.

Miguel, que no habia tomado parte en este último diálogo, contestó á Saturnino, sonriéndose:

—¿Para qué? ¿Para degollarlo?

—Señor, para exterminar á nuestros enemigos; para arrojarlos de las tierras que nos han usurpado; para no dejarlos en paz un solo dia. ¿Qué nos hacemos aquí, mano sobre mano, secándonos como cecina al aire de la lumbre? Señor, ¿sabeis las noticias que corren por Iruña?

—Estoy aguardando á que me las cuente uno á quien sin más objeto he mandado allá esta mañana, y que no dá muestras de haber vuelto muy enterado.

—Señor, como no me habeis llamado aparte á que os diga.....

—¡Aparte yo! Habla, hombre, si es por eso; desembucha todo lo que traigas: que acá todos somos amigos, y para ellos, Miguel de

Goñi no tiene en la bodega vino que no caten, ni en el magin secreto de que no participen. Pero te advierto, Saturnino, que las noticias las quiero de buena fuente, y no como esa de la paz, que has recogido del charco.

—Buena ó mala, entre los godos corre, y del mercado la traigo. Pero la noticia que allí me han dado en confirmacion de la primera, es que mañana entran en Iruña el rey por una puerta y Ranimiro por otra.

—Es decir, que Rodrigo viene por la puerta de.....

—De la Ribera.

—Y su pariente Ranimiro.....

—Por la Burunda.

—Eso es saber algo, dijo Miguel: toma otro vaso de vino para que cobres ánimo, y cuentes más: y que ande la rueda; que tambien nosotros necesitamos confortarnos para oirte, si tan graves son como parecen, las nuevas que nos vas á referir.

Y fué llenando los vasos de vino ó de sidra, á gusto del consumidor.

—El caso es, continuó el Disgustado, que mañana llegarán los dos: el rey al castillo y Ranimiro á su casa, que es, segun dicen, un gran palacio. Ya puede tenerlos ese grandísimo ladron, con las tierras y molinos que nos ha robado.

—¿El?

—El ó sus abuelos, para mí es igual. Parece que hay más de diez..... más de quince..... tufa..... No sé cómo las llaman esos bárbaros.....

—Tiufadías.

—Sí, de diez á quince tiufadías ó regimien-

tos de á mil hombres en Iruña: unas cuarenta en Olite, cincuenta en Victoriaco y Agurain, cincuenta hácia Calahorra, y otras tantas vienen andando con el rey, mientras Ranimiro trae de Cantábria cerca de ciento.....

—¡Vete echando tiufadías por esa boca!

—Pues de todos esos doscientos ó trescientos mil hombres, no rebajan uno los siervos que acuden al mercado, ni por una libra, ó lo que dá lo mismo, ni por veinte sueldos de plata. Agregad á esto que toda esa innumerable gente se va á poner á las órdenes de caudillo tan audaz como Ranimiro..... cuyos planes son..... ¿No conoceis los planes de Ranimiro?

—Hombre, contestó Miguel, sonriendo como un bienaventurado; con los planes de Ranimiro nos sucede lo mismo que con tus noticias: mientras no los cuentes, no los sabemos.

—Pues bien: los planes de Ranimiro son traer á los Pirineos los moros del Africa, y.....

—Y llevarse al Africa los vascos del Pirineo. Eso se concibe.

—¿Lo sabíais?

—No: pero oyendo la primera parte, se cae fácilmente en la cuenta de la segunda.

—Pero como eso es imposible.....

—Se concibe tambien.

—Dice la gente que los vascos tendremos que sucumbir y firmar las paces.

—Eso es lo que no alcanzo á concebir, dijo sériamente Miguel, que hasta entonces habia estado risueño y de broma con el Disgustado.

—¡Bien dicho! exclamó toda la tertulia.

Y algunos añadieron:

—Bebamos á la guerra perpétua entre vascos y godos.

—Ese es un voto que no haré yo jamás. Si los godos nos dejan en paz, si nos devuelven lo que nos han usurpado, no seré yo quien vaya á buscarlos para hacerles guerra; no la deseo, no la quiero, no la querré jamás.

—Pero, ¿cómo resistimos á tanta gente, sin rey que nos mande?

—¿Cómo hemos resistido hasta ahora?

—Vaya, que buenos deseos se le pasarán á vuestro hijo Teodosio de ponerse al frente de todos los euscaldunas del Lauburu: pero como sola una tríbu no hace nada, tendria que marchar de acuerdo con los de Arriaga y los de Guernica, y los parientes mayores de Aitor. De donde resulta.....

—De donde resulta que los godos todavía no nos han conquistado.

—Porque no pueden.

—¿Y por qué no pueden?

—Porque tenemos montañas inaccesibles.

—Y costumbres más duras y arraigadas que las montañas.

Si un taquígrafo de nuestros tiempos hubiese tomado nota del precedente diálogo, habria puesto entre paréntesis: rumores de aprobacion.

Mas á pesar de ellos, Saturnino, que sobre mal contento parecia testarudo, no se dió por vencido.

—Pues eso de rey de Vasconia no ha salido de mi caletre, replicó; pues á personas muy sabiondas y leidas he oido que, segun profecías, quien se case con la hija de Aitor,

caudillo, rey ó duque nuestro ha de ser, quiera ó no quiera.

—Cosas de Amagoya, que no son para tratadas en estos momentos.

El anciano Miguel se vió interrumpido por un semi-tumulto femenino. El corro de hilanderas, al oir el nombre de Amagoya, se habia fijado en el de Ranimiro, en que hasta entonces no paró mientes, y todas, excepto Plácida, empezaron á chillar con extraños aspavientos.

—¡Silencio! exclamó la señora, y preguntádselo al amo.

—Señor, dijo la más atrevida poniéndose en pié, pero sin dejar de hilar: ese Ranimiro que va á mandar á los godos, ¿no es el que hace años llegó hasta el valle de Aitormendi?

—El mismo.

—¿El que dió fuego al caserío del patriarca?

—El mismo.

—¿Hallándose dentro la hija mayor, la difunta Lorea?

—El mismo.

—¿Que por más señas dicen que estaba casada en secreto y embarazada?.....

—El mismo.

Y al oir esto todas las mujeres y todos los hombres se levantaron por un mismo impulso.

—¡Muera Ranimiro!

—¡Juremos no tener nunca piedad, ni compasion, ni tregua, ni descanso con ese mónstruo, con ese tigre!..... ¡Juremos hacerle tajadas, si cae en nuestras manos!.....

—¡Silencio! exclamó el anciano, único que

habia permanecido sentado: gritais como en ojeo, y sin levantar caza, habeis espantado á los perros.

Sabuesos y lebreles, en efecto, habian principiado á gruñir despertándose, moviendo la cabeza, levantándola luego como para ventear, con ladridos breves y secos; y un momento despues se pusieron en pié lanzándose hácia la puerta de Jaureguía, ladrando ya con toda la fuerza de los pulmones. A sus voces parece que respondian los ecos de la montaña.

Pero no; eran ladridos huecos y atronadores de mastines que en corrales y apriscos lejanos guardaban rebaños del valle y de las sierras.

Parecia que el alboroto de la cocina, como el mugido del viento, se habia comunicado á las selvas del contorno.

—Forasteros vienen, dijo Miguel.

—Jaun Teodosio con guerreros de otros valles.

—A mi hijo no le ladran jamás los perros, contestó Plácida. Puede entrar y salir á cualquiera hora de la noche, sin que se le sienta más que una mosca.

—¡O lobos, ó godos! dijo el Disgustado.

Y todos se echaron fuera de la cocina y áun de la puerta de casa.

—¡Pronto á Gastelúzar! dijo Miguel.

—Ni godos ni fieras. Los nuestros son. Ya se van aquietando los perros, repuso la señora de Goñi, cuyas observaciones denotaban tanta penetracion como presencia de ánimo.

En las descarnadas rocas que forman escalones por la cuesta que sube á Jaureguía,

sintióse estrépito de caballos, y un zagal se acercó á la puerta del palacio, diciendo al señor del valle:

—No hay cuidado: García y los de Abárzuza y las Amézcuas. Los he conocido desde que se asomaron á los altos de Munárriz.

—¿Viene Teodosio con García? preguntó Miguel.

—Creo que no; porque el señor de las Amézcuas no habla con nadie.

Plácida comenzó á dar órdenes á los criados, y al poco rato entró Miguel con un mancebo de atléticas formas y de hermoso aunque varonil semblante. Su edad de veinte á veinte y dos años, la cabellera negra ensortijada y reluciente, la barba corta y fina, la expresion modesta y sencilla, la mirada franca, abierta y seductora, el continente airoso y resuelto. Parecia superior en todo á los demás; en fuerzas, en estatura, en agilidad y talento; pero la superioridad generalmente reconocida, tan sólo por él era ignorada.

Vestia sayo de lana sujeto con rico cinturon de cuero recamado de oro, del que pendia la famosa espada, ancha, corta, puntiaguda y de dos filos *(ezpata)*, que de los cántabros tomaron los romanos, denominándola espada cantábrica; calzon corto de la misma tela y borceguíes de piel de cabra. Corta y airosa capa negra completaba su traje; porque los montañeses, á semejanza de los francos, ni áun en tiempo de guerra llevaban en la cabeza más adorno ni defensa que sus hermosos cabellos tendidos por la espalda.

Sólo algunos añadian capuz al sayo para

resguardarse de la lluvia. La *guecia*, lanza con hierro en forma de saeta, les servia de báculo.

Tras el gentil señor de Abárzuza y las Amézcuas, fueron entrando otros mancebos, que llevaban poco más ó ménos el mismo traje, é iguales armas, sin más diferencia que el arco y las flechas, el escudo llamado *pelta*, y la honda cruzada al pecho.

—Pero, ¿qué buscas por aquí á estas horas, loco de atar? decia Miguel no pudiendo disimular el regocijo, por verse entre tanta gente moza, armada y animosa.

—Vengo en busca de Teodosio, dijo García: ¿no ha vuelto aún desde esta tarde?

—No; pero sentáos.—Leña, muchachos, que estos chicos traerán frio. Bien es verdad que á sus años..... Y tú, Plácida, sácales.....

El anciano no concluyó la frase; porque vió á su mujer colocar un jamon cocido sobre la mesa, y luego á dos criados, con un odre de vino y escriños de pan.

—Bien está, Plácida; pero es preciso no olvidar á los de fuera, añadió Miguel, que al verla sentarse tranquila, se tuvo por feliz creyéndose siquiera una vez más previsor que su esposa.

—Los de fuera ya están comiendo y bebiendo, le contestaron los criados.

—Ya podeis suponer á dónde vamos, dijo García; pero en lugar de bajar á la Burunda por las Amézcuas, he querido venir por aquí para que se pusiera al frente de la expedicion guerrero tan valiente y entendido como Teodosio. Siento no llevarlo por capitan.

—No lo siento yo ménos, García. Pero tú, ¿lo has pensado bien?

—Sí, señor; en lugar de esperarlos en la Burunda, los atacaremos en las Dos Hermanas, y en vez de embestir por esta parte, hácia donde siempre miran más los enemigos, arremeto por la de Aralar.

—Sí; pero es fácil que os veais envueltos por las tropas que cruzan de Victoriaco á Iruña.

—Si nuestros movimientos no son rápidos, ese peligro corremos; pero si caemos sobre Ranimiro como un rayo, y con la misma celeridad desaparecemos en la montaña, entonces no hay cuidado.

—No se te ocultará, García, que eso es provocar la guerra, precisamente cuando van llegando miles y miles de hombres.....

—Eso no es provocarla, porque esos millares de godos no vienen en son de paz. Pero si nos sale bien este golpe, podemos hacer abortar la próxima campaña, y en el trance en que están los enemigos, quizá, quizá la guerra. Pero no me detengo más.

—Sí, necesitas el tiempo. Pero, díme, García, ¿te sirvo yo lo mismo que Teodosio?

—Lo mismo precisamente, no, señor Miguel; pero podeis servirme de mucho, preparando camas para los heridos, y comida para los que volvamos.

—Todo eso corre por cuenta de mi mujer. García, hablemos claro. Porque si tú me dices: Miguel, monta á caballo; yo protestaré cuanto se me antoje contra eso de emprender la nueva campaña sin órden de Teodo-

sio, por tu capricho, ó por sugestiones de ese ermitaño..... ya me entiendes; pero te seguiré hasta Toledo.

—Gracias, padre mio, le contestó el señor de Abárzuza con efusion; pero creo que no nos haceis falta. En cuanto á las órdenes de Teodosio, bien lo veis que hasta el postrer momento las he venido á buscar. Ocasiones como ésta no se presentan dos veces.

Y viéndolos resueltos á marchar, exclamó Miguel, dirigiendo la mirada á la mesa:

—¿Sereis capaces de salir de casa sin honrarla como es debido?

—Haremos aprecio, contestaron los montañeses.

Y en un abrir y cerrar de ojos devoraron el jamon, dos cestos de pan y un par de quesos. En cuanto al pellejo de vino quedó, como suele decirse, pez con pez, de la primera embestida, y fué necesario reemplazarlo con otro, que llegó firme y orondo, y se quedó temblando.

García, entretanto, habia estado departiendo con el anciano, que al despedirse le dijo:

—Lo que es á Ranimiro, no hay que tenerle lástima. Él no la ha tenido nunca de nosotros. A mí me engañó: estuvo á punto de seducirme hace veinte años. Pero poco despues..... Lo de Aitormendi..... el caserío..... No perdonar siquiera á su..... ¡A una pobre mujer embarazada! Si lo matas, habrás vengado á la familia de Aitor, y con ella á todos los vascongados.

García le prometió ser tan duro con el antiguo conde, como las leyes del honor lo per-

mitiesen; y montando dos ginetes en cada caballo, segun costumbre de vascos y astures, desaparecieron los expedicionarios por el camino que siguen las aguas del riachuelo Udarbe, para salir por Ollo á la Barranca.

Miguel echó de ver al poco rato que su tertulia se habia quedado exclusivamente reducida al bello sexo.

Los hombres se habian armado de prisa y marchado con García. El Disgustado fué el único que no desamparó al anciano.

—Ya lo veis, le dijo, un loco hace ciento.

—Y contando conmigo, hubiera hecho ciento y uno, si me hubiese cogido no ya en tu edad, sino en más que doble que la tuya, contestóle el nonagenario con sequedad inusitada.

—Es que á mí sólo me gustan las cosas en regla.

—Tambien á mí. Pero mi regla es ayudar á los amigos cuando los veo en peligro, salvo el juzgar su conducta cuando el peligro ha pasado.

Saturnino les dió las buenas noches.

—Sí, sí: á la cama nosotros los viejos, le dijo Miguel, que estaba duro como nunca con el Disgustado: ¡á la cama, mientras nuestros pobres amigos pasan la noche al raso, ó desangrándose heridos en la maleza!

La severidad de Miguel no provenia sólo del desprecio que le inspiraba la conducta del refugiado de Errotalde, sino del sentimiento de que su hijo no fuese mandando la expedicion, y del empacho que tenia de no saber qué contestar á los que por él con tanto interés le preguntaban.

Así que marido y mujer se quedaron solos, declaró el anciano todo su pensamiento, interpelando bruscamente á Plácida:

—Pero, mujer, ¿no sabes tú en qué pasos anda tu hijo?

—Sospecho que debe andar buscándote una hija.

—¡Calla! Pues tienes razon. Pero es todavía un niño.

—De treinta años.

—Es preciso pensar en el acomodo de ese muchacho.

—De eso creo que se cuida él más que nosotros.

—¿Te ha dicho algo?

—Ni una palabra. Pero su extraña ausencia de Goñi en ocasion semejante, no tiene otra explicacion.

—Es cierto: ni tampoco otra disculpa. ¡Oh! Pero si aquí hubiese estado hoy, volveria mañana con Ranimiro.

—¡Con Ranimiro! exclamó Plácida: si cae el godo prisionero, ni tu hijo ni nadie es capaz de volver con él.

—Tienes razon, mujer. Donde le coja García, allí lo deja.....

—Enterrado.





## CAPÍTULO II.

### CASA NUEVA Y NUEVA VIDA.

Razon tenian los patriarcas de Goñi para suponer que no se daria cuartel á Ranimiro, en el caso, harto dudoso, de que fuese capaz de rendir las armas á enemigos que tan cordialmente le aborrecian. Perpétuamente viva y enconada la llaga de Aitormendi, ni la forzada quietud del audaz invasor, ni los veinte años desde la tremenda hazaña trascurridos, la podian cerrar.

García tampoco lo ignoraba, y presumia por lo tanto que el encuentro seria terrible y sangriento; pero á todo estaba resuelto y apercibido.

Era aquella la primera ocasion que se le presentaba de acaudillar á sus montañeses, y despues del paso infructuoso que acababa de dar para encomendar la accion á Teodosio, no podia, ni queria tampoco rehusarla.

Su padre Jimeno le dejó al morir en los combates, gloria, vasallos y muy granados pueblos en herencia: con la mira de hacerlo todavía más rico y poderoso, ya que tan apuesto y discreto parecia, su madre le habia cedido tambien la villa de Abárzuza. Tantas prendas y señoríos, nobleza tanta le obligaban á salir del retiro en que desde su orfandad se complacia, cultivando divinas y humanas letras. En el sistema de vida vascon, quien más tenia, más ponia: capitan el señor, el súbdito soldado; ó se dedicaban al altar, ó tomaban las armas; y tales eran la necesidad, la costumbre ó la pasion de la guerra, que segun se ha notado ya, pocos montañeses de aquella época mostraban aficion al cláustro. Bien puede decirse de ellos que peleando descansaban y recibian galardon de sus ordinarias faenas. Caudillo que ménos dejara reposar á sus vasallos, era el más querido y quien más valia.

Al verlo tan aplicado á los libros sospechaban algunos que García Jimenez tuviese vocacion de monje; pero no: estudiaba para seguir aquella guerra interminable procurando inquirir, sin embargo, cómo habia de darla fin. Porque estaba convencido de que ninguno de aquellos caudillos y señores compañeros suyos pensaba en otra cosa más que en pelear, y sólo en el hijo de Miguel vislumbraba trascendentes pensamientos. Por eso no tenia Teodosio amigo más sincero y respetuoso, y áun casi puede decirse, súbdito más fiel.

Al recibir García la triple herencia del

nombre, sangre y valles de un héroe, demostró con arranques de piedad, que además de ilustre, gallardo y opulento, era temeroso de Dios.

Pocos dias despues de la muerte de su padre, se fué secretamente á visitar al santo obispo Marciano, y le pidió su bendicion. Diósela el prelado, el cual, viéndolo sin duda propenso á la venganza, quiso templarle con paternales consejos.

—La guerra, le dijo el prelado iruniense, puede ser derecho de natural defensa ó recurso extremo de la justicia; pero áun la guerra más santa será causa de condenacion para quien lleva á los combates espíritu de rencor que Dios reprueba. Cuando el Señor nos manda amar á nuestros enemigos, no exceptúa á los que luchan contra nosotros. Ténlo presente, García, porque lo habrás menester cuando te acuerdes de tu padre.

Presente lo tenia aquella noche el caudillo de Abárzuza al descender de Jaureguía dejando el valle mermado de mancebos, pero sin temor á los ancianos y mujeres.

Corta es la distancia que los separaba de Pamplona; mas para el ejército godo, bien puede decirse que Goñi yacia en los antípodas. No corria otro peligro que el de nocturnas sorpresas, que desde los tiempos de Ranimiro habian caido en desuso. Fuera de esta contingencia, ya casi inverosímil, la paz reinaba allí, en medio de la efervescencia de la guerra, y el señor de Gastelúzar creia haber llegado á los últimos límites de la prevision, cuando atestaba de víveres, dardos y flechas el casti-

llo y mandaba á saber qué nuevas bullian en la plaza levantisca de Iruña.

Por las sierras de Urbasa y Andía, y el monte frontero de Sárbil, no habia de entrar la temida caballería de Toledo, y en la garganta de Ollo, veinte hombres resueltos bastaban á detener un ejército.

Esta era la única salida llana, digámoslo así, formada por el cáuce del torrente que abrió un portillo entre peñascos, hayas, bojes, espinos y carrascos: áspero camino que exigia ciertas precauciones durante el dia, y que de noche y á caballo era casi intransitable.

García, prudente y circunspecto á pesar de sus pocos años, habia contado con la claridad del astro de la noche, próximo al plenilunio, para cruzar de Goñi al valle de Ollo; sin embargo de lo cual, tuvo necesidad de mandar que los ginetes echaran pié á tierra y llevasen las caballerías de la rienda.

Antes de asomarse á la cuenca, que caia bajo la jurisdiccion visigótica, dispuso el caudillo que la gente descansara un rato al márgen del riachuelo Ilzarbe.

—¿No estamos perdiendo el tiempo? decian algunos á García.

—No, les contestaba el jóven: tenemos que cruzar hácia Aralar por tierras enemigas, y esperar á que desaparezca la claridad que hasta ahora nos ha favorecido. Como la luna se pone media hora antes del alba, aprovecharemos ese corto espacio de tinieblas para salvar con toda rapidez, sin tocar en poblaciones y caseríos, el territorio que média de aquí á las Dos Hermanas. No han de sentirnos ni los

perros. Si alguien nos conoce y avisa de la emboscada al conde godo, tiempo perdido.

—¿Habeis contado con Echeverría?

—No he podido contar con nadie más que con Dios y con vosotros. Pero ¿quién es ese guerrero cuyo nombre sólo ha sonado en mis oidos como el de un salteador que á todos los godos de esta comarca los hace tributarios nuestros?

—Suyos. Echeverría es de la tierra baja, de muy noble cepa, y pariente de Amagoya.

—Entonces podemos fiarnos de él.

—Completamente, y sobre todo contra Ranimiro.

Por fortuna para los amezcuanos, se levantaron espesas nieblas del rio Burunda: la cima de Aralar se cubrió de negros nubarrones, y se anticipó la oscuridad deseada.

Guiados por naturales de aquellas cendeas, hicieron la travesía con toda felicidad, vadeando dos rios engrosados por el deshielo, y sin que los mastines alborotaran muy escandalosamente.

La gente quedó satisfecha del capitan.

—Ha heredado, decian, el arrojo y la prudencia de su padre.

Despues de una corta subida, siguiendo el curso de un rio torrencial, cuyo murmullo crecia conforme el agua menguaba, imágen del díscolo que vocifera más cuanta ménos razon tiene, llegaron al magnífico portillo formado por dos enormes rocas calizas, primitivamente unidas, que rasgándose en una de las terribles convulsiones de la tierra, y limadas por la corriente que por allí rompe hasta

el Arga, dejaron patentes sus entrañas, para estudio del geólogo y embeleso del artista.

Por entre las peñas hermanas, separadas unos treinta ó cuarenta metros por su base, y cuya altura acaso llegue á ciento setenta, no sin riesgo de ser aplastados por algun desprendimiento de la roca, sepultáronse en espesísimo bosque de robles y hayas, corpulentos á la márgen del rio, y ménos robustos cerca de las rocas escarpadas que aquel barranco circundan.

Allí hicieron alto, pues habian llegado felizmente al término de la jornada.

Las condiciones topográficas de las Dos Hermanas han variado de once siglos acá, y de estas modificaciones hay indicios de que prescindo ahora. El peñasco de la izquierda, verticalmente cortado enfrente de su compañero, tenia entonces por el opuesto lado fácil subida para la gente de á pié, y áun la de á caballo; pues formaba rampa de tierra arcillosa y fragmentos de roca calcárea que el tiempo y los aguaceros se han llevado, dejando hoy la peña inaccesible, escueta y descarnada.

Por este repecho subió García á la cima, cuando las nieblas se disipaban á lo largo de la antigua vía romana, que al pié del monte Aralar cruzaba el país de los aracelitanos estipendiarios de Roma. Por ella debia de venir Ranimiro, como Pacomio, el ermitaño, aseguraba.

Quedóse frio García y desconcertado, al divisar á lo lejos gruesa columna de godos que marchaban hácia Pamplona, con seguridad completa.

—¿Quién me dice, pensó, que en semejante cuerpo de mil ó dos mil ginetes no viene Ranimiro? ¿Cómo atacarlo en campo raso? ¿Y cómo averiguo yo que el godo de quien trato de apoderarme, pasa ó no en las huestes que cruzan hácia Iruña?

Dió gracias á Dios por no haber dado de manos á boca con los escuadrones que tenia enfrente, y ordenó que los montañeses estuvieran apercibidos por si trataba el enemigo de correrse hácia las Dos Hermanas. Y se quedó en observacion de la hueste, en el mismo sitio quizás en que se ponia el antiguo *speculator* de los romanos.

De pronto sintió que le tiraban de la capa y vió á sus piés un bulto negro, que andaba á rastras como un reptil.

—¿Quién sois? le dijo García, volviéndose sorprendido.

—Por mucha prevision que tengais los mancebos, no hay remedio, el chico siempre ha de ser chico, y ha de hacer alguna trastada. ¡Abajo!

—¿Qué decís?

—Qué te tiendas ó te sientes. ¿No ves que en la cima de esta peña, iluminado por los rayos del sol naciente, te presentas á los ojos del enemigo como santo sobre peana?

—¡Calla! Pues teneis razon.

—Para acechar no se necesita ponerse de pié, como la cigüeña en la punta de la torre.

—¿Quién sois? tornó á decir García, sentándose en la roca. ¿Habeis venido en la cuadrilla?

—No: la cuadrilla es la que ha venido sólo

para estropearme los miserables sembrados que tengo ahí detrás del bosque.

—¡Ah! Ya os conozco. Sois.....

—Echeverría.

—Contaba con vos.

—¿Para acabar con mis trigos?

—Eso por ahora, repuso García, sonriéndose: y luego con vuestra despensa.

—Oye, muchacho, á mí puedes comerme un lado; de mi casa haz lo que se te antoje; pero respeta mis pobres campos y ruines haciendas. Tengo aquí panes, prados y bosques, que son éstos, dijo señalando al terreno próximo á la peña; y luego mis vasallos, que son esos, y designó expresivamente camino y pueblos frecuentados por los godos..... Mi obligacion es protejerlos, y.....

—Saquearlos. Hablaremos de eso, Echeverría. Por de pronto Dios te ha traido aquí como una.....

—Culebra.

—¡Bueno! Como una culebra, para ayudarme á sorprender á Ranimiro.

—¡A Ranimiro! exclamó el merodeador. Aquí nos tienes á mí y á mis hijos, y á mis pastores, y hasta la loca de mi mujer, dispuestos á servirte contra ese malvado.....

—Por de pronto, Echeverría, necesito saber si el tal malvado está pasando á nuestras barbas, al frente de esa columna, y burlándose de nosotros, como el hato defendido por mastines se burla de la raposa que le acecha desde la madriguera.

—¿De dónde viene?

—Del castillo de Cantábria: más allá de

la Berrueza y de Codés, encimita de Vária.

—¿Y qué camino trae?

—El de Aguráin.

—Por aquí tiene que pasar forzosamente. ¿Cuándo salió de Cantábria?

—Hoy hace tres dias.

—¿Qué gente trae?

—Dos docenas de bucelarios bien armados, y entre siervos y siervas otros tantos. Por lo ménos esa gente llevó cuando fué á dejar á su hija con Favila.

—¡Ranimiro! ¡Su hija! ¡Favila! No sabes tú, muchacho, no sabes bien lo que esos nombres traen á mi memoria, exclamó el merodeador con melancólicos suspiros.

—¿Los conoceis?

—Dejemos eso. A lo que importa, y no nos distraigamos.

—Yo no me distraigo, contestó García; hablo y miro, y creo poder asegurar que esa gente no ha reparado en nosotros, y ha torcido un poco hácia el Sur, tomando la falda de.....

—Derechos van á la cuenca de Pamplona. Podemos bajar sin cuidado.

—Es que tenemos que hablar.

—Es que tengo que cuidar de mis sembrados.

—Pues bien, miremos desde aquí tan pronto al camino como á tus panes.

—Cuando decia que no nos distrajésemos, repuso Echeverría, levantándose asaz preocupado; hablaba conmigo más que contigo; porque no quiero pensar ahora en cosas antiguas que has venido á recordarme, sino en lo de

hoy, en lo del momento. ¿Viene Amaya con el godo?

—¿Quién es Amaya?

—¡Ah! ¿No la conoces?

—No conozco más Amaya que la *hija de Aitor.*

—Esa.

—La sobrina de Amagoya.

—¡Pues!

—¡Gran Dios! ¿Y Amaya la de Butron viene con el godo Ranimiro? ¡Prisionera tal vez! exclamó García.

—Sosiégate, mancebo inexperto. Esa Amaya infiel y pagana, como su madre y su padre y casi toda su parentela, no es la Amaya que yo digo. Me referia pura y exclusivamente á la hija del conde, ó para que me entiendas mejor, del príncipe.

—¿Quién es el príncipe?

—Hombre, con tanto estudiar, no sabes nada. El príncipe, el conde, el sobrino de Favila y el tio del nuevo rey de los godos, son una misma persona que se llama Ranimiro.

—Pero ¿qué tiene que ver la hija del godo con la hija de Aitor, sobrina de Amagoya?

—A eso nadie te podria contestar mejor que mi mujer, si la pobre pudiese contestar á nada.

—¡Muy enterado estais de esas familias!

—¡Demasiado! Pero no nos distraigamos nuevamente. ¿Sabes si viene Amaya por ventura?

—Hánme dicho que la hija de Ranimiro se queda allá, y lo infieren de que el rey se hospeda en el castillo de Iruña, y el príncipe,

como tú dices, no trae más objeto que disponer el plan de la nueva campaña.

—Nunca hará el rey de los godos cosa más funesta para nosotros, que seguir los consejos y planes de Ranimiro.

—¿Tanto vale?

—Más de lo que se piensa, jóven; y te aseguro que no se teme poco.

—¡Oh! ¡Qué presa, Echeverría, qué presa se nos prepara!

—¡Presa! La hija, si viniera con él: el padre, para los cuervos.

—Eso no, porque es cristiano, y aunque no lo fuera, habria que enterrarle.

—Paso por el entierro. ¡Y que no dejaremos de darle sepultura, García, si Dios quiere!

—Si Dios quiere, dices bien. Pero queriendo nosotros lo que quiere Dios, debemos pensar en.....

—En que se confiese primero. Eso sí. ¡Que muera como Dios manda! exclamó Echeverría, que iba participando del entusiasmo y lenguaje cristiano del mancebo. Aguarda.

Y se puso á contar por los dedos.

—Hoy hace tres dias. Antes de ayer saldria del país de los Verones; esta noche pasada ha dormido en Aguráin; hoy á la caida de la tarde baja por aquí. De noche no cruzan los príncipes godos la Burunda, ni con el ejército de Wamba por escolta. Tenemos tiempo. Podemos almorzar sosegadamente, y volver más tarde. Llama á uno ó dos de tu confianza.

García dió un grito particular, al cual contestaron otros dos gritos iguales.

—¡Hola! exclamó Echeverría; tienes el

mismo estilo que nosotros los de la costa. Me alegro. Eso nos ha de sacar de apuros.

—¿Qué decís?

—Nada: no me distraigas.

Echeverría aparentaba tener unos cincuenta años: de rostro enjuto y curtido por la intemperie, musculatura vigorosa, brazos velludos y manos encallecidas, ancho y fornido, y de mirada perspicaz, parecia haber nacido para la vida azarosa del guerrillero, á que los campos góticos rayanos le incitaban.

Pero si estas apariencias no desdecian de tan rudo como peligroso ejercicio, su fisonomía, en cambio, denotaba gran bondad de corazon, que á más dulces ocupaciones le atraia.

En aquel momento estaba pensativo.

La llegada de dos mancebos de las Amézcuas le sacó de sus imaginaciones.

—Aquí nos teneis, García, dijeron los montañeses.

—Aquí os habeis de quedar de centinelas, observando el camino de Araquil, les contestó Echeverría. Si veis un peloton de godos, dais el grito de llamada, semejante al que os ha hecho subir aquí.

—Está bien.

—Ese grito será contestado por otro igual hasta que llegue á nosotros, que vamos al próximo caserío de Echeverría.

—Ya os conocemos.

—Perfectamente. Con eso no os inquietareis por el almuerzo y la comida; pues ya sabeis que no suelo olvidarme de los amigos. Pero escuchad con atencion. Es posible que oigais el *deyadara* ó grito de alarma, en cuyo

caso los que crucen delante de estas peñas serán enemigos, mas no el que buscamos. No os encargo que os echeis entonces al suelo, porque estar de pié queda desde ahora terminantemente prohibido. Pero si al divisar columna, convoy ó partida oís por la parte de Aralar el *irrinzina* y el grito de triunfo, lanzadlo entonces sin perder momento, porque será señal de que se acercan Ranimiro y los godos en cuya persecucion habeis salido.

—Pero ¿quién conoce á Ranimiro? ¿Quién nos dará el aviso? preguntó García.

—Mi hijo Máximo. Ese quedará en acecho donde vea de cerca á los godos sin ser notado. A cierta distancia se colocará su hermano Fermin, y luego los que fueren menester para que el grito llegue como un eco á nuestros oidos. Y Ranimiro no puede llegar hasta la tarde; pero apostaremos nuestra gente desde ahora á todo evento apercibida. Con que, ya lo habeis oido, muchachos: vista de águila, y oido de jabalí; y luego garganta.....

—De montañés. Pero la garganta de la montaña.....

—Necesita vino de la Ribera. Lo tendreis. Os lo traerán mis hijos con algo más para hacer boca, de paso que se corren hácia el valle de Araquil, y sitúan los escuchas donde convenga.

Dadas estas órdenes, descendieron los dos jefes al bosque que servia como de falda á entrambas rocas, y García no tuvo que mandar que los caballos respetasen el suntancioso alcacer de Echeverría, pues atados á los

árboles estaban paciendo la yerba de las orillas del Larraun, cuyo nombre significa *buenos pastos*, y despues de adoptar otras disposiciones como consumado capitan, subió con el huésped al caserío.

—La casa que vais á ver vale poco, dijo modestamente su dueño; pero tiene el mérito de haberla construido yo de nueva planta. Por eso la llaman *Echeverría (la casa nueva)*, y de ella y del próximo pueblecillo de Echeverri, me ha venido el nuevo nombre.

—Pues antes, ¿cómo os llamábais?

—Lupo ó Lope, ó lo que es igual en nuestro idioma, *Ochoa*.

—Y aquí no habeis nacido, porque vuestro acento no es el de Vasconia.

—Por mi desgracia he nacido cerca de Aitormendi; pero.....

—¿No sois deudo de Amagoya?

—¡Deudo yo de esa bruja pagana, que me ha desterrado de la casa de mis padres, de mi hermoso y pacífico valle!.... No: soy pariente mayor de Aitor; pero ¡de esa judía!..... Hablaremos más tarde, ó lo mejor será que de eso no hablemos nunca.

La costumbre y ocupacion del merodeo era general en la raya, que podemos llamar divisoria, entre godos y vascos. Muchos de los primitivos habitantes de las llanuras á la sazon ocupadas por los invasores, habian emigrado en tiempos de Leovigildo á las vertientes septentrionales de los Pirineos, estableciéndose en una region llamada con este motivo Vasconia, y luego por corrupcion Gasconia, y últimamente Gascuña; pero otros,

con esperanzas de recobrar lo suyo, ó con ménos bríos para imitar resolucion tan brava, se refugiaron á los vecinos montes, como quien sólo trata de ponerse á salvo de inundacion pasajera. Desde allí con torvos ojos contemplaban sus casas y campos usurpados, y descendian á impulsos de la venganza, ó tal vez acosados por la necesidad, entraban á saco sus antiguas viviendas, maltratando por lo regular á los intrusos moradores.

A semejanza de estos emigrados, y huyendo de Amagoya, Lope se habia instalado en las Dos Hermanas.

La casa nueva tenia el sello del carácter de su dueño. La codicia y la penuria de los tiempos habian convertido al pacífico Lupo en lobo rapaz, que desde aquellos montes acechaba la ocasion oportuna de caer sobre el enemigo; mas era por naturaleza de inclinaciones cultas y suaves: guerrero por necesidad y por índole agricultor; enemigo de los godos por instinto nacional; amigo de su progreso de propio instinto.

Lo complejo de esta condicion resaltaba en el edificio.

A primera vista parecia fortaleza; mirándolo mejor, granja. Constituia el cuerpo principal una gran torre cuadrada con pequeñas ventanas que podian pasar por saeteras, y sobre las pesadas almenas del adarve, alzábase el tejado de pizarra con rápidas vertientes.

Era el primitivo pensamiento del guerrero, cuando sólo trató de formarse una guarida; pero las exigencias y gustos del labrador, fueron complicando la sencillez de aquella idea.

Desde la puerta principal, situada al Mediodía, trepaba hasta las ventanas más altas una parra, templando con sus pámpanos los rayos del sol, nunca bastante ardiente, sin embargo, para sazonar y dulcificar los menguados y siempre verdes rácimos. Pacífica banda de palomas posábase de contino sobre las almenas y el adarve, y el hueco del puntiagudo techo servia de palomar. Al mismo tiempo los patos surcaban los remansos de la fuente que lamia los cimientos del castillo. Este se alzaba además como avergonzado entre anejos, protuberancias y dependencias, indignas del honor militar y caballerosa alcurnia: horno y cocina, cobertizos para guardar haces de hojarasca, de que habia menester en abundancia para mantener el ganado durante las nieves; cuadras y corrales donde se recogian el ganado y las gallinas, las cuales durante el dia lo invadian todo, hasta la planta baja del castillo, buscando con preferencia el abrigo del Mediodía, y los desperdicios que abundaban en la era, delante de la fachada principal.

Cuando Lope y García llegaron al caserío, todos sus habitantes se ocupaban en sus respectivas faenas: pero la labor estaba descuidada. La curiosidad les habia llevado á las peñas para conversar con los espedicionarios; pero así que vieron al amo descender de la cumbre, temor de disgustarle les hizo volver apresuradamente, y acudir á sus respectivos puestos.

Era el merodeador muy amigo del órden, y á nadie permitia estar ocioso. Pero aquella

mañana, aunque el ganado seguia en el corral, y resonaba lastimero el impaciente balido de las ovejas que se agolpaban á la puerta para salir al campo, gritó con alegre voz:

—¡Máximo! ¡Máximo!

Y se presentó con miedo un mozallon de veinte y tres años, alto y fuerte como roble secular.

—Me alegro de que no hayas salido con el ganado. Díle al pastor Prudencio que lo lleve por el monte arriba, dejando en el corral diez ó doce carneros para que tome un bocado esa gente. Al cabrero, que entregue el hato á las zagalas, y se quede aquí con un par de cabritos para nosotros. Él es hombre que sabe matar bien y sacar las pieles con limpieza. Tú y tu hermano Fermin volved á la cocina, que tenemos que hablar.

Y se detuvo escuchando, primero sorprendido, y luego con paternal regocijo, este cantar que salia del establo:

> Si poco trigo nos dan
> los peñascos de las sierras,
> siembre el godo en nuestras tierras,
> que no ha de faltarnos pan.

—¡Es ella, es mi hija! ¿Pues no se me figuró al principio que habia cambiado de estilo la loca de su madre? ¿Olalla?

—Allá voy, que estoy ordeñando las vacas, contestó de adentro voz femenil y de argentinos ecos.

Y momentos despues apareció en el umbral una niña de quince abriles, con un cuen-

co de leche en la mano izquierda, y sacudiéndose los rosados dedos de la derecha, mojados en blanca espuma.

Daba gozo ver aquella criatura, fresca como el alba, limpia como el agua de la fuente, alegre como un mayo, suelta como una corza, y de inocentes ojos de paloma.

—Padre, no me regañeis. He sentido venir á los amezcuanos, y no he podido resistir la curiosidad.

—Bien está, muchacha, contestó Echeverría, que á falta de sonrisa en los lábios, se reia con la mirada. ¿Qué hace aquí este costal de trigo?

—Para lavarlo y hacerlo al molino.

—Bien.

Y soltándole la boca, cogió Echeverría una ambuesta de grano, y se lo echó á los patos y gallinas que le seguian y le miraban, conociendo su habitual liberalidad y bizarría.

—¿Has hecho lumbre?

—De eso se cuida mi madre, que ya está en el hogar.

—Corriente: prepáranos algo que se pegue al riñon.

—¿Almuerza tambien este señor?

—Tambien, contestó García: y si os parece, Ochoa, entraremos todos en la cocina.

Así lo hicieron. Como todas las de la montaña, estaba situada á piso llano. Era oscura, ahumada, y no recibia otra luz que la que descendia por la chimenea. Los bancos se confundian con el color de las paredes.

Al entrar García no vió á nadie, á pesar del resplandor de la llama: pero conoció al punto

que habia gente dentro. De un rincon salia cierto susurro monotono, como murmullo de fuente, y como arrullo de tórtolas triste y cadencioso.

—¿Qué es esto? preguntó el mancebo. ¿Quién reza aquí?

—¡Mi pobre madre! contestó Olalla suspirando.

—No hagas caso, añadió Echeverría. A duras penas logramos que se levante y varíe de postura. Pero hacerla callar, nunca. Ha perdido el juicio, gracias á.....

Echeverría frunció el ceño y dió una patada en el suelo.

—Sí; pero no hace mal á nadie, repuso la niña; y la pobre cuida de la lumbre y áun de los pucheros. A mí me descansa mucho.

Conforme los ojos del huesped se iban haciendo á la poca luz, se fué dibujando sobre el negro fondo del hogar la figura de una mujer atlética, sentada medio en cuclillas, con la barba en las rodillas apoyada, y las piernas abrazadas con las manos.

Por su rostro moreno, pálido, de pómulos salientes, mas no flaco y consumido, sino de facciones regulares, caíanle mechones de pelo entrecano, abundante y récio. Los lábios, contraidos por estúpida sonrisa, movíanse apenas para modular el canticio que de ellos fluia sin cesar: los ojos negros y hermosos; pero su mirada, que habia sido altanera y enérgica, era ya melancólica y distraida.

Ya la habrá reconocido el lector. Su complexion robusta, jigantea estatura y brazos arremangados, que por lo vigorosos y membru-

dos pudieran sujetar á un toro, nos hacen recordar á la amiga de Paula, á la noble y altiva Petronila, única depositaria del secreto de Aitor.

Aunque á primera vista parecia inmóvil, observándola bien, advertíase leve y acompasado movimiento en todo su cuerpo, especie de balanceo con que marcaba la cadencia del canto.

—¿Qué es lo que dice? preguntó García á su huésped.

—Canciones de..... de la condenada heredera de Aitormendi.

—¡Mentira! exclamó la loca con voz terrible y bronca, que resonó debajo de la chimenea con zumbido de campana.

—¡Mentira! Se me olvidaba, repuso tristemente su marido. Mentira: tienes razon; Amagoya no es la heredera de la casa paterna.

Y luego volviéndose al mancebo, añadió murmurando:

—¿Ves esa correccion de títulos y derechos? Pues ahí tienes el orígen y causa de nuestras desventuras. Bien que la raíz del mal está en otra parte: está en ese Ranimiro, que hoy ha de caer en nuestras manos. ¡Sí, hoy ha de ser nuestro! ¡Hoy ha de pagármelas todas juntas!

—¿Y quién la ha enseñado esas canciones?

—Yo no sé dónde diablos las ha aprendido, porque antes de perder el seso, de fijo no las sabia. ¡Castigo de Dios! No queria yo ni que se mentara en casa el nombre de la pagana, y Petronila con sus cantos me refriega los oidos á todas horas. Y el caso es que tan ha-

bituados estamos al murmullo, como pescador al estruendo de la mar. Cuando estoy en casa y no lo oigo, parece que me falta alguna cosa. Si cesa, al punto acudimos, porque es señal de que la pobre se ha dormido, ó se siente mal. A veces la fuente se seca por breve tiempo: pero brota luego con más fuerza.

—¿Y no se mueven sus lábios más que para recitar canciones?

—Con las canciones lo expresa todo, como ruiseñor con trinos y gorjeos. Porque, eso sí, las sabe de todos géneros, y las acomoda fácilmente á sus afectos ó caprichos. Por este lenguaje que Olalla entiende á maravilla, y porque en ocasiones toma parte en la conversacion, creo que su razon, ordinariamente extraviada, no está del todo perdida.

—Pues si alguna vez contesta acorde; si, como decís, con tanta discrecion y oportunidad aplica sus cantares á los asuntos que á su lado se tratan ó personas que la rodean, no está loca, ó por lo ménos, esperanza podeis tener de que recobre el juicio.

—Ninguna. Se necesitaria..... ¡qué sé yo! Así, como una fuerte sacudida.—Pero aquí entran mis hijos. Los he llamado adrede para hablarles de la celada que preparamos á Ranimiro. Tengo curiosidad de saber qué efecto produce en la loca esta noticia.

Echeverría en virtud de este plan enteró en alta voz á sus dos hijos de la trama que habia ideado para saber á tiempo y con seguridad cuándo pasaba el tiufado.

Petronila no suspendió su cántico; pero escuchaba el relato con atencion y alegría.

—¿Le conoces bien, Máximo? preguntó el padre á su hijo mayor. ¿Conoces al incendiario de la casa de Aitor?

—Como á vos. Muchas son las veces que he llevado terneros á vender á Iruña, sólo por conocer á ese mónstruo, perdicion de nuestra familia; y lo he conseguido, y no es fácil que se me despinte. Llevaré arco y flechas; tengo el ojo certero, y si quereis que desde la peña en que voy á ponerme en acecho, le apunte á mi gusto, os ahorraré el trabajo de esperarlo.

—Máximo, exclamó la loca levantándose súbitamente como un coloso; cuidado con que viertas una gota de la sangre de Ranimiro.

—Pero, ¿por qué, madre, por qué?

—¡Porque yo te lo mando, y mi amiga me lo dejó encargado!

Y despues de decir estas palabras, Petronila volvió á su cántico y anterior postura.

La cancion que en perdurable tono de salmodia recitaba, era uno de esos romances ó cuentos de muchachas emparedadas, tan comunes en la literatura popular vascongada.

Recuerdo sin duda de la madre de Amaya, muerta entre las cuatro paredes de la torre de Aitor.

—¡Escuchad! ¡Escuchad! exclamó Olalla: ¿no os parece, padre mio, que llora con la voz á falta de lágrimas?

—Sí, hay más ternura en su acento. Conserva la memoria, y sobre todo el corazon para su amiga Paula. No he visto amor igual.

—¡Madre mia! ¡Madre mia! exclamó Ola-

lla, besando á la loca como si fuera á darle en cada beso el juicio que la faltaba.

La loca le contestó:

—Eso es lo que ella hubiera querido oir: ¡Madre mia! ¡Madre mia!

—¿Quién? preguntó García.

—La emparedada de Aitormendi.

—¿La que pereció abrasada por Ranimiro?

—¡Mentira!

—¡Cómo! ¿No es cierto que el godo dió fuego al caserío de Aitor?

—¡Mentira! ¡Mentira!

—¿No es cierto que Lorea murió abrasada en el incendio?

—¡Mentira tambien, mentira!

—Pues qué, ¿vive Paula todavía?

—¡Vivir! ¿Pues estaria yo loca si viviera? ¡Muerta, muerta! ¡Pero tú vienes á vengarla!

—¡Yo! ¿Qué tengo yo que ver con esas historias? Yo vengo á sorprender y coger prisionero á Ranimiro.

—¡Y con él á su hija! ¡Tú me traerás á su hija!

—No viene con su padre.

—¡El padre no se separa nunca de su Amaya!

—Lo siento.

—No lo sientas. Mancebo, ¡estoy soñando contigo hace veinte años!

—¡Conmigo!

—Sí; con aquel que la traiga á vivir para siempre entre nosotros, arrojando á los paganos que usurpan su derecho.

—Pero esa, ¿quién es?

—Explícaselo, Ochoa. Yo no puedo más.

La cabeza se me quiere saltar. Díselo tú: Dios te lo manda.

Y se marchó cantando[1]:

¡Ay, señora de mi alma!
¡Ay, mi querida amiga!
Bien has hecho en morirte,
querida amiga mia.[2]

1 Años hace que el autor de *Amaya* tuvo la dicha de salvar la vida de una jóven emparedada en las ruinas de un caserío contiguo al que habitaban sus padres. Cuando se la descubrió, estaba loca, con una locura que recuerda la de Petronila. Al abrir la puerta de aquel encierro, algo parecido tambien al de la torre de Aitor, nada se veia; pero á los piés de las personas que iban á libertar á la infeliz, y por cierto, hermosísima jóven, sentíase el murmullo monotono y acompasado que se ha querido describir en estas páginas. La emparedada estaba moribunda y cantaba; se vió de repente con aire, luz y gente, y ni por un momento interrumpió su canto. Aunque su postura habitual fuese la de Petronila, la debilidad sin duda la habia obligado á dejarse caer en tierra; pero con las piernas encogidas y las manos siempre cruzadas. Llevaba tantos dias, tantos meses quizá en aquella situacion, que su magnífica cabellera negra y tendida se habia incrustado en el suelo, y fué necesario cortársela para que levantara la cabeza. A fin de conservar el cabello así cortado, como cuerpo del delito, fué preciso proceder como cuando se quiere arrancar un árbol con todas sus raíces. Pues á pesar de aquella operacion y del completo cambio de vida, la pobre loca seguia cantando.

Gracias al acierto y al celo del excelente facultativo de Aramayona, la jóven recobró por completo la salud, y casi, casi llegamos á creer un dia que habia recobrado el juicio. Ya no cantaba, hilaba con primor, y se ocupaba con las demás labores propias de su sexo, pues habia sido esmeradamente educada en el famoso convento de la Enseñanza de Vergara. Pero teniendo que intervenir, como era natural, los tribunales, fué necesario llevarla de Aramayona á Vitoria, y de aquí no sé si á Búrgos, y sujetarla á varios reconocimientos, á diversos médicos y sistemas de curacion, lo cual debia de perjudicar á su restablecimiento. Al fin murió demente en Valladolid.

2 Imitacion, casi traduccion de una estrofa del antiguo canto de la *Torre de Alos*, que trae D. Juan V. Araquistain en la leyenda *Gau-illa* de sus entusiastas *Tradiciones Vasco-Cántabras*. Tolosa, 1866.

—Bien lo decia yo, dijo Echeverría, que su cerebro necesitaba gran sacudimiento, y que ninguna campanada resonaria dentro de esa cabeza como el nombre de Ranimiro.—Pero las órdenes de mi mujer son para mí sagradas. Dios te lo manda, ha dicho, y la voz de los locos es la voz de la verdad. Salgamos á la pradera, desde donde podemos vigilar á la gente y oir las señales.—Escucha, Olalla: esa torta de miel y manteca ha de mantenerse al rescoldo muy suave. El fuego igual y lento para el asado. Sigue untándolo poco á poco con manteca, y ten cuidado de que no le llegue la llama.—Sebastian, cuando esté el desayuno lo sacas á la pradera: allí corre el fresco,—y allí podremos hablar con libertad, García.—Sígueme.—¡Ah! se me olvidaba:—Olalla, dáme pan de miga para lcs pollos.





## CAPÍTULO III.

«Y CAYÓ COMO CUERPO MUERTO CAE.»

Despues de almorzar al aire libre, al márgen de la fuente y á la sombra de un nogal, por entre cuyas ramas encorvadas casi hasta el suelo, veian Echeverría y su huésped la cumbre de entrambas peñas gemelas; despidió el echecojaun á su hija y al zagal que les habian servido, encargándoles que llevasen pan, carne y vino á la partida; y se quedó en una de esas situaciones que tanto apetecia, á saber, despues de buen almuerzo, buen huésped con quien charlar y saborear despacio un buen vino.

Llenó los vasos, ó para hablar con exactitud, las escudillas, hasta el borde, y colocando un jarro al alcance de la mano, mientras otro se enfriaba en el manantial, dijo, empe-

zando á un tiempo la operacion de desocupar la vasija y desahogar su pecho:

—¿Se puede saber, ante todo, qué motivo particular te induce á sorprender á Ranimiro, con ánimo, sin duda, de arrojarlo en una sima ó precipitarlo de una roca (porque contigo no rezan las prohibiciones de Petronila), cuando hace diez años, por lo corto, que ese hombre está como enjaulado?

—Motivo particular, ninguno, contestó el señor de Abárzuza: contra Ranimiro sólo tengo motivos generales como cualquier otro vascongado. No le conozco siquiera, y ni remotamente puedo atribuirle la muerte de mi padre. Precisamente cuando esta desgracia nos ha sobrecogido, reinaba todavía Witiza; por manera que ni directa, ni indirectamente, ni con armas, ni consejos ha podido contribuir á la pérdida que aún lamentamos.

—Pues entonces, ¿cómo es que mi mujer ha dicho que tú eres el hombre con quien está soñando hace veinte años? ¿Que estás destinado á vengar á la primogénita de Aitor?

—No lo sé. Pero ¿quién hace caso de las palabras de una loca?

—Yo, García, yo. Y tú se lo harias igualmente, si estuvieses en mi lugar. Ella habla poco, pero bien: cada palabra, una sentencia.

—Pues en ese caso, os diré la significacion que en mi concepto puede tener el misterioso anuncio de Petronila.—¿Qué pensais vos de esta guerra?

—Pienso que es un dolor que los godos no nos dejen cultivar en paz nuestros campos, vivir á nuestro modo, y respetar sus cosechas

al ver que nuestros hogares son respetados. ¡Oh! ¡Cuánto bueno podíamos hacer! Nada hay que enseñe tanto como la necesidad: la tierra pobre es gran maestra del cultivo. Te aseguro que si hoy tornase á empuñar la reja, que por el ejercicio de las armas abandono á mis hijos, habia de dar gozo ver mis sembrados. ¡Qué bien podian sanearse aquellas laderas! ¡Qué mezcla de tierras, qué abonos, qué.....

—Sí; pero antes de pensar en sanearlas, contestó García, atajándole en aquel sendero por donde se le extraviaba; preciso será tratar de defenderlas ó recuperarlas.

—Defendiéndolas estamos hace trescientos años. En cuanto á recobrar las perdidas, exclamó Echeverría con un suspiro, es harina de otro costal. Algunas hay, como playas, que con la misma facilidad con que el mar las cubre, se quedan en seco. Yo recuerdo que Wamba avanzó como marea viva de Setiembre; y sin embargo, jóven, bien tranquilos nos reposamos hoy en los terrenos anegados.

—Sí, pero la tierra llana ha quedado siempre sumergida; ¿y qué vascongado piensa hoy en reconquistarla?

Ochoa, que á la sazon tenia la taza en la mano, sin acordarse de acercarla á los lábios, quedóse mirando á su huésped de hito en hito.

—Ninguno, contestó con leve sonrisa de incredulidad; ninguno como no sean locos semejantes á Amagoya y.....

—Vuestro huésped.

—¡Tú!

—Amagoya y yo somos dos locos; y con tu mujer, por lo visto, hacemos tres.

—¡Calla! Pues es posible que te haya conocido como uno de los de su jáula, y que por eso diga que hace veinte años está soñando contigo.

—Soñar es, dijo García, porque yo hace veinte años apenas habia nacido. Pues te aseguro, amigo Ochoa, que sólo he dado en pensar en estas cosas desde la muerte de mi pobre padre.

—¡Hola! ¿Tienes ambicion? Me alegro, le contestó el merodeador apurando la escudilla.

—¡Ambicion! No seais insensato. Cuando pienso en cosas tan altas, ¿cómo he de fijarme sino en quien está más alto que yo? Mi padre, como sabeis, era guerrero infatigable, valiente; nada avaro de su sangre y riquezas, y entendido, como pocos en la montaña. El me enseñó á leer y escribir, y entre otras cosas, con el auxilio de los monjes, la lengua fina de los godos, ó por mejor decir, el latin de los romanos. Pues bien, amigo Echeverría: cuando he visto que con todas estas dotes y excelencias de Jimeno, y con ser además señor de ambas Amézcuas y de la villa de Abárzuza, ha muerto de una flecha disparada por mano desconocida, en un encuentro sólo memorable por esta desgracia, y sin dejar en el suelo vascon más rastro de sus proezas que el del águila cuando se cierne en el aire ó cruza de cordillera á cordillera; ni más nombre que el que yo llevo llamándome Jimenez; entonces, amigo mio, he dicho para mí: esto no debe ser, y no será.

—Será como ha sido; será, pésia tí, hasta la consumacion de los siglos. García, escarmienta conmigo, y no te empeñes en otra cosa.

—¡Cómo! ¿Tanto ha desmayado el valor de los hijos de Aitor? ¿Se ha enervado, por ventura, el brazo de aquellos que desafiaron por más de un lustro al mismo Octavio? ¿No seremos capaces de imitar las hazañas de Lecóvide y de Uchin Tamayo? ¿O nos creeremos deshonrados con terminar la guerra de los godos, como ellos pusieron fin á la de los romanos?

—¿De dónde sales, García? le preguntó el señor de Echeverría con verdadero asombro.

—Salgo de mis Amézcuas, donde he estado hace meses sólo con el sepulcro de mi padre, con los ensueños de mi madre y los libros de mis monjes. Salgo de aprender nuestra historia, mirando no sólo á los Pirineos, sino á Roma y Toledo. Salgo dispuesto á herir en la cabeza y apuntar al corazon. Por eso, cuando en Abárzuza me han dicho : el rey viene por la derecha y Ranimiro por la izquierda á concertar el plan de campaña, he resuelto dejar pasar al monarca y acometer al antiguo tiufado de Aitormendi. ¿Qué significa vuestro asombro? ¿Tanto han cambiado las cosas desde la muerte de Jimeno, señor de las Amézcuas?

—Por lo mismo que no cambian, replicó Echeverría, deben admirarte ménos mi incredulidad y pocas esperanzas. Para resistir valemos mucho, para atacar nada. No sé si te han enseñado eso tus libros; yo lo he aprendido en el de la experiencia.

Y encogiéndose de hombros apuró el vaso.

García le acompañó esta vez y permaneció algun rato en silencio, al parecer paladeando el vino, en realidad sin saber siquiera si habia ó no bebido.

El viejo guerrillero, ménos distraido, empuñó el jarro para escanciar á su huésped, que maquinalmente alargó la taza.

—Habeis dado en el punto de la dificultad, Ochoa, dijo al fin el mancebo; somos inconquistables, mas no conquistadores. El peligro nos aprieta, la confianza nos separa.

—Algo hay de eso.

—Y áun algos, amigo mio. Cuando nuestro patriarca Aitor tomó asiento en los frescos valles del Pirineo, repartió la tierra en sendos pedazos para sus siete hijos. ¿Qué importaba que morasen unos al Septentrion y otros al Sur, si todos eran hijos de un mismo padre, y adoraban á un mismo Dios? Eran siete hermanos, que dieron siete familias, siete tríbus confederadas. Las del Norte, sin embargo, se separaron luego de la hermandad, y el resultado fué la prolongacion de la lucha con los romanos, la paz á que nos vimos forzados.

—Bien; pero los cuatro pueblos restantes, desde entonces, han permanecido unidos. Como emblema de la nueva confederacion alzaron nuestros padres el *Lauburu*, y esas cuatro cabezas en forma de cruz son hoy nuestro estandarte.

—¡Cuatro cabezas! exclamó García. No conozco ni hombre, ni animal, ni sér viviente que tenga más de una. Sólo los mónstruos

que inventaban los gentiles, tenian dos ó siete; las que ellos querian. Cuatro cabezas son cuatro entendimientos, cuatro voluntades distintas, que si pueden unirse para determinado fin, nunca tendrán el mismo vigor eficaz, ni la misma disposicion de ánimo. El espíritu es como un licor, cuya fragancia varía, segun el tonel en que se vierte. Reunid cuatro excelentes vinos en un mismo vaso, y vereis que no hay paladar que lo resista. Y si no, ¿quereis decirme, Echeverría, cómo se gobiernan hoy los vascos para hacer la guerra?

—Muy sencillamente, contestó el interpelado. Mañana se levanta de mal humor el señor de Goñi, el de Guesálaz, ó la Berrueza, porque los godos le han robado sus rebaños, ó porque se le ha indigestado la cena; pues toca el cuerno de caza para congregar á sus vasallos, y los arma como puede. Cuando más, pide auxilio á los señores comarcanos, y solo, ó quizás acompañado así, desciende á tierra enemiga. Tala campos, saquea granjas, dispara centenares de flechas, dá cuatro tajos y reveses, y recobra el ganado con usuras, para cubrir los gastos de la guerra. Con esto se le aplaca la ira, se le sienta el estómago, y torna á su palacio, y agur. ¿Ogaño se secan los pastos porque ha llovido poco, ó se recuestan y se pudren las mieses porque ha llovido demasiado? Reúnense unos cuantos cofrades del campo de Arriaga, y caen, la noche ménos pensada, sobre la llanura, y tornan á la montaña con algun hijo de ménos, como ha sucedido siete veces á Miguel y á mí dos, ó con un Jimeno de las Amézcuas tendido en

parihuelas; pero con carne y lana y trigo para todo el año. Y *junac, jun* [1].

—Tienes razon, exclamó tristemente García.

—¿Pues no he de tenerla, si tú mismo nos estás dando el ejemplo? Ayer mañana te levantaste en Abárzuza, pensando en tus pergaminos, en tus monjes, en tu madre, ó en los corzos y jabalíes de la sierra: en todo ménos en los godos, en su rey y Ranimiro. De repente recibes aviso de que ese infame sale á ponerse al frente de los enjambres de tropas que preceden á Rodrigo, y ¿qué haces tú?

—Convocar á mis gentes, y como soy mancebo sin experiencia, sin arte en cosas de la guerra, buscar á mi amigo Teodosio, que es el mejor soldado de Vasconia, para que se ponga á la cabeza de la expedicion; pero desgraciadamente.....

—Como Teodosio tiene el valle y sus cinco pueblos seguros con su Gastelúzar, y sobre todo con sus montes de Sárbil, Urbasa y Andía, anda por esos valles de Dios en busca, no de enemigos de su cuerpo, sino de ciertos enemigos del alma, que el diablo y yo nos sabemos.

—Razon por la cual he venido yo. No lo disimulo, Echeverría. Todo casual, todo fortuito. Mal ó bien, de buena ó de mala gana,—de buena, segun creo, porque para pelear siempre estamos dispuestos,—si matamos ó cogemos prisionero á Ranimiro, todos los euscaldunas nos ayudarán, y la guerra se habrá renovado por esta vez con gran ventaja para nosotros: y aquí entro yo, Echeverría.

1 Al que se muere, lo entierran.

Estoy pensando hace tiempo, con la vista fija en Toledo más que en nuestras sierras, que nunca, en mejor coyuntura, podemos principiar de nuevo nuestra campaña. El imperio gótico se está desmoronando: esa abundancia de gentes, esos millares de hombres que aquí vienen, le estorban y le ahogan. Dos capitanes hay que sepan manejarlos: Ranimiro y Pelayo. Del primero he tenido que encargarme yo; del segundo nos salvará él mismo.

—¿Quién?

—Pelayo, que no quiere, y con muchísima razon, hacernos la guerra. Pues bien, ahora que no pueden, que no deben y que no saben los godos combatirnos, suspiraba yo por una imprudencia, por uno de esos dias de mal humor, por una cena indigesta que nos obligase á todos á tomar las armas. Y por èso cuando ayer tarde vino á verme cierto amigo, y me dijo: el rey y Ranimiro van á pasar, exclamé: que vaya el rey donde quiera; pero Ranimiro no pasará. Y aquí teneis, amigo Lope, lo casual y lo previsto en esta visita; es decir: lo que hay de Dios en ella, porque lo bueno previsto es inspiracion, y lo imprevisto, Providencia.

—Pero ¡cuánto sabes, muchacho! exclamó el guerrillero.

—Sólo sé que para moverme necesito de Teodosio de Goñi, de vos, de cualquiera que en achaque de lides sepa más que yo. Sólo sé, buen Ochoa, que si hemos de volver á recobrar nuestras pingües campiñas de la Ribera; si hemos de vivir en paz algun dia, vos y yo, y todos los señores y súbditos vascos, necesi-

tamos una sola cabeza, no cuatro, llámese duque, señor ó rey, que el nombre es lo de ménos.

García fué bruscamente interrumpido por una tremenda puñada que la robusta mano del capitan labriego descargó sobre la mesilla baja de pino, haciendo saltar el jarro y echando á rodar las escudillas sobre la yerba del arroyo.

—¡Diantres! exclamó: no habia caido en ello. ¡Un caudillo, un rey para todas las tríbus! No hay más que juntarnos y nombrarlo.

—¿A quién?

—A tí.

—¡A mí! Buen Lope, te retiro la patente de sábio que acabo de concederte: no sirvo para el paso. Ni soy conocido de nadie, ni tengo edad de manejar cuatro soldados.

—Pero tienes cosas que no se me ocurren á mí, ni á ninguno de nuestra tierra, y eso es lo que vale.

—No hay que pensar en ello: no tenemos tiempo que perder, repuso García con un tono que no admitia réplica. Me he fijado en el de Goñi, y él será.

—Hombre, tú por jóven no quieres, y ese por demasiado viejo no puede. ¡Mira que lleva á cuestas más de noventa Navidades!

—No me referia al padre, sino al hijo.

—¿A Teodosio?

—Todos los demás los ha perdido en la guerra.

—Y ese que le queda le perderá á él.

—¿Por qué lo dices?

—Porque Miguel de Goñi no es padre,

sino padrazo con todos sus hijos, y muy singularmente con Teodosio, que hace ahí lo que quiere, y entra y sale como se le antoja. Él las pagará.

—Pero Miguel puede ser padre débil, y Teodosio duque ó rey fuerte y poderoso.

—¡Calle! Pues ahora me haces caer en la cuenta de que esas coronas y ducados no han salido de tu costal, sino del zurron que lleva á la espalda Teodosio de Goñi.

—Te aseguro que no.

—Pues yo, como viejo malicioso, lo hubiera jurado, y por lo visto muy malamente, porque te creo. Pero es rara casualidad, añadió Echeverría, bebiendo del nuevo jarro que sacó de la fuente, y con los ojuelos encandilados ya con tantos saboreos y libaciones: rara casualidad que tú hayas pensado en tronos para Teodosio, mientras él está dando los pasos necesarios, indispensables, para subir y sentarse.

—¡Teodosio!

—Teodosio. Pero en vano; porque no le hago la injuria de creer que por ser rey de los Pirineos ha de renegar de nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué estás diciendo, Echeverría, si lo primero que se necesita aquí para reinar, es reinar en nombre de Jesucristo?

—Pues por eso, nunca será Teodosio marido de mi sobrina, la hija de Aitor; y ni Lartaun, ni Amagoya, consentirán en que la chica se case con ningun cristiano.

—¿Qué historias son esas? preguntó el señor de Abárzuza.

—Las que mi mujer me ha mandado contarte, y que el almuerzo, la presencia de Olalla, y nuestras dulces pláticas han aplazado.

—Sí, y el vino de Mendigorría, más dulce que las pláticas. Os ruego que no bebais más, si habeis de cumplir el encargo de Petronila.

—Al contrario, tengo que hablar mucho; y necesidad, por consiguiente, de remojar la palabra. Pierde cuidado; conservo siempre firme la cabeza, y en cambio, hé menester así, de cierto aceite ó bálsamo para que no se me atraganten algunas especies.

—Os lo advierto, además, porque luego hay que pelear, y.....

—Pues, hombre, precisamente para pelear se necesita llevar el corazon fortalecido con el buen mosto. Ya irás aprendiendo el oficio.

Y como para darle una leccion, aunque no nueva, se echó un trago. Luego prosiguió:

—Has de saber, jóven inexperto, que yo, por mi desgracia, soy no sólo de la tríbu, sino casi del valle de Amagoya. Era ella, como lo es y como lo ha sido siempre, loca, furiosa á veces, y á veces simple y mentecata; y yo, mal que me esté el decirlo, de mozo y casado, hombre de seso; y no podíamos congeniar. Yo vivia feliz en mi tierra. Suelo pobre, mas no ingrato. Si yo le trataba con cariño, él me pagaba con bizarría. Si en los prados no probaba bien una yerba, traia simiente de otra, aunque fuese menester procurármela en tierra de godos. Lo mismo sucedia con los aperos. Nosotros hemos sido siempre más ganaderos que agricultores, y teníamos necesidad de aprender el oficio. ¿Y de quién se ha de

aprender una cosa sino de quien mejor la sepa? Tú, por ejemplo, sabes latin, sabes hebreo, y qué sé yo cuántas cosas; pero no sabes disponer una batalla, y vienes á aprenderlo de mí. Haces perfectamente: y cuando á mí me dé por aprender á leer y escribir, y ese romano fino de los libros, acudiré á tí sin empacho. Porque yo no lo tengo, ni en confesar mi ignorancia, ni en beber delante del sol dorado.

—Como por ejemplo, le dijo García, viéndole con la taza en la mano.

—Mira, no me lo recuerdes, porque es peor, le contestó Echeverría; para quien, sin ser hegeliano, lo peor y lo mejor iban siendo una misma cosa. Pues, como iba diciendo, traia yo á casa un instrumento de labranza usado por los extraños, y quizás lo mejoraba al acomodarlo á nuestro suelo: me gustaba y me gusta vivir con holgura y disfrutar buenamente de lo que tengo: beberé mientras pueda vino hecho como Dios manda, vino de cepa, y esté segura Amagoya de que no robaré á los godos su antigua costumbre de beber cerveza de trigo; pero tampoco gastaré mucho tiempo en hacer, como los vascos, ese maldito *sagardua*, bueno sólo para refresco. Pues bien, huésped hermano: todas estas inclinaciones, formaron mi proceso ante el tribunal de la bruja de Aitor, que me condenó como corruptor de las rancias costumbres de nuestros padres, como traidor. ¡A mí, á mí, que hiero á los godos avarientos donde más les duele, que es en la hacienda! ¡A mí, terror de los que viven en los llanos, y á quienes

doy, es verdad, excelentes consejos para que cultiven bien, á fin de que luego me paguen más á gusto el tributo que en la cosecha les exija! En fin, se acabó de remachar el clavo cuando supo que yo era cristiano, y que mi mujer, la hermana de Lartaun, su cuñada.....

—¿La loca?

—La loca, que (rematada y todo como está, tiene más juicio ahora, y tuvo muchísimo más entonces que Amagoya) se habia bautizado para casarse conmigo.

Echeverría bajó de repente la cabeza, y guardó silencio con aire melancólico.

—¿Qué teneis, Ochoa? le preguntó el mancebo, que temia los efectos del vino.

—¿A que no sabes en qué estaba pensando, amigo hacedor de reyes? En una de nuestras más antiguas canciones, en que se dice hablando de los romanos enemigos:

> No importa que el cuerpo ciñan
> con mallas de hierro duro;
> más ágiles y más sueltos
> vamos nosotros desnudos.

Desnudos, esto es, con sayo de lana y en cabellos, sin nada en la cabeza..... ¡Ah! Pensaba, á propósito de las cosas de Amagoya, que si mi hijo Antonio y tu padre Jimeno hubiesen tomado la malla de los godos y el casco de los romanos, tal vez á estas horas se sentarian en este yerbin y beberian sendos tragos como nosotros!.... No señor: lo bueno, de donde quiera: lo bueno no tiene más pátria que el cielo, que es de todos. Los roma

nos tomaron la *ezpata* de nosotros: ¿por qué no habíamos de adoptar nosotros coraza y capacete de los romanos?

—Bien, exclamó García impaciente ya, y temeroso de que Echeverría quedase perdido y abismado en su prolija narracion: todo eso me explica la inquina de Amagoya; pero ¿qué tiene que ver con Teodosio y Ranimiro?

—Más de lo que te se figura. Díme, muñeco por la edad, si no por la estatura, que es prima-hermana de la de mi mujer: díme, ¿has oido hablar de la profecía de Aitor?

—Algo.

—Pues necesitas saberla á fondo más que el latin y el griego; que tengo yo para mí que sólo á monjes y obispos les hace falta, y tú no tienes esos ojillos traviesos para perder la vista descifrando el griego de los judíos. Pues has de saber, mocito, que esa Amagoya tenia una hermana mayor.

—Sí, Lorea. ¿Y qué? Despáchate.

—Lorea por hacerse cristiana huyó á tierra de godos y se casó con..... con..... ¿lo diré?

—¿Con quién?

—¡Con Ranimiro! ¡Con el godo Ranimiro!

—¡Buen pago la dió!

—¿Sabes lo que te dices? ¡Lorea, la hija de Aitor, casada con Ranimiro!....

—Sé perfectamente lo que me digo; y mira tú si para recordarlo y repetirlo, se necesita confortar el pecho con estos sorbos.

—No, no estás en tí, buen viejo, no sabes lo que te dices. Porque Ranimiro incendió el caserío de Aitor, por más que la loca diga lo contrario, y en sus llamas pereció abrasada

Lorea, la hija mayor: en cuyo caso, Ranimiro seria no sólo incendiario, sino parricida, asesino de su esposa.....

—¡Asesino de su esposa, de su inocente y hermosísima esposa!.....

—Y á lo que dicen, tambien de su propia hija. ¡Imposible, Echeverría, imposible! ¡Aun cuando se trate de godos, y de godos como Ranimiro, digo y repito que es imposible!

—Pues bien, García, diciendo y repitiendo ¡es imposible! es como mi pobre mujer, la fiel amiga de Paula, se ha vuelto loca.

—Pero ¿es cierto? ¿Estoy soñando, por ventura? ¿Estás tú borracho de ódio ó de vino?

—Estoy en mi juicio; y la prueba es lo que te voy á decir. Una parte grande, muy grande, de lo que entonces se contó, era cierta; Ranimiro incendió el caserío, y dentro de él, entre los escombros del incendio, se halló el cuerpo de su santa mujer, de Paula; pero, segun la loca, su hija se salvó, su hija vive.....

—¡Cómo! ¿Y esa hija de Ranimiro, esa Amaya goda, lleva la sangre de Aitor?....

—La lleva, sí, y es, segun las profecías, nuestra verdadera Amaya, la heredera, lo cual saben pocos, muy pocos en este mundo, y desde ahora, y por voluntad expresa de mi mujer, eres tú uno de ellos. Mira si estoy borracho. Mira si Petronila puede soñar con quien le traiga aquí á la hija de su amiga.

—Cuéntame, cuéntame, Ochoa, eso de las profecías, exclamó el jóven de las Amézcuas con un acento de interés, con un sobrealiento de ansiedad, que hasta la sazon no habia manifestado.

—Te lo diré; pero déjame beber tranquilo.

—Bebe cuanto quieras, pero acaba presto.

—Pues has de saber, amigo mio, que esa pagana, la noche en que perdió el caserío de su padre, que no era suyo, sino de la desdichada Paula, perdió tambien el marido, que más que de vasco tenia trazas de judío. Quedóle á Amagoya una hermana llamada Usua, casada con mi cuñado Lartaun, del cual tuvo esa hija que es nuestra sobrina, conocida entre nosotros con el nombre de *hija de Aitor*. Esparciéronse sobre esa niña rumores misteriosos de que quiero hacerte gracia; porque más que historias parecian cuentos de viejas, buenos sólo para narrados en invierno, mientras hilan las mujeres, y nosotros asamos castañas en el hogar.

—No, no, cuéntalo todo. No me hagas ahora gracia ninguna. Díme cuanto sepas acerca de esos rumores que llamas tú misteriosos.

—Bien está. Reducido el caserío de Aitor á cenizas, Amagoya quiso reedificarlo, y como el empeño no era solamente suyo, sino de la tierra vascongada, se hizo como por ensalmo. Entonces fué cuando, bajo los escombros de la torre, se descubrió el cadáver de Paula, y fué entonces tambien cuando Amagoya dió en perseguir á mi mujer acusándola de espía de los godos, de amiga y cómplice de Ranimiro en los horrendos crímenes que se le achacan. ¡Qué habia de hacer mi pobre Petronila, sino perder su cabeza y más que hubiera tenido, aunque fuesen tantas como el Lauburu! Tuvimos que salir de allá, tuvimos que venir acá huyendo de Amagoya, odiando

la de muerte, y aborreciendo y detestando aún más á ese Ranimiro, que faltando á su palabra, á su honor de caballero y de príncipe, y á lo que se debia á sí propio como marido de Paula y favorecido un tiempo por Petronila, emborrachado de sangre y de venganza, se hundió en el abismo de la maldad y la infamia.

—Pero esos rumores.....

—Pues has de saber que una de esas eternas noches de invierno, hallándose Amagoya sola y dormitando en el hogar del restaurado caserío, de pronto, en el escaño de roble que yacía enfrente, vió sentado á un anciano de barba y cabellos blancos como el ampo de la nieve. Su fisonomía era cándida, la mirada bajo las nevadas cejas, dulce y cariñosa, el continente hermoso, grave y venerable. Vestia paños blancos festoneados de figuras celestes, á semejanza de los antiguos adivinos.....

—¿Era Aitor?

—Así al ménos se lo figuró Amagoya, que por mi cuenta, como el ciego del refran, soñaba lo que queria.

—¿Y qué pasó?

—Aitor, ó quien quiera que fuese, prosiguió el excéptico narrador, parece que la reprendió con bondadosa severidad por su tristeza, y le dijo que su sangre no se habia extinguido, y que aún vivia una hija de Aitor; y que aquel á quien esa niña diese su mano, seria el caudillo de los vascos, el llamado á recuperar el territorio usurpado por los enemigos, y á disponer para este objeto de los

inmensos tesoros que de generacion en generacion se habian conservado. Y diciendo estas palabras se alejó el anciano de la luenga barba, dejando en pos suavísima fragancia. Y cuenta Amagoya que el mastin de su rebaño, tendido á la sazon en el hogar, fué lamiendo las huellas de la sombra y meneando la cola con alegres ladridos.

—¡Oh! Si eso es cierto, exclamó el mancebo, no hay duda: Dios permitió la aparicion de Aitor. ¿Y luego?....

—El cuento se extendió con maravillosa rapidez por toda la escualerria: creció nuestra sobrina, hízose moza la hija de Lartaun, á la cual, como puedes suponer, no le han faltado, ni han de faltarle pretendientes.....

—Y uno de ellos, segun antes habeis dicho, ¿es Teodosio de Goñi?

—¿Te lo he dicho antes?—No me acuerdo. Pues bien, sí; debe ser cierto. Por aquí pasa y repasa con frecuencia. Es el camino de Aitorechea, ó por decirlo claro, el de Aitormendi, y caserío de mi sobrina Amaya de Butron. A veces entra en Echeverría y toma un bocado, y procura sonsacar á la loca algo de lo del tesoro y la historia de Paula; pero si él es reservado y cazurro, á cantar mucho y hablar poco, nadie le gana á mi mujer. Y gracias que Petronila no barrunta que por los amoríos de su sobrina trata de congraciarse con Amagoya; porque entonces seria capaz de cojerle por la garganta y retorcerle el pescuezo lo mismo que á un pollo.—¡Pero cá, tiempo perdido!

—¿Cuál?

—El que emplee Teodosio y cualquier cristiano en conquistar á Amaya. Mi sobrina no se casará sino con quien Lartaun y Amagoya quieran, y este par de gentiles no han de entregarla sino á un pagano de su estofa.

—¿Y crees tú, buen Ochoa, que quien no sea cristiano, puede ser nuestro rey?

—¡Jamás!

—Dices bien, ¡jamás! Pero en ese caso, ¿dónde se queda la profecía de Aitor?

—¿Dónde? Pregúntaselo á Petronila; díle que una pagana protegida por esa bruja de Aitormendi puede llegar á ser reina y señora nuestra, y te contestará: ¡mentira! Y añadirá: ¡la hija de Paula es la verdadera hija de Aitor!

—¡La hija de Ranimiro!

—Que es godo, pero cristiano.

—¿Eso dice Petronila?

—Eso, y añade: una pagana no será nunca heredera de los tesoros de Aitor.

—¿Y tu mujer es depositaria de esos secretos?

—¿Ahora te desayunas?

—Bebamos, amigo Ochoa, bebamos; porque llevamos charlando mucho rato.

—Nunca te he visto más puesto en razon, contestó Echeverría, rellenando las tazas antes de beber.

Pero en el punto de concluir la operacion, quedóse suspenso con el jarro en la mano.

—¿Oyes?

—Sí, contestó García: el *deihadara*. Pasa tropa enemiga; pero no la que esperamos.

—Aguarda.

Y lanzó Lope un grito igual al que acababa de resonar detrás de las peñas.

—Es fácil que Ranimiro venga cerca, y que para mayor seguridad haya echado éstos por delante, observó el mancebo.

—Cierto; pero de algun tiempo acá vienen todos descuidados. Son muchos, no tienen miedo.

—¿Con que tu mujer es única depositaria de ese secreto?

—Unica.

—Pero como tu mujer está loca.....

—El secreto está perdido, como Dios no haga un milagro.

—Sólo Dios, en efecto.....

—¡Y Amaya! exclamó Lope.

—¿Amaya lo sabe?

—¿Amaya la pagana? No.

—¿Cuál Amaya, la goda? ¿La hija de Ranimiro?

—Tampoco. Esa hija de Aitor, única á quien correspondia saberlo, segun mi mujer, es quien ménos se cuida de averiguarlo. Ni ella, ni su padre. Esa es una de las cosas que más han herido la fantasía de la pobre loca: el desinterés, el desprendimiento de Ranimiro.

—Ignorarán que existe ese secreto, y que pueden tener algun derecho, siquier soñado, á las riquezas de.....

—Lo saben perfectamente. Paula dió conocimiento de todo á su marido.

—¿Y Ranimiro despues no ha tratado de averiguar el secreto á título de padre de Amaya?

—Nunca. Lo ha mirado con absoluto desprecio, lo cual contrasta con las diligencias de Amagoya, que han acabado de trastornar el seso á mi pobre mujer.

—Sí, por lo que veo, Ranimiro ha visto con indiferencia la pérdida de esos tesoros cuando podia reclamarlos como suyos; pero no cuando como él estaban interesados los demás deudos. Tiene corazon, Ochoa. Pues bien, ese hombre no es tal como nosotros le apellidamos: ese hombre, no ha dado muerte á su esposa, ni ha incendiado la casa solar de su Lorea; Petronila dice bien.

—Tienes razon, ¡es imposible! pero es un hecho.

—¿Pero no dices tú que el secreto de Aitor lo guarda Amaya? ¿Qué Amaya es esa? ¿Cuántas Amayas hay?

—Esa es otra cosa que he dicho, que se me ha escapado; pero que nada tiene que ver con lo que estamos hablando. Esa Amaya es la cruz.

—Pero ¿cómo la cruz guarda ese secreto?

—¡Porque el secreto está en la cruz!

—¿Y qué cruz es esa? ¿Dónde está esa cruz? ¿Quién la tiene?

En aquel momento resonó otro grito, el grito de triunfo, el grito deseado: *¡Iaó, iaó, iaó!*

—¡Ranimiro! exclamó Echeverría.

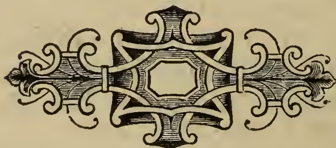
Y para apurar el vino que quedaba se llevó el jarro á los lábios y se fué á levantar; pero cayó al suelo, y se quedó tendido al márgen del manantial.

García le dirigió una mirada de lástima y

se lanzó á la carrera gritando: *¡ia, ia, ia, ó, ó, ó!*

Los suyos le estaban esperando á caballo.

En la cima de la roca se veia una mujer en cuclillas que oscilaba como un barco en la bahía, llevando el compás de una cancion guerrera.





## CAPÍTULO IV.

### QUE TRATA DE BATALLAS DESCONOCIDAS Y DE MOTINES HARTO VULGARES.

Rápido como el relámpago subió García á la roca más accesible, y asomándose con precaucion, tendió la vista por el valle de Araquil, hácia la Burunda, divisando á cierta distancia todavía, peloton dc gente á pié y á caballo.

La loca, mal sentada cual de costumbre, y haciendo balances al borde mismo del precipicio, con impavidez que helaba de espanto, terminaba en aquel momento la cancion de Lecóvide y Uchin Tamayo, guerrera, como las circunstancias lo exigian; pero de ardor y patriotismo habituales, y por decirlo así, regulares y ordinarios. Los centinelas amezcuanos, tendidos en tierra y algo más apartados del derrumbadero, la contemplaban con tranquilidad y respeto. Estremeciéronse, sin em-

bargo, cuando de pronto la vieron alzarse y ponerse en pié sobre el abismo, con el abandono y ligereza que pudiera tener en el hogar de su casa; pero con súbita exaltacion de espíritu, expresion extraña y peregrina en aquel hasta entonces impasible rostro de máscara trágica. Este cambio, que acrecentaba el temor de una catástrofe, era debido á la presencia del jóven caudillo, cuyos movimientos enérgicos, dominio de sí propio, mirada de águila y rostro iluminado con la luz del génio, la hicieron presentir instintivamente el héroe que los vascos á la sazon necesitaban.

—¡Ellos son! ¡Los godos! gritó García: ¡á ellos!

Y descendió con los centinelas amezcuanos.

Al oir estas voces: "¡los godos! ¡á ellos!" Petronila se sintió conmovida en lo más hondo de sus entrañas. Si hubiera tenido juicio, diríamos que se habia vuelto loca: tratándose de una loca, tenemos que expresarnos indicando la sospecha de que su demencia tomaba nueva faz, convirtiéndose en delirio de amor pátrio, en la embriaguez de los combates; y que en semejante estado, confundiendo especies que habia recogido al vuelo, paso de columnas, venida del rey, inminencia de la batalla, veia juntos á Rodrigo y Ranimiro, á los godos del Arga y los de la Barranca; los vascos en el peñon, los enemigos avanzando al frente, y resonando en torno gritos entrecortados de "¡á ellos! ¡á ellos!" como estallidos de leña arrojada al horno de una guerra santa, en que el triunfador que sobrevive alcanza lauros, y palmas inmarcesibles el már-

tir que sucumbe. Los nombres de Paula, Amaya y Amagoya, se habian borrado ya de su fantasía: en ella campeaban sólo godos y vascos, la raza invasora y la raza independiente. Para Petronila ya no habia recuerdos, ternura ni amistades: no habia más que suyos y extraños, victoria ó muerte.

Echóse atrás con ambas manos el cabello que le caia por la frente, y viendo acercarse al enemigo, tornó á su postura y balanceo de siempre; pero cantando, como si quisiese ser oida, con toda la fuerza de su poderoso acento:

Se alza un grito, allá en el fondo
de la sierra vascongada,
y el amo acude á la puerta,
y escucha, y dice:—¿Quién llama?
El perro que á sus piés duerme,
se despierta y se levanta,
y sus ladridos resuenan
en torno rocas cercanas.
Retumba sordo rumor
del Burunda en la garganta,
y por izquierda y derecha
rompe los ecos y avanza.
Es el lejano murmullo
de la hueste toledana,
que en apretadas falanjes
serpea por la Barranca.
De la cumbre de los montes
los nuestros gritan:—¡Al arma!
y suena el cuerno de guerra,
y el amo aguza la *ezpata.*
¡Ya vienen! ¡Ya vienen! Mira:
¡parece un bosque de lanzas!

¡Cómo al pié de cien banderas
relampaguean sus armas!
¿Cuántos son?—Cuéntalos bien,
muchacho.—Allá voy..... Aguarda:
uno, dos, tres, cuatro..... veinte.....
Tres docenas van pasadas.....
Cincuenta..... ciento..... ¡Imposible!
¡Centenares, millaradas!
Y otras más..... Perder el tiempo
fuera empeñarse en contarlas.

---

Todos á una arranquemos
peñascos de la montaña,
y de la cumbre lanzados,
al hondo rodando caigan.
Y aplastemos á los godos;
ni uno quede de su raza.
¿Por qué los hijos del Norte
han de invadir nuestra casa?
¿Qué tienen que hacer aquí?
¿Por qué turban nuestra calma?
Dios hizo la sierra, y quiso
que el hombre la respetara.
Ruedan peñas al barranco,
la hueste enemiga aplastan,
la sangre corre, y la carne
palpita despedazada.
¡Qué de huesos triturados!
¡Qué de miembros! ¡Qué de entrañas!
¡Huid, huid: el valor
sólo es cebo á la matanza!
Huye, ¡oh rey de plumas negras
y de capa colorada!

¡Quien fuerzas tenga y caballo,
huya, y torne á tierra llana!
Ya se van.—Y ahora, ¡oh vascos,
todos presto á la hondonada!
¡Flechas contra el fugitivo!
¡Ni uno del barranco salga!

---

¡Ya huyen! ¿Dónde la hueste?
¿Dónde está el bosque de lanzas?
¿Dónde las ricas banderas
á los vientos desplegadas?
Teñidas en sangre y lodo
ya no deslumbran sus armas.
—Muchacho, cuéntalos bien:
¿cuántos son?—¡Espera, calla!
Veinte, diez y nueve..... quince....
doce..... diez; de seis no pasan.....
cinco, cuatro, tres, dos, uno.
Ni uno solo á ver se alcanza.
¡Todo se acabó!—Ya puedes
volver con tu perro á casa,
y dar un beso á tus hijos
y á tu mujer, que te aguardan;
Limpiar dardos y bocina,
tender encima la cama,
y acostarte sin cuidado
y dormir sobre tu espada.
A cebarse en carne goda
vendrán de noche las águilas,
y blancos siempre los huesos
quedarán de la batalla [1].

1 Creo que se me perdonará fácilmente el anacronismo de poner en boca de Petronila esta rapsodia del canto de Roldan, más de medio siglo antes de la rota de Roncesvalles; pero he creido que seme-

¿Qué habia pasado durante este canto que no hemos querido interrumpir, y que la solemnidad del espectáculo que lo inspiraba, y las mismas exigencias de la improvisacion, prolongaron más tiempo del que podia costar en otras circunstancias?

Algo, muy poco, de lo que Petronila se figuraba ver; pero muchas y muy graves cosas, que tuvieron la importancia de trascendentales acontecimientos para nuestra historia.

Enardecido más y más García con las primeras estrofas del canto, cuyos ecos llegaban á sus oidos al pié de la roca gemela, inspirado por desconocida fuerza interior, dispone en un momento el ataque con firmeza y acierto sorprendentes en su inexperiencia, superiores á sus pocos años.

Unos cuantos ginetes se adelantan hácia la parte de Pamplona, y se emboscan para salir de improviso y detener á los que intenten escaparse; sitúa el resto de la caballería detrás de un repecho, y coloca á los infantes á la falda de las peñas, ocultos en la maleza, con órden de correrse atrás y envolver y cortar la retirada al enemigo, así que acabe de entrar en el sitio escogido para el combate.

Por primera salutacion van á tener los godos súbita y nutrida descarga de dardos, flechas y guijarros, que momentáneamente al

jante cancion, acerca de cuya antigüedad no es ésta ocasion de discurrir, debia entrar de una manera ú otra en un libro de la índole de *Amaya*, centon de tradiciones éuskaras.

Harto más difícil de perdonar es el atrevimiento de haber puesto en verso tan precioso poemita, cosa que nadie ha intentado, que yo sepa. Sírvame de disculpa, que el romance de Petronila resulta una imitacion, no traduccion literal, del *Altobiscaren cantua.*

ménos ha de introducir en el convoy perturbacion y desórden, aprovechando los cuales saldrá la caballería á completarlos.

Máximo, el hijo de Echeverría, acababa de volver al campamento, despues de haber dado oportuno aviso de la llegada de Ranimiro.

—¿Los has visto? le preguntó el jóven caudillo.

—Sí; Ranimiro viene con peto de escamas, plumas negras y capa roja.

—¿Son muchos?

—Bastantes; pero la mayor parte, sólo servirán de estorbo. Siervos y siervas.

—¡Siervas! exclamó García. Entonces tiene razon tu madre: vendrá tambien la hija del conde.

—¡El padre y la hija! ¡Buena presa!

—Máximo, quédate al frente de los arqueros y honderos; yo mandaré la caballería. Pero, mirad bien dónde apuntais: sólo al convoy. Es honor nuestro que no caiga herida mujer alguna. Cuidado con la descarga.

—Toda advertencia es inútil: ya los tenemos encima.

—Pues bien, adelante, y no disparar hasta que los godos lleguen á tiro.

Máximo se sonrió, y se quedó murmurando:

—¡Oh! ¡Lo que es esta vez, como á tiro se ponga ese que ha vuelto loca á mi madre!.... No se me escapará. ¡Gran dia para los vascos! ¡Grande sobre todo para nuestra familia!

Un instante despues, desde el bosque de Echeverri se distinguia á los bucelarios de la escolta, á los siervos, armados tambien, á las siervas montadas en acémilas del equipaje, y

con harta satisfaccion de García, formando un grupo aparte. Amaya era la única que por no separarse de su padre, venia entre los guerreros.

El prócer y su hija parecian tranquilos. Llevaban delante, á corta distancia, más de mil hombres, y acababan de salir sin el menor tropiezo del peligroso barranco de la Burunda.

—¿Qué distancia nos separa ya de Pamplona? preguntó Amaya á su padre.

—De tres á cuatro leguas. Llegaremos antes de ponerse el sol. A Dios gracias, hemos salido con toda felicidad del único sitio en que los enemigos podian habernos molestado. De aquí en adelante el terreno es más abierto y despejado, y lleno de aldeas y caseríos que los godos hemos poseido siempre. Fuera de alguno que otro merodeador, como Echeverría, que sólo asalta á los caminantes, ningun caudillo vascon se atreve á presentarse aquí en batalla.

En aquel momento sintióse tremendo estrépito de cornetas de asta, alaridos salvajes y silbidos de flechas y dardos que cruzaron el aire. Una de las saetas dió á Ranimiro en el corazon, pero no traspasó la coraza; otra se quedó clavada en la blanca túnica de Amaya, sin que nada indicase que la dama estuviese herida.

Con la rapidez del pensamiento, volvióse Ranimiro hácia su hija diciéndola:

—Sálvate tú, tienes caballo de bríos; corre al encuentro del milenario, que va delante.

—Nada sin vos, contestó la dama.

Y arrebatando una cateya al siervo que estaba más próximo, la blandió con denuedo, gritando con fuertes y enérgicos acentos:

—¡A ellos, mis godos! ¡A salvar á mi padre!

¡Qué anomalías tiene la verdad! ¡Qué irrisiones aparentes de la consecuencia vulgar presentan á veces los caractéres humanos y la sencilla historia de los hechos! Petronila, que vivia al parecer para salvar á Ranimiro, cuando llega el trance, escita frenéticamente á los vascos contra su protegido; y Amaya, vascongada de corazon, dulce y sencilla como una tórtola, conviértese en Belona para ponerse al frente de los godos en el combate.

Pero con juicio ó sin él, Petronila era ante todo vascongada, y Amaya, buena hija, á nadie, despues de Dios, amaba en el mundo más que á su padre. El imperio de un instante decide á veces de toda nuestra vida.

Sin replicar á su hija, sin decirla una palabra, porque no habia momento que perder, sacudió Ranimiro fuerte latigazo al caballo de Amaya, el cual, encabritándose, dió un salto y se lanzó luego por la calzada adelante, sin que la dama, á pesar de montar admirablemente á fuer de goda, pudiese contenerlo.

Era cuanto Ranimiro apetecia por el pronto. Creia á su hija en salvo. La hacanea debia de alcanzar en breve á la columna, que sólo les llevaba media legua de ventaja. No era de temer que ningun vascongado pusiera el menor obstáculo á la fuga de una dama, de una jóven, sola y sin amparo. Incorporada ésta á la tiufadía, quedaba libre de todo riesgo.

Mas de repente, y despues de repetidas

descargas de piedras y flechas dirigidas por Máximo contra el incendiario de Aitormendi, precipítanse *guecia* y ezpata en mano los vascos sobre los godos, aún no repuestos de la perturbacion primera, y Ranimiro se encuentra frente á frente de García, que vino contra él enarbolando su pica.

—Ríndete, le dijo el vasco; toda resistencia es inútil.

—Morir primero, le contestó el prócer, arremetiendo á García con la destreza de veterano, y el valor de que su corazon era capaz y su desesperada situacion requeria.

Pero el corazon del caudillo navarro no cedia en nada al de su enemigo, y el vigor, agilidad y fuerza suplian por las ventajas que en experiencia y serenidad, por ventura, Ranimiro le llevaba.

Empeñáronse de récio en duelo á muerte; y no sabemos cómo habria terminado, si acontecimientos imprevistos no lo hubiesen interrumpido.

Los ginetes ocultos en el bosquecillo que se extendia delante del camino, salieron segun las órdenes del capitan á cortar y envolver á los godos, y aparecieron precisamente dando gritos desaforados, y haciendo resonar las discordes y horribles bocinas de asta, al tiempo mismo que llegaba el caballo casi desbocado de Amaya, el cual, nuevamente asustado del estrépito y ademanes semisalvajes de los vascos, se vuelve atrás, y se lanza por la opuesta vía de Araquil y la Burunda.

—¡Mi hija! ¡mi hija! exclamó Ranimiro al

verla retroceder y cruzar sin velo ya, sin la cateya, con entrambas manos en la brida; pero firme como estátua ecuestre en aquel caballo ciego del todo y bañado en sudor, que en los saltos y gallardía semejaba ciervo perseguido.

—¡Salvémosla! le contestó García, bajando al suelo la punta de la *guecia*.

Y alzando la voz, gritó á los suyos:

—¡Detenedla, detenedla!

Y los dos enemigos acudieron á salvar á la dama como dos hermanos.

Era ya tarde: cubriendo la retirada estaban los peones de las hondas y las flechas mandados por Máximo, y el caballo desbocado, pero huyendo de los vascos que le aterraban con sus trajes negros, descomunales gritos y movimientos, tomó como única salida la rampa de la peña en que habia quedado la loca sola, asomada al portillo de las Dos Hermanas, precipicio de quinientos ó seiscientos piés de altura, y por donde fatal, indefectiblemente, tenia que arrojarse, ciega y ya sin instintos la hacanea.

Petronila, más animosa que nunca por el estruendo del combate y el triunfo de los suyos, seguia cantando frenética, sin ver nada cerca de sí. Sólo en el hondo del valle percibia confusamente el encuentro y voces de los combatientes, y su extraviada fantasía le presentaba como clarísima verdad, lo que su canto, medio rapsodia, medio improvisacion, tan gallardamente celebraba. La cancion la absorbia por completo: restos de juicio, de memoria y de sentidos. Mientras estuviese cantando, ya

podia el caballo venírsele encima, pisotearla y arrastrarla consigo al despeñadero: la loca no se apartaria ni una pulgada del borde del abismo en que iba á caer, ni perderia el compás que llevaba con todo su cuerpo.

Amaya no tenia remedio: estaba perdida; no habia salvacion para ella. Si se arrojaba al suelo, se estrellaba contra las peñas, y un horror instintivo á tan cruel y repugnante fin, un sentimiento de pudor y modestia, y la ignorancia misma del peligro, por no serle conocido el terreno, ó no darse cuenta de él, alejaban de su mente todo otro medio de salvacion que no fuera mantenerse firme en el caballo.

Pero éste acaba de llegar á la cumbre, sin freno ya, la crin erizada, sangrientos los ojos, y ciego hasta el punto de no reparar en el bulto inesperado y amedrentador de la loca oscilando en cuclillas.

Tan terrible era la situacion, tan completamente subyugaba el ánimo aquel espectáculo, que vascos y godos, sin ponerse de acuerdo, sin decirse palabra, suspendieron el combate, con la vista fija en la dama, que aparecia en la cima del peñon como celestial figura, con su gracia, belleza y juventud, en medio de muchedumbres mudas de espanto, á diez ó doce pasos del portillo vertical, tajado, cortado á plomo como altísima torre.

Mas de repente álzase un vasco en la opuesta roca; tiende el arco, y con audaz y rauda puntería dispara aguda flecha que se clava en el pecho del caballo. Este no se pára sin embargo: caño de sangre brota de la herida;

pero aún tiene vida y fuerzas el desenfrenado bruto. Pocos pasos le faltaban para despeñarse, y sólo la violencia de la carrera basta á derrumbarlo, aunque fuera cuerpo inerte.

Seguia la ansiedad: reinaba silencio profundo y pavoroso.

En medio de él sentíase la bronca voz de la ciclópea demente, que cantaba con un entusiasmo desgarrador en aquellos indescriptibles momentos.

Afortunadamente terminaba la cancion cuando el caballo se le venia encima, y alzó los ojos, y dió un grito, no de miedo sino de sorpresa, casi de júbilo al fijarse en el rostro encantador de Amaya, que comprendiendo ya su trance de muerte, y creyéndose perdida, miraba al cielo y exclamaba:

—¡Madre mia!

Alzase entonces la gigante vascongada, y con la agilidad del tigre, con el ímpetu del heroismo ó la locura, dió un salto con peligro de rodar al abismo; asió con sus nervudos brazos la cabeza del caballo, le cubrió los ojos con su cuerpo, se descolgó de su cuello, lo dejó inmóvil, lo rindió, lo postró á la orilla misma del precipicio, y se quedó mirando sin pestañear á la dama, diciéndola con alborozado acento:

—¡Paula! ¡Paula! ¡Paula! ¡Si parece que te estoy viendo! ¡Amaya! ¡Si eres lo mismo que tu madre!....

Una exclamacion general, un grito unánime de júbilo, en honor de la verdad debemos decirlo, lo mismo de vascos que de godos, dè

amigos que de enemigos, resonó en el campo de batalla.

Todo habia pasado en pocos instantes, que, sin embargo, parecian eternos.

Amaya se habia arrojado del caballo á los hombros de su salvadora, la cual, fijando de pronto los ojos en el brazalete de la hija de Ranimiro, quedó nuevamente sorprendida y regocijada, y con una alegría infantil, ingénua y cándida, se puso á cantar:

¡Ay! mi querida Paula.
¡Ay! mi querida amiga.
¡Ya te tengo en mis manos,
querida amiga mia!

Y mientras esto murmuraba, con mano experta, como de persona que de antiguo conocia y manejaba aquella joya, abrió el aro, y echó á correr con ella por la rampa abajo, triscando y cantando con agilidad y soltura de que nadie la hubiera creido capaz, con alegría hermosa, franca, natural, inverosímil al parecer en un loco, y hasta impropia de aquel semblante, cetrino, ordinariamente tétrico y adusto.

Amaya se quedó en pié al lado de su hacanea muerta ó desangrada. Pero sin darse todavía cuenta de lo que la habia pasado, por instinto de piedad, por impulso habitual de corazon cristiano, cayó de hinojos y se prosternó exclamando:

—¡Gracias, Dios mio! ¡Gracias, madre mia!

Acababa de subir su padre á todo escape, trémulo y demudado, sin acordarse de la

batalla, sin pensar en defenderse, sin ojos, ni corazon, ni entendimiento más que para su hija.

Echó pié al suelo, y al verla pálida, inmóvil, con la frente apoyada en las manos, lanzó un grito, creyéndola muerta.

No estaba muerta, mas sí á punto de perder el sentido: la presencia de ánimo, el varonil esfuerzo, el heróico valor que hasta entonces la habian sostenido, la abandonaban ya. Pero la sangre estancada en el corazon se remueve con el grito paternal, y Amaya vuelve en sí.

Todo lo vió claro, y todo serena.

Se levantó con presteza y se arrojó á los brazos de su padre, gritando con un acento que salia vibrando desde lo hondo del pecho:

—¡Milagro, padre de mi vida!—¡Estoy buena!—Nos hemos salvado.

Era imposible proferir en aquel momento palabras más consoladoras ni con más ánsia deseadas.

Ranimiro, en cambio, no sabia qué decirla: repetia su nombre entre sollozos, que no se curaba de reprimir allí, por lo mismo que estaban solos, y nadie más que su hija era testigo de aquel desahogo.

Trató, sin embargo, de recobrarse; porque sentia la necesidad de aprovechar los momentos, y decir algunas palabras, quizá las postreras que con libertad podia dirigir á su hija, y quizá las últimas de su vida: porque Ranimiro sabia perfectamente que estaba perdido; que los vascos, nobles, capaces de los más generosos arranques, dulces y cariñosos

con el vencido, eran duros, inflexibles y salvajes tratándose de quien ofendia á sus padres, á sus tradiciones, á las cosas y personas en quien ellos idolatraban. Ranimiro esperaba el suplicio usado por sus enemigos: el precipicio de lo alto de una roca.

—Amaya, la dijo al fin: yo quedaré prisionero: tú te salvarás; déjame entre los vascos, y sálvate. Hija mia, creo despues de haber oido á Munio, que ese brazalete de la cruz es algo más que una memoria de tu madre. Guárdalo siempre, y ocúltalo, hasta que llegue la ocasion, á las miradas de todo vascongado.

—Pues qué.....

—No lo sé: pero desde la noche aquella de Cantábria y del encargo de Eudon, me he figurado que esa joya tiene algun enlace con el secreto de Aitor. Si te vieses en algun apuro, con ella acaso podrias salvarte entre esta gente.

—¡Ah! exclamó Amaya con un grito desgarrador: con ese brazalete quizás os hubiera salvado..... Pero.....

Y no se atrevió á seguir.

—¿Pero qué?....

—¡Lo he perdido! Una mujer á quien debo la vida, una vascongada con ojos de loca, que cantaba y llamaba á mi madre, se lo ha llevado.

—¡Petronila!

—Ella debia de ser.

—Ella te lo guardará.

—Pero yo lo necesito ahora, en este momento, exclamó Amaya penetrada ya del peligro que amenazaba á su padre: ¿qué me importa

recobrarlo mañana? Si en esa joya está el secreto de Aitor, que me den por él vuestra libertad y vuestra vida.

—No hablemos más de esto.—Amaya, si muero, ten por cierto que con la misericordia de Dios moriré como cristiano. Más pronto ó más tarde, espero reunirme con tu madre en el cielo; allí te aguardamos.

—¡Padre mio!

—Allí te aguardamos..... Hija mia, no nos faltes.....

—Padre de mi alma: no hagais vuestro testamento. No morireis, y si os matan, tampoco á mí me perdonarán. No morireis, no: un vasco me ha salvado desde la roca de enfrente: una mujer vascongada ha completado la obra de ese desconocido. No nos matarán los vascos: para algo nos ha traido Dios entre ellos.—¡Padre mio, no han de asesinar esos hombres al padre de su reina!

Y como respondiendo con el más acerbo desengaño á sus palabras de consuelo y esperanza, llegó un grito de la muchedumbre hasta lo alto del peñon, grito semejante al del pueblo judáico contra nuestro Divino Redentor.

—¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Mientras esto pasaba en la cima, García habia cercado y hecho rendir las armas á los bucelarios y demás gente de guerra; pero tuvo la delicadeza de dejar solos todo el tiempo posible á Ranimiro y su hija, dando terminantes órdenes de que nadie fuera á interrumpirlos.

No quiso el caudillo navarro confiar á per-

sona alguna esta forzosa y ya urgente comision, y subia solo y á pié por el repecho de la peña, cuando los vencedores, calmada la excitacion del peligro de Amaya, pensaron en el incendiario del caserío de Aitor, y creian tan justo y natural castigar al fin su crímen y vengar el ódio y miserable saña que aquel antiguo, pero siempre vivo atentado revelaba, que sencillamente y como quien hace una advertencia oficiosa y casi escusada, le gritaron los suyos:

—García: ¡por el portillo abajo! Subiremos nosotros á despeñarlo.

—¡Eso no! Dejadme á mí solo con ellos. Nadie ha de subir á la peña sino yo, les contestó el caudillo con firmeza.

Pero aunque al parecer se aquietaron por el pronto los expedicionarios, no sé quién hubo de hablar con desconfianza de García; porque de repente prorumpió toda la partida en aquel terrible grito que llegó hasta la cumbre, y heló de espanto á la hija del tiufado:

—¡Precipítalo! ¡Precipítalo!

Más terrible, más pavorosa aún que este grito fué la insubordinacion, la indisciplina de unos cuantos montañeses, que *guecia* en mano, echaron á correr hácia la roca, resueltos á dar muerte á Ranimiro, despeñándolo sin más dilacion desde aquella cumbre, que estaba, si es lícito hablar así, convidándoles al suplicio.

Eran cosa de dos docenas, y subian completamente desmoralizados, quizás ébrios con el vino de Máximo, excitándose mútuamente con destempladas voces contra el tiufado,

repitiendo y dando por ciertas é indudables cuantas calumnias se habian esparcido por el vulgo en veinte años de rencor y despecho.

García, sin desenvainar siquiera la espada, se volvió hácia ellos sereno y tranquilo, diciéndoles con sonrisa que tenia más fuerza que escuadron apercibido al combate:

—¿A donde vais, muchachos? ¿No veis que ya se arremolinan los godos y se nos quieren escapar? Id á contener á los del llano: yo me encargaré de los de arriba.

Y aquella gente, acostumbrada al respeto y sumision á la autoridad, aquellos amotinados, que gritaban para aturdirse y sofocar quizá la voz de sus remordimientos, se volvieron confusos al campo de la refriega.

Pero de allí salian nuevos gritos contra Ranimiro.

—Aguardad, muchachos, añadió García: decid de mi parte á esa gente que se calle.

—¿Pero no sabeis quién está allí? le contestó Máximo que venia entre los amotinados. ¿No lo distinguís bien entre los nuestros?

—No distingo á nadie: ni á tí siquiera te conocia, Máximo.

El hijo de Ochoa, dejando pasar por alto la leccion, contestó:

—Pues acaba de llegar el salvador de Amaya.

—¿Quién?

—El vasco desconocido que ha disparado el arco desde el peñon de enfrente.

—¿Quién?

—Teodosio de Goñi.

El caudillo de las Amézcuas sintió enton-

ces que por un instante se le detuvieron los latidos de su corazon.

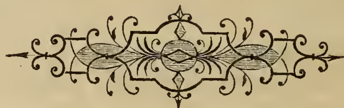
—Corred, volad, exclamó reponiéndose al punto. Decid á Teodosio que me aguarde: que bajo al instante con los prisioneros.

Y prosiguió tranquilo hasta la cumbre, murmurando para sí:

—No puede ser cabeza de motin. Al contrario, Dios le ha traido aquí para salvarnos á todos: la vida á la goda, y el honor á mí y á los navarros.

Y asomándose á la cima, dijo á Ranimiro y su hija en correcto latin:

—¡Abajo! No estais bien aquí tan cerca del precipicio. Correis peligro. Seguidme.





## CAPÍTULO V.

### DE CÓMO SE FUÉ CADA CUAL POR SU LADO, EXCEPTO LOPE, DE QUIEN NO SE CUENTA QUE SE MOVIERA DE SU SITIO.

ÁXIMO decia verdad: Teodosio de Goñi se hallaba entre los vascos amotinados, mas no al frente del motin.

Volvia de la tierra baja por la parte del Norte, cuando al llegar al portillo de las Dos Hermanas le sorprendió ronco estrépito de cuernos de guerra y descomunal vocerío al otro lado de las peñas.

Hácia el camino de Guipúzcoa no habia á quién preguntar la causa del alboroto: los hatos de ganado mayor y menor, estaban recogidos ó abandonados por los zagales; el caserío de Echeverría, sin humo; breñas y selvas, solitarias.

Trepó el caminante por la roca opuesta á la que habia servido poco antes de atalaya, con ánimo de enterarse de lo que pasaba en la calzada de Pamplona, acerca de lo cual ningun antecedente tenia.

Aquel rapazuelo que en noche tenebrosa condujo á Ranimiro á Gastelúzar, tendria ahora poco más de seis lustros. Era de altivo continente, de talla mediana, robusto, fornido, de facciones duras y vigorosas, de corta barba crespa, castaña, que tiraba á rubia; pero de enormes bigotes y de mirada audaz y dominante: todo lo cual, amen del hábito de imponerse á los demás y de ser respetado y obedecido, le daban cierto aire de valentía y superioridad, que en vano se buscaria en su traje y arreos militares de *ezpata*, *guecia*, arco y aljaba, comunes á todos los montañeses.

¿Cómo este personaje, que es uno de los principales de la presente historia [1] y de los más famosos en las tradiciones de Navarra, podia figurarse que estaba á tan corta distancia del incendiario de Aitormendi, por cuya cabeza hubiera él expuesto la suya cien y cien veces? ¿Cómo imaginar que su jóven amigo, que García, el aprendiz de monje, como él lo llamaba burlándose de sus estudios, iba á sorprender al temible y nunca vencido Ranimiro, en aquel punto, donde sólo se permitia proezas de esta clase el buen Echeverría?

1 Que Teodosio fué contemporáneo de Rodrigo y de Pelayo, lo afirma como la *opinion más pública y más fundada* D. Martin José Marcótegui, Abad de Azanza, en su *Compendio de la Historia de la Aparicion de San Miguel de Excelsis.*—Pamplona, 1818.

El Padre Fr. Tomás de Burgui, religioso capuchino que escribió á fines del pasado siglo, sostiene esta misma opinion.

¡Lograr de repente aquel mancebo, más aficionado á las letras que á las armas, lo que en treinta años de combates no habia podido conseguir hasta la sazon ningun otro vascongado!

Muy ajeno de estos pensamientos seguia Teodosio subiendo á la roca, de más difícil acceso entonces que la contraria, cuando de improviso cesó el estruendo de la batalla, quedando todo en silencio inexplicable, como si la tierra se hubiese tragado á entrambas huestes.

Sólo se oia el canto de la loca en el peñon frontero.

¿Qué acontecia en el camino de Iruña?

Desde la cima lo podia divisar y comprenderlo acaso de una mirada, y este afan le hacia trepar con la agilidad de un gato montés por las grietas y sinuosidades del peñasco.

Llegó por fin á la cumbre, y al asomarse, pudo contemplar el espectáculo más inesperado y sorprendente, la escena más extraña y peregrina. Godos y vascos, con las armas en la mano, pero sin hacer uso, ni acordarse de ellas, con las miradas fijas en las Dos Hermanas; todos en silencio, mezclados, confundidos como buenos amigos, y todos, sin embargo, aparejados al combate.

¿Quién mandaba los vascos? No era de fijo Lope de Echeverría, que nunca tuvo tanta gente á su disposicion.

Debia de ser caudillo principal y poderoso.

¿Habíanse celebrado paces? ¿Treguas quizá? Imposible le parecia. ¡Sin contar con él y en territorio de la alta montaña, que ya podia

considerar como suyo, porque era de Navarra y próximo á su valle!

Algo llegó á comprender cuando por la ondulacion más saliente del terreno, que facilitaba la subida á la peña fronteriza, vió cruzar como una exhalacion el caballo desbocado de Amaya. Esto le bastó para tender el arco, apercibirse, y al aparecer la cabeza de la dama en el perfil del despeñadero, disparar la flecha con la felicísima puntería que hemos celebrado.

Nadie apenas habia reparado en él; porque los ojos de todos los circunstantes estaban fijos en Amaya: ocultóse detrás de un pico de la roca, y desde allí se quedó observando con vista de lince cuanto pasaba, dispuesto á descender y tomar parte en el combate si la lucha continuaba; pero á la verdad, con más ánsias de descifrar aquel enigma, que de intervenir en una accion para la cual no se le habia consultado, y sospechando que de ayudar á los suyos con las armas, tendria necesidad de impedir acaso alguna imprudencia ó debilidad de sus amigos.

Distinguió entonces á García: vióle, con harto asombro, adoptar disposiciones acertadas para que no se le escapase ni un solo godo. Contempló el desarme del enemigo, y entonces descendió taciturno y caviloso, resuelto á no dejarse ver de nadie, avergonzado quizás de sí propio, ó resentido de que el novicio de las Amézcuas se hubiese inaugurado como caudillo y señor independiente, sin contar con él, que era su amigo, su maestro en la carrera de las armas, y en cierto modo su jefe,

á quien todos respetaban y obedecian en aquella region vascónica. Sin duda el resentimiento era expresion y forma de su vergüenza.

Pero la curiosidad, más poderosa que el despecho, le movió á inquirir y averiguar quién era el caudillo godo que acababa de caer en manos de García.

Aunque no habia vuelto á ver á Ranimiro desde que le acompañó á Val-de-Goñi, es probable que le hubiera conocido en lo alto del peñon; pero la entrevista del padre y la hija se habia verificado fuera del alcance de las miradas de Teodosio, situado en la más baja de las dos peñas.

Presenció desde ella el salto de Petronila, la muerte del caballo, el robo del brazalete, porque todo esto pasó, como hemos visto, al borde del tajado portillo; pero no lo demás; porque instintivamente Ranimiro y Amaya se habian retirado del precipicio. Nada podia hacerle presumir que aquella sorpresa tuviese para los vascos la importancia de un grande acontecimiento; que la captura del jefe enemigo fuese para ellos de más valor que la del rey: porque reyes hacian y deshacian los godos con facilidad; pero hombres tan temibles como el tiufado no se conocieron desde Wamba, y tan cordialmente detestados como el incendiario de Aitor, ni las tradiciones y leyendas los recordaban siquiera.

Acercóse, pues, con precaucion al campo del combate, y preguntó al primer montañés que encontró, quién era el capitan de los godos.

—¡Es Ranimiro! le contestaron.

—¡Ranimiro, el de Aitormendi!

—¡El mismo! El asesino de mujeres y niños, el que los abrasa vivos.

—¿Y dónde está?

—En la peña, con su hija. Dicen que García sube á salvarlos, y eso no podemos consentirlo.

—¡Que los salve, que los salve! exclamó Teodosio con impetuosa y extraña voz: que los guarde para mí. ¡Yo los reclamo; yo los necesito!

Y abalanzándose colérico, sin saber por qué, ni contra quién, se metió en el núcleo de la fuerza de donde salia aquel horrible clamor:

—¡Precipítalo de la peña! ¡Precipítalo!

Halló á los vascos descompuestos, furiosos contra el antiguo conde de Pamplona; pero ¡cosa singular! quien más los excitaba á la venganza y al motin, era uno de los prisioneros, un godo de los que venian con Ranimiro.

Iba sin armas, y parecia siervo ó peregrino agregado á la escolta para hacer con seguridad y en buena compañía la travesía del Ebro á Pamplona.

Su traje, empero, no parecia ni militar, ni completamente godo; porque la túnica le caia hasta media pierna, y llevaba la cabeza envuelta en una especie de rostrillo que le cubria frente y cuello, dejándole la cara libre y descubierta.

Expresábase muy mal en vascuence; pero al fin se dejaba entender: y de pocas palabras habia menester, en verdad, para que los vascos comprendiesen el lenguaje del rencor contra aquel á quien tanto odiaban.

—¡A ese! ¡á ese! decia, mitad en mal latin y mitad en peor vascuence; pero sazonada, comentada y puesta en claro la algaravía con gestos enérgicos y ademanes expresivos. ¡A ese! No lo dejeis escapar. García quiere salvarlo: por eso va solo. Él no basta á precipitarlo de la roca. ¡Gente allá!..... ¡Ahora, en caliente!..... ¡Del peñon abajo! Si perece os salvais todos..... Todos nos salvamos..... porque yo soy tan enemigo suyo como vosotros. ¡Muera, muera nuestro mayor enemigo!

¿Cuál era el intento de aquel hombre? ¿Vengarse del tiufado, de quien estaria acaso ofendido por algun motivo especial, ó quizás promover el desórden y aprovecharse de él para escapar y salvarse, y salvar á sus compañeros?

Todo podia ser; porque los vencidos, al ver á los vencedores desmoralizados, se miraban unos á otros de reojo, y se decian medias palabras, murmurando y sin mover los lábios para mayor disimulo. Pero uno de los bucelarios de la escolta, liberto de Ranimiro, se acercó al desconocido, y sacando del pecho puñal que llevaba oculto, se lo clavó en el corazon, diciéndole:

—Toma, perro judío; anda á sublevar á los diablos contra Satanás.

Y arrojó el puñal al arroyo y se perdió entre los suyos, encargándoles silencio.

Cayó el peregrino sin sentido, y ni los godos trataron de denunciar al asesino, ni los vascos, que no le habian visto perpetrar el crímen, tuvieron grande empeño en averiguar lo ocurrido. Pero exaltados cada vez más con

el aspecto de la sangre y lo misterioso del golpe, se pronunciaron en completo desórden, cuando se apareció inesperadamente Teodosio.

Aquel hombre, de pasiones vivas, fuertes y violentas, procedia con espantosa calma.

—¡Teodosio! ¡Teodosio! exclamaron los montañeses: éste nos lo entregará, éste nos dará al incendiario.

—Sí, contestó el hijo de Miguel; á mí me corresponde Ranimiro: García no me lo negará; y perded cuidado: yo os daré cuenta de él.

Palabras semejantes tranquilizaron á los amotinados.

Entretanto, Ranimiro, llevando de la rienda el caballo, y dirigiendo breves, pero solemnes razones á su hija, que hacia esfuerzos por mostrarse serena y varonil, llegó al pié del peñon y se vió entre los vascos. Preguntóles con tranquilo rostro y sonrisa, entonces admirable:

—¿Quién es el jefe enemigo?

Nadie le contestó, porque el godo, desdeñando el vascuence, que sabia harto más que para hacer esa pregunta, la habia dirigido en latin.

Adelantóse el gallardo y gentil mancebo de elevada estatura, que ya conocemos, y le dijo con modestia:

—Yo he sido hasta este momento el caudillo de los vascos.

—¿Cómo os llamais?

—García Jimenez, señor de las Amézcuas y de Abárzuza.

—Pues bien, García Jimenez, me rindo á vos: tomad mi espada. Soy... Ranimiro, príncipe de la real casa de Chindasvinto, conde que ha sido de Victoriaco y de Pamplona.

—Ranimiro, yo no os he vencido, ni he medido apenas mis armas con las vuestras. Dios os ha puesto en mis manos. Quedareis detenido entre nosotros, mientras dure la campaña que va á comenzar, para trazar cuyos planes íbais á Iruña. Pero sólo vos quedais prisionero; porque sólo vos podeis hacernos daño. Vendreis conmigo, en la seguridad completa de que mientras viva yo, no atentará nadie á vuestra vida. Y eso no lo digo para tranquilidad vuestra, porque os agraviaria diciéndolo: lo digo únicamente para la de esta dama. Quedareis con la espada; sois caballero, y la palabra os ligará más que desarme, cadenas y mazmorras. Pero esta señora, y todas sus siervas y siervos, con todo su equipaje, y toda la gente que por escolta necesiten, son libres desde este momento, y pueden seguir á Pamplona, ó volverse al castillo de Cantábria; si gustan, por el camino de los godos, ó cruzando nuestras montañas, si prefieren el más corto. En este caso, yo les serviré de guía.

—Me quedo con mi padre, contestó Amaya.

—Pues bien, sereis nuestra huéspeda. Elegid ahora las siervas que os han de hacer compañía.

—No elijo á nadie, contestó secamente la princesa: si no nos salvamos todos, que no se vuelva ninguno.

—Pues si así lo quereis, así será, repuso

García, disponiéndose para dar las órdenes al efecto.

Pero Ranimiro le tendió la mano y le dijo:

—García Jimenez, me habeis vencido doblemente: por la fuerza de las cosas ó de las armas, y por la cortesía. Guardo mi espada; pero os doy mi palabra.....

—Creo, y confio en ella.

Amaya entonces viendo el apacible y no esperado semblante que los sucesos iban tomando, se atrevió á dirigirse á García con aire de súplica, pero siempre en latin y no en el vulgar, sino en el más elegante y castizo de los libros.

—Vuestra bondad, señor de las Amézcuas, me obliga á dirigiros un ruego.

—Hablad: quien manda no ruega.

—No es una, son dos súplicas, añadió la dama: en primer lugar, un vasco á quien no he visto jamás me ha salvado, disparando una flecha á mi caballo desde la roca de enfrente, y pocos pasos antes del precipicio; quisiera saber su nombre.

—Es mi amigo Teodosio de Goñi, á cuya casa iremos á parar por de pronto. No sabia siquiera que estuviese aquí. Para que nada empañe la gratitud que le debeis, os diré que no ha tomado parte en la lucha, ni en sus preparativos, ni en nada de lo que os pudiera ofender ó mortificar. Si hay en todo esto alguna culpa, exclusivamente es mia. A él lo ha traido Dios inesperada, providencialmente, sólo para salvaros de muerte tan espantosa como inevitable.

Amaya no le contestó; pero despues de ha-

ber lanzado un suspiro que en vano se esforzó por reprimir, prosiguió diciendo:

—El segundo ruego se refiere tambien á la otra persona de quien Dios se ha servido para mi salvacion. Es una mujer que estaba sentada en la cima del peñasco, y sin cuyo heróico arrojo, á pesar de Teodosio de Goñi, hubiera yo perecido. Es alta, gigantea, desgreñada, con trazas de loca, y segun creo, se llama Petronila.

—La conozco, la he visto descender de la peña, triscando y cantando.

—Ella, inocentemente, sin saber lo que hacia, se ha llevado cierta joya cuyo valor es insignificante; pero á la cual tengo en la mayor estimacion y cariño, por ser recuerdo de mi pobre madre. Quisiera recobrar esa alhaja á toda costa. Os daré las señas: es un brazalete de oro, con un medallon ovalado que tiene una cruz en alto relieve.....

—¡Una cruz!

—Y por orla esta leyenda vascongada: *Amaya*.....

—¿Y *asierá?* preguntó García visiblemente conmovido

—Sí, *Amaya dá asierá*, dice la inscripcion.

—¡Es ella! ¡Es ella! Pero ese medallon, esa cruz, esa *Amaya* deben de guardar un secreto.....

—¡Un secreto! ¿Cuál?

—¿Lo ignorais? ¿Nunca habeis sabido lo que llevábais?

—¡Nunca! Pero mi padre..... mi padre poco há.....

—¿Sabíais vos, Ranimiro, que el medallon de la cruz encerraba un secreto? dijo García, dirigiéndose al prisionero que los estaba escuchando silencioso.

—Ciertamente, contestó el tiufado; lo he sospechado.

—¿Y qué habeis sospechado? ¿Qué sabeis acerca del secreto? Para algo se ha hecho esa alhaja con tal arte, con tan misterioso emblema. ¿Qué encierra?

—García Jimenez, no teneis derecho para hacer esa pregunta.

—Ranimiro, contestó el mancebo, decid más bien que no tenia necesidad de hacerla. Lo sé todo, y mi curiosidad de averiguarlo con entera certidumbre, es sólo porque redundará en favor vuestro. Creedme, sé lo que se encierra detrás de la cruz, y sólo queria aquilatar la abnegacion, la nobleza de vuestra conducta, si ningun uso habeis hecho hasta ahora de los arcanos de esa joya.

—Ninguno: ni conozco esos arcanos, ni he pensado nunca en conocerlos, ni valerme de ellos.

—Es importante que hableis con toda franqueza, y aquí podeis hacerlo sin empacho, pues nadie más que yo os entiende. Sois mi cautivo, y para exigir por vos el debido rescate, añadió García, dando á su voz la inflexion y á sus lábios la sonrisa indispensable para que se comprendiese el verdadero sentido de sus palabras, es preciso que sepa yo lo que valeis.

—Muy poco.

—Sin embargo, se os ha tratado injusta-

mente, segun veo, y quisiera no sólo haceros completa justicia, sino que los vascongados os la hiciesen tambien.

—Gracias, García, exclamó el godo casi enternecido: esa confesion y ese deseo en vuestros lábios y en este momento valen mucho. Pues bien, os lo repetiré: mi mérito en el presente caso es muy corto. He sospechado que en ese brazalete está la clave del secreto de Aitor; pero la sospecha hasta pocos dias há era tan vaga, que no me he fijado nunca en ella. Desde que he visto á personas extrañas á la familia de mi mujer pensar en el brazalete, todo se me ha ido presentando con claridad. Pero ha trascurrido tan poco tiempo, que mi respeto al tesoro no significa nada. Sin embargo, creo que los vascos pudiérais estar tranquilos por ahora. Es cierto que si el tesoro está, como es de suponer, oculto en tierra de vuestros dominios, no he podido ir á sacarlo; pero he podido intentar descubrir lo que encierra el brazalete, y no sólo no lo he hecho, sino que ni siquiera he vuelto á tomar esa joya en mis manos.

—¿Y eso no es grandeza de alma? preguntó García.

—Eso no es más que respeto á la voluntad de mi mujer. Lorea, bautizada con el nombre de Paula, primogénita de la casa de Aitor, mandó guardar la joya para su hija, cuando ésta no habia nacido aún. De Amaya, por consiguiente, es herencia, no mia. Yo, ni debo querer, ni quiero nada de lo que pertenece á la familia de Aitor.

—Os advierto que la hija de Lartaun de

Butron cree indisputable su derecho al tesoro: y que su tia Amagoya, y en general todos los vascos, estamos persuadidos de que Paula perdió ese derecho al casarse con vos.

—¡Y vos tambien lo creeis así! Me parecíais superior á ciertas preocupaciones de raza, dijo el tiufado sonriendo tristemente.

—Sí, añadió Amaya; mi padre y yo, que nunca aborrecimos á los vascos, hubiéramos querido verlos un poco más atentos á lo que dispone Dios.

—Yo creo que tanto unos como otros hemos perdido para siempre esa alhaja, desde que ha caido en poder de una loca, contestó García.

—Pues bien, borrad de vuestra memoria el encargo de mi hija, repuso con entereza Ranimiro: no busqueis ese brazalete; no pregunteis siquiera por él, García: si encierra algun secreto, dejémoslo en manos de Petronila, dejémoslo en manos de la Divina Providencia.—Amaya, añadió volviéndose hácia su hija; más confianza me inspira Petronila loca, que otros en sano juicio. Acuérdate del judío de Toledo, acuérdate del conde de los Notarios, y no olvides tampoco que tu primer deber es restaurar el nombre de tu madre.

Confundido entre los guerreros; pero prestando al parecer más atencion que nadie á Ranimiro y Amaya, y escuchando con no disimulado interés, ó la conversacion, ó solamente el eco de la voz de los que en castizo y correcto latin hablaban, como si estuviese embelesado en oirlos, hallábase Teodosio,

que dominaba con su mirada y prestigio á los vascones.

Llevaba echada sobre la frente la capucha del sayo, no por frio seguramente, pues además de que no lo hacia, podia ostentar hermosísima cabellera, rizada y copiosa, cuyos crespos mechones algo ménos rubios que la barba, le caian delante de los hombros como escapándose de la prision del capuz. Pero habia en aquella singularidad un como deseo de distinguirse de los demás, una especie de alarde de recien llegado, y de extraño, por consiguiente á la expedicion, en que no habia tomado parte.

Si tal era su pensamiento, ciertamente no tenia necesidad ninguna de darlo á entender á las dos únicas personas que podian ignorarlo; porque García se adelantó á decirlo con toda nobleza.

Cuando terminó el diálogo, se volvió el señor de las Amézcuas hácia los suyos para dar órdenes, y quedó agradablemente sorprendido con la presencia del recien llegado, que miraba con particular interés á la hija de Ramiro.

—¡Teodosio! exclamó García; ¡cuánto me alegro de que hayas venido! Sin duda te han dicho tus padres que anoche fuí á buscarte.

Y sin aguardar respuesta dijo á la dama en latin, mostrándole con la vista y el ademan al heredero de Goñi:

—¿Preguntábais, hace un momento, por vuestro salvador? Aquí lo teneis. Este es mi amigo Teodosio de Goñi, á quien debeis la

vida; el más valiente y famoso caudillo de los vascos.

—Os doy gracias por vuestra bondad, y ni mi padre ni yo la olvidaremos nunca, contestó Amaya con dignidad y dulzura inexplicables, dirigiéndose al hijo de Miguel de Goñi.

Teodosio ó no comprendió, ó no quiso dar á entender que comprendia tan dulces palabras. Pero como no podia dudar de que á él iban enderezadas, ni de la significacion que les daban los expresivos ojos y suavísimo acento de la dama, inclinó la frente, despejando con una sonrisa la nube que oscurecia su semblante.

—Te dá las gracias por haberla salvado la vida, le dijo García en vascuence.

—No quiero entender otro idioma que el de mis padres, le contestó Teodosio con sequedad; pero al mismo tiempo tornó á bajar la frente ante la sublime mirada de la goda.

Aquella mirada decia al parecer: dejáos de rencillas: no os desacrediteis los vascos ante los godos.

Hecho lo cual, separándose un poco el hijo de Goñi para departir con su amigo, se le quedó mirando cual si dudase de cómo habia de abordar la conversacion; pero García, mancebo sencillo, ingénuo, que todo lo hacia con naturalidad, se anticipó diciéndole:

—Teodosio, ¿por dónde andas estos dias? ¿En dónde te metes, que no se te encuentra en ninguna parte?

El hijo de Goñi, á pesar de su entereza y presencia de ánimo, perdió un poco el vivo

color de su rostro, y le contestó casi turbado y descompuesto:

—¡Qué es eso! ¿No tienes bastante con hacer ya lo que se te antoja, que tambien aspiras á pedir cuentas de sus acciones á quien por lo ménos es tan señor y tan independiente como tú?

—Tan independiente y tan señor, sí; tan amigo como yo tuyo, no. Teodosio, he hablado así por el sentimiento de haber venido solo á una expedicion que estaba dispuesta para tí, y á la que sólo hubiera concurrido poniéndome á tus órdenes. A tí te buscaron para la sorpresa, tú debias haberla dispuesto y mandado, pero no te encontraron.

—Pues no era difícil dar conmigo, replicó murmurando Teodosio con mal encubierta ira, que le llevó, como de ordinario acontece, más lejos de lo que él queria.

—Para mí, imposible, pues no tenia, ni tengo idea de ello. Pero escogido para capitan en defecto tuyo, en vez de salir al encuentro de los enemigos por mis valles de las Amézcuas, cayendo hácia la Burunda, preferí pasar á Goñi por ver todavía si habias vuelto á casa, y allí te esperé hasta lo último, hasta que comprendí que la ocasion se perdia deteniéndome. Pero Dios te ha traido á tiempo, Teodosio. Has llegado oportunamente para alcanzar la única gloria de esta expedicion, la de haber salvado á la dama.

—¡La única gloria! exclamó el hijo de Miguel, sonriéndose por extraña manera; la única gloria, y has hecho prisionero á nuestro mayor y más detestado enemigo y á su

hermosísima hija, rival, segun parece, de su prima la de Lartaun. ¡Rico presente para Amagoya, son el prócer y la dama!

—No será García de Abárzuza y las Amézcuas, quien entregue dos cristianos al furor de esa pagana; que si ella es hija de Aitor, yo soy hijo de Jimeno, y si en la guerra ha perdido un esposo, sabe Dios cómo y por qué, yo he visto morir á mi padre, peleando brazo á brazo y frente á frente con los godos.

Esta respuesta ruborizó y tranquilizó al propio tiempo á Teodosio, que figurándose el partido que García podia sacar de su triunfo con la familia de Aitor, y quizá con la hija de Usua y Lartaun, ardia en celos anticipados.

—Supongo que por ella pedirás un buen rescate, si no para tí, al ménos para los que te han acompañado, le dijo; pero ¿qué vas á hacer del sacrílego incendiario? ¿De qué roca vas á precipitarlo?

—No sé lo que haré, contestó de mal humor el capitan, ofendido ya del tono, y sobre todo de la aviesa intencion que se traslucia en las mal encubiertas amenazas de Teodosio.

—Pues yo sí.

—¿Qué? ¿Tú sabes lo que voy á hacer con Ranimiro?

—¡Entrégamelo á mí, que ni soy pagano, ni he dejado de ser tu caudillo!

—Como amigo te lo entregaré, si me das palabra de respetar y cumplir las promesas que les he hecho; como caudillo mio, no; porque aún no eres rey, por más que nadie mejor que tú deba serlo. Teodosio, tú no mandas en mis prisioneros.

—¿Que no? ¿Quieres que diga media palabra, y verás cómo todos tus protegidos vuelan de la peña abajo?

—No, Teodosio, no quiero que te deshonres, ni que me mates con esa media palabra; porque ya puedes suponer que antes que el godo volara, pereceria yo.

—¡Tienes razon, García, soy un insensato! contestó Teodosio; sírvame de disculpa..... Mas no, nada puede disculparme. Tú mandas en ellos. Lo reconozco. Llévalos donde te plazca.

—¿Reconoces mi derecho?

—Lo reconozco.

—Pues bien, los llevaré á tu casa.

—No podia pedirte más.

—A tu casa; pero te advierto que la dama está libre, porque yo no salgo á cautivar mujeres. En cuanto al godo, yo tampoco lo he vencido: el peligro de su hija, lo ha puesto sin pelear en mis manos. Se lo entregaré á tu padre; él lo retendrá mientras el ejército de Rodrigo nos amenace; pero despues, juro por Dios y Santa María, conducirle sano y salvo á Iruña ó donde él quiera.

—Entretanto, lo llevarás esta noche.....

—A Gastelúzar, te lo prometo; no podremos pasar de Goñi, y áun se nos va haciendo tarde.

—Perfectamente. A Gastelúzar, y allí me aguardas.....

—Pues qué, ¿no nos acompañas? ¿No quieres venir con nosotros?

—No; me aguardas allí con todos los godos.

—Bien está.

—¿Me das palabra de dejarlos en Goñi?

—Te la doy por mi parte, y me extraña la solemnidad y ahinco con que lo pides. Por mi parte he dicho, porque esa doncella puede ir y volver ó marcharse á donde guste. Así tambien lo he prometido, y así será.

—¿Pero no soltarás á su padre?

—Por ahora no.

—Entonces, tengo tiempo de sobra. Ella no se apartará de su lado, y yo no tardaré en volver á casa muchos dias.

—Pero, ¿se puede saber, Teodosio, qué es lo que traes entre manos? ¿Por qué faltas de Goñi precisamente cuando Pelayo y Rodrigo llegan á Iruña con todo su ejército? ¿No quieres decir á tu amigo cuáles son tus intentos?

—Por ahora conviene que todo el mundo los ignore. Créelo; va en ello la salvacion de..... Déjame, García; harto me pesa haberte ofendido poco há, y no poder ser en este momento más franco contigo.

García le tendió la mano, y le dijo:

—A mí no me has ofendido, ni me ofendes, Teodosio. Cumple tu obligacion y guarda tus secretos, que yo respetaré tu corazon y tu conciencia.

—Gracias, amigo mio: Dios me ha traido aquí á punto para salvar á esa Amaya, y presenciar algo de lo cual pende acaso la salvacion de otras muchas personas. No te digo más. Adios, y confía en mí. Si logro lo que deseo, ¿qué nos importa á nosotros del rey ni de sus huestes?

—Una sola pregunta, Teodosio: ¿te quedas aquí esta noche?

—Es probable.

—En tal caso, te recomiendo una cosa. Amaya ha sido inocentemente despojada por la loca, por Petronila, de un brazalete de oro.

—Lo he visto desde la otra peña. No es ya probable, es seguro que esta noche la pasaré aquí.

—Pues bien, haz lo posible por recobrar esa joya y devolvérsela á su dueño.

—¡Oh! Pierde cuidado, García: haré lo posible y lo imposible por hallarla y entregársela á su dueño, exclamó Teodosio con extraño regocijo.

Y se sonrió, y se alejó detrás de las peñas, hácia la torre ó caserío de Echeverría.

Iba cayendo el sol, y no habia tiempo que perder si los expedicionarios habian de tornar á Val-de-Goñi, para lo cual dió García las órdenes convenientes, disponiendo que todos los godos, excepto Ranimiro y Amaya, fuesen á pié, y que se preparase á ésta un caballo á gusto de su padre. Pero hallándose ya á punto de montar, le dijeron que cierto godo mortalmente herido por uno de los suyos, estaba espirando, y queria ver al caudillo de la partida.

Suponiendo García que acaso Ranimiro y no él fuese el llamado por el moribundo, hízose acompañar por el jefe godo, por no perder un solo instante; pero cuando el herido, que estaba desangrándose cerca del riachuelo que por allí desciende del alto de Lecumberri, conoció al magnate por el traje y armadura, lo rechazó con rabia de no haber sido comprendido, hasta que apartándose Ranimiro de su vista, se le presentó García.

—¿Quién sois? le dijo el moribundo.

—García, señor de las Amézcuas, capitan de los vascos.

—A vos, á vos queria ver antes de morir.

—Hablad.

—¿Entendeis bien el latin?

—Como el vascuence.

—¿Y el hebreo?

—Para hablarlo no, aunque algo quiso enseñarme un monje.

—¿Pacomio?

—No. ¿Qué ha de saber Pacomio de lenguas, como no sean estofadas?

—Pues bien: yo llevo aquí un pergamino.... en hebreo. Soy judío. La suerte de mis hermanos y la vuestra, es una misma; todos estamos oprimidos, vejados, igualmente perseguidos por los godos. Aquí va vuestra libertad, vuestra salvacion, vuestra independencia.

—¿Nuestra libertad?

—Sí.

—¿Nuestra independencia?

—Sí, mil veces sí. Todo esto, y la ruina y destrucion de nuestros comunes enemigos.

—Explicadme.....

—Juradme que á ninguno de ellos habeis de leer ni entregar este pergamino.

Y al decir esto, con mano trémula quiso sacar del pecho un rollo.

García le contestó:

—Yo nada te prometo, ni juro nunca en vano. Venga acá ese pergamino, que me pertenece como despojo de guerra; y en Dios y en mi ánima, haré de él lo que me dicten el honor y la conciencia.

—Enteráos de él. Si llegais á comprenderlo, vascos y hebreos nos hemos salvado.

Y diciendo estas palabras, volvió á señalar el pecho, de donde García le ayudó á sacar una especie de canuto cilíndrico y sellado.

—¿Quereis más?

—No.

—¿No quereis el agua del bautismo, teniéndola tan cerca?

—Tampoco.

—¡Desdichado! ¡Mira que de este instante pende tu salvacion eterna!

—No: soy israelita, y soy..... soy además.....

Y el judío dobló la frente y cesó de hablar.

García guardó el pergamino, el cual llevaba en latin y en caractéres romanos este sobre: "Para Rab Abraham Aben Hezra, en Pamplona."

Lo poco que del hebreo quiso enseñar á García el monje su maestro, bastaba para hacerle comprender que la carta del judío iba dirigida al principal maestro ó rabino que por casualidad, ó de asiento, accidental ó constantemente, residia en Pamplona.

Cuando se reunió de nuevo á Ranimiro, le preguntó:

—¿Conocíais á ese desdichado?

—No: al separarme de él, mientras le hablábais, he preguntado á mis siervos quién era, y me han dicho que es un judío que andaba alrededor de Cantábria, y que en Vária se ha entendido con unos mercaderes israelitas de Toledo.

—¿De Toledo?

—Sí; y que traia el camino de Pamplona.

Al repasar nosotros el Ebro, se agregó á mi escolta, creyendo de este modo hacer el viaje con toda seguridad. Esto sucede con frecuencia, y no se le niega á nadie, aunque sea judío. Él en pago ha querido amotinar á vuestra gente para asesinarme. Tened presente este dato, el cual me prueba que ese hombre obra en todo y procede por designio de la raza judáica, mortal enemiga de los cristianos y fautora principal, segun yo creo, de los terribles males que á la cristiandad amenazan.

—¿Conoceis en Iruña á un israelita, que debe de ser de los principales, ó tal vez el primero de todos, llamado Rab Abraham Aben Hezra?

—No, pero ese nombre no me coje de nuevas. No es, ciertamente, la primera vez que suena en mis oidos.

—¿En esta tierra?

—Aquí, en Vasconia.

—¿Recientemente, ó mucho tiempo há?

—No es de hoy mi recuerdo; no es de esta época. Esperad. Es de tiempos de Witiza. Años atrás, no sé quién, tal vez nuestro santísimo prelado, me preguntó si mientras fuí conde de Pamplona, tuve noticia de ese gran maestro de los hebreos. Le contesté, como á vos ahora, que no; y con más exactitud que á vos, porque entonces era ciertamente la primera vez que oia el nombre de ese rabino.

—Está bien; pero ¿habeis oido lo que me ha dicho el infeliz que acaba de espirar?

—Sí; todo lo he visto, y escuchado todo.

—Se ha negado á recibir el agua del bautismo, por ser judío y ótra cosa más.....

—Cuyo nombre y secreto se ha llevado al otro mundo.

—¿Qué puede ser nadie más opuesto á la verdadera religion que judío? ¿Qué secta se conoce entre vosotros peor que la judáica, y sin embargo, compatible con la ceguedad de los hebreos? preguntó García.

—No lo sé, pero hace tiempo que abrigo ciertos temores..... Guardad bien ese rollo, García; tened cuidado con él: mirad á quién se lo mostrais; porque sospecho que teneis en vuestras manos la clave de los misterios en que estamos envueltos..... Quizá la salvacion de España.

—Pero ¿qué podia ser ese hombre además de judío?

—Peores que judíos ha de haber otros hombres aquí y fuera de aquí, García. ¿Si será una dicha para la cristiandad que por haber yo caido prisionero, haya venido á vuestras manos la carta de ese desdichado?

—Hablaremos. Ahora seguidnos al valle de Goñi. Iremos todos: vuestra hija, sus siervas y toda vuestra gente.

—¡Cuidado con ese pergamino! García, ¡si pudiérais leerlo vos sólo, sin intérpretes, sin necesidad de tercera persona!

—Tal vez.

—¡Oh! Entonces confio en vuestro corazon: nos hemos salvado.

—¿Quién?

Ranimiro no se atrevió á responder: hizo cabalgar á su hija, montó él en su propio caballo, y trató de seguir á García, que daba las órdenes de emprender la marcha, no sin ha-

ber comprendido la significacion del silencio del tiufado.

—Pero el godo ¿viene tambien con nosotros? ¿No lo ajusticiamos antes? preguntaron algunos de los más atrevidos.

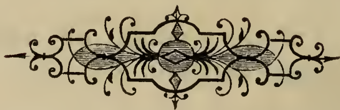
—Ranimiro irá á donde yo le lleve, replicó con entereza el mancebo de las Amézcuas: quien se quedará para siempre en el camino será el que se me oponga ó me replique. Adelante, muchachos. Llevaremos en medio de nosotros, no unos cuantos prisioneros, sino el honor de los navarros.

Y todos le obedecieron.

Tanto el tiufado como su hija lo comprendieron todo, porque sabian vascuence; pero Ranimiro lo oyó sin inmutarse, sin que nadie pudiera presumir que lo habia entendido.

Amaya dirigió á García profunda é inefable mirada de gratitud.

Despues dejó caer el velo sobre su rostro, sin duda para ocultar su conmocion y lágrimas que le arrancaba la precaria suerte de su padre.





## CAPÍTULO VI.

### DE LOS PASOS QUE DIÓ TEODOSIO EN BUSCA DEL BRAZALETE DE AMAYA.

CUANDO Teodosio se despidió de García Jimenez, tomó, segun queda dicho, el camino del fuerte ó granja de Echeverría, anhelando, al parecer, por cumplir el muy encarecido encargo que acerca del brazalete le habia hecho su amigo.

Ya se puede figurar el discreto lector, que no eran menester grandes encarecimientos ni recomendaciones para que el hijo de Goñi tratara, no sólo de averiguar el paradero de la misteriosa alhaja, sino de salvarla y áun de adquirirla á toda costa.

En cuanto á restituirla despues á sus legítimos dueños, tampoco podia caber duda. Pero ¿quién eran éstos? ¿Los godos ó los vascos? ¿La hija de Ranimiro ó la de Lartaun?

Debemos suponer á Teodosio completamente decidido á favor de la última, por grandes apariencias de razon que amparasen las pretensiones de la primera.

Desde el momento en que supo ó pudo presumir que el secreto por excelencia vascongado, el tesoro de la *escualerria*, se encerraba en aquella joya, ésta no podia seguir perteneciendo á los enemigos del pueblo éuscaro, fuesen cualesquiera los títulos y derechos que en favor de la goda Amaya se alegaran. Una vez perdido para ella el legado de Aitor, ya no debia recobrarlo jamás. Ni la procedencia del brazalete, ni su no interrumpida ni hasta el presente disputada posesion, ni el cariño filial, ni la voluntad de Paula, justificarian nunca que el patrimonio de los vascos, la herencia, por decirlo así, nacional, fuese á manos de los aborrecidos godos; que la riqueza guardada por espacio de tantos siglos, para beneficio y esplendor del pueblo éuscaro, sólo por el capricho, ó más bien, por la defeccion inconcebible de una mujer de la prole de Aitor, viniera á convertirse en arma de guerra contra la raza favorecida.

Paula, en rigor, habia dejado de ser vascongada desde el punto en que se hizo goda: sus derechos pasaron íntegros á sus hermanas Amagoya y Usua; y como ésta tenia sucesion y aquella no, de la hija de Usua, de la Amaya de Butron, por todas las tríbus reconocida y aclamada como *hija de Aitor*, era el tesoro, y por consiguiente, todo cuanto al descubrimiento y conservacion del

tesoro esencialmente correspondiese y atañera.

Así, poco más ó ménos, discurria Teodosio; pero la imparcialidad histórica nos obliga á sospechar que, aparte de estas razones legales, tenia otras singulares y especialísimas, que más poderosa, si no más desinteresadamente, le inclinaban hácia los derechos de Amaya de Aitorechea.

Como quiera que fuese, el hijo de Miguel, que habia escuchado con suma atencion el diálogo de García y los dos ilustres godos al pié de la roca, y comprendido, á pesar de su afectada ignorancia del latin, la importancia y valor del brazalete; concibió allí mismo el proyecto de apoderarse de él, rescatándole del poder de los enemigos, y poniéndolo á salvo de los caprichos, arrebatos y manías de una loca: á todo lo cual él se creia más obligado que nadie, como presunto caudillo de los vascos en la próxima campaña, como amigo tambien de Lartaun y su familia.

Iba Teodosio impaciente y presuroso en busca de la codiciada joya, pero alegre y esperanzado. Si algun amargor le dejaron en el corazon el disimulo á que se creyó forzado, y el desabrimiento y sequedad con que trató al mancebo de las Amézcuas; al fin habia tenido el valor de reconocer y confesar su yerro, y la inmensa satisfaccion de que su amigo le encomendara por cuenta de una de las partes interesadas en el negocio, lo mismo que él trataba de ejecutar en provecho exclusivo de la otra.

—¿Qué más puedo apetecer? se decia á sí

propio, dirigiéndose ufano al caserío: estoy obligado á salvar el secreto de Aitor como el primero de los vascos, y por si esto no fuera suficiente, el mismo encargo recibo tambien de esa familia de godos, en mal hora enlazada con la de nuestro patriarca. Tanto unos como otros estamos interesados en que el brazalete salga del poder de esa pobre loca: luego, Dios dirá. Esto me allana el camino para llegar al fin que me propongo: Dios me proteje; Dios lo quiere.

Y aquel jóven, que en medio de los grandes sofismas de su entendimiento, y de las violentas y mal refrenadas pasiones de su corazon, conservaba una fé viva y cierto fondo de religion que le protegian contra sus malos instintos, produciendo en la lucha esas anomalías y desigualdades de carácter que ya habremos notado, se detuvo un momento á santiguarse, repitiendo:

—¡Dios lo quiere! Mi intencion es recta: yo voy á buen fin..... ¡Dios me protegerá!

Por lo demás, la empresa de recobrar el brazalete, le parecia fácil y sencilla.

Petronila habia tornado sin duda al acostumbrado hogar, á sus sempiternos murmullos, á su canticio y balance perpétuos, y por única novedad en tan monotona existencia, veríase la suspirada joya resaltando en el denegrido brazo de la demente; si es que con inocencia infantil no la habia escondido donde todo el mundo pudiese verla, ó cuando no, en sitio harto fácil de descubrirse, por las frecuentes visitas que, á modo de niña, hiciese al flamante juguete.

Al acabar de hacer la señal de la cruz, sintió la voz de una muchacha, que venia cantando por las breñas detrás de dos vacas, que al parecer, con el sonido de sendas esquilas, la acompañaban en sus regocijados cánticos.

Era Olalla, que á pretesto de apacentar el ganado, se encaminaba nuevamente hácia el portillo, sólo por el placer de acercarse nuevamente al teatro donde tantas y tan interesantes escenas se acababan de representar, y de las cuales es de presumir que la curiosa niña ni una sola habia perdido.

—¿Qué es eso, futuro rey de Vasconia? exclamó con risa tan franca como inocente; ¿tan fea te parezco que me saludas como si vieses al mismísimo diablo? ¿O por ventura me confundes con mi prima la pagana, y quieres espantarme haciéndome la cruz?

—La hija de Aitor no se espanta de la cruz de los cristianos, contestó Teodosio.

—Bueno es que se vaya acostumbrando; porque no hemos de parar hasta ponérsela en la frente.

—De lo cual me holgaria tanto como cualquier cristiano.

—Ya lo creo; y no seria todo por amor de Dios.

Y tornó á reirse con malicia siempre candorosa.

Viendo el de Goñi que no podia luchar en travesura con la gentil vaquera de Echeverría, la dijo para desviar la conversacion:

—¿Y á dónde vas, Olalla, por el monte abajo?

—¿Y de dónde vienes tú, Teodosio, por el monte arriba?

—Me extraña verte llevar las vacas hácia donde están los godos.

—Más me extraña á mí verte venir como huyendo de los vascos vencedores.

—Si para vencer no han necesitado de mí, ¿qué falta les hago despues de la victoria? Todo ha concluido, niña, diré yo, como la cancion de tu madre: ya puedes volverte á casa con tus vacas. García, que ha sido el héroe de la jornada, añadió el de Goñi con su incorregible ironía, se ha marchado á la sierra con los prisioneros, y yo, mero testigo de tantas glorias, vengo á pedirte un pedazo de pan y un haz de heno para dormir esta noche en Echeverría.

—¿Con que ninguna parte has tomado en la funcion, y has sido autor nada ménos de la principal hazaña?

—¿Has visto, Olalla, qué cosa tan casual? le contestó Teodosio, que se complacia en el recuerdo.

—Mejor que nadie, repuso la niña. Te he seguido los pasos,—con la mirada, se entiende,—desde que te asomaste por el camino de Aitormendi.

—¡De Aitormendi!

—O de Aitorechea, lo mismo dá; replicó la vaquera encogiéndose de hombros, con tanta naturalidad como donaire. Hace mucho tiempo que no llevas otros caminos, aunque á mí me parezcan de perdicion. Rio arriba y rio abajo, subiendo al monte y descendiendo al valle, buscando puertos y salvando cordille-

ras; pero al Norte, al Norte siempre. ¡No se desviará mucho Teodosio de Goñi de la estrella polar!....

—Veo que, en efecto, me sigues bien los pasos.....

—No soy yo sola, desdichado, no lo soy.

Piensan los enamorados,
piensan, y no piensan bien;
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.

Lo ve mi padre, con torvos ojos por cierto; lo ve todo fiel cristiano con igual pena. Todos, ménos mi madre; ¡que si ésta lo supiera!.... Y ni siquiera se lo figura; porque te cree mejor de lo que eres, y te respeta; y porque la pobre está así..... como esa pagana amiga tuya se ha complacido en ponerla.—¿Pero á mí, qué? Lo mismo me dá que te empeñes en casarte con mi prima, como con su tia, la viuda de Basurde.....

—¡Con Amagoya! exclamó Teodosio, prorumpiendo en carcajadas con que se desquitó de todas las de la niña.

Pero ésta no tenia trazas de cortarse ni con navajas de afeitar, y replicó:

—Pues qué, ¿no vas buscando coronas entre las hijas de Aitor? ¿No llevas entre ceja y ceja lo de la profecía? ¿Qué más te dá á tí moza que viuda, si al darte su mano te entrega el cetro?

Esta vez, y con harta razon, hay que confesarlo, se picó y se dió por ofendido el hijo de Miguel, y contestó con sequedad:

—¡Calle la rapazuela! Olalla, ¿dónde está tu madre?

—Teodosio, dijo la vaquera con verdadero sentimiento: te digo estas cosas, porque te quiero; y vale más que las oigas de mis lábios, que de otros que te hablarán con ménos franqueza, pero tambien con ménos cariño. Teodosio, vuélvete á Goñi; aprovecha estos dias, estas horas, poniéndote al frente de todas las tríbus. Te lo digo, porque lo dicen todos, y á todos nos toca muy de cerca, aunque á nadie más que á tí. Teodosio, escucha á la pobre niña, cuya voz es la de toda esta tierra: házte rey, ó duque, ó capitan nuestro: que la fruta se va pasando ya de madura, y si al suelo se cae, la cogerá cualquier muñeco. Házte rey; que despues, eso de mi prima vendrá si está de Dios. Porque, Teodosio, si quieres convertirte de primero en último de los vascos, no tienes más que casarte con una pagana.

—¡Cierto!

—¡Digo! ¡No ha de ir un hijo de Miguel de Goñi á quedarse á la zaga, sólo por enamoricarse de muchachas que no estén bautizadas!

Y viendo que el caudillo guardaba silencio, añadió recelosa:

—Al ménos, así me lo parece, Jaun Teodosio.

—Y tambien á mí, Andra Olalla.

—Gracias á Dios, que te veo puesto en razon. Pues bien, Teodosio, no pierdas el tiempo, te lo repito: deja á los monjes predicar y convertir á mozas infieles; deja el corazon de Amaya en manos de Dios. Mira que su tia

Amagoya es la que manda, y que ésta es más terca que un azor, más áspera que un erizo, más cerril que un potro de Aralar, y más salvaje que lobo hambriento; mira que esa mujer no se dá á partido, ni se dobla, ni se tuerce. ¿Ves lo pino que está el peñon de aquella cumbre? Pues tan tiesa es Amagoya. Sólo una mujer se ha conocido más altiva: mi madre antes de ponerse loca.

—Olalla, hablaremos en otra ocasion, contestó el de Goñi; principiaste por ofenderme, y concluyes por dejarme agradecido. Te diré lo que he dicho á García: quien me quiera, que tenga confianza en mí. Yo seré rey, porque todo el mundo se empeña en darme el cetro, y sólo quiero que se deje á mi eleccion el cuándo y cómo he de empuñarlo. Por ahora me voy á tu casa; necesito ver á tu madre, y si es posible á solas, mejor. Supongo que se habrá vuelto al hogar, cual de costumbre.

—Pues supones mal.

—¿Por qué?

—Porque desde que bajó de las Dos Hermanas, no ha tornado al caserío.

—¿Lo sabes de cierto? ¿La has visto? preguntó el de Goñi con alguna inquietud.

—La ví saltar como un oso al caballo de la goda; la ví detenerlo, derribarlo, completar tu obra.

—¡Salvar á la hija de Ranimiro!.... Ella, ella es quien realmente la ha salvado.

—Y sabiendo bien lo que se hacia.

—Pero despues.... ¿á dónde ha ido despues?

—La he visto correr y brincar con alegría de que no la creia capaz, con rostro radiante

y hermoso como nunca me lo habia figurado; exaltada, sí, pero natural; llevando en la mano una cosa que relucia al sol, y besándola y apretándola luego contra el corazon, con muestras de cariño. Debe de ser algun amuleto que la goda le ha dado agradecida.

—Bien; pero despues, ¿qué ha sido de tu madre? ¿A dónde ha ido con esa cosa reluciente?

—A la montaña.

—¡A la montaña! Eso es muy vago, y yo quisiera, yo necesito saberlo á punto fijo.

—Pues te lo puedo decir, porque acabo de ver á los pastores que al reclamo del encuentro de esta mañana han bajado de Aralar.....

—¿Y qué dicen de tu madre?

—Que tomó por el monte de Echárren á Ichasperri, y de aquí por la senda de Aguirigui arriba.....

—¡A la peña!

—Sin duda, y siempre con esa torce, patena ó relicario en la mano.

—Y ¿á qué ha ido Petronila á la peña de Aralar? ¿Qué piensas tú? ¿Qué te figuras, Olalla?

—Pienso que la infeliz habrá ido á esconder el regalo de la dama, como si fuese un tesoro: pienso que si la expresion natural de su semblante podia infundir alguna esperanza de curacion, eso de escaparse al monte con tan insignificante joya, es para descorazonarnos; eso es de loca.

—Mira, Olalla, ya no voy á tu casa.

—Lo siento. Y si es para volver al Norte, lo sentiré más.

—¿Tienes pan?

—Una hogaza entera. Me la eché al saco con algunas otras cosillas, por si alguno de los nuestros no habia podido comer.....

—Perfectamente. Esas vacas ¿tienen algo de leche?

—Poca será, porque las he ordeñado esta mañana, y con este trastorno no he podido hasta ahora sacarlas á pacer.

—Dáme la que sea. Apenas me he desayunado hoy.....

—¡Pobrecillo! Y dentro de poco será hora de cenar. Mira, Teodosio, ven á casa, allí tenemos de todo.

—No, no puedo perder momento. Me basta un cuenco de leche y un pedazo de pan. Luego vaciaré en mi morral las provisiones del tuyo, y marcharé, no al Norte, no, sino al Poniente, por esos montes despoblados en busca de tu madre.

—¡Oh! Pero ella volverá, contestó la hija, no tengas ningun cuidado. Volverá, vendrá á cenar y á dormir á casa. Nadie se mete aquí con ella. Aquí no estamos como allá abajo, cerca de su hermano Lartaun, ó de su cuñada Amagoya. Aquí todos somos amigos; porque el peligro nos une, y no tenemos vagar para esas rencillas, propias de brujas que ponen el grito en el cielo, porque una vez, sólo una vez, al cabo de tres siglos, se descolgaron los godos por Aitormendi. Aquí los tenemos como moscas, y encuentros y refriegas más frecuentes que malos nublados.

La niña, que tenia tanta soltura como desparpajo, daba muestras de haber sido educa-

da por su padre, pues aprovechaba el tiempo á maravilla, hablando y haciendo obras de misericordia, esto es, dando de comer al hambriento futuro señor de Goñi, y presunto rey de Navarra.

Del blanco morral que traia al lado, sacó limpio cuenco de madera y una hogaza, y puesta de hinojos delante de una vaca, la ordeñó hasta que la leche caliente y espumosa rebasó los bordes de la cazuela.

—Toma, añadió, presentando á Teodosio la frugal merienda con toda bizarría.

El de Goñi se habia sentado á la sombra de unos olmos para tomar la leche, y la muchacha se colocó á su lado sin ceremonia, y con la mano bajo la barba y el codo en la rodilla, le estaba contemplando sin pestañear.

Era morena, de cara redonda y de ojos llenos de candor y travesura.

—¡Qué apetito, qué apetito! exclamó. ¡Bien se conoce que vienes de tierra de infieles! ¡Y qué mal te corresponden los muy gentiles! ¡Por mi santiguada, que esos pícaros, paganos y todo como son, te han hecho ayunar sin devocion alguna!

En efecto, Teodosio de Goñi sentia inefable satisfaccion en comer aquel pan moreno empapado en templada y sustanciosa leche: gozábase sentado enfrente de aquella inocente y gentil muchacha, llena de sencilla y graciosa malicia, y extendia los ojos por los desiguales contornos de las azuladas sierras y las violadas tintas de los valles, que en vano procuran imitar las suaves nieblas del fuego de Bengala. Miraba como distraido los juegos

del sol de Poniente, que por las aberturas de las opuestas peñas se abria paso á los barrancos, como esos desprendimientos de celestial fulgor que envuelven la cabeza de los bienaventurados en los cuadros de Zurbaran ó de Murillo. No perdia ni el canto de las aves que ya buscaban su nido; ni el vuelo de las palomas que tornaban á las almenas de la torre, como el inocente busca el amparo de los fuertes; ni el susurro del aire, ni el murmullo de los manantiales, ninguno de los misteriosos encantos de la tarde. En suma, Teodosio, como presintiendo su próxima ventura, disfrutaba de todo cuanto veia y le rodeaba. ¡Extraña condicion la suya, tan dada por el vigor de su cuerpo á los arrebatos y ceguedad de la materia, como por la vaguedad de su espíritu al embeleso de la contemplacion!

La muchacha parecia como encantada de verle comer y gozar, y hubiera querido que no tuviese tanta prisa por marcharse.

Cuando Teodosio acabó de tomar la leche, le dijo Olalla:

—Vamos, ahora, este cuarto de cabrito.

Y sacó de su zurron pastoril, no mal provisto, segun trazas, una pierna asada y con el riñon bien cubierto, que fiambre y todo, despedia excitante y seductora fragancia.

—Gracias, niña, gracias, le contestó Teodosio, por ahora tengo bastante; lo guardaré para la noche.

—Pero, ¿no te he dicho que mi madre ha de volver?

—Sí, pero necesito encontrarla cuanto ántes, para que nadie le quite esa cosa que relu-

cia en sus manos, y es el brazalete de la dama goda.

—Nadie quita aquí nada, como no sea vascos á godos, y godos á vascos; porque eso está en el órden, repuso la hija del merodeador.

—Sí, pero quitar á tu madre ese brazalete no seria hurtar; porque ella, sin saber lo que hacia, se lo arrebató del brazo á la goda, la cual lo reclama.

—¿Por qué?

—Porque dice que es suyo.

—¡Cómo! ¿Y echa de ménos ese juguete que puede distraer siquiera algunos momentos á una pobre loca á quien debe la vida? dijo Olalla con muy sentido, pero desdeñoso acento.

—Esa joya es para la dama de inapreciable valor. Por ella daria quizá cuanto posee; porque es la única memoria que le ha quedado de su desdichada madre.

—No se perderá en manos de la mia. Porque la madre de esa dama era Paula, íntima amiga de mi madre; y el cariño que aún la tiene—bien lo has podido observar—es superior á la demencia; ha sobrevivido á la muerte de su razon. ¡Si ese brazalete ha pertenecido á Paula, si en tanta estima lo tenia, yo te lo aseguro, no se perderá!

—¿De veras?

—Y ahora me haces caer en la cuenta de los pasos de mi madre; ahora lo veo todo con claridad. Somos felices, nos hemos salvado, exclamó la niña como súbitamente inspirada y con un arrebato de alegría.

—¿Por qué?

—Porque eso de irse tan lejos para esconder, sin duda, no una joyuela cualquiera, sino el brazalete de Paula, pensando en el cual la he sorprendido alguna vez, lejos de ser acto de locura, como antes creia, paréceme prueba de que mi madre ha recobrado el juicio.

—Explícate, muchacha, dijo Teodosio procurando disimular la mala impresion que le producian estas palabras.

—Teodosio, yo no sé más sino que soy su hija, y que en los años que cuento todavía no he recibido una caricia de mi madre; mientras que para su antigua amiga, ni pasa el tiempo, ni hay locura que valga: sólo sé que el amor que la tiene parece que se extiende..... ¿á quién, te diré yo? al mismo Ranimiro.....

—Bien, pero ¿cómo supones tú que trata de esconder el brazalete, y que eso es prueba de que tu madre ha recobrado el juicio?

—¿Qué se yo? Porque en las cosas que atañen á su amiga Paula creo que nunca lo ha perdido. Y luego, bien lo puedes conocer tú; una loca no hace eso; no anda así dos ó tres horas de camino..... Algun fin ha de tener..... Por alguna razon se ha de guiar: y si obra con intencion..... conocimiento tiene.

—¡Cierto! ¡Cierto! exclamó Teodosio desconcertado: discurres bien. Pero si ha escondido esa joya en la inmensa montaña de Aralar, echarnos á buscarla seria tiempo perdido.....

—¡Y tan perdido!.... Sobre todo, si cual suele hacer con otros objetos que quiere conservar, lo arroja á la sima.

—¿Qué sima? preguntó turbado el caudillo.

—En la peña, contestó Olalla, hay una cueva, y en la cueva, un pozo muy hondo, muy hondo, á donde mi pobre madre, sin saber lo que se hace, tira algunas cosas creyendo que las guarda. Y en efecto, bien guardado está lo que allí cae..... No hay miedo de que nadie saque nada de allí.

—¿Tan profunda es la sima?

—No sólo profunda, sino madriguera de dragones.

—¡De dragones!

—Siempre se ha creido que por lo ménos un dragon se oculta en el fondo.

Calló la niña, y el hijo de Miguel, por disimular su mal humor y su inquietud, por tomarse tiempo para discurrir, por hacer algo en la impaciencia que le devoraba, trepó á los peñascos que circundan el barranco, y parecen como cimiento de aquel soberano monte; y al llegar á la altura volvióse al Occidente, tendió la vista por la sierra, y gritó:

—Sube, Olalla, sube si puedes.

La vaquerilla, que conocia á palmos aquel terreno, subió fácilmente por un sendero.

—Mira, le dijo Teodosio, con una mano sobre las cejas para que no le ofendiesen los rayos del sol, y señalando con la otra una persona que descendia de la parte de Aralar. ¿La conoces?

—Es mi madre que se vuelve á casa. ¿No te lo decia yo?

—Y baja presurosa, pero naturalmente.

—Sí, Teodosio, sí: esa manera de andar no es de loca. Ya no salta, no brinca..... sigue derecha su camino..... el camino más breve....

Tiene prisa por llegar. ¡Bendito sea Dios! Yo sí que voy á perder el juicio, si llego á tener madre que me conozca y que me quiera.

—Saldremos á su encuentro.

—No, no la interrumpamos, no la contrariemos en nada. Ella volverá..... Viene desalada..... Diríase que le falta el tiempo para hacernos felices.....

La observacion de Olalla le pareció á Teodosio prudentísima; fuera de que, en las subidas y bajadas, vueltas y revueltas de aquel camino casi discrecional de cabras y pastores, era no sólo fácil, sino probabilísimo que se cruzaran sin encontrarse.

Aguardaron, pues. No quiso Teodosio descender de los peñascos, como si temiera que Petronila se le fuese á escapar; hasta que, al fin, puesto ya el sol, sintieron el *irrintza* lanzado por la poderosa garganta de la jigante.

—¡Abajo! dijo Olalla: todo como siempre.

Y descendieron á la pradera. Encima de las rocas se apareció luego la colosal figura de la cantora, que conoció á su hija y le gritó:

—¡Olalla, Olalla! ¡Victoria completa!

En seguida principió á cantar:

En somo, somo la sierra,
se alza el peñon de Aralar,
y hallá, en el hondo, en el hondo,
nuestros tesoros están.
La cruz vencerá al dragon,
cruz á la cruz guardará.....

—¡Hija de mi vida! exclamó suspendiendo

el canto repentinamente: ¡ya soy feliz! Ya está entre nosotros.

Momentos despues, la pobre niña, que miraba á la cantora con desconfianza, recibia el primer abrazo, el primer beso, y lo que para ella fué todavía más consolador, las primeras lágrimas de su madre.

—¡Qué gozo, madre de mi vida!

—¡Qué triunfo! le contestó Petronila, cuya mirada parecia algo extraviada aún.

—Sí, todos nos hemos salvado.

—*Todo* se ha salvado, Olalla.

—Aquí teneis al hijo de Miguel de Goñi, que ha disparado la flecha contra el caballo de la dama.

—Sí, dijo Teodosio adelantándose; yo os he ayudado á salvar á la hija de Ranimiro.

—¡A la hija de Aitor! exclamó Petronila, frunciendo el entrecejo. Se la puede robar su casa, pero no su sangre.....

—A la dama goda. Es una dama, al fin, aunque hija de nuestro mayor enemigo.

Petronila le miró de arriba abajo, y se puso á cantar, con harto desconsuelo de su hija, que la escuchaba llorando:

Torre de Aitor, será un mónstruo
quien te asalta á fuego y sangre;
pero quien mata á su hermana,
ese es un mónstruo más grande.
—El dia en que me dió á luz,
y en dos se partió mi madre,
mil gallinas se mataron,
corderos á centenares.
Me casé con ese godo,

y en mi boda no hubo nadie:
ni el cura que nos bendijo
quiso á la mesa sentarse.
   Torre de Aitor, que servias
de palomar á mi padre,
dentro tus cuatro paredes
mi hermana me mata de hambre.
   —¡Torre de Aitor, será un mónstruo
quien te asalta á fuego y sangre;
pero quien mata á su hermana,
ese es un mónstruo más grande!

Olalla, como sabemos, comprendia perfectamente el significado de los cantos de su madre; pero en la presente ocasion, ni costumbre, ni agudeza de ingénio, eran necesarias para conocer todo el alcance de aquellas estrofas, que la mal curada loca tomaba de antiguas canciones, y con pasmosa facilidad acomodaba á lo presente.

Teodosio mismo, que á pesar de transitar tanto por aquel valle, no abusaba ciertamente de la hospitalidad de Echeverría, cayó luego en la cuenta de que Petronila le habia contado á su manera la historia tan interesante como terrible, tan misteriosa como nueva, de la noche de Aitormendi; y teniendo en descifrar el enigma del incendio, relacionado indudablemente con el brazalete y el secreto de Aitor, más vivo interés que ningun otro vascongado, se apresuró á sacar el partido posible de aquel lúcido intervalo, antes que cualquier accidente imprevisto se lo impidiese.

Por eso, acercándose á Petronila, la dijo:

—Petronila, los dos hemos salvado á la goda: yo hiriendo á su caballo, vos deteniéndole al borde del abismo. Amaya os está vivamente agradecida; pero echa de ménos el brazalete de su madre.

La loca por toda respuesta se puso á cantar:

¡Ay, hija de mis entrañas,
cuando mi seno rasgaste,
en el palomar de Aitor
un cuervo vino á posarse!
*Cuá*, *cuá*, graznaba, y te dije:
—«Este viene á devorarte,
que te ve recien nacida,
y sin cuna y sin pañales.
Y aunque en la torre de Aitor
y en la casa de tus padres,
de frio vas á morir,
y barrunta tu cadáver.»—
Hija de mi corazon,
¿por qué me llamas tan tarde?
¿Por qué has de ser enemiga
de la amiga de tu madre?

—¿Lo habeis oido? repitió Teodosio; echa de ménos Amaya el recuerdo de Paula: teme que la joya se pierda.

Y Petronila, sonriéndose con una expresion de sublime inteligencia y de supremo desdén, le contestó:

—Tranquilízate. ¡No se perderá!

—Pero la goda lo reclama como suyo.

—¡Mio es por ahora! Suya podrá ser la joya; pero lo que encierra es mio.

—¿Cómo así?

—El secreto de Aitor ha vuelto á mis manos. ¡Es mio, sólo mio mientras corra peligro en las de Amaya! Así me lo hizo jurar su madre, y así lo cumplo; y el ánsia de cumplir lo prometido, y Dios que oyó mi juramento me preservarán de la locura. Pero si la Providencia lo dispone de otro modo, Teodosio, déjame decir una palabra antes que vuelva á perder el juicio: ¿Sabes tú quién dió fuego al palacio de Aitor?

—¡El godo! ¿Quién lo duda?

—¡No fué Ranimiro!

—¿Pues quién?..... ¿Quién pudo ser sino ese bárbaro?

—¿Sabes tú lo que ese brazalete encierra?

—Decídmelo. Eso es lo que debo y quiero saber.

—¡El secreto de Aitor! exclamó Petronila con su antigua altivez. Ya lo sabes. Véte, díselo á tu Amagoya: véte, y díle que su marido Basurde mató á su cuñada. Y díle que ya no estoy loca, que no quiero estar loca; que necesito el juicio, mi sano juicio; y que lo conservaré, Dios mediante. ¡Dios mio, yo no quiero estar loca!

—Bien; pero si Amaya reclama, no el secreto, que no es suyo, porque es goda, sino el recuerdo, la memoria, la joya de su madre, ¿dónde le diré que puede recobrarla?

—¡Pobre infeliz! A tí te lo digo, Teodosio no á ella. ¡Pobre infeliz, que quieres esconder tu ambicion, tu codicia y tu infidelidad detrás de mi cariño! Díle que esa joya queda en Aralar, el rey de los montes en esta cordillera.

—¿En qué punto?

—¿Tambien eso? Díle que la joya está en la sima, lo entiendes, en la sima de Aralar, sobre la cual he puesto una cruz..... Ya lo ves, que no me duelen prendas. Ningun vascongado, cristiano ni gentil, es capaz de remover y derribar la cruz, cuyos brazos se estienden protegiendo el tesoro de nuestros padres!

—¡Cielos! exclamó Teodosio retrocediendo de su curiosidad ante aquel hermoso y profundo misterio de la sencilla fé de Petronila.

—Sí; la cruz vascongada protege desde esa montaña toda la *escualerria*. Véte á buscar ese nuevo tesoro. Atrévete tú, hijo de Jaun Miguel y de Andra Plácida de Goñi; atrévete á robar á las tríbus del *lauburu* su nueva y santa enseña.

—No, no será así, Petronila. En esa nueva enseña, más que en la antigua confío..... Por ella trabajo.....

—¿De veras? Pues bien, confía en ella, Teodosio: ten el valor de tu vocacion, y sé bueno, y sé mi amigo. Si necesitamos reyes, tú lo serás, ó los harás tú. Sacúdete manto y túnica de toda inmundicia pagana. Somos del cielo antes que de la tierra: el Dios de la escualerria es *Jaungoicoá*, el señor de lo alto; y quien mira de arriba, nos mira á todos.

—¿Qué quieres decir? exclamó Teodosio, cada vez más preocupado, no sabiendo ya si estaba escuchando los desatinos de una demente, ó las sublimes verdades de una inesperada profetisa.

—¿Lo sé yo, por ventura? respondióle ésta. Quien viera de una mirada lo que yo he ido

viendo dia por dia y año tras año, estallaria de espanto y horror como tonel de vino que hierve sin salida: quien sepa concebir y quiera ejecutar lo que yo pienso.....

—¿Pero qué piensas?....

—¡Esta mañana he traslucido mi pensamiento en los ojos de García! dijo Petronila con la vista nuevamente extraviada.

—¡De García!

—¡Son ellos!.... ¡La nube de langostas africanas viene á caer sobre las selvas verdes y frondosas de los Pirineos!.... ¡Ellos! Basurde..... Abraham..... sobre el palacio y tesoro de Aitor.....

Y dándole la mano con vigor y energía más que varoniles, soltó la voz y se puso á cantar como loca:

Torre de Aitor, será un mónstruo..... *etc.*

Olalla miró á Teodosio con tristeza, no exenta de amargura:

—¡Ah! Venia bien; volvia tal vez curada, y la has trastornado de nuevo el juicio.

El hijo de Goñi comprendió que aquella reconvencion no era del todo infundada, por más que no fuese completamente justa; pero no queriendo luchar con el dolor de una hija, ni perder en disculpas momentos que debia aprovechar para la ejecucion de sus ocultos planes, se despidió de la niña, tomando el camino de Navarra por el lugarcillo de Echeverri.

Cuando perdió de vista la torre almenada con techo de pizarra puntiagudo; cuando ob-

servó que los zagales encerraban sus rebaños en el aprisco, y dejó de percibir en los corrales el balido de los corderillos recien nacidos, blancos y sin mancha, que aguardaban hambrientos é impacientes la llegada de las madres; torcióse hácia la derecha, y dejando el rellano de la aldea, tomó pecho arriba por la parte de Eguiarreta hácia la montaña, célebre hoy por los extraños acontecimientos que son objeto de la presente historia.

Cuando se vió fuera del camino y entre los bosques y asperezas de aquellas breñas, buscó las chozas y majadas de que antes huia, y habiéndose encontrado con un carbonero, le preguntó si por casualidad habia visto aquella tarde á la loca de Echeverría, que de esta manera antonomástica era, aún más que por su nombre, conocida en la comarca.

Contestóle afirmativamente el tiznado montañés, añadiendo que le dejó asombrado verla trepar á la cueva y sepultarse en ella.

—¿Vísteisla salir?

—No, señor, contestó el carbonero de Aralar; pero de seguro que no está dentro, porque al cabo de un rato, movido de curiosidad, entré en la cueva por ver qué hacia allí la loca, y no la encontré. Sin duda se habia marchado, echándose por derrumbaderos de cabras para bajar más presto.

—Y en la cueva ¿qué hizo la loca? ¿No vísteis allí nada que llamara vuestra atencion?

—Sólo una cruz de palo enclavada en la hendidura de la peña.

—¡Hola! ¡Una cruz de madera! ¿Pero de hechura reciente?

—La loca acababa de plantarla allí. Eso se conocia claramente.

—¿Y qué habeis hecho de ella?

—¿Qué he hecho de la cruz de palo? exclamó el carbonero, extrañando la pregunta: rezar y dejarla en su sitio.

—¿Y qué hay debajo de la cruz?

—¿Debajo de la cruz? ¡Qué preguntas! Debajo está la sima.

—De manera que la cruz se alza sobre la sima.

—Sobre la misma boca del pozo.

—¿Y nunca habeis descendido á él?

—¡Bajar al pozo! Jamás. Ni yo, ni nadie. Aunque no debe de ser difícil, porque no parece muy hondo, segun suenan las piedras que yo he tirado.

—Pues bien, hermano: yo seré el primero. Cuento contigo para bajar esta misma noche.

—¿Y el dragon que hay dentro?

—No le tengo miedo. Soy devoto de San Miguel, y tú sabes bien qué cuenta dá el arcángel de los dragones.

—¡Pero sin más ni más descender á la sima! Eso es tentar á Dios.

—No es tentarle, sino intentar una buena obra.

—¿Cuál?

—¿Qué os importa? contestó Teodosio con severa voz y agrio semblante.

Pero despues de haber reflexionado algunos instantes, añadió dulcificando rostro y acento:

—Hermano, has visto entrar en la cueva, pero no salir, á la loca de Echeverría: esa

circunstancia y la cruz de madera, me hacen sospechar si en un rapto de locura se habrá tirado esa infeliz al pozo. Es preciso averiguarlo. Con que arriba os espero. Deja el horno á buen recaudo, y sube luego con cuerda, luquetes y teas. Tú nada temas; que al pozo yo sólo he de bajar. ¿Me conoces?

—Os he visto pasar algunas veces de la sierra de Andía á la de Ahuñemendi y descender al valle de Butron.

—Soy Teodosio de Goñi, y si me sirves, no quedarás descontento de mí.

—¿Quereis que suban mi mujer y mis hijos para ayudarnos?

—No hacen falta. Por el contrario, que se queden en la *chabola* cuidando de la hoguera: quiero que esto de la sima sea un secreto entre vos y yo.

—Así será; esperadme arriba, que no tardaré en reunirme con vos. Afortunadamente, tendremos buena luna.

Teodosio llegó poco á poco á la cumbre de la montaña, en cuya espaciosa meseta de peña viva álzase hoy la gran basílica de San Miguel de *Excelsis*, tan rica un tiempo de hospederías, señora de la villa de Muruela y de grandes fábricas y caseríos. La iglesia cubre la boca de la cueva, y por consiguiente, el pozo donde Petronila habia arrojado el brazalete de Amaya. A la sazon, ni templo, ni casas, ni monasterio, ni hospederías existian. La cumbre estaba cubierta de matas de robles y carrascos, que brotaban de las grietas; la cueva, formada por un hundimiento brusco de la roca caliza, medio oculta entre espinos

y matorrales; y allá dentro, en el fondo, bajo una concavidad, descubríase la boca de la sima, sobre la cual, improvisada y tosca cruz tendia al aire y medio inclinada hácia el fondo, sus brazos protectores.

No habia duda; aquella cruz habia sido puesta allí pocas horas antes, y sólo persona de colosal estatura y de hercúleas fuerzas podia haberla hincado tan honda y firme sobre el abismo.

Sentóse Teodosio á la entrada de la gruta, sumido en tan graves reflexiones, que se olvidó de la temerosa soledad en que yacia; pero en la inquietud con que de cuando en cuando se levantaba á mirar hácia la subida, daba á conocer la impaciencia, la ansiedad con que esperaba al carbonero.





## CAPÍTULO VII.

EN QUE SE CUENTA QUIÉN SALIÓ DE LA SIMA DE ARALAR, DEL HABLA QUE TUVO CON TEODOSIO, Y DE LA BODA QUE LE PROPUSO.

Si la montaña de Aralar, magnífico eslabon de la cadena pirenáica, que se alza soberbio hasta enfrente de las sierras de Urbasa y Andía, y al lado de las de San Adrian y Gorbea, tiene suma importancia en el órden geográfico, no menor le corresponde en el órden histórico y tradicional.

Los autores que apoyándose en la dudosa autoridad del historiador Flavio Josefo, suponen tubalina, y por consiguiente jafética, la misteriosa raza éuscara; fijan desde luego su atencion en el nombre de Aralar, que con poca diferencia es el mismo que en griego lleva la Armenia, primer solar del linaje humano, despues del universal diluvio.

Esta semejanza de voces por sí sola, no daria siquiera márgen á racionales conjeturas; pero se presenta acompañada de notables coincidencias. Resalta desde luego que á la falda de Aralar, en el valle mismo de Larráun, nace un rio llamado Araxes; y Araxes se llama tambien el rio armenio, hermano del Eufrates, que desemboca en el mar Cáspio; Gordeya, el monte de Ararat en que posó el arca, y Gorbea y antes Gordeya, el gran nudo de la misma espina dorsal que Aralar, y teatro, como recordará el lector, de los primeros acontecimientos de nuestra historia. Estrabon nos cuenta que uno de los rios de Armenia se denomina Arago, y Arago, sin quitar ni añadir una tilde, con el artículo *á* pospuesto, *Aragoá*, se dice en vascuence el Arga, que corre por la cuenca de Pamplona y recibe las aguas del Larráun y el Araquil unidos al descender de la sierra de Aralar.

Todo esto y los sucesos históricos y hasta de carácter sobrenatural que allí ocurrieron, prestan al monte cierta aureola de misterio, que parece como indicio de especialísima y perdurable Providencia.

La peña de San Miguel de Excelsis, último escalon de la más empinada cumbre, que se eleva hácia el Norte á distancia de cinco minutos, era entonces fragosísimo desierto. De dia rarísima vez trepaban hasta la mesa de la cueva cabras desmanadas que los pastores con la honda, y los mastines á fuerza de carreras y ladridos, solian hacer tornar al rebaño: de noche los osos, lobos, jabalíes y otras fieras quedaban dueños del campo.

Teodosio no se asustaba de alimañas, ni de hombres: no se acordaba siquiera del peligro, no conocia el miedo. Crédulo como generalmente son las gentes rudas y de corazon abierto, su mismo valor y la costumbre de mandar le hacia, sin embargo, superior á cierta clase de preocupaciones. Pero ni la imaginacion, ni las reflexiones le llevaban, á la sazon, por ese lado: no le asaltaba la supersticion, no temia al descomunal vestiglo, al nunca visto dragon de la sima; harto tenia que meditar en los extraordinarios, inesperados y nada fantásticos sucesos que habia presenciado.

De vuelta de Aitormendi ó de Butron se halló de improviso con un héroe que, segun se exaltaba y se daba á conocer, podia en poco tiempo eclipsar todas las glorias de sus contemporáneos. La sorpresa de las Dos Hermanas, la inesperada captura de Ranimiro, no podian ménos de dar á García Jimenez nombre y fama temibles para quien no admitia rival ni en su amor, ni en sus aspiraciones al trono. Nada, es cierto, le disputaba el mancebo de Abárzuza y las Amézcuas, modesto, sencillo, ingénuo y sin ambicion; pero sin quererlo podia despojarle de todo. Era rico y nobilísimo como pocos, instruido y esmeradamente educado como ninguno. Faltábale lo principal en aquellos tiempos de rudos y constantes combates, gloria militar y prestigio de victorias.....

—Pero comienza bien, decia Teodosio para sí, con torva frente y agitado pecho: principia como nadie; lleva en su primer hazaña sello de predestinado. ¡Tender las redes y

cojer á Ranimiro y á su hija! ¡Hacer presa del hombre más odiado y temible, y de la mujer más peligrosa para los vascos! ¡La única dama goda á quien nosotros tenemos necesidad de guardar en la montaña, mientras no se despoje de prendas, secretos y pretensiones que puedan perjudicar á la hija de Aitor!—No, no seremos tan nécios que desperdiciemos la ocasion que Dios nos depara. Yo la aprovecharé. No tiene aquí nadie que la proteja..... Sólo una loca que en su estupidez y soberbia, revela lo que más oculto debia de tener, y descubre sus secretos á quien más afan y mayor interés tiene por conocerlos..... Dios lo hace. No en balde llevo tan noble, recto y santo fin.

Y el hijo de Miguel se atrevió entonces á dirigirse á la boca del pozo.

—La cruz está aquí, sobre el tesoro de Aitor, sobre la joya que guarda la clave del tesoro. Petronila, por falta de malicia ó por altivez de condicion, ni me engaña, ni disimula siquiera la verdad. Ha subido aquí con el brazalete, lo ha lanzado al hondo y ha puesto por guardian y centinela esta cruz. ¿No es por ventura el triunfo de la cruz lo que yo busco? ¿No le alcanzaré llevando ese secreto á los paganos de Butron? ¿Qué podrá negarme Amagoya? Se convertirá; y ella y toda su familia serán bautizados: y entonces, mia será Amaya de Butron, y yo seré quien haya completado la conversion de todos los vascos al cristianismo: ¡yo seré rey!

Y tras de breve pausa prosiguió:

—Esa cruz está ahí para protegerme; ella

me dice: "Tú buscas la victoria de la religion por el secreto, y aquí estoy guardándolo para tí." Tú reinarás, Amaya: yo reinaré contigo, y con nosotros reinará la cruz.

En medio de los sofismas que se forjaba para persuadirse de que en sus violentas pasiones sólo se dejaba guiar por espíritu religioso, y en medio del desden que afectaba al hablar de Petronila, sentia desasosiego en lo íntimo del alma siempre que se le presentaba la imágen de aquella mujer. Loca rematada como parecia, no se arredraba de luchar contra las más arraigadas preocupaciones de los vascongados, y dejaba vislumbrar vastísimas tendencias, superiores á las de toda su raza. Como quiera que fuese, tenia en sus manos el secreto, y con él la suerte del país, quizá la del mismo Teodosio, á quien, si unas veces daba á entender que lo queria, mostraba las más que lo despreciaba. Religiosa y altiva, quizá de su misma religiosidad procedia su elevacion de miras: loca y cuerda alternativamente, si era impenetrable y extravagante en el delirio, nadie la aventajaba en grandeza de pensamientos cuando en sano juicio aparecia.

Y semejantes contradicciones, misterios tan profundos y fuera del alcance de la mente de Teodosio, eran lo único que le daba miedo en aquella soledad, en aquella cumbre donde se agarraban tradiciones, fábulas y leyendas, como nieblas que subian de los valles y nubes que cruzaban de monte á monte.

Sorprendióle en estas dudas y cavilaciones la llegada del carbonero, que le traia cuanto

le habia pedido y era menester para bajar á la sima, mas no su concurso, no su auxilio personal.

—Teodosio, le dijo el patan: vengo á cumpliros mi palabra y á daros una buena noticia, que hace inútil vuestro generoso intento.

—¿Qué noticia me traeis?

—La loca no está en la sima, como creíais: la he visto sana y salva. Con que así, bajad presto á pasar la noche con nosotros; que estos lugares no son para que en ellos duerma en paz ningun cristiano.

Viendo Teodosio que aquel hombre temblaba, sin querer, ni poder quizás dar un solo paso hácia lo interior de la cueva, lo despidió diciéndole que él se quedaba allí para demostrar á los montañeses que nada temia.

En vano le instó el carbonero, arguyéndole de temerario; Teodosio fué insensible á sus ruegos, y tornó á quedarse solo en la espantable caverna.

Encendió luz, y tomando una tea, se dirigió con resolucion á la boca de la sima. Tiró adentro algunas piedras que caian en seco, despues de tropezar y detenerse brevísimos instantes en las paredes laterales. Ni era insondable, ni excesivamente honda, como creia el vulgo. Podia Teodosio atar la cuerda á cualquiera de las peñas inmediatas para descender con seguridad, y en cuanto á ser madriguera de alimañas ó dragones, el silencio que reinaba en lo profundo, harto indicaba lo vano de temores semejantes.

Angosta y circular, con un techo semejante en lo ojival á la arquitectura de este nombre,

y por los artesones, colgantes, festones y filigranas á la mudéjar y gótica florida, debia de ser uno de esos prodigios de estalactitas y estalacmitas, cristalizaciones y esmaltes, que como joyas de orfebrería, guardan las montañas en su estuche de rocas calizas.

Dado el objeto que se proponia Teodosio, y su admirable presencia de ánimo, todo le incitaba al descenso. De la posesion del brazalete, y por ventura, sólo de la noticia cierta de su paradero, dependia su felicidad, su influjo y crédito con la familia de Aitor, con la temida y prepotente Amagoya, inflexible, y en expresion de Olalla, tiesa como el peñon de Aralar, y de la cual tenia él necesidad para sus proyectos.

Es verdad que la joya no era de Teodosio; pero ¿quién le podia disputar el derecho y hasta la gloria de salvarla? Fuera de que García le habia encargado que la recobrase, es decir, que se la quitara á la loca, que la devolviese á su dueño.

¡Su dueño!

¿Qué otro podia ser que Amaya, la hija de Usua y de Lartaun de Butron? ¿No era ella la *hija de Aitor* por todos cuatro costados? ¿No se referian expresamente á ella las misteriosas y proféticas palabras que Aitor, en su famosa aparicion despues del incendio, habia dirigido á Amagoya?

Teodosio, por consiguiente, no creia faltar ni á sus deberes ni á su delicadeza en apoderarse de la mal segura presea, en averiguar fijamente su paradero, para que el secreto de que tanto bien habia de resultar al pueblo

éuscaro, no quedara á merced de una insensata, ó no fuese á parar á manos de una familia, mortal enemiga de los vascongados.

—Pensar, decia Teodosio, que hoy, esta mañana misma, esos tesoros estaban perdidos, sin esperanza, abandonados, olvidados, y que esta noche, dentro de poco, van á ser de mi dominio!.... ¡Y qué partido tan grande puedo sacar del hallazgo! ¡Ranimiro y su hija guardados á mi disposicion en mi propio castillo de Gastelúzar, y en mis manos tambien el brazalete!....

Pero esta idea debia turbar un poco su conciencia, porque tornó á caer en taciturna meditacion, y exclamó luego murmurando:

—No temo á la cruz, no; porque voy á cumplir con mi deber. Pero..... me temo á mí mismo. Yo la amo, la he pretendido cuando el tesoro de Aitor estaba olvidado, como cosa completamente perdida; pero si el secreto reaparece, si el tesoro se le adjudica, la hija de Lartaun, que hoy no es más rica que yo, me llevará mañana inmensa ventaja, y se dirá que la he pretendido para esposa cuando la he visto opulenta. Y no es esto, no, añadió levantando la frente inquieto y agitado; yo la quiero por fines más altos; yo la quiero para mí; pero tambien para su pueblo y para Dios.

Y volvió los ojos nuevamente á la cruz.

La luna, casi redonda, que habia aparecido en el horizonte una hora antes de ponerse el sol, salia en aquel momento de entre las nubes que cruzaban como fantasmas desde los picos del Pirineo á la cresta de Aralar, y dió de lleno en el fondo de la cueva, dejando en

descubierto sus rocas cortadas á pico, verticales y en hiladas de diversas estratificaciones rojas, parduzcas, amarillentas y azuladas, sólo interrumpidas por zarzas ó matorrales de espinos, avellanos y manzanos silvestres que brotaban en las grietas, ó por algun lagarto á quien el resplandor de la tea y los pasos de Teodosio habian despertado.

La cruz resaltaba sobre el pedestal y proyectaba torcidas sombras en el lienzo iluminado por la luna, cuando Teodosio, despues de haber atado la escala de cuerda llena de nudos á uno de los pilares próximos al pozo, arrojóla dentro, y se quedó como escuchando los ecos subterráneos, ó quizás indeciso y temeroso.

Creia percibir extraños ruidos y movimientos en el fondo de la sima. Entonces se acordó del dragon, y sacó la ezpata con ánimo de embestirle si por allí salia; pero quedóse como entumido y paralizado al sentir humana voz, que sonaba tremenda en lo cóncavo del peñon:

—¡Baja!

Teodosio quiso contestar; pero tiritaba, dando diente con diente.

—¿No bajas? prosiguió la voz. ¿No te atreves?

El arrogante caballero, no queriendo parecer cobarde ni ante personas invisibles, ni á sus propios ojos, fué á descolgarse de la cuerda; pero en su aturdimiento y precipitacion derribó la cruz, que cayó á la sima resonando de roca en roca con pavoroso estruendo.

Ya no pudo más; arrojó la tea y huyó des-

pavorido á la entrada de la caverna, quedando allá mudo y sobresaltado.

—¡No es esta empresa para mí! exclamó por fin con terror y desaliento.

Y al volver los ojos á la negra boca de la sima, aparecióse de medio cuerpo arriba una mujer, que desgreñada y con los brazos desnudos y cruzados delante del pecho, miraba á Teodosio con aire triste, desdeñoso y compasivo.

Era Petronila.

—Dices bien; no es para tí la empresa, ni para ningun hombre honrado, Teodosio, le contestó la aparecida.

Y como el hijo de Miguel se quedase mudo de asombro, de cólera ó de remordimientos, prosiguió la loca:

—Estos son los mancebos esperanza de la pátria; estos los hombres son que aspiran á reyes de pueblos que no los han tenido nunca. Estos que vienen aquí de noche y con escalas, como ladrones, á robar lo que no les pertenece; los que principian queriendo descubrir secretos que no son suyos, y que yo les arrojo á la cara en desafío.

—Petronila, exclamó Teodosio con ira, no me insultes, porque puedo olvidarme de que estás loca, como.....

—¡Como te has olvidado de tí mismo! añadió Petronila completando la frase, y sonriéndose con una compasion, con una amargura de semidiosa. Como te has olvidado de que eres cristiano, hasta el punto de convertirte en miserable instrumento de gentiles, que te seducen con la hermosura de mi sobrina la

pagana. Siéntate, amigo Teodosio, siéntate. Yo no te quiero mal, no quiero ni he querido mal á nadie; ni á esa misma Amagoya á quien tanto deseas complacer y por cuya conquista y proteccion darias la mitad de tu soñado reino. No perderás el tiempo en esta inmensa soledad que recuerda la soledad universal del diluvio, pasando breves horas con una pobre vieja y loca. Ante todas cosas, añadió como pidiendo confirmacion de sus protestas: yo no estoy loca, te lo advierto. He tenido mis manías, me he sentido con la cabeza débil, muy débil; porque era hervidero de encontrados pensamientos, de ideas inconciliables, de imaginaciones, de temores, de esperanzas, de torcedores, de angustias..... He perdido la razon dias, meses, años enteros quizá, y entonces descansaba. Por eso he vivido, y me despierto ahora con todo el vigor de la juventud; con fuerzas para cogerte en volandas y sepultarte en la sima; para abrazar peñascos y peñascos y aplastar á todos los paganos de Aitormendi. Pero te lo repito para tu gobierno, Teodosio, no estoy loca. Desde que la he visto.... ¡Qué hermosa es la hija de mi Paula! Desde que he recobrado el brazalete, y sobre todo, desde que tengo la seguridad de que nadie ha descubierto el secreto que me confió la primera hija y heredera de Aitor cristiana, la reina y señora del solar vasco, cristiano desde entonces para no dejar de serlo nunca; ¡ah! desde ese momento tengo juicio, y tenerlo no es ya mi tormento, es la tranquilidad, es la esperanza.. Y lo será más cuando haya completado la obra que me encomendó. Ya no

tengo dudas, ni temor, ni remordimientos. Hoy lo he descubierto todo, y todo lo veo claro.

—¿Dónde lo habeis visto? ¿Qué habeis descubierto? preguntó el caudillo de Navarra, que cuantos mayores esfuerzos hacia la hermana de Lartaun por persuadirle de su sano juicio, más precario y endeble lo creia.

—¿Dónde? En lo más hondo de mi cerebro. Hijo de Goñi, yo estaba loca; pero ménos de lo que todo el mundo se figuraba. Hablaba la gente delante de mí, como delante del perro tendido al amor de la lumbre; y en tantos años de pasar y repasar por mi cocina, chicos y grandes, cristianos y gentiles, monjes y seglares, godos y vascos, y hasta judíos, Teodosio, ¡hasta judíos! todo se ha dicho delante de mí, todo se ha revelado.—¿Quién está aquí? preguntaban.—La loca: no hagais caso.—Y seguian hablando.

—¿Quién?

—¡Quién! exclamó Petronila como espantada de sus recuerdos: Abraham Aben Hezra.

—Nunca lo he oido nombrar.

—Joziz Aben Joseph.

—Tampoco. ¿Qué gente es esa desconocida y que sabe, por lo visto, lo que yo, caudillo de los vascos, ignoro?

—Gente enemiga de vascos y godos; gente que trata de vender á España..... La misma Respha y Chori.... todos los cómplices de Basurde se han hospedado en mi casa, se han calentado en mi hogar.—¡Ah! ¿Quién es esa? La loca..... nada entiende..... es lo mismo que esa pared; lo mismo que ese escaño..... Es

imbécil, estúpida.... Y hablaban, hablaban, y yo cantar y más cantar..... pero quedito..... murmurando..... No perdia palabra.

—¿Pero llegábais á comprender?....

—Todo y nada. Comprendia lo que decian; pero entonces como si no lo entendiera, porque rara vez acertaba á unirlo y ligarlo con lo demás. Estaba como sin memoria, como quien sueña que se ahoga y no tiene fuerzas para alzar el brazo y asirse á la rama que le roza la cara. Yo tenia en mi cabeza un almacen de secretos, revelaciones y descubrimientos, como quien tiene un monton de piedras labradas, y no sabe levantar con ellas una mala pared. Pero hoy recobro el juicio, miro hácia mi balumba de sillares, y sin esfuerzo dispongo de ellos, y los muros quedan hechos y la casa terminada.

Teodosio no acababa de entender aquel género de locura, y las explicaciones mismas que se esforzaba en dar Petronila, le parecian nuevo descarrío de razon enfermiza ó de persona completamente desatentada. Pero en medio de todo, le infundia respeto y áun temor instintivo ó supersticioso. Cuerda ó loca, conocia aquella mujer á gentes de quien no tenia él la menor idea, y poseia secretos tan terribles, que quizás eran causa de su demencia.

¿Quién sabe si estaba inspirada por espíritu superior al de humanas criaturas?—Esta reflexion preocupaba principalmente al hijo de Goñi; porque en tal caso, el desacuerdo de miras y sentimientos en que estaba con Petronila, tomaba proporciones de lucha, en

la cual no podia lisonjearse de salir victorioso.

—Pero, ¿en qué piensas tú, Teodosio? le dijo Petronila, para sacarle de sus meditaciones. ¿Nada tienes que decirme ni que preguntarme? ¿Todo lo he de charlar yo? ¿Quieres que vuelva á perder la razon? ¿Me prefieres loca á sensata?

—¿Quién os ha dicho que estaba yo aquí? le contestó el caudillo, tratando de inquirir la causa de aquella extraña aparicion.

—Lo he presumido, desde que te ví alejarte de Echeverría, donde era natural que pasaras la noche. Al ver la direccion que llevabas por el camino de Aralar, no me quedó duda de la falta que ibas á cometer. Yo tenia la culpa. He sido siempre muy orgullosa y he creido á todos tan soberbios como yo. ¡Cómo suponer que un hijo de *Goñi,—Go-i-ñi;* en alto yo—habia de ser ménos mirado y celoso de su dignidad, que la pobre mujer de Ochoa? Eché detrás de tí.

Subí poco á poco, porque estaba ya cansada, cuando me encuentro al carbonero con zahones de cabra, que subia hácia el pico de Alchueta con teas y cuerdas. Quedóse sorprendido al verme, y con regocijado semblante me dijo que ibas á sacarme de la sima en que creias que me habia precipitado. Lo comprendí todo. Conocí que con pretexto de investigar si yo, que estuve esta tarde en la cueva, me habia sepultado en el pozo, querias descender al fondo para apoderarte del brazalete.

—¿Y por dónde habeis entrado en la sima?

—Por el fondo. No hay en esto milagro ni maravilla.

—¿Tiene salida á otro lado?

—Lo debias suponer. Su techo, sus columnas, sus cristales, se forman del agua que la roca destila, y si el pozo está seco, el agua que cae tiene que salir por alguna parte.

—¿Y habeis hallado el brazalete?

—Sí, y á poco que me hubiera descuidado, no habria tenido esa fortuna.

—¿Con que es decir que habeis salido de las entrañas de la tierra, habeis trepado á la boca de la sima, por la escala que yo arrojé, sólo por el gusto de decirme que me llevo chasco?

—Precisamente.

—¿Con que es decir que habeis venido á insultarme en la derrota?

—Teodosio, te veo muy próximo á tu perdicion, porque estás muy cerca de la amenaza. ¡Desdichado de tí si llega á salir de tus lábios! No te temo, ni á tí, ni á ningun hombre, porque soy superior á todos vosotros en fuerza y en valor. Sé defender mi vida como nadie; y en caso necesario sé despreciarla tambien. Así, pues, quieto, Teodosio, y tengamos la fiesta en paz; que yo, ni antes ni despues de loca, he sufrido amenazas, ni insolencias. Tus Amagoyas te lo pueden decir. Te llevas chasco, sí, pero no como te lo figuras, no como lo temes. Te llevas chasco, porque sin necesidad de descolgarte en busca del brazalete de Paula, te lo subo yo.

—¡Vos!

—Y lo subo para que lo tengas en tus ma-

nos, para que lo palpes y lo examines, y puedas decir á mi hermano Lartaun, á mi sobrina Amaya, á mi cuñada Usua, y sobre todo á mi concuñada Amagoya: esa alhaja ha parecido; ha estado en mi poder; he abierto sus secretos; los he registrado; he leido sus inscripciones, que son dos: una patente y manifiesta en vascuence, y otra oculta y debajo en latin: *Aitoris arcanum.*

—¿Será posible, Petronila? ¿No me engañas? ¿No te estás mofando de mí?

—Estoy hablando como solia hablar antes de volverme loca; cual debo hacerlo cuando de estas cosas hablo, y más aún, cuando de estas cosas tengo que tratar contigo por primera vez en mi vida; contigo, que tienes las mismas aspiraciones, y á tu manera, la misma ambicion que yo; contigo, que consideras á mi sobrina, cual yo á la hija de Paula, como inmediata heredera de Aitor, futura reina de Vasconia. Si no fuese para tratar contigo de cosas tan graves, ¿á qué habria yo subido aquí, buscándote en el desierto, y el silencio de la luna? Hubieras descendido á la sima, pero ni áun allí habrias dado con la joya que buscabas.

—Sentáos, pues, al par de mí, y hablemos presto.

—Presto, sí, no sea que recordando tantas y tan horribles cosas, se me escape la razon, se me trastorne nuevamente el juicio, y quede inútil para la gran obra que Dios ha puesto en mis manos.

—¡En vuestras manos!

—Y en las tuyas tambien, si no quieres que

el cetro con que estás soñando pase á las manos del hombre que necesito. Escucha, Teodosio, dijo Petronila, sentándose al borde de la peña: yo fuí quien para servir á mi amiga Paula, casada con el godo Ranimiro, avisé á éste de que Amagoya y su marido Basurde tenian emparedada á mi amiga en la torre de Aitormendi: yo exigí palabra al godo de que, para libertarla, no habia de verter ni una gota de sangre, ni perpetrar ninguno de esos atentados que la guerra, al parecer, autoriza. Pero cuando oí decir á todo el mundo que el caudillo godo llevó su venganza al extremo de incendiar el caserío de Aitor, y de abrasar dentro de la torre á una mujer, y de asesinar por la espalda al marido de Amagoya..... ¡Oh! entonces, sin datos y sin fuerzas tampoco para defenderlo, comencé á sentir dudas, escrúpulos, y por fin, espantosos remordimientos. No dormia, no comia, no sosegaba en ninguna parte. El mundo entero acusaba á Ranimiro; pero nadie tan crudamente como yo; porque nadie como yo sabia que la mujer abrasada era la esposa misma del incendiario, la cual habia dado, ó estaba próxima á dar á luz una criatura. Pero más que al bárbaro parricida, yo me acusaba á mí misma; mi conciencia me decia que sin mi delacion, sin mi desmedido afan de servir á Paula, aquellos crímenes no se habrian perpetrado. Agrega á esto que yo tambien, por complacer á mi amiga, habia puesto en manos del terrible perseguidor de los vascos, del mortal enemigo de nuestra raza, ese brazalete en cuyo seno iba encerrada la clave del secreto de Aitor. Y gracias

que guardé silencio acerca de este punto, y tuve la precaucion de ocultar á Ranimiro tan peligrosa noticia. Considera, Teodosio, si hay fuerzas corporales bastantes para resistir esa tortura; si hay corazon de roca ó bronce que no se quebrante en el yunque de tantos dolores; si hay cerebro que no quede aplastado bajo el peso de tan crueles pensamientos. Sólo Dios me sostuvo suscitando contra mí cierta clase de enemigos, y principalmente una mujer que me aborrecia por haberme hecho cristiana, y haber contribuido á la conversion de Paula, la primógenita de Aitormendi. Amagoya, mi eterna enemiga, Amagoya y sus paganos, eran los únicos que se acordaban de mí para acusarme, para echarme en cara mis desgracias, para atribuirme hasta complicidad con Ranimiro. Su acusacion me fué tanto más sensible, cuanto que recaia sobre los remordimientos de mi propia conciencia. Como ésta exageraba mis faltas, y la viuda de Basurde las abultaba hasta el punto de convertir sus increpaciones en calumnias, se rebeló tal vez mi dignidad ó mi orgullo contra aquella mujer, y principié por defenderme como cristiana contra gentiles, para acabar acusando á la que me acusaba, y queria convertirse en juez de mi espíritu. Sí, Teodosio, yo traia fiera batalla dentro del corazon, balumba de imaginaciones en la cabeza. Yo me decia: soy causa del incendio de Aitormendi, de la muerte de Paula y de cuantas calamidades aquella noche de espanto acontecieron; pero causa inocente, instrumento involuntario de la cólera

divina. ¿Hice mal, por ventura, en procurar que Lorea, la heredera de Aitor, abrazara nuestra santa religion?

—No, exclamó el hijo de Goñi, no hicísteis mal, sino bien: y ese mismo bien procuro y solicito yo para su sobrina, para su cuñado, para toda esa familia. Porque cuando esa gente sea cristiana, ¿quién podrá con nosotros?

—¡Cuánto me alegro de oirte hablar así, Teodosio! ¡Cuánto gozo me causan esas palabras consoladoras, al cabo de veinte años de terribles pensamientos! Pues bien, ¿hice mal en salir al encuentro de Ranimiro, cuando devastaba el país vascongado y nos amenazaba con nuevos horrores, para que le restituyésemos á su legítima esposa; hice mal en decirle: no busques rehenes, no persigas al inocente por castigar al culpable: haz la guerra, si quieres, pero con nobleza, sin crueldad; que yo te prometo descubrir el paradero de la mujer que buscas, y cuyas desventuras lamento como tú?

—Tampoco: y sobre todo, tu intencion era buena, pura, santa; y si los hechos correspondieron.....

—A mi buena intencion correspondieron, Teodosio; porque desde entonces se aplacó la ira del godo, como tempestad á la voz de Dios: la guerra perdió su feroz aspecto de implacable saña, de ciego exterminio, y los pueblos y caseríos de lo interior pudieron respirar, tornaron á vivir. Aún más: gracias á mi inteligencia con Ranimiro, y al convenio secreto que los dos habíamos celebrado, yo me

sentí estimulada á inquirir el paradero de mi amiga, y lo conseguí, y logré salvar el secreto de Aitor, que de otra manera hubiera acaso perecido. Despues de descubrir á Paula emparedada en la torre de su casa y con una hija en sus entrañas; á la primogénita de Aitormendi, injusta, bárbaramente maltratada por quienes, como inferiores, no podian ser sus jueces, ¿hice mal, por ventura, en dar cuenta de todo al que por ley de Dios era su señor, su esposo, y padre de la hija que aquella santa mujer llevaba en su seno?

—No: yo no me atreveria á condenaros, por espantosas que hayan sido las consecuencias de semejante paso.

—¡Bendito seas, Teodosio! exclamó la amiga de Paula, con voz entrecortada por hondos sollozos. Déjame llorar, amigo mio: despues de las que hoy han caido sobre la frente de mi hija, éstas son las primeras lágrimas que vierto al cabo de veinte años.

Y tras un rato de silencio, sólo interrumpido por flébiles suspiros y alguna que otra palabra de consuelo, que se aventuraba á decirle Teodosio, estrechando las manos de la anciana entre las suyas, prosiguió ésta:

—Pues hubo más: valiéndome del ascendiente que me daban mis buenos oficios, mi amistad con Paula y las confianzas y encargos que me habian hecho, arranqué al temido capitan de los godos la promesa de no entregarse á nuevos actos de violencia, de no derramar una gota de sangre por salvar á su mujer. Los únicos que aparecian culpables eran Basurde y Amagoya; y entonces fué cuando,

irritada yo por la persecucion de esa enemiga que tal prisa se habia dado en usurpar sus derechos, que ni á la muerte de Paula quiso aguardar para heredarla; entonces fué cuando se sublevó mi ánimo contra mi acusadora, y sin saber por qué, sin poderme fijar en otra razon más que en el instinto de mi orgullo, y si he de confesarte toda la verdad, en cierto respeto ó simpatía que inspira ese godo, ese Ranimiro, á quien llega á conocerlo; ello es que yo en lo íntimo de mi corazon, decia: no, no puede ser tan bárbaro, tan feroz, tan salvaje el marido de Paula, cristiano aunque godo: no puede ser tan criminal quien se enamora de una santa; no es posible que ese hombre leal y caballero, áun con sus más encarnizados enemigos, haya faltado á las promesas que á mí me ha hecho; á mí, que soy acaso la única vascongada, á quien por amiga y como representante de Paula, ha mostrado siempre respeto y cariño. No puede ser que ese hombre haya incendiado por venganza el palacio de Aitor, el solar de su mujer, el más antiguo y preciado timbre de sus hijos; y ménos que haya asesinado, que haya quemado viva á la esposa en quien idolatraba; y ménos, infinitamente ménos á su hija, único fruto de sus amores, única esperanza y consuelo único de su corazon.

—Sí, Petronila, dijo Teodosio, no puede ser. No conozco á Ranimiro más que por vuestro relato, y por haber visto su noble semblante desde la cima de las Dos Hermanas; pero repito con vos: "no puede ser." Y eso que atribuís al orgullo, era la voz de la razon, el

consuelo que Dios os enviaba en la perturbacion de vuestra conciencia, en las diabólicas sugestiones de que érais combatida.

—Pues bien, de aquí pasé yo á sospechar de mis acusadores. Contra Amagoya no me atrevia. Llegaba hasta cierto punto, hasta el extremo á donde podia conducirla su exaltacion, su fanatismo, su imaginacion á veces extraviada, su orgullo que en ocasiones hiere y lastima á los que son tanto como ella; pero eso no me explicaba los resultados que veia, las consecuencias que estábamos palpando, los atroces crímenes de aquella noche. No, no tengo que acusarme, á Dios gracias, de haberme dejado cegar por inquina contra la hermana de Paula; mis sospechas se dirigieron principalmente contra su marido.

—¡Basurde! dijo Teodosio: he oido hablar de él en muy diverso sentido.

—Y yo en uno mismo siempre; en el peor. Pero no anticipemos los sucesos. De Basurde, antes de volverme loca, no tenia yo más que el recelo que inspiraban la falsedad de su carácter, la manera poco noble con que llevó á su cuñada á la torre de Aitor; pero todas estas luchas trastornaron mi cabeza. Perdí el juicio, aunque tenia momentos de lucidez, y entonces, segun os he dicho, debí de oir cosas que se hablaban delante de mí sin empacho, como se habla delante de un niño; cosas que hoy acuden á mi memoria, sorprendida de hallarlas hondamente grabadas en mi cerebro. Yo no podia compaginar, ni comprender cómo á Ranimiro se acusaba de la muerte de su esposa embarazada, y cómo al

propio tiempo se hablaba de una hija de Ranimiro; y todo lo que con mi oscilante luz alcanzaba á vislumbrar, era que el godo se habia vuelto á casar, y tenido quizás esa hija de otra mujer, y que esa hija, goda por todos sus cuatro costados, y sin una gota de sangre éuscara, llevaria el brazalete de Paula, y si daba por casualidad con el resorte, el dia ménos pensado seria dueña de nuestro secreto, de los tesoros de nuestro patriarca Aitor. Esa idea me mataba. Pero no hace muchos dias que mis hijos fueron á la plaza de Iruña, y vieron salir á Ranimiro para el pueblo godo de Cantábria: hablaron del padre y de la hija; supe que ésta se llamaba Amaya, que era hermosa con la hermosura de las hijas de Aitor, y se complacia en cantar las canciones de nuestras montañas. Supe que Ranimiro no se habia vuelto á casar, y no me quedó duda de que esa dama era la hija de mi amiga. ¡Y esta mañana la he visto! He visto que Dios me la traia por el camino del precipicio; que se venia á mí frente á frente, á buscarme, á decirme: sálvame, porque ahora que los hombres han hecho todo cuanto pueden dar de sí, ahora que se ha palpado la inhabilidad de todo mundanal esfuerzo, ahora lo toma Dios por su cuenta, y te elige á tí por instrumento de su omnipotencia. Sálvame, y mira quién soy, mira á quién salvas. ¡Y la miré, Teodosio! exclamó Petronila con inefable ternura; la miré, la salvé, y Dios, completando su obra, me ha salvado por ella. ¡Sí, Teodosio: era ella! ¡Era la hija de Paula, vivo retrato de su madre! ¡No puedo equivocarme, ni confundirla

con ninguna otra! Es ella, hija de Ranimiro; pero hija de Aitor tambien. Ante esa luz, ante ese nuevo sol que despejó las tinieblas de mi cerebro, he descubierto todo lo pasado: he recordado lo que de Basurde se ha dicho delante de mí, cuando me creian imbécil ó estúpida, porque seguia maquinalmente murmurando mis canciones. Basurde se quedó en el caserío de Aitor la noche en que Amagoya, con todos los suyos, habia subido al monte á celebrar el plenilunio. ¿Por qué, siendo él pagano, no acompañó á su gente en la fiesta religiosa? ¿Por qué no huyó del caserío así que sintió el estrépito de la caballería enemiga? O si los creyó ginetes vascos, ¿por qué no se presentó á recibir cordial y hospitalariamente á los suyos? Despues del incendio se le vió salir de la casa y huir hácia el monte, y entonces fué cuando cayó muerto á saetazos por los godos; pero, ¿no pudo ser él quien dió fuego á la torre ó palomar en que estaba encerrada Paula?

—¿A qué fin?

—Al único que llevaba en su perverso y corrompido corazon hacia mucho tiempo: á fin de convertir á su Amagoya en heredera del poder, nombre, soberanía, y sobre todo, de las riquezas de Paula. Ese hombre, Teodosio, cuando tenia presa á mi amiga, se atrevió á proponerme que si ésta renunciaba sus derechos en Amagoya, si la hacia por consiguiente depositaria de los tesoros de la familia, quedaria en completa libertad, y podria volver á tierra de godos, á vivir con su marido. Desdeñado por mí, rechazado sin duda por

Paula, á quien es de suponer que hiciese, no una, sino mil veces esa misma proposicion, se halló con que su cuñada, la verdadera, la legítima hija de Aitor, acababa de dar á luz una niña, con lo cual se alejaban las esperanzas para él, tan avaro y codicioso, de ser dueño del tesoro. ¿Es temerario, por ventura, figurarnos que diese muerte á Paula recien parida, y que aprovechando la entrada de los godos, pegase fuego á la torre para ocultar su crímen con el incendio, y completar su obra infernal de exterminio de la rama primogénita del patriarca?

—¡Es atroz!....

—Sí; pero atrocidad menor que la que se atribuye á Ranimiro.

—Cierto, y más verosímil, dado el carácter del uno y del otro.

—Atroz; pero eso no lo he inventado yo: eso se ha dicho delante de mí, en mi hogar; y en mi hogar tambien se han indicado cosas aún más atroces de Basurde.

—¿Qué cosas?

—Cuando seas rey te las diré.

—Pero, ¿no conviene que yo las sepa ahora?

—Ahora no, y tú ménos que nadie. Es preciso que salgas de las garras de los enemigos de Cristo, de la viuda del malvado Basurde.

—Petronila, me duele el alma de tener que oirte hablar así de un vascongado.

—Antes que vasco era Basurde otra cosa.

—¿Qué?

—Pagano.

—Bien; pero pagana es su mujer, pagano

es tu hermano, pagana tu sobrina, y no por eso piensas de ellos.....

—Lo que pienso de Basurde. Cierto..... Aunque de su mujer..... de Amagoya no lo juraria.

—Pues bien, entonces.....

—No te lo diré, Teodosio. No me muerdo la lengua; desprecio el arma de la amenaza y del misterio. Ya lo sabes, ya lo estás viendo. Pero cuando debo callar, callo; y cuando la ocasion llega, ni el miedo á la muerte me impediria hablar.

—Guarda silencio. Lo que has dicho de Basurde me escuece, porque..... porque es tio de tu sobrina; pero antes que la *escualerria*, antes que esa niña, antes que Amagoya, están la justicia y la verdad.

—¡Qué balsamo derramas en las heridas de mi alma con esas palabras! ¡Cuánto me consuela el oirte hablar así! No lo olvides nunca, Teodosio; antes que la *escualerria*, están la justicia y la verdad. Pues bien, hijo de Goñi, aplica esa sentencia al caso en que te encuentras.

—Hablad.

—Teodosio de Goñi, no te cases con mi sobrina, la Amaya vascongada; cásate con Amaya la goda, la heredera, la hija de Aitor.

—¿Estais ya loca por ventura? exclamó Teodosio con una carcajada que resonó con estrépito en la cueva. ¿Estaré perdiendo el tiempo escuchando desatinos y sandeces? añadió murmurando.





## CAPÍTULO VIII.

### EL ECO DE LOS MONTES DE NAVARRA.

No ofendió tanto á Petronila que se dudara de su cabal juicio, como el poco respeto con que el caudillo vasco la trataba. Pareciéndola, sin embargo, debilidad indigna de su carácter, mostrarse resentida y personalmente agraviada; movida por recónditos resortes del corazon humano, que áun blasonando de franco y desprendido, procura siempre quedarse con algun fondo de reserva, contestó:

—¿Así desprecias á la hija de Paula?

Y quiso alejarse altiva y amenazante de la roca en que estaba sentada.

—No, le dijo Teodosio: la hija de Ranimiro puede ser para vos, y áun para mí, la primera dama goda; pero nosotros debemos despreciar al último de los vascos que quiera rebajarse hasta casarse con ella.

—Pues entonces, hijo de Goñi, no serás rey.

—A costa de mi honra no quiero serlo.

—A costa de tu honra, no; pero á costa de tu conciencia, sí.

—¿Por qué lo decís?

—Porque tú, hijo de familia cristiana desde los primitivos tiempos de San Pablo ó de San Fermin, quieres casarte con moza de quien nadie sabe que se haya bautizado.

—Lo he dicho; lo habeis oido: no puedo ocultarlo, ni ménos contradeciros, repuso Teodosio con entereza.

—Y ahora añado, replicó Petronila con ese mismo tono, que por lograr la mano de mi sobrina, no sólo estás faltando á tu conciencia, sino á tu propia dignidad.

—Petronila, segunda vez os ruego que me trateis con más miramiento.

—Sólo te ofenden mis palabras, en cuanto son eco de la voz que sientes en tu interior.

Teodosio inclinó la frente y guardó silencio. La amiga de Paula prosiguió:

—¿A qué has venido aquí? ¿A qué has trepado por breñas casi inaccesibles? ¿Para qué has mentido diciendo al pobre carbonero que me creias sepultada en ese pozo, cuando acababas de dejarme á las puertas de mi casa? ¿Para qué has pedido teas y cordeles?

—No lo niego: para descender á la sima y apoderarme del brazalete.

—¿Y qué querias hacer de él?

—Quitároslo á vos, y entregárselo á su dueño.

—¿Amagoya?

—Amaya de Butron ó Amagoya, lo mismo dá.

Entonces Petronila sacó del pecho la joya de oro que arrancó del brazo de la hija de Ranimiro, y despues de besar respetuosamente la cruz del óvalo, dijo:

—Míralo, Teodosio: aprovecha estos momentos de luna clara y casi llena: mira bien ese brazalete.

Y se lo entregó sin recelo. El hijo de Goñi lo recibió trémulo de gozo, y llevó tambien la cruz á los lábios.

—Míralo bien, añadió la generosa anciana: díme si esa cruz, imágen y recuerdo de la crucecita de madera que llevaba la primogénita de Aitormendi, cuando sólo de corazon era cristiana, puede pasar al dominio de mujer, loca de rencor contra los fieles. Atrévete á vender á Jesús por treinta dineros. Ya lo has besado: entrégalo ahora, á precio de la mano de tu Amaya, á la mayor enemiga de tu Dios. Nosotros acabamos de adorar el signo de nuestra redencion: ellas lo escarnecerán.

—Eso, no.

—¿Amagoya, no? ¡Ah, cuán ciego estás! ¡Qué poco la conoces!.... Y si no escupen á la cruz, como los judíos al rostro de Jesús; si no la guardan para escarnio, ¿quieres decirme que harán de esa medalla, desde el momento en que la abran y vean que no encierra ya el secreto por qué anhelan?

—El medallon será de la goda, norabuena; pero el secreto es de la hija de Aitor.

—¿Que se llama?.....

—Amaya.

—*El fin*. Lee, si sabes: mira lo que dice ahí.

—Lo sé: "El fin es el principio."

—Palabras de Aitor: ahí tienes su legítimo legado, su profecía explícita y auténtica. Díme tú ahora si una pagana podrá ser buen principio de cristiana monarquía.

—No.

—Pues bien: házte cuenta de que Aitor mismo lo declara y lo dice: ese brazalete, ese secreto, no son, no pueden ser, ni de Amagoya, ni de su sobrina.

—Tomadlo, dijo Teodosio; y sin abrirlo se lo devolvió á Petronila.

—Hijo de Goñi, exclamó ésta mirándole reconocida, pero sin haber olvidado del todo su resentimiento:—repite ahora que estoy loca.

—Lo mismo que antes. Tan desatinado sigue pareciéndome lo que me habeis propuesto, que si un vasco pretendiese á vuestra goda por esposa, no lo sé..... pero creo que lo mataria.

—¿Aunque fuese amigo tuyo?

—Con más razon si era mi amigo.

—¿Aunque se llamase García?

—No ofendais al héroe de las Dos Hermanas, respondió Teodosio con sarcasmo; pero ni sus latines, ni sus proezas, me detendrian: ni que el traidor fuera hijo de mi mismo padre.

—Calla, insensato, calla. Bien se ve que tratas con paganos: bien se te han pegado los desatinos de Amagoya.—Adios, Teodosio: he venido á brindarte con la paz y la amistad: me parto con el sentimiento de tener que hacerte la guerra.

Entonces el caudillo de los vascos la asió el brazo, y la dijo:

—Deteneós, Petronila: no quiero que nos separemos así. Tengo que hablaros: me habeis de oir; y si me escuchais, hemos de quedar amigos.

—No deseo otra cosa, contestó la loca, tornando á sentarse; pero por mucho que me digas, se me figura que no lograrás que cambie de propósito. Más que tus obras me espantan tus sentimientos.

—No podeis apreciar mis sentimientos, sin conocer mi historia. Escuchadme. Que estamos ya en los tiempos, há largas centurias pronosticados, en que los vascos, cercados, envueltos, despedazados por los godos, necesitamos un duque ó rey, nadie lo pone en duda. Coincide con esta necesidad, generalmente sentida, la desaparicion de la línea masculina de la casa de Aitor, y por consiguiente, la proximidad del dia en que una de las hembras de esa familia ha de ser reina, y posesora del tesoro escondido por nuestro patriarca.

—Conformes.

—No sé si lo estareis tanto en otra cosa que, sin embargo, no es ménos cierta. En esta tierra de vascones, entre los señores de todos estos valles, es tan corriente, consentido y vulgar que nuestro futuro rey ha de salir del solar de Goñi, que yo estoy acostumbrado á considerarme como tal rey, á recibir de los demás esta especie de homenaje. Si cualquiera lo pusiese en duda, me chocaria, y casi lo consideraria como ofensa. ¿En qué consiste

mi derecho? No lo sé: quizá en la veneracion que infunden las proezas, las canas y la condicion angelical de mi padre; quizás en la sangre de mis siete hermanos muertos en el campo de batalla; por ventura en que no hemos principiado á ser ambiciosos, y eso del ducado y del cetro, lo miramos como carga, no como galardon y término de nuestros afanes. Viéndome yo designado por todos para caudillo, y sintiendo en mi corazon—os lo confieso—el deseo de serlo; más aún, creyéndome ya ó capitan, ó rey, ó duque de verdad, naturalmente habia de pensar en tener esposa, en elegir reina. ¿Y quién habia de serlo? Yo no tenia eleccion: si el vaticinio habia de cumplirse; si habia de dar á mi pueblo lo que era suyo, tradicion y esperanza suyas, ó si quereis, supersticion popular; para mí no habia más que una mujer en el mundo: vuestra sobrina, la hija de Lartaun y Usua, conocida entre nosotros por *la hija de Aitor*. Situada su casa en valle tan apartado de los mios, de distinto clima, de distintas creencias; modesta ella, retirada y sencilla, y rudo yo, siempre entre godos y con las armas en la mano, nunca habia tenido ocasion de descender á las cercanías de la costa, á donde ni el atractivo siquiera de la caza podia conducirme. Pero no habia remedio; tenia que ver á vuestra sobrina con intencion de casarme con ella, si repugnancias invencibles ó razones superiores á mi conveniencia ó voluntad, no se oponian. La ví y quedé prendado de su hermosura, de su afable condicion. Vuestra sobrina tendrá poco más ó ménos veinte años, y ha sido educada

en Aitormendi por su tia Amagoya, que desde su viudez la considera como hija, como la mujer predestinada á colmar las esperanzas de nuestro pueblo. Así es que Amagoya se ha esmerado en infundir en el alma de su sobrina todo el espíritu de la raza de Aitor: Amaya sabe la historia, las tradiciones, los cantos antiguos, y las virtudes medicinales de las plantas; en una palabra, está educada como escogida y predilecta, como última flor de la rama de Aitor. En ella puede decirse que Amagoya ha echado el resto, agotando los fecundísimos raudales de la sabiduría de los siglos que atesora la imaginacion de esa mujer, desatentada, si quereis, mas no por perversidad de corazon, sino por extravío de entendimiento. Así instruida, así formada la hija de Aitor, con ódio mortal á toda novedad, y principalmente á la religion cristiana, volvió á casa de sus padres cuando iba á dejar de ser niña. Vuestro hermano Lartaun la reclamó, y se la llevó consigo. Tenia para ello fuertes motivos, potísimas razones, de las cuales supongo que ni siquiera tendreis idea.

—Supones mal.

—¿Por ventura conoceis á Asier?

—No, no lo conozco; no creo que exista ni que haya habido un Asier en el mundo; contestó Petronila frunciendo el ceño.

—Pues bien, prosiguió Teodosio: por algo sospechaba yo que ni siquiera tendríais la menor especie de estas cosas. Asier ha existido: Asier era un vascongado de las vertientes septentrionales del Pirineo, de las orillas del Adur; un pescador que llegó de improviso,

misteriosamente y como llovido del cielo al valle de Aitormendi, siendo acogido por Amagoya, y cautivando su corazon tan rápida como apretadamente: la cual, despues de haberle dado la más generosa hospitalidad, concluyó adoptándolo por hijo. Creo que todo el cariño de Amagoya, todos estos singularísimos extremos, se fundaban en dos razones: la primera, en que aquel niño, ó si quereis, mancebo, era pagano como ella y fanático como ella en su ódio á los cristianos; y la segunda, en su nombre, pues de los nombres se paga mucho la anciana. Aquel desconocido se llamaba Asier *(principio)*, lo cual debió de contribuir poderosísimamente á que Amagoya lo creyese predestinado para esposo de Amaya *(el fin)* por aquello que habia dicho Aitor: "el principio se unirá al fin." El forastero se dejó querer de la una, y se prendó de la otra.

No pareció regular á Lartaun que su hija, niña de doce á trece años, permaneciese en familiar y cotidiano trato con Asier. Pero como el valle de Butron y el de Aitormendi están próximos, las relaciones entre ambas casas seguian siendo íntimas; hasta que un dia se presentó el mancebo á vuestro hermano, y le pidió la mano de su hija, fundado en la pasion que por ella sentia, en el amor con que le correspondia Amaya, y en la esperanza de hacerla dichosa.

—¿Y qué le contestó Lartaun?

—Le dijo friamente que esperaba, en efecto, que su hija fuese feliz por espacio de algunos años todavía con sus corderos y sus flores,

y las caricias de sus padres, y sobre todo saliendo poco de Aitorechea, y escaseando en adelante las visitas de Aitormendi.—¿Pero despues? le preguntó Asier; y Lartaun le replicó que doce ó trece años no apuraban mucho para pensar en lo que habia de venir despues; pero que al fin, cuando la sazon llegara, no faltaria algun señor vascongado y conocido que quisiera honrarse con la mano de la hija de Aitor, heredera de algunas docenas de caseríos y de miles de cabezas de ganado. Asier cayó de rodillas é insistió: "Mirad que soy el hijo adoptivo de Amagoya, el prometido por Aitor al pueblo vasco: mirad que mi nombre se elevará más alto que la espuma de los mares que azotan las rocas en la tormenta: dadme vuestra hija; porque Amagoya ha prometido hacerme duque de los vascos.—Cuando lo seas, le contestó Lartaun, sonriéndose desdeñosamente, vendrás por ella."—De hinojos estaba Asier, como os he dicho, y de hinojos lo dejó Lartaun, y tendidos hácia él los suplicantes brazos. Cuando el desvanecido mancebo se vió solo, humillado y escarnecido, levantóse con la soberbia y despecho de Lucifer. Tenia, como pescador, además de la casa de su madre adoptiva, una choza cerca de la playa, choza que el viento solia derribar dos ó tres veces al año, y que el muchacho reconstruia en algunas horas, y esta *chabola*, una barca y una red, constituian todo su ajuar. Salió del valle de Lartaun, y sin volver al de Amagoya, se encerró con su despecho en la cabaña de la costa; salió al poco rato, se embarcó en su bote, cortó la amarra, y con sen-

dos remos en las manos se lanzó mar adentro, sin mirar al cielo que amenazaba con borrascas. No se habia alejado muchas brazas de la orilla, cuando se le vió arrojar al agua los remos é izar la vela. Locura sobre locura, negra desesperacion: porque el viento era recio, el mar de fondo, relámpagos hendian las cenicientas nubes, y no lejanos truenos retumbaban sordamente bajo la pavorosa concavidad que cerraba el golfo. Pero Asier desplegó la vela entera, se puso en pié, se envolvió en su negro manto vasco, cubriéndose con él rostro y cabeza, y se tendió en la popa como si fuese á dormir tranquila siesta.

—¿Y qué sucedió?

—Lo que no podia ménos de suceder. El barco, á merced del viento y las olas, entre rayos y truenos, no flotaba, volaba con rapidez vertiginosa, y muy pronto desapareció en la bruma que ascendia ó las nubes que bajaban, y la gente de la costa lo perdió de vista para siempre. A los pocos dias, unos pescadores que habian salido á tender sus redes en alta mar, volvieron con la noticia de que habian encontrado el bote destrozado y con la quilla hácia arriba. Asier habia perecido.

—¿Cuánto hará de eso?

—Unos ocho años.

—¿No pareció el cadáver del mancebo?

—No: ni era fácil que pareciese, habiendo naufragado á tal distancia. Desde entonces no se ha vuelto á tener la menor noticia del infeliz, y cuando yo me dejé ver por allá, hasta la memoria de su desesperacion, propia de gentiles, se habia perdido.

—¿Y mi sobrina tambien lo habia olvidado?

—Eso es lo que yo dudaba cuando la conocí, dulce, sencilla; pero grave, circunspecta y reservada. Hice todo lo posible por conquistar su afecto y su confianza, y creo haber conseguido lo primero, mas no lo segundo.

—¿Estás seguro de que te ama la hija de mi hermano?

—Bien puedo asegurarlo: me ama, sí; pero no sé qué pena, qué disgusto interior la detiene y áun la devora.

—Esa pena te ha debido traer al conocimiento de los deberes que por esa doncella has olvidado. Si Amaya te ama, comprenderá que siendo como es pagana, no puede ser tu mujer; que ni ella, ni su padre, ni su madre, ni mucho ménos Amagoya, consentirán nunca en esa union, la cual, si á los infieles mismos repugna, para tí debiera ser nefanda.

—Lo que debia de ser, eso es, Petronila. Yo no me casaré jamás con Amaya gentil. Esa mujer no podria ser reina de los vascos.

—¡Ah! Pero si pudiera serlo, aunque gentil, te casarias con ella; ¿no es verdad?

Teodosio guardó silencio, y contestó despues de breve pausa:

—Pues bien, ¡no! La amo; he llegado á profesarla verdadero cariño, no por hija de Aitor, no por su tesoro. Todo lo contrario; el tesoro es un obstáculo, un estorbo para mí. La quiero por ser quien es, por sus prendas y dotes personales: la quiero por su bien; quizá, quizá porque creo que Dios nos ha hecho el uno para el otro. Pero si ha de ser mia, antes

que la bendicion nupcial ha de recibir el agua del bautismo, y si no, ¡no!

—¡Ella!

—Ella por de pronto, y luego sus padres, y hasta su tia.

—¡Sueños fúlgidos, hermosos!—Yo los conozco: soy experta en estos achaques.—Pero al fin, sueños.....

—Sueños que sólo vos podeis convertir en realidad.

—¿Yo conquistar para Dios á mi sobrina, á mi hermano y á la frenética Amagoya?

—Y con ellos el valle de Aitormendi y el de Butron; con ellos á los escasos restos de la escualerria, que aún permanecen infieles.

—¿Cómo? ¿Cómo? Explícate, jóven; porque no te ocultaré que tu relato ha llegado á interesarme. Prosigue.

—Ranimiro dormirá esta noche en Gastelúzar, en el castillo de Goñi: es necesario que permanezca encerrado en él hasta que tenga una entrevista con Amagoya.

—¡Con Amagoya! repitió Petronila con cierta sonrisa que Teodosio no alcanzó á ver, pero que pudo adivinar por el acento de la amiga de Paula. Pero eso, ni viene al caso, ni depende de mí.

—De mi voluntad dependia, y lo he dispuesto.

—¿Y qué más dispones? ¿Qué me mandas á mí, qué órdenes das á tu vasalla, rey de los Pirineos? preguntó la anciana con la misma ironía.

—Si fuese rey os diria: revelad vuestro secreto á la reina; devolved ese depósito á sus

dueños. Como todavía no soy rey, os ruego, os suplico por vos, por mí, por toda esta tierra, por bien de la religion.....

—¿Cristiana?

—No hay otra. Por bien de nuestra santa religion, os pido que os decidais en favor de vuestra sobrina Amaya de Butron, y reconozcais su derecho.

—¿Y entonces?

—Entonces, ella y sus padres, la misma pertinaz Amagoya, humillarán la frente para recibir el agua del bautismo.

—¿Esa es por ventura la condicion que te han impuesto?

—Petronila, á mí nadie me impone condiciones; Teodosio de Goñi no las admite nunca.

—Tienes razon. Se me olvidaba: los reyes no las toleran.

—Ni los hombres como yo.

—Los hombres como tú pueden reconocer y confesar la inocencia de Ranimiro, las injusticias que contra él se cometen, las prevenciones de que es víctima; pero no cejan en su propósito, siguen adelante, adelante siempre en su camino. Inocente ó culpable, tú necesitas entregar á Ranimiro al ódio de la viuda de Basurde, y lo entregarás: á tí te conviene que esa familia te sea deudora del secreto de Aitor, y no pararás hasta arrancármelo; no para tí, sino para presentarte con él y reclamar albricias. Vas á tu fin, y nada te distrae de él: quieres llegar á un término, y no hay obstáculos que te arredren.

—¿Y por qué no, si el fin es bueno?

—¡Desdichado! No puede ser bueno el fin cuando para lograrlo es menester atropellar justicia y verdad, las cuales, si son antes que la *escualerria*, por mucho que valgas, deben ser antes que tú.

—¡Justicia! ¡Verdad! No las reconozco en vuestra causa: están de mi parte. De ahí mi firmeza, mi teson.

—Pues bien: tu causa es una, la mia es otra. Estamos en discordia: necesitamos un juez que la dirima.

—¿Y quién puede ser juez en esta causa?

—¡Y eso lo pregunta un vascongado!

—Lo pregunto, porque Amagoya, llamada por costumbre y tradicion á ser juez, es parte.....

—Mi juez ha de tener juicio. Para locos basto yo. Mis jueces han de ser cristianos.

—Marciano, nuestro santo prelado, es godo.....

—No te canses, dijo Petronila: nuestro juez ha de ser Dios.

Teodosio se la quedó mirando nuevamente, siempre dudoso del juicio de aquella mujer.

—¡Cómo! la contestó. ¿Quereis que Dios descienda de los cielos y nos hable?.....

—Teodosio, exclamó la loca: Dios nos habla siempre que humilde y sinceramente queremos oir su voz. La Providencia es tambien el lenguaje de Dios. ¿De qué se trata? De promesas que por respeto llamamos profecías, y de cuyo legítimo sentido nadie responde. Pues bien; si Dios las ha inspirado, la Providencia se dignará explicarlas. ¿Han de tener cumplimiento en una mujer pagana? ¿Ha de ser ene-

miga de Cristo la adalid y señora de un pueblo cristiano?

—¡Ya os he dicho que no!

—¿Y has de ser tú el guía, por ventura? ¿Has de serlo tú, jóven Teodosio, siguiendo por la senda que llevas? ¡Responde! ¡Responde!—¡Ah! ¿No te atreves?—Pues bien, ¡no, mil veces no! Vuelve los ojos; mira al Oriente. ¿Qué ves allá bajo el murallon de los Pirineos, en el seno de los montes, en lo negro y escondido de los valles? ¿No percibes confusa claridad en las tinieblas, vaga lumbre como de hoguera que se apaga?

—Es Iruña [1].

—Pamplona, la ciudad de Pompeyo, no la *buena ciudad*. Los reyes vascones han de coronarse allí, han de tener allí su trono. Díme tú ahora, si por estas breñas y peñascos, si por la sima de esta cueva abajo, te propones llegar á la conquista de Pamplona. La ciudad fermenta en rebeliones, hierve en judíos, y allí se encaminaba Ranimiro á sosegarla. ¿Quién le ha detenido? ¿Es el futuro rey, por ventura? Allí quiere arribar el de los godos, que trae en pos de sí innumerable gente dispuesta á castigar rebeldías y traiciones, y vengar el agravio que nuestros montañeses acaban de hacerle: ¿dónde está el caudillo de las montañas? ¿Qué disposiciones toma el cabeza de los vascos? ¿Qué hace para contrarestar las fuerzas enemigas? ¿Qué para defender siquiera su valle y su casa, y á su padre y á su madre, cuya edad no les permitirá

1 *Buena poblacion*, en vascuence.

siquiera huir á las selvas de Urbasa y Andía?

De todas cuantas reflexiones le habia hecho Petronila, ninguna como ésta llegó tan profundamente al alma de Teodosio, ninguna le escoció tanto, porque era la más cierta; porque su conciencia se la dictaba; porque real y verdaderamente se sentia culpable.

Quizá por lo mismo ninguna rechazó con tanta energía, con más apariencia de sinceridad y razon.

—Petronila, exclamó: no entiendes, no quieres entender estas cosas. El camino que sigo es el más recto y el más corto. Sólo tú me detienes en él. Dáme lo que te pido, y volveré mañana con la tríbu de Andeca, con la tríbu de Amagoya, con las cuatro del *lauburu:* y antes que Rodrigo haya logrado sosegar á los turbulentos de Iruña, caeré sobre él y le cerraré todas las salidas del valle en que se asienta esa ciudad. Si las palabras de Aitor son profecías, en la hija de Aitor tendrán su cumplimiento: quien haga á Teodosio dueño de Amaya, ese le hace rey, y quien le haga rey le hace dueño de la ciudad donde ha de sentar su trono.

—Es inútil disputar contigo, porque no hablas con sinceridad. Una loca te muestra la razon, y tú le respondes con la demencia de tus pasiones. ¡Oh, Teodosio! Me extremece el pensar qué golpe tan tremendo necesitas para abrir los ojos á la verdad. Tiemblo por tí, porque te quiero: tiemblo por los que más amas, porque los creo destinados á enseñarte con su vida el camino del arrepentimiento.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé; pero, ¡desdichados aquellos á quien Dios está llamando con voz suave y no la escuchan! ¡Desdichados mil veces; porque la voz sube, los golpes arrecian, y sabe Dios cuál será el último aldabazo que ha de sonar á las puertas de su corazon! Entretanto, guárdate de tocar á Ranimiro; guárdate sobre todo de atentar á la vida y libertad de la hija de Paula. Ni tú, ni Amagoya, podeis ordenar nada contra los godos prisioneros de García. Vuelve á Goñi y reune á los ancianos.

—¿Quereis someterlo todo á nuestra junta de los Doce? exclamó el caudillo, sorprendido con súbita esperanza.

—¿Y por qué no?

—Porque..... porque.....

Y Teodosio alborozado, no se atrevia á proseguir, como si temiese ofender á Petronila con su júbilo, ó que ésta cayese en la cuenta de la candidez de su proposicion.

—Te comprendo, Teodosio. Há poco me creias loca; en este momento te parezco mentecata, pues te figuras que despues de tanta porfía, acabo de entregarme á tí atada de piés y manos.

—No lo negaré. Yo creo que dejar hoy con vida á Ranimiro, es heróica magnanimidad: devolverle la libertad un imposible, y mayor imposible, si cabe, que los ancianos de la tierra azotada por ese godo, consientan que vuelva á su hogar con la herencia y blason de nuestros mayores.

—Tanto mejor para tí.

—Petronila, me deja asombrado y reconocido vuestro desprendimiento.

—Y á mí no me asombra, pero me agrada tu franqueza.

—Así, pues, sabeis bien lo que os haceis, lo que habeis prometido.

—Perfectamente.

—¿Y no obstante, insistís en ello?

—No tengo más que una palabra.

—De este modo nos separamos amigos.

—Pero contrarios.

El campeon de la hija de Aitor queria marcharse; pero no acertaba á moverse.

Tambien Petronila permaneció como enclavada en la roca.

Hubo un rato de profundo silencio. A entrambos les faltaba algo que decir.

—Petronila, me dá en qué pensar vuestra firmeza.

—No es para ménos.

—¿Esperais vencerme?

—Lo temes tú tanto como yo lo espero.

—Pero eso que esperais, eso..... de ningun modo, por ningun estilo puede verificarse.

—Pues entonces, ¿qué temes?

—Temo....... Vuestra firmeza, vuestra arrogancia, me hacen dudar de todo. Temo que la hija de Usua no me ame, y yo la quiero con todo mi corazon; temo que su padre Lartaun me falte; que Amagoya, á quien apenas conozco, no se incline nunca hácia mí.

—¿Y nada más?

—Sí; temo que Amaya la goda se quede entre nosotros, que se haga vascongada, que se case aquí..... ¡No, no! Eso no será. Yo no sufro rivales ni en pretensiones de amor, ni

de puestos. El mio ha de ser el primero, y nadie se atreverá á disputármelo.

—Por eso te decia: cásate con la Amaya de Paula, no te cases con la de Usua.

—Pero, ¿hay alguien que ponga los ojos en esa mujer con ánimo de hacerse rey de los vascos? exclamó el jóven fuera de sí.

—Si con ese fin la pretendiese, se rebajaria tanto, que nunca llegaria á subir al trono.

—¿Me dais una leccion?

—Un consejo.

—No lo necesito, replicó Teodosio de mal talante, al verse tan acosado por una loca.

—Teodosio, exclamó Petronila, concluyamos de una vez. A nadie viene mal un buen consejo; pero tú lo has menester hoy más que nadie. Estás ciego por el vaho de las pasiones que hierven en tu corazon. ¿Qué pasiones son esas? ¿Cuál es la dominante? No lo sé. ¿Es amor? Haz que mi sobrina se bautice, cásate con ella, y tu nombre será bendito entre todos los vascos. ¿Es ambicion?

—¡No! Yo me casaria con ella áun cuando no fuese la heredera de Aitormendi y del tesoro.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Prestadme por un momento vuestro brazalete.

—Tómalo. Pero si es para hacer sobre él un juramento, no lo hagas, no lo necesitas. Te creo bajo tu palabra.

Y Teodosio, con el medallon de la joya en los lábios, repuso conmovido:

—Es para renovar la promesa que tengo hecha á Dios de no casarme con la hija de

Aitor, si no se convierte y se bautiza; es para repetiros que en cuanto sea cristiana me casaré con ella, aunque llegue á persuadirme de que nunca han de ser suyos, ni los tesoros, ni los derechos de esa familia.

La loca de Echeverría estaba conmovida tambien.

—Hijo del venerable Miguel de Goñi, le contestó, en memoria de esta noche y de esa palabra, guarda el brazalete. Tienes fé. Tu corazon se extravía; pero tu espíritu es cristiano. No expondrás nunca esa cruz á la menor profanacion.

—¡Jamás!

—Conserva el brazalete mientras para santos fines lo necesites, y devuélveselo despues á la hija de Paula.

—¿Sin el secreto?

—Ni tú, ni yo, disponemos ya de él, porque hemos convenido en que sólo ha de entregarse á quien Dios claramente designe, despues que oigamos á los ancianos. Así queda completamente tranquila mi conciencia, así estoy segura de obrar bien, sin dejarme llevar ni por amistad, ni por resentimientos. Te entrego el brazalete para que despues de haberte valido de él, segun tu celo y prudencia, se lo devuelvas á la hija de mi amiga; porque tampoco quiero que me quede el escozor de no haber contribuido á darte sobre la familia de mi hermano el ascendiente que, segun has indicado, puedes lograr con esa joya.

—Petronila, elevado mi espíritu con tus palabras, ese medio me parece ya pueril, y ni soy niño, ni quiero dejar de portarme como

hombre. Tomo el brazalete por más altas razones. Haré ó no uso de él, segun lo crea conveniente; pero nunca por jactancia, que seria indigna de mí, ni ménos por reprobados fines, que serian ofensa de Dios. De todos modos, lo recibo con la obligacion de restituirlo á vuestra protegida. Ahora, Petronila, añadió el jóven á usanza vascongada, agur, agur.

—¿A dónde vas?

—No quiero ocultároslo: no retrocedo, sigo mi camino. Voy á ver á Amagoya; voy á darle la noticia de la prision de Ranimiro; voy con ese motivo, á proponerla que se una á mí, que concurra con su indisputable y poderoso influjo á la resistencia contra el nuevo rey de los godos, que debe de hallarse ya en nuestro territorio; voy á conocerla con ánimo de conquistarla para los cristianos y para mí.

—Teodosio, ¿lo has pensado bien? Si esa mujer se presenta en Goñi, ten por segura la muerte de Ranimiro.

—Más cierto es aún que estando mi padre, estando García, estando yo en el valle, con Amagoya ó sin ella, Ranimiro no ha de ser atropellado. Si muere, será por sentencia de nuestros jueces, despues de habérsele oido. Pero morirá, no lo dudeis.

—No morirá despues de habérseme oido á mí.—Que Dios me conserve el juicio para entonces. Yo iré tambien.

—Todos cabemos en Val-de-Goñi.

—¿Tiene Amagoya noticia de tus amores?

—Ninguna. Pero sólo de ella depende ya mi felicidad.

—¡Pobre Teodosio!

—¿Qué quieres decir?

—Ten cuidado con la gente pagana.

—Petronila, vos me ocultais algo acerca de esa misteriosa mujer, algo que no me debeis callar; y para probároslo y estimularos á decírmelo, os voy á hablar con toda franqueza, dándoos ejemplo de confianza. Sabeis que he pretendido la mano de la hija de Aitor; pues bien, sus padres no me la han negado. He puesto por condicion que habia de hacerse cristiana, y ni ella, ni vuestros hermanos lo repugnan.

—¡Mi hermano! ¿No lo rechaza mi hermano?

—Ni vuestro hermano Lartaun, ni vuestra cuñada Usua, ni vuestra sobrina Amaya de Butron.

—¡Oh! ¡Si eso fuera cierto, dicha grande para todos ellos, para los vascos, para mí! ¡Qué tranquilidad para mi corazon, qué seguridad para mi pobre juicio!

—Cierto es. Pero..... temen á la Adivina.

—¡Yo que ando en sospechas de Amagoya! ¡Yo que alguna vez, Dios me lo perdone, he llegado á dudar hasta de mi hermano!....

—Vuestro hermano no quiere romper con ella: ó la tiene miedo, ó la venera, como resto de las edades primitivas. ¿Quién como Amagoya? dice.

Entonces Petronila alzóse súbitamente, y puesta en pié sobre el abismo, levantó el brazo y el índice, y exclamó con voz robusta, y como inspirada por espíritu celestial:

—¡Quién como Dios!

Y en el fondo de la cueva resonó el eco por vez primera: "¡Quién como Dios!"

Quedaron ambos silenciosos.

—¿Lo oís? prosiguió la sublime anciana..... ¿Es el eco por ventura, ó el arcángel San Miguel á quien los vascones, como adalid de celestial milicia, invocan en las batallas? Véte á decírselo á mi hermano. Díle que temiendo á Dios, no tema á nadie, ni áun á Amagoya. Díle que cuente conmigo, y que á mí no me asustan, ni me han detenido nunca las Amagoyas: que si ellas han jurado que mi sobrina no se casaria con ningun cristiano.....

—¿A quién se lo ha jurado Amagoya?

—A su marido Basurde. Se lo juró al nacer Amaya, mi sobrina.

—¿Y quién era Basurde para exigir ese juramento á su mujer?

—Y pretendió tambien que mi hermano se lo prometiese. Pero Lartaun lo rechazó por dignidad, no quiso que aquel hombre se mezclara en cosas de la familia.

—Pero ¿quién era ese hombre de tan siniestro influjo y tan audaces pretensiones?

—Teodosio, ha llegado la hora de decírtelo. No eres rey, no vas á conquistar pueblos; pero vas á ganar almas para Dios, que valen más que los reinos de este mundo. Vas á saber lo que necesitas para esa noble conquista: voy á probarte cómo mi hermano puede contar conmigo desde hoy. Te diré lo preciso: no me preguntes más, porque nada más has de saber. Ese hombre, ese Basurde, era..... ¡era un astrólogo!

—¿Y quién son los astrólogos?

—Gentes que miran mucho á las estrellas.

—Pero eso no es malo; eso nada me explica. Basurde, por otra parte, diz que miraba más á la tierra que al cielo.

—Lo de las estrellas, pretesto, manta de flores que encubre horrible trampa. ¡Desdichados los que llegan á caer en ella! Sin un milagro de Dios, no salen jamás. Se distinguen por su ódio especial y diabólico á nuestra religion. No profesan ninguna, y admiten en la secta á todos, sean cristianos, gentiles ó judíos, y se conocen entre sí, y tienen sus misterios.

—¿Y creeis que Amagoya pertenezca á tan horrible secta?

—Lo pienso alguna vez; pero otras la creo muy vascongada para ello.

—Sin embargo, su marido lo era tambien.

—Su marido..... no sé lo que era. Basurde antes de mi conversion trató de envolverme en sus redes, y por él tuve alguna noticia de ese gremio de astrólogos, que es muy antiguo; cosa de griegos y romanos. El atreverse á exigir promesas á mi hermano, me hizo recelar que sobre él ejerciese algun imperio. La negativa de Lartaun me tranquilizó. En cuanto á la usurpadora de Aitormendi, resabios conocidos tiene de las malas inclinaciones de Basurde. Su aversion al cristianismo no es natural. Desde que Amagoya se hizo sacerdotisa, las festividades del plenilunio, so pretesto de restauracion de antiguos usos y costumbres, tomaron distinto carácter del que tenian cuando las presidia Lorea. Eran entonces sencillas danzas á la puerta de casa, y

fueron despues, y supongo que ahora serán, especie de idolatría en el astro de la noche, al que ciertas familias comienzan á llamar *Jaungoicoa* (Señor de lo alto, Dios) en lugar de *Ilarguía* (luz de los muertos, luna) [1]. Esa mujer, terca y obstinada, tiene además desvanecimientos de soberbia. Si en ella fundas tu esperanza, te compadezco: mi sobrina no será nunca cristiana. Pero confia en Dios. Lo que no se hace con los astrólogos por delante, se hará con los astrólogos á la espalda.

—Pero Amaya, Usua y Lartaun exigen para hacerse cristianos, que Amagoya les acompañe á la fuente bautismal.

—¿Lo exigen?

—Me lo acaba de decir vuestro hermano: ésta ha sido su última palabra.

—¡Su última palabra!

—Sí.

—Por manera, que no se convertirá Lartaun.....

—Si antes no se convierte su cuñada. Es débil: le arredra el recuerdo de Paula..... vivir en intestina guerra con su familia, tener que alejarse de Aitorechea, ó que arrojar de Aitormendi á la Adivina.....

—¡Ah! exclamó Petronila desconcertada: eso no es querer de veras ser cristiano; eso es imponer condiciones á Dios.

Y dobló la cabeza con desconsuelo.

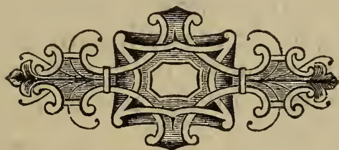
1 Así lo deja sospechar Luciano Bonaparte. Este príncipe, que lo es tambien de los vascófilos, observó que los roncaleses dan á la luna el nombre de *goicoa*, y de aquí la indicacion de que *Jaun goicoa* pudiera ser síncopa de *Jaun goicocoa*, que en rigor significaria: *Señor de la luna.*

Fué un instante, un solo instante de abatimiento y desmayo; porque al punto irguió la frente, y con aquella poderosa voz estentórea y aquella sobrenatural inspiracion que conmovia las rocas, tornó á exclamar:

—¿Quién como Dios?

Y "¿quién como Dios?" volvió á contestar el eco.

Pero esta vez creyeron entrambos divisar dulcísima claridad en la cueva, y cayeron de rodillas.





## CAPÍTULO IX.

DONDE SIN PROBARSE QUE AMAGOYA FUESE ASTRÓLOGA, RESULTA MATERIALMENTE DEMOSTRADO QUE TENIA RIBETES DE ASTROLOGÍA.

AMANECIÓ Teodosio, no en la cueva del Dragon, donde lo hemos dejado, sino en un recuesto de la cercana cumbre de Alchueta, que domina por el Norte la peña de San Miguel.

Defendíale superior altura del airecillo más que fresco del alba, y tenia á sus piés hoguera medio apagada, que durante la noche le habia prestado calor y ahuyentado las fieras. Así pudo dormir á pierna suelta breves horas sobre el musgo de las rocas, con las armas al lado, la capa por manta y el zurron por cabezal.

¡Magnífico lecho, por cierto, para el presunto duque ó rey, príncipe desde luego y

caudillo de primer órden en tierra de vascones ó navarros! Pero aquella rudeza y sencillez; aquella indisputable fuerza personal y desprecio de comodidades, afeites y regalo, nos explican precisamente la resistencia de los montañeses pirenáicos á los dominadores de España, del Africa Tingitana y de la Gália Narbonense, su indiferencia por el arribo de las huestes enemigas, su nunca domada independencia.

¿Cómo tríbus, cuyos señores sólo se distinguian de los vasallos por el valor y pericia militar, y por su hospitalidad y largueza; que para viajar no necesitaban escolta, convoyes ni equipajes; que si carecian de caminos, tenian en cambio una posada en cada caserío, mesa puesta en cada lugar, y relevo de postas en cada dula ó caballeriza; cómo habian de ser vencidas por los magnates de los *rizos* y brazaletes, que no sabian moverse sino acompañados de montones de siervos y bucelarios, de caballos con frenos de plata y oro, y gualdrapas recamadas de perlas, y doradas literas y sillas de mano?

Bien se puede asegurar que aquel jóven de anchos hombros y enarcado pecho, no habia abandonado la caverna por miedo de los lobos, que en sus no lejanas madrigueras debian de percibir la fragancia de los apetitosos fiambres de Olalla: tampoco, aunque en honor de la verdad, esto se me figura más problemático, por temor á fantasmas, trasgos, brujas y criaturas diabólicas, toda vez que desde el último suceso de la cueva se creia, piadosamente pensando, bajo la especial tu-

tela del Arcángel, patrono de Navarra. Pero aquel hombre de espíritu audazmente ambicioso y de naturaleza vigorosa y fuerte, que se alimentaba al parecer con tuétano de leon, buscaba por instinto el aire, el espacio, la techumbre del firmamento, y al propio tiempo, sentíase como asustado de la maravillosa proteccion con que principiaba á ser favorecido.

Razon para confiar si á ella correspondia, y para temer tambien si no la aprovechaba.

Por de pronto, ninguna mella habian hecho en su voluntad de hierro, los acontecimientos de la pasada noche. Con los mismos propósitos que llevó al monte de Aralar, se preparaba á descender aprovechando la primera luz del dia.

Muchas y muy grandes cosas habia oido, mayores, tal vez, presenciado; pero su pensamiento, conmovido pasajeramente cual polvo en remolinos, tornaba siempre al centro de gravedad á donde constantemente propendia.

Sus pretensiones no son para nosotros ningun misterio. Podia Teodosio ocultarlas por respetos á Lartaun, mientras no obtuviese la vénia y sancion de Amagoya; pero en la dura respuesta que exigian los sarcasmos de Petronila, en su ira y furor, todo lo habia revelado. Hacerse rey, y para ello casarse con la mujer que á juicio de todos los vascos tenia que ser reina; conseguir que se bautizara para que pudiera ser esposa de un príncipe cristiano, y lograr por esta conversion la de todos los vascos: tales eran los planes y proyectos que traia entre manos, cuando García obtuvo la rendicion de Ranimiro. Su captura y la de Amaya

fueron para Teodosio uno de los sucesos más afortunados que podian ocurrir, y desde el punto en que supo que con la prision de los godos coincidia el hallazgo del secreto de Aitor, que se creia perdido, ya no dudó de que el cielo le protegia por especial y señalada manera.

¿Cómo el hijo de Goñi, ciegamente enamorado de Amaya de Butron, habia de desistir de empresas que creia, no sólo santas, fecundas y salvadoras, sino protegidas por la Providencia?

Todo lo contrario: las inconcebibles pretensiones de la goda á la soberanía del país vascongado, le irritaban: la idea de unirse vascos y godos al cabo de tres siglos de implacable guerra, le parecia absurda; y el casamiento de un vascongado con la hija de Ranimiro, ó traicion ó locura. Nadie como Amagoya, inflexible, dura, inexorable con todos los extraños, poseia el espíritu de la raza éuscara, y si en lo único en que debia ceder, en la fé cristiana que está sobre todos los pueblos, razas, leyes y cosas de los hombres, lograba Teodosio que cediese, ¿qué mayor gloria, qué mayor triunfo ni dicha podia apetecer?

Y para lograrlo no debia reparar en que Ranimiro fuese ajusticiado como prisionero, reo de mil y mil crímenes y bárbaros atentados, aunque se le declarase inocente del incendio de Aitormendi, de la muerte de Lorea y de Basurde: no debia andar tampoco en muchos miramientos con Amaya, mientras ésta llevase aquel nombre profético y simbó-

lico, y guardara el secreto que no la pertenecia, y sostuviese soñados títulos y derechos á la casa de Aitor.

Con estos pensamientos se despertó el hijo de Miguel, y despues de hacer la señal de la cruz y de elevar el corazon á Dios, dándole gracias por tantos especiales beneficios como le debia, entregóse á más prosáicas, aunque tambien necesarias ocupaciones, sacando del morral las viandas de que la gentil vaquerilla de Echeverría le habia provisto, y se desayunó con ellas.

Al meter otra vez la mano en el saco, tentó un objeto no destinado ciertamente á la masticacion. Y aunque se lo llevó á los lábios, no fué para engullírselo, sino para darle devotamente un beso. Ya supondrá el lector qué era lo que excitaba la veneracion del hijo de Goñi.

—¡Amaya! exclamó: nombre peregrino por cierto y bien aplicado. Amaya es la cruz, que cierra los tiempos pasados, y de par en par nos abre los presentes y futuros.

Despues de tan piadosa y filosófica reflexion, debió de volar su fantasía por terrenales y áun profanas regiones; pues añadió tras breve pausa:

—¡Temible rival, si no fuese goda!.... Pero lo es: por más que diga esa loca, por mucho que sueñe el rapaz de Abárzuza, son vanos sus derechos. No puede disputárselos á la mia.

Y de nuevo se quedó melancólico y pensativo.

—¡Mia, mia! No tiene más que la necesidad que siento yo de que lo sea. A sus padres

los veo decididos; pero ella, ella no sé lo que piensa, ni qué recuerda, ni qué le atormenta.... Pero algo teme..... Sin duda á su segunda madre, á esa enigmática Amagoya..... ¡Amagoya! ¿Si será de la secta de los astrólogos?

Y tornó á besar la imágen del brazalete, remontándose nuevamente al cielo, desde el mismo punto en que se habia posado al descender á la tierra.

Así un águila que se cierne sobre las nubes, desciende á la roca y vuelve á lanzarse luego á las azules esferas.

Guardó despues la alhaja, no en el zurron, sino en el pecho, y abandonando los restos del almuerzo, se levantó, tomó las armas, y miró hácia el abismo que á sus piés se abria, con ánimo de escoger sin duda el ménos peligroso, ya que decirse no pueda el más suave descenso.

Por muy familiarizado que estuviese el vasco con los grandiosos espectáculos de la naturaleza, tan varios como soberbios en aquellas salvajes montañas, ó por muy embebecido que á la sazon se hallara en sus propios pensamientos, era imposible que no parase mientes en el magnífico panorama que desde aquella elevacion y en el solemne instante de la aurora se descubria. Teodosio hizo más que contemplarlo y gozarse en él; porque ansiando todavía mayor espacio, y nuevos y más dilatados horizontes, miró al peñon de Alchueta, que le habia servido de abrigo, y sin que le arredrasen ni lo tajado de sus cortes, ni lo empinado y sublime de la cumbre, trepó por las hendiduras y llegó á dominar el pico más

alto, donde nadie quizás hasta entonces habia puesto la planta.

—*¡Escualerria! ¡Escualerria!* exclamó el robusto jóven, tendiendo alrededor miradas ambiciosas, con las cuales todo lo abarcaba: ¡Tierra de los vascos, tú serás mia!

Y con una soberbia que parecia religion, ó con una piedad tal vez aparente, porque pudiera ser satánica soberbia; con una confusion de afectos, inexplicable quizás en otro hombre y en otros momentos, añadió estas tres palabras vascongadas:

—*¡Jaungoicoa eta Goiñi!*

Las cuales pueden significar sencillamente: *Dios y Goñi;* ó de otro modo: *¡El Señor de lo alto! ¡Y en alto yo!*

La supresion de la síncopa en el último nombre se presta al postrer sentido, y en semejante caso, soberbia, grande soberbia habia en juntar como en un haz, y en aquella altura, esas palabras; pero en contradiccion ó protesta contra la interpretacion que acabamos de hacer de ellas, cayó Teodosio de rodillas, mirando como estático, tan pronto al cielo como á la tierra; porque en efecto, todo humano orgullo tiene que inclinar allí la frente.

Ante aquel sublime espectáculo, queda anonadado el hombre. La vista alcanza sin esfuerzo desde los Pirineos centrales que cierran el cuadro por el Oriente, hasta la curva del mar, confundido entre las brumas del Norte; desde las castellanas sierras de la cuenca del Ebro, Gorbea y Aizcorri, sobre Aránzazu, hasta las montañas que dominan á San Sebastian, Hernani y la desembocadura del Bidasoa. En una

palabra, tierras de Búrgos y de Francia, de Vizcaya y Aragon: dos golfos y fuentes innumerables de caudalosos rios.

Las formidables cordilleras de Pamplona parecen humildes escalones de la gran cordillera pirenáica; la famosa altura cónica de Monreal, que se divisa de toda Navarra, queda reducida á las proporciones de túmulo céltico y cerro artificial. Pamplona es un modesto caserío que tiene por cimiento las enormes peñas de Osquia, y por respaldo los Pirineos centrales.

Sólo hácia el Sur, la sierra de Andía, cortada verticalmente por la de Urbasa [1], quiere como echarse encima del Aralar para contenerlo en sus pretensiones de rey de los jigantes; y entre uno y otro se tiende el valle de Araquil con todos sus pueblos, rios, selvas y peñascos que deleitan los ojos con detalles: todo lo demás, desvanece por lo vago y dilatado; confunde el espíritu con la idea de la inmensidad.

Surgen del azulado fondo de los valles ingentes masas de rocas blanquecinas, oscuros lienzos de ciclópicas murallas, montes revueltos y desordenados como despojos de guerra de Titanes. Por una parte lo más profundo: por otra lo más empinado; golfos que ciñen los suaves y templados valles de Aitor, cimas de casi perpétuas nieves, sobre las cuales se alzaban los fantásticos palacios y jardines de Luzaide y Maitagarri. El Pirineo allí lo domina y absorbe todo: el Pirineo, de mar á mar

1 *Andía* significa La Grande; *Urbasa*, agua brava ó montaraz.

alzado por la mano de Dios, como baluarte de la independencia ibérica, tendido para separar á dos naciones, como un jigante cuya crespa cabellera salpican las espumas del Oceano, y cuyos piés se mojan en las ondas del Mediterráneo.

Las ramas de los robles de tiempo inmemorial, que crecen en lo fragoso de aquellas breñas, con su primitiva pompa y libertad, no se enlazan y revuelven con tanto y tan magnífico desórden, como los muros y contrafuertes de la cordillera pirenáica, que forman laberintos de valles y cañadas, de precipicios y barrancos, de crestas y rocas arremolinadas, de bruscas pendientes y suaves declivios; cuándo de peñascos en monton, sin más vida que el musgo, ni más habitantes que las águilas; cuándo de selvas derramadas, el menor de cuyos árboles fuera orgullo de otras montañas.

Allí reinan helados vientos de nieves perdurables, y calientes áuras saturadas de azahar; allí moran desde el oso recostado en témpanos de hielo, hasta las aves de los trópicos; y crecen en opuestas latitudes la flora del Norte y la del Sur, hayas y fresnos, geranios y magnolias.

La caprichosa estructura de las ramificaciones de esa gran sierra, y la atrevida ondulacion é inesperados pliegues de sus estratificaciones geodésicas, presentan, al decir de un geólogo, la imágen del Oceano súbitamente petrificado á la voz de Dios en la más desatada tempestad. Aquella mañana ofrecia esta comparacion mayores visos de exactitud que nunca. El piélago de montañas tenia sus ru-

gidos en las selvas, y su fondo azul en los vapores de los valles, sobre los cuales, flotantes en la apariencia las rocas de las cumbres, heridas por el sol con rayos horizontales, rojizas y doradas, remedaban la espuma de las olas.

—¡Hijo de Aitor, pueblo escogido por Dios para muestra perdurable de pueblos primitivos, exclamó Teodosio: yo he nacido para tí; para esposo de tu Amaya y vencedor de tu Amagoya; para cabeza de tus cuatro cabezas; para inflamar tu sangre con el fuego de la ambicion, que no conoces, y hacerte reconquistar el territorio que has perdido!

Y sin volver los ojos hácia Pamplona, á donde acudian las huestes de Rodrigo; ni á la Silla de Pilatos en Andía, que le ocultaba los valles de Ollo y Goñi, donde moraban sus padres, García y Ranimiro, tan cerca de los godos; deslizóse de la peña de Alchueta, y fué descendiendo por los portillos de las rocas, por sendas de jabalíes, al través de bojes y chaparros, de hayedos y robledales, acebuches y enebros.

Por aquellos parajes impenetrables, que sólo para él y para las fieras eran caminos, atravesó sin titubear los límites de Navarra y de Guipúzcoa.

A las tres ó cuatro horas de descenso, sentia la influencia del nuevo clima. El viento habia calmado; la atmósfera era más húmeda y templada. El sol no tenia allí rayos poderosos á menguar los raudales que brotaban en todas las laderas, y se esparcian por los prados, y despues de regarlos se filtraban en las

grutas gota á gota, en hilos por el borde de los peñones, en arroyuelos por las encañadas, viniendo todos á juntarse al hondo de los barrancos, para formar riachuelos que se precipitan al Océano, ráudos, espumosos y cristalinos.

A los bojes, pinos, hayas, avellanos, robles y fresnos de la altura, hechos á vencer huracanes, sucedian alegres castaños de anchas hojas, majestuosos nogales, manzanos bienales, cuyas ramas caen encorvadas, ó se desgajan al peso de su copioso y dorado fruto. Las praderas parecian alfombras matizadas de flores; los valles alegres y abrigados. No habia extension que mereciese el nombre de llanura, ni paisaje que no variase de aspecto á pocos pasos, ni montaña que se pareciese á otra montaña.

Aunque el sistema antiguo de poblacion subsiste aún en ese país, inmóvil en medio de naciones que cambian de leyes y costumbres, y hasta de razas, como el mar cambia de matices; no se habian fundado, ó por lo ménos, eran mucho más raras esas villas asentadas hoy en el fondo de los valles, cual perlas engarzadas entre esmeraldas. Los habitantes, diseminados en caseríos, vivian contentos en medio de las tierras que cultivaban, y todos se tenian por miembros de una familia, no como vecinos de una misma ciudad. Guipúzcoa y Vizcaya conservaban en lo interior este carácter primitivo, mejor que Alava y Navarra, cuya tendencia á la aglomeracion de viviendas es más antigua. Tríbus fronterizas, sentian más de cerca las necesidades de la

guerra; y hasta el rigor y aspereza del clima exigian mayor concurrencia de recíprocos esfuerzos.

La alegría de aquellos valles entapizados del verde primaveral, poblados de rebaños, casas y corralizas en desórden derramadas, acrecentábase aquel dia con el sonido de las campanas, que tienen entre rocas ecos más dulces y argentinos que en los llanos. De reciente uso en las iglesias, y sin haberse introducido todavía en Bizancio, se habian generalizado no sólo en Sevilla y Toledo, sino en toda la península española, sin exceptuar el rincon de los Pirineos, que los godos estaban conquistando siempre y se quedaban siempre con hambre de conquistar.

Aquel dia no era domingo: Teodosio habia entrado en algunas de las ermitas que se alzaban en el camino; pero no vió indicios de que se celebrase ninguna festividad religiosa. Extrañó, pues, el volteo de las campanas; y como el bullicio y aire de fiesta se aumentasen conforme iba acercándose al término de su jornada, no quiso seguir adelante sin averiguar la causa de aquel regocijo, motivado sin duda por extraordinarios acontecimientos.

Eran ya las doce, y con pretesto de comer, entró en el primer caserío que halló á mano, y se sentó á la mesa, aunque no conocia á nadie.

—A tiempo llegais, le dijo el echecojaun, porque iba á bendecir la mesa.

Recitó el casero su breve y compendiosa oracion, y le dijo:

—¿Venís de Navarra?

—¿Por qué lo preguntais? contestó Teodosio.

—Se os conoce en el acento que sois de allá arriba.

—De allí he salido esta mañana.

—Pues nadie mejor que vos nos podrá enterar, dijeron dos apuestos mancebos hijos de la casa, y que trataban de comer de prisa, con arco y flechas y honda cruzados al pecho, *ezpata* al cinto, y sendas *guecias* arrimadas á la pared. ¿Han degollado ó precipitado ya á Ranimiro?

Pregunta tan inesperada y hecha con la mayor sencillez, hubo de sorprender al caminante, que se quedó perplejo mirando á sus huéspedes.

—Pues qué, ¿se trata ya de quitarle la vida?

—No, no sabemos nada, dijo el ama, ó *Echecoandría;* pero como las campanas celebran la derrota y prision del bárbaro godo, asesino de Lorea, é incendiario del palacio de nuestro patriarca, todo el mundo dice "vamos á Goñi (porque á Goñi se lo han llevado): vamos á presenciar la ejecucion."

—Y nosotros hemos añadido, continuó uno de los mozos: vamos á conocer á García de las Amézcuas, autor de tamaña proeza.

—¿Le conoceis vos? pregunto á Teodosio el otro hermano.

—Sí; le contestó con sospechoso laconismo el caminante.

—¡Claro está! Como vascon de la montaña, nuestro huésped debe de conocerlo. Nosotros nunca subimos allá, ni él suele bajar por aquí.

—Dicen que ha perdido á su padre en la guerra contra los godos.

—Sí; hace un año, poco más ó ménos, contestó al fin el heredero de Goñi.

—Buena ocasion tiene ahora de vengar su sangre.

—Y la mia, que siete hermanos he perdido.

—Y la de todos. Porque todos estamos ofendidos y agraviados con las crueldades y crímenes de Ranimiro.

—¡Grande hazaña la de García! ¿No os parece, huésped?

—Grande.

—Si así comienza el que ayer era desconocido, y hoy tal fama ha conquistado, no me extrañará que el dia ménos pensado salgan los ancianos diciéndonos: aquí está vuestro rey.

Teodosio perdió el color, y dando fuerte puñada en la mesa se levantó diciendo:

—Poco á poco con eso; porque aún vive Teodosio de Goñi.....

—¡Ah! ¿Sois por ventura el hijo de Miguel de Goñi? contestó con calma el echecojaun, Sentáos y perdonad á mis hijos, que como mancebos no saben lo que se dicen. Yo sé muy bien lo que valeis. A uno de vuestros hermanos le ví caer herido, veinte ó veintiun años hace, en el ataque de Victoriaco.

—Lo mató Ranimiro.

—Con la francisca. Tambien á mí me hirió al defender á vuestro hermano, que si no, hubiera quedado en el sitio.

—¡Oh! ¿Cómo ha de salir vivo de Goñi el matador del hijo de Miguel? exclamó Teodo-

sio, dirigiéndose la pregunta á sí propio, más que á los circunstantes.

—No puede ser: le contestó el echecojaun.

Y el más jóven de aquellos mancebos, añadió con una simplicidad que acabó de traspasar las entrañas del caudillo vascon:

—Nosotros no decimos nada por agraviar á ninguno de los presentes: nosotros no somos nadie delante de la gente de más edad; pero repetimos lo que todo el mundo dice. En todos estos contornos no suena desde esta mañana sino el nombre de García: García arriba, García abajo.....

—¿Y de Teodosio de Goñi no se acuerda nadie, no se dice nada? preguntó el caminante.

—Sí; se dice que quisísteis matar á la hija del godo en represalias de Lorea, la primogénita de Aitor; pero que marró el disparo, y sólo herísteis un caballo; pero en el corazon. ¿Es cierto?

—Cierto..... que sólo maté al caballo, contestó Teodosio con ceño. Pero no me propuse más.

—Y se dice que sin deteneros fuísteis á dar cuenta de todo á la familia de Aitor; segun lo cual, ya debeis estar de vuelta.

—Todavía no la he visto: voy ahora al caserío de Amagoya.

—Pues entonces, no tenemos prisa de subir á la montaña; porque el suplicio no se verificará hasta que lo presencien Amagoya y su hermana, y su cuñado, y la hija de Aitor.

—Así lo creo. Pero no perdais momento.

En mi castillo de Gastelúzar están los prisioneros godos, aunque no corren por nuestra cuenta, sino por la de García. El ha sido el caudillo de la expedicion; él es, por consiguiente, dueño del botin y de los prisioneros: lo que él disponga, eso se hará. Yo únicamente le he pedido que se aguarde hasta mi vuelta; porque me parece más que regular que la familia del patriarca, y sobre todo, Amagoya, la viuda de Basurde y hermana de Lorea, tengan una entrevista con Ranimiro.....

El turbado acento de Teodosio revelaba la poco noble intencion de aquellas palabras.

—Cierto, añadió el echecojaun; es muy puesto en razon que Amagoya le haga preguntas, le dirija cargos, y quiera saber quién mató á su hermana, á su marido..... Pero, de veras lo digo; sentiria que una pagana sentenciase á morir á ningun cristiano, aunque sea godo.

—¡Ella, no! replicó el hijo: ¿pero qué necesidad tenemos de que ella lo mande al suplicio, si no hay un solo vasco capaz de absolver á Ranimiro?

Teodosio se sonrió malignamente; pero reprimiéndose, creyó descargar su conciencia, diciendo:

—¡Soltar al capitan y príncipe de los godos, al que iba á Pamplona á ponerse al frente de las huestes que trae de Toledo el nuevo rey! No puede ser; pero cabe en lo posible perdonarle la vida, porque algunos de los crímenes que de ese hombre se cuentan, parecen patrañas.

—¡Patrañas los hechos de Ranimiro, que

todavía chorrean sangre del corazon de todos los vascos!

—¡Yo quisiera saber quién es el guapo que, á no ser por irritarnos más, como vos, Jaun Teodosio, se atreve á sostener que los crímenes del conde godo son patrañas!

Los jóvenes siguieron tomándolo á risa, con la cual concluyó alegremente la frugal comida que habia principiado con cierta seriedad.

Teodosio se dió por satisfecho, ó no se atrevió á más, y se despidió de sus huéspedes, prosiguiendo el camino de la costa, durante el cual percibió frases sueltas, que con la clave precedente, comprendia sin dificultad: todas, por su mal, coincidian en honra y pró de García, el héroe de la fiesta.

—Esto es hoy, decia Teodosio: veremos mañana. Cuanto más se eleve, más tendrá que descender.

No pudiendo llegar al caserío de Amagoya hasta la noche, temeroso de pasarla probablemente en claro, por estar los paganos entretenidos en su fiesta de luna llena, se tendió en un ribazo á descansar y echar la siesta; despues de lo cual, hallándose casi á igual distancia de Aitormendi que de Aitorechea, es decir, de Amagoya y de Amaya, se decidió á dar aviso á Lartaun de lo ocurrido, pareciéndole que tenia éste tanto derecho como aquella á saberlo todo, é intervenir en la suerte del prisionero.

Sin llegar al valle de Butron, se informó de que ni Lartaun ni su hija estaban en casa. Dejando en ella á Usua, pagana no muy fer-

viente, ambos habian salido hácia Aitormendi, para celebrar sin duda el plenilunio.

Unas cinco ó seis horas despues de la siesta llevaria andadas por la tortuosa márgen de un rio, al que vió brotar humilde por la mañana en oscuro rincon de la sierra, y ya le sentia bramar soberbio y extenderse majestuoso, recibiendo el pérfido refuerzo de las mareas para que pudiera engullírsele mejor el Oceano; cuando se halló en el famoso valle que ya conocemos, uno de los más pintorescos y dilatados, próximo á la costa, encerrado en doble marco de mármoles blancos, rojos y negros, y manzanos y castañares.

Al cruzar el rio por un puente de dos tablas que se cimbreaban, dijo para sí:

—Bien se deja conocer que estamos en los dominios de Amagoya: todo aquí es primitivo. El primer puente, fué de dos maderos: no haya miedo de que la pagana lo construya de piedra. Más seguro seria; pero..... Tiene razon Echeverría en llamar bruja á esa mujer, de cuyas manos pende, sin embargo, la suerte de toda mi vida.

Y echó á correr hácia la opuesta orilla.

Algunos pasos se habia apartado de ella, y el puente primitivo seguia cimbreándose y vibrando como un muelle de acero. Con no ménos violencia palpitaba ya el corazon de Teodosio al acercarse al caserío, ó por mejor decir, al cerro inmediato, donde esperaba hallar reunida á la familia de Aitor, á su querida Amaya, á Lartaun y Amagoya.

Era una montañuela cuya descarnada cumbre blanqueaba doblemente, resaltando sobre

el oscuro fondo del Oceano y bañada por la luna que habia salido encendida, como avergonzada de los honores casi divinos que se le iban á tributar en Aitormendi.

El caserío de Amagoya, reedificado años atrás sobre las ruinas del que pereció incendiado, distaba aún algo más de media hora. La montañuela de que hemos hablado, se replegaba hácia sí, dejando al valle mayor planicie que se aprovechaba para el cultivo: y la pendiente suave por los costados, se convertia en tajada altura de tranquilas capas horizontales, ora de cantos rodados, ora de ferruginosa arcilla, ó de mármoles y pizarras. Sobre este precipicio descollaba un bosque de manzanos y nogales, cuyas ramas avanzaban hácia el hondo que lamia el rio con ondulaciones de sierpe. Por la tarde, las sombras de los árboles de la cima cubrian las aguas en aquel tranquilo recodo, y en verano y otoño las doradas manzanas, verdes hojas y nueces flotaban en el perezoso y diáfano remanso. El agua de la altura se filtraba por las grietas, y goteaba por las raíces de los troncos que se dejaban ver en el precipicio.

Tras esta cintura de bosque, festoneada de rosas y jazmines, corria una pradera, al terminar la cual, y defendida por un peñon desnudo y pintoresco, se cobijaba la casa de tosco mármol y rojo tejado, con grandes depósitos para el heno al aire libre en la parte superior del edificio, con su torre ya famosa, su yedra reciente y sus más flamantes madreselvas, pasionarias y rosales que cubrian hácia el Sur la parte inferior. Parecia tabernáculo adornado

de flores, y al que sólo faltaban luminarias para el culto.

Los ladridos del perro guardian de los rebaños, tal vez aquel famoso mastin que, segun Echeverría, tuvo el honor de lamer las huellas de la Sombra de Aitor, anunciaron la aproximacion del huésped desconocido.

—¡To! ¡to! ¿A qué ladrar esta noche en que tu ama no duerme? le dijo Teodosio, que sólo se aproximó al caserío para cerciorarse de que Amagoya no celebraba el plenilunio á la puerta de casa, como otros paganos solian hacerlo.

Pero hacia mucho tiempo que la anciana preferia la cumbre para sus festividades. Conforme se iba disminuyendo la grey de los antiguos creyentes, íbase acrecentando en aquella el afan de oponer ritos á ritos; y lo que no era fiesta religiosa, ni culto propiamente dicho, porque la antigua religion natural no admitia supersticion alguna, tomaba en la solemnidad de que la revestia Amagoya, cierta apariencia de religion, como para retener con ella á los que se obstinaban en rechazar el bautismo.

—Arriba deben de estar, exclamó murmurando Teodosio, ella y todos aquellos que han de decidir de mi suerte. El caso es que debe de haber una subida para la cumbre; y yo, que tan poco he frecuentado estos lugares gentílicos, la desconozco. Pero es lo mismo, añadió alzando los hombros.

Y echó á correr hácia la roca de mármol que coronaba el cerro de Aitormendi.

En efecto, para la agilidad y soltura de

aquel jóven, á quien hemos visto salvar las distancias como un corzo; penetrar en las cuevas como un huron y trepar por los peñascos como un tigre, los caminos parecian de más, y la línea recta la ménos costosa. Poseido ya de fiebre de amor, de ambicion ó de impaciencia, cuya intensidad crecia conforme se iba acercando á estos parajes, se encaramó por donde quizás no habian subido antes que él sino lagartos, y asomó, por fin, la cabeza á la descarnada cima, que formaba una mesa circular.

La planicie, desnuda de vejetacion, estaba interrumpida por algunas puntas de la peña, que se alzaban como niñas vanidosas que no quieren confundirse con sus compañeras.

No lejos del borde en que Teodosio afianzaba las manos, descubríase una mujer vestida de blanco, con traje semejante al de las antiguas romanas. La túnica sujeta por cinturon de oro, y los broches del manto del mismo metal, completaban la semejanza. Los adornos de la fimbria eran, sin embargo, de diferente gusto, y en medio de su grosero dibujo, estaban destinados á infundir cierto respeto, por lo misterioso de los signos y figuras evidentemente alusivas á los cuerpos celestes.

Era alta, delgada, de luenga cabellera, que los pesares, ó quizás los remordimientos más que la edad, habian emblanquecido; porque su rostro brillaba todavía sonrosado, mórbido y sin arrugas; los ojos muy rasgados, la mirada altiva y penetrante.

Rizaba el viento su opulenta cabellera, y

hacia ondular sus ámplias vestiduras de lino, dándonos á conocer que no era estátua de alabastro alzada sobre la roca. Recostada sobre un pico, de espaldas al Occidente, esperando con ánsia el momento crítico del plenilunio, y la salida del astro que se habia ocultado tras negros nubarrones, dejando la tierra sumergida en tinieblas; con un arpa grosera y de pocas cuerdas á sus piés, si no figura alabastrina, parecia el génio de las montañas, la musa éuscara remontada á la cumbre prominente del valle, para acercarse al cielo, fuente de toda inspiracion.

Sentados en sendas peñas de mármol, á uno y otro lado de Amagoya, estaban Lartaun y su hija, vestidos ambos á la comun usanza, hombre maduro aquél, y jóven doncella ésta, segun de sus cabellos cortados y de sus tocas de colores vivos podia inferirse.

Uno y otro, inmóviles tambien y silenciosos, envueltos en sus mantos que les caian de los hombros, para resguardarse sin duda de la frialdad de la noche y del rocío del alba; que no ménos que hasta el amanecer solia durar tan extraña fiesta.

Sobrecogido de respeto y áun de temor ante aquel cuadro fantástico, misterioso, y en cierto modo diabólico, hubieran quizá flaqueado los músculos de hierro de nuestro osado caminante, que en tan poco tiempo habia sido turbado por visiones casi próximas á lo sobrenatural; si Amagoya, viendo relucir tras el tortuoso contorno de la roca blanquecina dos ojos de fuego, y flotar los rizos de crespa cabellera, no hubiese exclamado con

voz entera, firme y plateada, con el acento más dulce de las siete tríbus éuscaras:

—Arriba, arriba, quien quiera que tú seas. Nunca se cierran las puertas del caserío de Aitor, y el sitio en que Amagoya celebra las festividades de sus padres, es el más expuesto á las miradas de propios y extraños.

—Hija de Aitor, contestó Teodosio acabando de trepar á la planicie; ni vana curiosidad, ni deseo de espiaros me detenia al borde del precipicio, sino el temor de interrumpiros.

Pero Amagoya, que se habia adelantado á tenderle la mano, como si el caminante necesitara de tan débil auxilio para subir, quedósele mirando de hito en hito en medio de la oscuridad, y exclamó de pronto arrojándose loca de júbilo á sus brazos:

—¡Asier! ¡Asier! Este es mi hijo; éste mi pájaro de dulce canto; mi amado, mi *chori*. Esa rizada desnuda cabellera derramada por tus robustos hombros; ese noble y sencillo continente..... ¡Sí! ¡Es el libertador que todos estamos esperando! Tenia que llegar en una noche de plenilunio..... ¡La luna nos le ha traido!—Y ha llegado.

Y examinando la persona y arreos de Teodosio en medio de las tinieblas, con la prolijidad cariñosa de una madre, prosiguió:

—Así me gusta. No has abandonado nuestros usos. Tornas con esa túnica ligera que visten los que confian más en su valor y agilidad, que en armaduras de hierro. Esa espada, prosiguió, doblándola en la roca, tiene el temple de nuestras fraguas: el asta de tu *gue-*

*cia* cortada está de los fresnos del Pirineo. No te has contaminado con las corruptoras costumbres de los extraños. Esta noche pasada, los sueños me han anunciado tu venida. Aitor, el próbido Aitor, ó sus invisibles mensajeros. Ellos me han dicho: vendrá, vendrá, y te traerá secretos, y nuevas, y consolaciones. ¿Por qué has tardado tanto? ¿Por qué te has callado años enteros? ¡Pero ya has venido; y te has acordado del plenilunio, y llegas á celebrarlo conmigo, con la familia de Aitor, á usanza de nuestros mayores!.... Cantemos, sí, cantemos las canciones primitivas; repitamos juntos las glorias de nuestros antepasados, y adoremos en la cumbre al Señor de las alturas. ¡Consuelo inefable para Amagoya tener en quien depositar el tesoro de tradiciones que desde la corrupcion de las tríbus sobrenada incólume en mi pecho! Sí, cuando Jaungoicoa infunda á mis párpados perdurable sueño, y trasporte mi espíritu á los palacios defendidos por nieves eternas, ese depósito pasará de mis brazos á los vuestros, para que lo trasmitais á las tríbus éuscaras, y se conserve puro hasta la consumacion de los siglos.

¿Qué pasaba entonces por el alma de Teodosio? Ni él mismo lo podia decir. Veíase llamado Asier de Amagoya, el *chori* (ave) de las canciones vascongadas; esto es, el amado, el predilecto, la prenda querida de aquella mujer que por primera vez fijaba en él sus miradas. Veia anunciada, sin embargo, su venida y el objeto de su viaje, antes de que él se hubiese decidido á emprenderlo. ¿Quién era

Amagoya? ¿Quién era aquella anciana de blancas vestiduras y nevada cabellera? ¿Una loca, ó quizás una adivina, una maga, una sacerdotisa, en comunicacion constante con espíritus infernales?

Estas dudas se agolparon al entendimiento de Teodosio como un remordimiento, al mismo tiempo que se sentia fascinado y seducido por aquel misterio inexplicable que le colocaba de repente, no sólo bajo el amparo, sino bajo el cariño y predileccion de la mujer que tenia en sus manos, por confesion de todos, el corazon de la hija de Aitor.

Mirábala con asombro, con supersticioso respeto unas veces, con desconfianza otras. Miraba á su Amaya que permanecia inmóvil, cada vez más oculta y rebozada en su manto, silenciosa, y sólo de cuando en cuando agitada por súbito extremecimiento. Miraba á Lartaun, que se habia levantado impaciente; pero sin atreverse á romper aquel encanto, aquella especie de mágia que formaba el ambiente de la roca. A nadie era dado contener aquel torrente de exaltacion éuscara que brotaba con ímpetu del pecho de Amagoya. Pero como ésta acababa de hacer una pausa, el hijo de Goñi, queriendo aprovecharla, y sin saber lo que iba á decir, contestó á la hija de Aitor:

—Escuchadme, Andria.....

—¿Por qué me llamas *Andria* (señora), y no *Amá* (madre), ya que tantos años hace que no resuena en mis oidos tan dulce nombre? ¡Hijo mio! exclamó, tendiendo sus blancas palmas sobre la tostada frente del jóven;

¡caigan sobre tu frente las bendiciones de Dios, como la nieve en copos sobre los picos del Pirineo! ¡Multiplíquense tus rebaños como flores en primavera! ¡Raudales de miel broten para tí las hendidas rocas, y si los osos te la disputan, vuelve cargado de su piel para el lecho de tu esposa! Tú serás el cumplidor de los designios de Dios acerca de nuestra raza.

—¡Yo! ¡Yo quiero serlo! Yo lo seré.

—Tú restaurarás los límites de su primitivo asiento.

—¡Yo!

—¡Tu nombre será aclamado por los ancianos que se sientan en torno del árbol sagrado!

—¡Mi nombre! Estais profetizando.... ¡Dios habla por vuestra boca!....

—¡Tú el primero te sentarás en el *Batzarre*, antes que tus cabellos se hayan encanecido al soplo asolador del desengaño! ¡Tú llevarás el *lauburu* á la victoria, arrastrando tras él hasta mujeres y niños!

—¡Sí, sí! contestaba Teodosio, como arrebatado en el remolino de aquellos delirios.

—Tú volverás cargado de armaduras de hierro, como de anillos de oro nuestros padres despues de sus batallas con los romanos.

—¡Sí, sí, yo seré rey! ¿Pero me conoceis? Decid mi nombre para disipar toda duda. Decidlo delante de Lartaun y de la hija de Aitor que nos escuchan, dijo Teodosio haciendo supremo esfuerzo para hablar, abrumado bajo el peso de aquellas débiles manos, vencido por el magnetismo de tan férvido entusiasmo.

Pero en aquel instante llegaba el astro á

su plenitud; el borde de la negra nube se festonaba con claridad amarillenta, y la luna se levantó del lecho funeral, arrojando el sudario, con toda la majestad de reina de la noche.

—¡Silencio ahora, silencio todos! exclamó Amagoya, y se quedó contemplando el luminoso disco, con la ansiedad del niño que presencia por vez primera la aurora boreal. Calle ahora la voz de nuestras pasiones, murmuró con los ojos fijos en el astro, como si se hablase en un templo: callen las pasiones, callen las esperanzas, y hable solo la antigüedad por boca de la tradicion. Lo presente y lo porvenir ceden la plaza á lo pasado.—Salve, prosiguió alzando la voz, dulce *ilarguía*, luz de los muertos, emblema de los tiempos que han pasado, astro consolador, que lloras con los que lloran, y ayudas á meditar á los que piensan. ¡Yo te saludo esta noche con más efusion de espíritu que nunca! ¡El Señor que te presta esa templada luz, cien veces más alto que tú y la más alta de las estrellas, me envia nuevo oyente para mis canciones, eco nuevo para mis plegarias, un corazon que llora, como los corazones aquí reunidos, la profanacion de la tierra de Aitor, el incendio de su casa, la muerte de mis deudos, la corrupcion creciente del pueblo vasco! ¡Ay! Años há que semejante consuelo me era negado.—Antiguamente, hijos mios, representantes de las siete tríbus se reunian las tres primeras noches de luna llena, alrededor del árbol del consejo. Allí escuchaban la voz de los adivinos, que revestidos de blanco revelaban á la muchedumbre la

religion y la historia de sus antepasados. Retirábanse despues, y acababan de pasar la noche cantando y bailando á las puertas de sus casas, y todos se daban el dulce nombre de hermanos. Ahora una pobre mujer usurpa á los adivinos su cándido ropaje, para que no deje de haber lábios que canten las glorias de la *escualerria;* pero suelta la voz, y no tiene muchas veces más oyentes que las rocas.

Calló la Adivina dejando caer la barba sobre el pecho, y á su acento sonoro y privilegiado, sucedieron los misteriosos rumores de la noche. Las estrellas cruzaban temblando la inmensidad del firmamento; la luna, cándida como el pensamiento de un niño, ascendia con la serenidad del inocente. A sus dulces rayos iban tomando misteriosa forma las bellezas de aquel hermoso valle. Los riscos parecian de plata no bruñida; entre los negros bosques resaltaban cenicientos caseríos; cascadas, semejantes al acero pulimentado, y el rio, tan pronto oscuro como la boca de una cueva, tan pronto compitiendo en claridad á la misma luna; y por último, allá á lo lejos inmensa planicie que trazaba un arco perfecto en el horizonte. Era el mar, adormecido, al parecer inmóvil, terso como un espejo que, sin embargo de su aparente adormecimiento, ensordecia con sonoroso estruendo los murmullos de los selvas, el bramido de los torrentes, la voz de las montañas.

Era imponente aquella vasta soledad de tierra, y mar y cielo, dominada por la voz de una mujer de blanca cabellera.

Ni Lartaun, ni su hija, ni el recien llegado, subyugados por impresion extraña y superior á su voluntad, podian mover los lábios; mirábanse recíprocamente los dos amantes; pero sólo se atrevian á mirarse; y Amagoya, con majestuoso ademan, asió el arpa que á sus piés yacia, y apoyándola sobre el peñon en que estuvo reclinada, hizo vibrar las cuerdas del instrumento, y lanzó sonidos tan sencillos como armoniosos, que debieron ser acogidos con gratitud por toda la naturaleza.

Teodosio, completamente fascinado, cayó á sus piés, y exclamó con trémulo acento:

—Cantad, Amagoya, cantad, hija de Aitor, que ya os escucho.





## CAPÍTULO X.

### DE CÓMO RESOLVIERON LOS ANCIANOS QUE RANIMIRO FUESE EJECUTADO EN AITORMENDI.

CUADROS magníficos ó patéticos hay en la naturaleza, que no acaban de excitar nuestra sensibilidad, sino en virtud de causas muy leves en apariencia. Los estamos contemplando en confusa admiracion, ó vaga y nebulosa melancolía; pero la sensacion que nos producen no alcanza á conmovernos. Súbito rayo de luz serpea entonces por el paisaje, una banda de palomas cruza por el horizonte, el balido de una oveja nos hace volver los ojos hácia puntos de vista en que apenas nos habíamos fijado, y llega el sentimiento á su plenitud y se desborda.

Aquella nueva luz, aquel peregrino objeto, aquellos sonidos inesperados ponen en movimiento las fibras del entusiasmo, del placer ó dolor adormecidos: son el último toque que necesitaba el lienzo para la armonía del conjunto, la gota de agua que hace rebosar el vaso, el soplo del niño que enciende la hoguera devoradora de selvas y ciudades.

Tal es la más benigna explicacion que puede darse á la conducta del hijo de Goñi. Todo, al parecer, se extremecia en torno; al vibrar las cuerdas del arpa de Amagoya, hubiérase dicho que palpitaba el corazon de los Pirineos.

Pero no disimulemos la verdad, por dolorosa que sea: el tributo del cristiano á la pagana de Aitormendi en aquella noche gentílica, en el solemne momento de la reaparicion del astro misterioso, era algo más que fascinacion poética: era debilidad; casi una caida. Dios humillaba con ella á Teodosio para enseñarle á purificar la intencion de obras que sólo por altísimos fines debian ser emprendidas, á buscar medios adecuados á todo recto fin. Dios le llamaba por segunda vez, dando nuevo aldabonazo á su conciencia; mostrándole que no estaban limpias de barro mundanal las que le parecian nobles empresas al ambicioso jóven: que han de ser inmaculadas las víctimas del sacrificio.

Aunque por diferente manera, tambien la anciana de Aitormendi habia experimentado cambio repentino: el fuego de la inspiracion encendia sus miradas y arrebolaba sus mejillas; sublime expresion de orgullo, duelo y

ternura, dejaba vislumbrar en aquel ruinoso edificio toda la gracia y belleza de que el arquitecto muchos años atrás le habia revestido. A no ser por el tocado de cabellos blancos, profusamente derramados por los hombros de la cantora, cualquiera en aquel instante la habria tenido por jóven. El Génio, revolando en torno, habia borrado con sus alas las injurias del tiempo y de los pesares en el semblante de Amagoya.

No podia ésta dispensarse del preludio al uso vascongado; y despues de haberse recogido un momento dentro de sí misma, comenzó á cantar:

  Asier ha muerto, me dicen:
El mar lo tragó iracundo,
Y la promesa de Aitor
Quedó convertida en humo.
  Pero vive Asier; conmigo
Celebra ya el plenilunio;
Y el principio será el fin;
Principio y fin serán uno.

Terminada la introduccion, sintiéndose Teodosio abismado en vergüenza y remordimientos, volvió los ojos, como queriendo interrogar con ellos á los testigos y cómplices de su falta. Pero Lartaun y su hija, dándole, aunque paganos, ejemplo de dignidad, habian desaparecido.

No quiso consentir sin duda el padre de Amaya en aquella intempestiva exaltacion del nombre de Asier; ni permitir memorias peli-

grosas de amores, tal vez mal sepultados en olvido.

Asiendo á su hija de la mano, la dijo murmurando y resentido:

—Vámonos de aquí. Tu tia está loca; pero nos ofende hasta en sus locuras.—Tenemos que poner remedio radical.

—No hay más que uno: le contestó Amaya.

—Sí, hacernos cristianos, cuando los cristianos vienen á idolatrar en la luna, repuso Lartaun con sarcasmo.

Bien purgaba sus faltas el caudillo de Goñi. Delante de los gentiles á quien queria convertir, pasaba por idólatra; delante de Amagoya cuya influencia queria conquistar, llevaba el nombre del mancebo que, si viviera, seria elevado al trono en brazos de la Adivina; y delante de la doncella á quien amaba, se le confundia con el rival favorecido. Las pruebas de cariño, de consideracion y respeto que Amagoya daba á su hijo adoptivo, despues de tantos años de muerto, debian arrancar del corazon de Teodosio toda esperanza en la proteccion de aquella mujer que sólo vivia de lo pasado, que sólo amaba lo perdido. El, antes que Lartaun y Amaya de Butron, debia protestar con energía, ya que no de palabra, con su retirada al ménos, contra la alucinacion ó desvarío de la pagana.

Pero el abismo llama al abismo, y el arrogante, el altanero caudillo, permaneció todavía inmóvil bajo la pesadumbre de esta nueva vergüenza.

Quizás le habia herido el ejemplo de Lartaun; quizá se rebeló su soberbia contra él,

por lo mismo que le habia dado leccion de dignidad; y por disculparse á sí propio, no vacilaba en acusarle de ligereza.

—¿No es la equivocacion de Amagoya descarrío pasajero? ¿No es verdadera insensatez? decia para sí. ¿A qué darse por ofendidos de ilusion tan desnuda de fundamento? ¿Qué importancia y valor puede tener en boca de una madre el recuerdo del hijo que fué pasto de los peces hace tantos años?

Amagoya prosiguió tras de breve pausa.

Lo que vamos á escuchar no era cancion, propiamente hablando, sino recitado en prosa semipoética, interrumpido de cuando en cuando por los acordes del arpa. Tenia por argumento la primitiva historia del pueblo éuscaro y su religion, contaminada ya de leyendas mitológicas. Semejantes noches estaban consagradas á la tradicion que la hija de Aitor queria conservar en toda su pureza. Pero en vano: las manos del hombre manchan cuanto tocan. Por eso la religion divina, á divinas instituciones tiene que estar encomendada.

La noble anciana, haciendo resonar el instrumento con notas graves y llenas, comenzó su relato, dando á su voz cierta modulacion que hacia verosímiles las fábulas de Orfeo y Anfion, ponderados músicos de Grecia.

---

"Los padres de Aitor descendieron de los montes de Ararat, entre los cuales se encumbra el de Gorbeya, donde encalló el arca despues del diluvio. Secreta inspiracion les im-

pulsaba á repoblar la tierra de Occidente, y al pié del Cáucaso alzaron sus tiendas, orillas de los rios meridionales que llamaron *iberos*, ó rios calientes. Permanecieron allí luengos años, hasta que molestados con las depredaciones de los vecinos celtas, que codiciaban sus rebaños y pingües cosechas, dijo Aitor á sus hijos y deudos: No hay campo estéril cuando la paz es su rocío. Busquemos paz y dejemos los verjeles. El paraiso del hombre no está en la tierra."

"Levantaron sus tiendas, abandonaron con pena sus templados rios, y peregrinando por la costa del mar interior, llegaron con sus rebaños á la Aquitania.—¿A dónde van, preguntó el patriarca, esas palomas, que al entrar el invierno cruzan estas llanuras? La paloma es símbolo de paz. Hijos y deudos mios: vamos á ver dónde se posan esas aves; donde ellas descansen, descansaremos nosotros; donde ellas duerman, anidará la ventura."

---

"Y siguió peregrinando con sus hijos y sus deudos, sus tiendas y rebaños: las aves que emigraban del Norte eran su guía. Una noche de plenilunio alzó los ojos para contemplar el firmamento, y quedó sorprendido con la plateada cima de los Pirineos.—¡Adelante, muchachos, exclamó: *aurrerá, mutillac!* Tomemos posesion de estos montes, y no salgamos nunca de sus valles. El hombre ha de vivir al lado de su tumba, y sepulcro de Aitor serán los Pirineos."

”Y los siete hijos del anciano se repartieron entre sí la montaña occidental para vivir en torno de su padre, como una cuadrilla se reparte la hogaza en la hora de descanso, para seguir trabajando á porfía. En los abrigos del monte dormian las palomas.”

---

”Pero los deudos del patriarca, á quienes quedaba el resto de la cordillera, murmuraban:—”Las palomas duermen en estos rincones y se van. Nosotros hemos descansado y seguimos su camino. Vemos grandes planicies al Sur, que deben de ser fértiles riberas: llegan aquí purísimas áuras perfumadas. Vamos á beber el agua de esos rios: vamos á probar la fruta de sus bosques olorosos: vamos á repartirnos el campo feraz del Mediodía.”—Dejadlos ir, hijos mios, repuso Aitor, y no murmureis de mi eleccion. ¿Quereis ser ricos para ser esclavos? Seguidlos; tendéos por la campiña.—¿Quereis ser libres, aunque olvidados y pobres? Quedáos en la montaña.”

”Ninguno de sus hijos abandonó á su padre, el cual, en accion de gracias, adoró al Señor de lo alto en las alturas.”

---

”¿No veis el estrellado firmamento todo teñido de rojo? ¿Quién ha encendido esas inmensas hogueras en las faldas del Pirineo? Los metales de sus entrañas corren derretidos, como torrentes de nieve desatada. ¿Ha pere-

cido la familia de Aitor? ¿La ha castigado Jaungoicoa por haber abandonado las tiendas de sus padres?—No, que el sábio patriarca ha dicho:—El suelo está vírgen, y las selvas son impenetrables: abrasemos los bosques de las riberas, y tendremos campos para el cultivo y praderas para el ganado."

---

"Así terminó la peregrinacion de Aitor: las cabañas sucedieron á las tiendas, las mieses alternaron con las frutas, los rebaños se multiplicaron. Yacia al fin moribundo en su pajizo lecho, y sus siete hijos le contemplaban en torno. El color del anciano era ya semejante al de su luenga barba; pero su mirada, serena. El justo no teme la muerte.—Hijos mios, exclamó: las aguas han inundado la tierra; pero no han anegado sus crímenes: las islas se han hundido; pero los errores han sobrenadado. Mirad otra vez el mundo contaminado con la idolatría. Pero mis hijos no adorarán néciamente la obra de sus manos. Creed en un solo Dios remunerador, y obedeced á vuestros padres. El padre es legislador y maestro; fuera de casa, padres son los ancianos. Las riquezas que he traido, sepultadas quedan en las entrañas de la tierra. Os dejo la pobreza por prenda de ventura, y las rocas por herencia. No seais conquistadores, y no temais ser conquistados."

---

"Dijo Aitor, y fué besando á sus hijos, y con el ósculo postrero rindió su postrer aliento.

¿Veis la cumbre más alta de los Pirineos, que aún conserva los primeros copos de nieve que la cubrieron?—Aquella cima, parece increible, goza de suave y regalado ambiente. Palacio, á nuestros torpes ojos invisible, ostenta allí majestuosos lienzos de oro y piedras preciosas. Hay en torno vergeles encantados que Maitagarri, doncella más hermosa que la estrella de los pastores, recorre cabalgando en gamo ligero como el viento. En gruta de cien y cien columnas cristalinas, retiene en dulces prisiones al gentil Luzaide, al mancebo querido de su corazon. La mirada de los esposos es como el primer rayo de sol tras luengos dias de nieblas y densas nubes; su sonrisa como la miel; y en cuanto al eco de su voz..... ¡Venturoso mil veces el que lo llegue á percibir! Un solo trino de su garganta nos trasporta; cualquiera de sus canciones bastaria para hacernos felices toda la vida. Aitor habita en aquellos vergeles, y si tal es la dicha de Luzaide y Maitagarri, figuráos cuál será la de nuestro padre, el mejor de los mortales."

---

"Pero el idólatra, el perjuro, el que menosprecie los consejos del padre y los ancianos, las leyes, usos y costumbres de sus mayores, el que no crea en la venida del Asier, del Libertador, que no espere arribar á la mansion bienaventurada. En el fondo de la tierra hay un lago encendido: serpiente de fuego [1] se

1 *Leheren*, de *Lehen* primero, y *Eren* último. Esta fábula, confusa reminiscencia de la serpiente infernal, lleva en sí la creencia de que el fuego de la creacion será el destructor de lo criado.

apodera de los malos, se enrosca en torno de ellos, y los aprieta y estruja sin piedad. Cada anillo del reptil les hace sufrir un tormento distinto. ¡Desdichados de aquellos que desoigan los últimos mandatos de Aitor!"

La voz de la cantora se fué oscureciendo por grados, y al concluir el relato quedó ahogada entre sollozos. Ya no tuvo valor Amagoya para añadir la conclusion correspondiente al preludio.

Pero exclamó prorumpiendo en amargo llanto:

—¡Qué triste es pensar, amigos mios, despues de esta amenaza, que sólo nosotros y algunos pastores de nuestros valles, somos los únicos de las siete tríbus que estamos hoy celebrando la *Jaiarin* (noche alegre) del plenilunio, á usanza de nuestros mayores!....

Y dejó caer la frente abrumada, abandonando el instrumento, que al rozarse con la roca lanzó un gemido armónico.

Parecia que la montaña misma suspiraba al recuerdo de las costumbres de sus primitivos moradores.

Pero semejantes palabras, que envolvian injustos y terribles cargos contra los cristianos, punzando como dardos la conciencia de Teodosio, le hicieron volver en sí, y despertaron al fin su valor, obligándole á exclamar con fé más viva que nunca:

—Alzad la frente, Amagoya; nuestro patriarca lo ha dicho: el paraíso del hombre no está en la tierra. Soy cristiano; sedlo vos, y subireis á cielos más altos que los soñados vergeles de Maitagarri.

La hija de Aitor no comprendió al pronto estas razones. Sumergida en el piélago de la tradicion, hallábase á gran distancia de lo presente; y al oir la voz del jóven, sólo experimentó cierta sensacion desagradable y extraña. Sintió murmullo inusitado y confuso, que turbaba la armonía de la noche de sus padres, de aquellos ecos y suspiros que, al cruzar, evocadas del sepulcro, lanzaban otras edades. En medio de aquel concierto de luna y estrellas, de mar y de bosques seculares, del diluvio, de iberos y celtas, de reminiscencias patriarcales y mitología éuscara, notó que un instrumento desafinaba, y volvió el rostro con el gesto desapacible de un gran director de orquesta.

Miró fijamente á Teodosio, y como la luna diese de lleno á la sazon en su semblante, por vez primera cayó en la cuenta de que el personaje que le interrumpia era para ella completamente desconocido.

—¿Quién eres? le preguntó, sin acordarse de que hasta entonces le habia dada el misterioso y profetizado nombre de Asier, dedicándole el exordio del recitado.

—Soy Teodosio, respondió éste, hijo de Miguel, señor de Goñi, y de parte de Dios vengo á traeros grandes nuevas y consuelos, si quereis mostraros digna de favor tan señalado.

Y aquella mujer de miras elevadas, aquel carácter de primera magnitud, paró mientes en una pequeñez, se detuvo en meras palabras.

—¡Teodosio! le contestó, ¡nombre de enemigos, nombre de romanos! ¡Miguel! ¿Por

qué se ha de llamar Miguel un vascongado? ¿Qué significan Miguel y Teodosio en la lengua de Aitor? ¿Será que el *escuara* no tenga ya palabras que aplicar á los éuscaros?

Pero saliendo bruscamente del orbe tradicional que formaba como el círculo mágico en que estaba encerrada, añadió frunciendo las cejas, que, blancas y plateadas por la luna, parecian dos arcos nevados:

—Y entonces, ¿cómo has usurpado el nombre del hijo á quien estoy esperando? Si eres cristiano, ¿cómo has osado llegar hasta aquí? ¿Por qué vienes con mentiras y por caminos desusados á sorprender á la familia de Aitor en coloquio con las Sombras de sus padres? ¡Hazaña digna por cierto de quien anda mendigando nombres á griegos y judíos! ¿Por qué no hablas latin? ¿Por qué os expresais los cristianos en la lengua de un pueblo al que desde la cuna os enseñan á tener en menosprecio?

—Amagoya, todo lo bueno es cristiano; y si por serlo yo no me teneis por vasco, las siete tríbus de Aitor quedan hoy reducidas á vuestra casa.

—¡Jóven! exclamó la anciana, inclinando otra vez la cabeza sobre el pecho, como azucena que principia á perder su lozanía: gran verdad acabas de decir; pero insolente y triste.

—Ni triste ni insolente en mi intencion; porque os quiero bien, y teneis títulos al amor y respeto de todo vascongado.

La frente de Amagoya quedó desarrugada y tersa como el marfil de una torce antigua.

—¿Dónde está la prueba de tu respeto? ¿Dónde la de tu cariño?

—Olvidándolo todo, hasta mis padres, vengo de lejanas tierras á traeros noticias que ni soñadas las pudiérais imaginar más gratas.

—¿Sois mensajero de Asier?

—Soy mensajero de la cruz.

—Mi cruz es el *lauburu;* no quiero más.

—Sed cristiana, Amagoya, y para vos, y para mí, y para toda la *escualerria*, las dos cruces serán una.

—¿Y son esas, por ventura, las nuevas y consolaciones que me traeis? ¿Sólo para repetir lo que vuestros monjes me han dicho en vano cien y cien veces, has venido esta noche de tradicion, y abandonado á tus padres? Hijo de Goñi, yo no puedo ser cristiana: no lo seré jamás.

Negras sospechas cruzaron entonces por la mente de Teodosio, que al concebirlas, retrocedió un paso y la dijo con espanto:

—¿Sereis, por ventura, de la secta de Basurde? ¿Creeis en Dios, hija de Aitor?

—¿Qué preguntas son esas? ¿No creian en Dios, no amaban á Dios mis padres?

—¿Pero sois algo que vuestros padres no fueron?

—¡Yo! Pues de ser otra cosa que nuestros antepasados, ¿no seria ya cristiana?

—¿No perteneceis á la secta de los astrólogos?

—Para mí no se han hecho las sectas, ni las mudanzas: sólo pertenezco á Dios y á mi pueblo.

—¿Qué significan entonces esas figuras de la orla de vuestro manto? ¿No son cosas de astrología?

—¡Qué de cosas ignorais los vascos de nuevo cuño! Estos signos celestes de nuestros antiguos adivinos, sólo quieren decir que el Señor de lo alto está sobre la luna, el sol y las estrellas, como mi frente sobre la fimbria de mi manto.

—Amagoya, sois cristiana de entendimiento; ¿qué os falta para serlo de corazon? Adorar esta cruz, gloria y esperanza de nuestros mayores.

Y diciendo estas palabras, con una firmeza que acabó de disipar hasta la sombra de su pasada debilidad, sacó del pecho el brazalete.

—¡La joya de la goda! ¡El amuleto de Lorea!

—La cruz de vuestra hermana primogénita; el *lauburu* que ha guardado y protegido hasta ahora la clave del secreto de Aitor. Aquí, aquí estaba encerrado.

Y Teodosio abrió el seno del brazalete y se lo mostró á la pagana.

—¡Estaba! ¿Y dónde está ahora? ¿Quién nos lo ha robado?

—Lo guarda la misma á quien se lo encomendó Lorea.

—¡La loca!

—Que ha recobrado el juicio.

—¿La renegada?

—La cristiana, que ha prometido entregar el tesoro.....

—¿A los cristianos, á los godos?

Y como Teodosio guardara silencio, por no mentir, ni saber cómo revelar verdades que exaltarian la fantasía de la Adivina hasta el paroxismo, prosiguió ésta:

—¡A los cristianos! ¡A los malvados sacrílegos que incendiaron el caserío de mis padres!

—¿Quién le dió fuego?

—¿Lo dudais? El godo, el cristiano, el execrable Ranimiro.

Algo podia alegar Teodosio en favor del conde de Pamplona; algo tenia el deber de decir, despues de haber oido á Petronila; pero se calló. Le convenia para sus miras personales que el padre de la goda fuese condenado á muerte, para que desapareciera áun la más remota probabilidad de que la princesa disputara sus derechos á la hija de Lartaun, y guardó criminal silencio acerca de este punto capital..... Quiso, en cambio, transigir con su conciencia, volviendo por el honor de la ultrajada fé.

—Hoy ménos que nunca, dijo, podeis hablar mal de los cristianos; porque cristianos y vascongados son los que ayer han cautivado á Ranimiro y su hija, la hija de vuestra hermana primogénita; cristianos quienes los tienen encerrados en mi castillo; cristiano el que os viene á traer la noticia, porque sois, á pesar de todo, la hija de Aitor, la heredera de su casa y de su valle, el único ídolo del pueblo vasco.

Amagoya no sabia qué decir; dudaba de lo que oia, y no podia negarlo; se gozaba en su triunfo; pero vaga, confusamente, sentia que aquel triunfo no era suyo.

—¡Oh! ¿Dices la verdad? exclamó al fin; ¿no me engañas? ¿no te burlas de mí? ¡Ranimiro! ¡Ranimiro en nuestro poder! ¡Véalo yo!

—¿Y por qué no? ¿Por qué no habeis de venir conmigo á Val-de-Goñi, á conocer á quien ha deshonrado á la familia de Aitor, incendiado vuestra casa, asesinado á vuestro marido, y azotado sin piedad al pueblo vasco? En Gastelúzar os lo guardamos prisionero; en el castillo de mi padre, cuyo cuarto hijo pereció á manos de ese godo.

—Su sangre, toda su sangre necesito para mí, ¡y esparcida por el suelo de este valle!

Y volviéndose Amagoya á todos lados, añadió:

—¡Amaya! ¡Lartaun! ¿Lo habeis oido? ¿Por qué guardais silencio? ¿En dónde estais, hijos mios?

—¡Aquí están vuestros hijos: aquí está vuestro pueblo! exclamaron los principales ancianos de Aitormendi, subiendo por la cuesta del cerro y asomándose ya á la planicie de la cumbre. Aquí venimos; porque en esta noche no debemos estar separados.

Y un jóven desconocido que andaba entre ellos, se acercó á la Adivina, y murmuró misteriosamente á su oido:

—Aquí está el mensajero de Asier, que les ha traido la noticia.

Amagoya no sabia lo que le pasaba. Uno de los ancianos la cogió del brazo, y llevándola al borde de la roca, le dijo, tendiendo su derecha hácia el valle:

—¡Mirad!

Todo estaba iluminado.

A la puerta de los caseríos ardian sendas hogueras, alrededor de las cuales saltaban y bullian ancianos y mancebos, mujeres y niños,

como fantásticas visiones. Las paredes de las cabañas parecian sonrosadas, las ramas de los árboles parduzcas, los troncos rojos, y los rios como de lava.

La nueva de la prision de Ranimiro, era ya de todos conocida, y por todos celebrada.

No sabiendo cómo expresarse la hija de Aitor, dió un grito: el grito de los vascos; el clamor de triunfo.

Y un momento despues resonó en todo el valle; pero repetido por todas las gargantas, por todos los ecos, atronador, inmenso; grito de júbilo en que iba envuelto el de venganza.

Y todas aquellas gentes que brincaban y cantaban en torno de las hogueras, lanzáronse movidas por un mismo impulso, hácia la roca de Aitormendi.

Si la prision del invencible godo fué para todas las tríbus importantísimo suceso, en el valle de Aitor debia resonar con acento más poderoso y enérgico que en ninguna parte. Aquellos montes, teatro de los mayores crímenes que al aborrecido magnate se le imputaban, mudos testigos de la humillacion éuscara, guardaban los ecos del rencor y la vergüenza de veinte años.

—Hasta aquí, se decia, hasta aquí penetraron los godos; hasta aquí llegó Ranimiro. Antes que él, nadie; despues de él, ninguno. Aquí perpetró sus crímenes, y hasta ahora nadie los ha vengado.

Por eso la noticia se celebró como un triunfo; por eso el grito de triunfo, en los dominios de Amagoya, se confundia con el grito de muerte. . . . . . . . . . . . .

Ante aquella muchedumbre que se agolpaba hácia la roca para felicitar á la señora del valle, y celebrar con ella la próxima desaparicion de la mancha que el godo habia dejado en el solar patriarcal, Amagoya asió el arpa con mano convulsa, y con paso audaz y frenéticas miradas lanzóse por la montaña abajo, al encuentro de los suyos; y una vez en la puerta del caserío, con majestuoso ademan les impuso á todos silencio, y comenzó á cantar el himno de Lecovide, el suspiro más lejano, más antiguo que nos ha dejado la musa éuscara, como un eco de la primitiva independencia, eco de vida que va repitiendo la santa libertad de todos los siglos.

Cantaba trasportada, con un entusiasmo, y por consiguiente, con una fuerza, con una inspiracion cual nunca igual habia sentido:

Han hecho el último esfuerzo
los romanos vagabundos;
pero en Vizcaya resuenan
gritos y cantos de triunfo.
Señor es del mundo entero
Octavio, César Augusto;
Lecovide, de Vizcaya,
caudillo del pueblo éuscaro
Cercado nos han por tierra,
cercado del mar profundo:
suyos son llanos y playas,
los montes nuestro refugio.
Y apostados en la cumbre
y de la selva en lo oscuro,
no hay corazon que desmaye,
ni rostro pálido y mústio.

Si tuviéramos su apresto,
no nos dieran miedo alguno;
pero la artesa está pobre,
y sin harina á menudo.
¿Qué importa que el cuerpo ciñan
con mallas de hierro duro?
Más ágiles y más sueltos
vamos nosotros desnudos.
Dia y noche, año tras año,
cinco van de ataques rudos.
De ambos lados, muchos caen;
del suyo, ciento por uno.
Pequeñas tríbus nosotros,
y gentes ellos sin número,
nos tienden al fin la mano,
paces hacemos por último.
Carga que soporten ellos
sobre sus hombros robustos,
podemos llevar nosotros
y sin encorvarnos mucho.
Si orgulloso corre el Tíber,
avasallador del mundo,
Uchin Tamayo y los vascos
quedan con gloria y sin yugo.
Avecillas saltadoras
pican los troncos más duros,
y con su pico desgajan
brazos de robles copudos [1].

---

Ayer Basurde y Lorea
descendieron al sepulcro;

1 Esta cancion es intraducible é inimitable tanto en verso como en prosa: los idiomas modernos quedan vencidos por la sencillez, concision y energía del original. En la necesidad de recurrir á la

mañana mismo, tras ellos,
descenderá su verdugo.

Todo excitaba el entusiasmo, todo concurria á la exaltacion: la noche, las hogueras, la voz robusta, vibrante y arrebatadora de la Adivina, su traje de sacerdotisa, su figura venerable por las canas, y llena de vigor y lozanía por el estro que la inspiraba; pero principalmente, la noticia, la gran noticia del cautiverio de Ranimiro, recibida en congregacion de mucha gente, en horas desusadas y de fiesta.

Así es que cuando Amagoya cerró su poema de Lecovide con alusiones que en el lenguaje político de nuestros dias pudiéramos llamar *de circunstancias*, elevóse de todo el valle clamor indescriptible de furor y venganza contra el magnate godo, contra todos los suyos. Aquel grito era su sentencia, sin más proceso ni apelacion.

No se concebia siquiera la posibilidad de que se perdonara la vida al que hasta allí habia llegado con los soldados godos, al que allí mismo habia puesto sus sacrílegas manos en el venerado caserío del patriarca éuscaro, y quemado viva á la hija de Aitor, y asesinado al marido de Amagoya, retirándose

perífrasis, he dado la preferencia al verso, pues que de poemas se trata. Hay críticos que niegan la autenticidad, es decir, la remotísima antigüedad de este canto. Para negar un prodigio de la tradicion, hay que reconocer otro mayor: el de semejante falsificacion. El primero, me lo explico; el segundo, no. De todos modos, dejo la cuestion intacta para los eruditos. Resuélvase como se quiera, creo que no podrá argüirse de falta de verosimilitud al novelista, por haber puesto tan singular cancion en boca de Amagoya.

luego impune, sin perder un hombre, sin un herido.....

Era la gloria misma del godo, deshonra del valle, afrenta de los paganos: y no habia remedio; los hombres pueden ser generosos, las muchedumbres desnudas de caridad cristiana, siempre han sido implacables.

—¡Sí, sí! gritaron las turbas. ¡Aquí, aquí han de morir Ranimiro y su hija!

Los que se hallaban más cerca de la cantora, que eran los ancianos, á quien mozos y jóvenes de uno y otro sexo, por hábito ó por instinto, dejaban siempre el sitio preferente, celebraron un Consejo en breves momentos; y pocas palabras les bastaron para acordar unánimes que Ranimiro quedaba condenado á muerte; que la señora de Aitormendi debia reclamarlo como suyo, y ejecutarse la sentencia precipitándolo de lo alto de aquella roca.

Entre tanto, Amagoya volvia á todas partes los ojos, echando de ménos á sus más próximos deudos; y preguntando al fin por ellos, supo que al descender de la cumbre habian tomado el camino de Aitorechea. La anciana interpretó tan brusca resolucion como protesta de Lartaun contra las esperanzas que ella abrigaba acerca de la salvacion y existencia de su hijo adoptivo, lo cual la exasperó más y más, y acabó de sacarla de quicio.

Pero buscaba tambien al misterioso desconocido de la roca, que, por cierto, no se habia marchado. Oculto en las sombras del caserío, todo lo estaba observando, y embozado en su negra capa, se acercó otra vez á la anciana y la dijo con su anterior misterio:

—Si no quereis que se salve Ranimiro, no perdais momento; dirigíos esta misma noche á Val-de-Goñi.

—¡Salvarse Ranimiro! ¿Hay escualdunas tan infames que piensen en salvarlo?

—Y si quereis tener noticias de Asier, en Val-de-Goñi se os darán tambien.

—¿Vive Asier? ¡Mi hijo vive!

—Vive.

—¿Ama á su madre? ¿Ama á su esposa?

El embozado parecia titubear acerca de la respuesta; pero al fin contestó con desenfado:

—Siendo vascongado, ¿quién duda de que ha de ser buen hijo y esposo?

—¿Y quién sois vos?

—Un amigo del ermitaño.

—¿De Pacomio?

—No me pregunteis más.

Y aprovechando la ocasion de acercarse los ancianos á notificar á la señora del valle la resolucion del Consejo, se alejó el desconocido y se perdió en la sombra del bosque.

Los ancianos pusieron en conocimiento de Amagoya la sentencia que habian pronunciado contra el godo, añadiendo que una diputacion del valle partiria al amanecer á reclamar y conducir con buena escolta al reo para ser ejecutado.

—No, les contestó Amagoya; no irá nadie en mi nombre; iré yo misma, y no aguardaremos al amanecer; saldremos al punto.

Y aquella resolucion fué acogida con frenéticos aplausos, porque todos comprendieron que áun dado caso de que el derecho de la señora de Aitormendi fuese dudoso, su in-

fluencia era irresistible, su opinion incontrastable.

La Adivina se acordó entonces de Teodosio, que se habia ofrecido á conducirla al valle de Goñi; pero el hijo de Miguel ya no tenia nada que hacer en Aitormendi y se acababa de marchar.

—Inútiles serán todos los esfuerzos de Petronila; inútiles tambien los de García; iba diciendo al sentir el clamor de los paganos: quien quiera detener á las muchedumbres, será por ellas arrastrado. Amagoya las manda y acaudilla; pero, ¿no hay alguien que dispone de Amagoya?

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# ÍNDICE.



## PRIMERA PARTE.

### LIBRO PRIMERO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.



#### CAPÍTULO II.



#### CAPÍTULO III.



#### CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.



CAPÍTULO VI.



CAPÍTULO VII.



CAPÍTULO VIII.



LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.



CAPÍTULO II.



CAPÍTULO III.



CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.



CAPÍTULO VI.



CAPÍTULO VII.



CAPÍTULO VIII.



CAPÍTULO IX.



CAPÍTULO X.

LIBRERÍA CATÓLICA

# DE SAN JOSÉ

## OBRAS PUBLICADAS

Tratado del Espíritu Santo, por Gaume, traducido por D. Joaquin Torres Asensio; dos volúmenes en 4.°, precio 24 rs. en rústica, y en pasta 32 rs. en Madrid y 34 en provincias.

---

¡Jesuitas! por M. Paul Féval, traduccion de D. E. y D. J. B. de Hinojosa; un volúmen en 8.°, precio 6 reales en rústica, y 8 en Madrid y 9 en provincias encuadernado en tela.

---

Exámen crítico de la Historia de los conflictos entre la Religion y la Ciencia, *de Guillermo Draper*, por el Padre Juan Cornoldi, de la Compañía de Jesús, traducido por otro Padre de la misma Compañía; un volúmen en 8.°, precio en rústica 4 rs. en toda España, y 6 rs. en Madrid y 7 en provincias encuadernado en tela.

---

La Iglesia y el Estado, por el Padre Mateo Liberatore; traduccion de D. Antonio de Valbuena; un volúmen en 4.°, precio 12 rs. en rústica, y en pasta 16 rs. en Madrid y 17 en provincias.

---

Leon XIII y la situacion del Pontificado, por el doctor D. Urbano Ferreiroa, Presbítero; un volúmen en 8.° con el retrato de Su Santidad en fotogra-

fía. Este retrato es el primero original que se ha hecho despues de su elevacion al Pontificado, y lleva al pié el facsímile de su letra. Precio en rústica 7 reales en toda España, y 9 rs. en Madrid y 10 en provincias encuadernado en tela.

---

Víctor ó Roma en los primeros tiempos del Cristianismo, novela histórico-religiosa, escrita en francés por el reverendo Padre F. Gay; un volúmen en 8.º, precio 7 rs. en Madrid y 8 en provincias, encuadernado en tela.

---

Cursus Scripturæ Sacræ, seminariorum usui accommodatus eo intuitu ut facilius sanctuarii candidati justa regulam SS. Patrum ad sacris textus intelligentiam solide simul ac practice instituantur. Opera Francisci Xaveri Schouppe, s. j.; editio prima hispana. Accurante D. Joachin Torres, Presbítero. Cum approbatione Ordinarii. Dos tomos en 4.º, precio 24 reales en rústica, y á 28 rs. en Madrid y 30 en provincias, empastados los dos tomos en un solo volúmen.

---

El Pater noster de Santa Teresa de Jesús, tratado de la oracion, por el sacerdote José Frassinetti, Prior en Santa Sabina de Génova, traducido al castellano por un Padre de la Compañía de Jesús; un volúmen en 8.º, precio 8 rs. en Madrid y 9 en provincias, encuadernado en tela.

---

Amaya ó los vascos en el siglo VIII, novela histórica, original de D. Francisco Navarro Villoslada; tres tomos del tamaño y condiciones del presente; precio en rústica, 12 rs. cada tomo en toda España

y 15 rs. en Madrid y 16 en provincias, encuadernados en chagrin y tela.

A los que abonen el importe de toda la obra, al pedir el primer tomo, se les hará rebaja de *seis reales* en el precio total, ó se les remitirán los tomos certificados si envian íntegro el importe.

No se servirá ningun pedido del tomo primero sin que venga acompañado del precio total de la obra con la indicada rebaja, ó autorizado por el sello de un seminario, autoridad ó corporacion eclesiástica.

---

Tambien se ha encargado la librería de San José de la propagacion y venta del *Almanaque eclesiástico y Guía eclesiástica*, que con tanta aceptacion ha comenzado á publicarse este año; forma un volúmen en 8.º y se vende encuadernado en *cartoné* á 6 rs. en Madrid y 7 en provincias.

---

A los que tomen el *Tratado del Espíritu Santo* se les rebajan 4 rs. en cada uno de los tomos de la *Coleccion de los Opúsculos del Doctor Gago;* dichos tomos, pidiéndolos con el *Tratado*, se dan á 16 rs. en vez de los 20 que cuestan.

A los que tomen *La Iglesia y el Estado*, se les rebajan 4 rs. en el precio del libro de D. Juan Manuel Orti y Lara, titulado *La Inquisicion*, que se dará por 12 y 14 rs. en vez de 16 y 18 que cuesta en Madrid y provincias respectivamente.

---

Todas estas obras se venden en Madrid en el taller de encuadernar de la librería de San José, situado en la calle de Gravina, núm. 14, tienda, esquina á la prolongacion de la calle de la Libertad, y en las librerías de Aguado, Olamendi, Tejado, Perdiguero y otras.

En provincias, en Ultramar y en el extranjero, en las casas de nuestros corresponsales y en todas las librerías católicas.

A los que pidan doce ó más ejemplares anticipando su importe se les rebajará el 10 por 100.

No se responde de la llegada á su destino de los libros que vayan sin certificar, ni se envian certificados los pedidos menores de doce ejemplares, á no ser que abone préviamente el importe la persona que haga el pedido.

Los pedidos se harán á D. Manuel Alonso y Zegrí, Madrid.

---

Tenemos en prensa y preparadas otras varias obras, que saldrán á luz á la mayor brevedad posible.

Entre ellas se encuentra la *Historia de los Heresiarcas españoles*, de D. Marcelino Menendez Pelayo, que comenzaremos á publicar muy en breve.

---

Algunos amigos nos han manifestado la conveniencia de que se traduzca y publique en España la *Historia universal de la Iglesia Católica*, de Rohrbacher, que valió al autor una pluma de oro de Pio IX, y se ha reimpreso nueve ó diez veces en Francia, y otras tantas en Italia. Pero nosotros no podríamos publicarla sino dándola muy barata, por la mitad que en las otras naciones, y esto no puede hacerse sin asegurarse de la salida: y esta seguridad no se tiene sin prévia suscricion. Muchísima falta hace en España la mejor historia eclesiástica que se ha escrito, y querríamos publicarla; rogamos, pues, que los que la deseen procuren el mayor número de suscriciones y avisen á nuestros encargados, ó bien á don Manuel Alonso y Zegrí, Gravina, 14, Madrid.



